NUALA O'FAOLAIN

Con cariño, Rosie

Traducción de Esther Cruz Santaella

CON CARIÑO, ROSIE

colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

NUALA O'FAOLAIN

CON CARIÑO, ROSIE

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA

Sensibles a las Letras, 86

Título original: *Best Love, Rosie*
Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2022

© Nuala O'Faolain, 2007
Published by special arrangement with Sabine Wespieser Éditeur and The Ella Sher Literary Agency
© de la traducción: Esther Cruz Santaella, 2022
© de la imagen de la portada: Marta Sanz @negrografito, 2022
© de la fotografía de la solapa: DR
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2022

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Corrección: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-18918-57-5
Producción del ePub: booqlab

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Este libro ha sido publicado con la ayuda de Literature Ireland.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Primera parte. Dublín

Segunda parte. Nueva York

Tercera parte. Stoneytown

Cuarta parte. La fiesta en el cabo

Quinta parte. Invierno

PRIMERA PARTE

DUBLÍN

1

La mañana de Navidad estaba en la cama con Leo, en una *pensione* fría cerca del muelle de Ancona. Tuve que armarme de valor para despegarme de su espalda, sacar un brazo de debajo del edredón y llamar a Dublín, a mi tía.

No hubo respuesta, así que probé con la casa de al lado.

—¿Hola? ¿Reeny? ¿Eres tú? Sí, soy Rosie, claro. Feliz Navidad, cariño, ¡y que el año nuevo te traiga todo lo bueno! Estoy en Italia. Sí, con un amigo. ¿Qué te crees, que estoy loca? No merecía la pena volver a casa con las vacaciones tan cortas que nos daban en el trabajo. Oye, Min no contesta al teléfono. ¿Podrías ir por el patio de atrás y llamarla por la ventana? En Dublín son las once, ¿no? Y sé que va a ir a tu casa a dar cuenta del pavo y de las coles. ¿No debería estar ya en pie?

—Nada, Min está bien, no te preocupes —me dijo Reeny—. Anoche se vino aquí a ver el capítulo de *Eastenders*. Aunque un poco rara sí la noto últimamente. Hay días que no sale de la cama, y eso que no le pasa nada de nada. Y hace poco (no es que quiera chafarte las vacaciones, iba a contártelo cuando te viera de todas maneras) tuvo un problemilla, un día que bebió de más. La tuvo que traer la policía, ni más ni menos que desde la Oficina Central de Correos (y nadie sabe cómo llegó del *pub* al centro), porque se había caído al suelo y era incapaz de levantarse. Bueno, y no solo es que no pudiera levantarse, es que no paraba de decirle a todo el mundo que tenía que mandar un paquete a Estados Unidos. En fin, que fueron muy apañados y la trajeron a casa, aunque los policías me dijeron que les había costado conseguir que Min dejara de intentar abrir la puerta del coche patrulla, y que no la habían esposado porque era una señora mayor y muy poca cosa. Desde entonces no ha estado saliendo mucho. Y las señoras se pusieron a comentar el tema en el supermercado, en el Xpress, y unas cuantas decían que a lo mejor iba siendo hora de que Rosie Barry volviera a casa…

—¡Pero si Min no me quiere allí! —respondí, riéndome.

—Eso ya lo sé. —Ahí dejé de reírme. Reeny no se dio cuenta—. Pero así son las cosas con la gente que tiene depresión. Vi a un tipo por la tele hablar de eso. Si tienes depresión, no sabes lo que quieres.

—Dile que esta noche la llamo, Reeny, y que tiene que coger el teléfono, sí o sí. ¿Tú qué tal? ¿Monty está ahí contigo?

Monty era el hijo de Reeny, un tipo grande y tímido de unos cuarenta y tantos años, fanático del golf, con el que mi amiga Peg llevaba décadas saliendo. Su padre lo abandonó cuando era muy pequeño, y a mí siempre me pareció que lo del golf era un mecanismo de defensa que usaba en su batalla por sentirse más hombre.

—Dile que Papá Noel va a traerle un hoyo en uno.

Más allá del hombro de Leo alcanzaba a ver un rincón del Adriático: un azul brillante, con unos remates blancos creados por el viento recio que hacía traquetear las contraventanas. Un rato antes tuvimos un amago de hacer el amor, pero ninguno de los dos le puso el empeño suficiente para llevarlo a buen puerto. Era buena señal, suponía yo, que no nos diese reparo mostrar nuestra falta de entusiasmo. Aun así, la escasez de energía sexual era mala para el alma; por no hablar de que aún nos quedaban dos días más en una habitación mal caldeada y que en Ancona no había nada que hacer, con todos los sitios visitables cerrados por vacaciones.

Día de Navidad. Esas palabras solían brillar con luz propia.

—¡Leo! —Intenté despertarlo de forma agradable, enroscando el brazo en su barriga y acariciándolo con suavidad—. Leo, cariño, vamos a ver si la *signora* nos prepara un par de tazas de café.

Me incorporé apoyada en el codo para mirarlo a la cara y me quedé de piedra, como si hubiese tocado un cable con corriente, al darme cuenta de que estaba completamente despierto, con los ojos fijos en la ventana.

Al día siguiente fuimos a un recital de órgano en una iglesia ya cerrada al culto y especialmente expuesta a las corrientes de aire. Leo desapareció, absorto en una concentración absoluta; cuando escuchaba música, podías clavarle alfileres que ni se enteraba.

Las cosas iban a tener que cambiar. Lo vi con una claridad desoladora mientras estaba allí en la iglesia, quedándome congelada. En otros tiempos habíamos sido unos amantes magníficos, aunque prefería no pensar en esos otros tiempos. Ni siquiera era del todo capaz de asumir que cada vez me costaba más sacarlo de su villa, situada en el interior de Ancona, pese a que Leo ya había dejado de intentar que funcionase como un *bed and breakfast*

de lujo.

En vez de eso, me puse a pensar en Min.

Si ya había llegado al punto de ponerse en ridículo en público, alguien iba a tener que estar constantemente pendiente de ella, y Reeny trabajaba por entonces en la portería de un complejo de apartamentos en España, así que, por primera vez desde que Min y ella eran jóvenes, no iba a estar siempre disponible en la casa de al lado. Se sumaba además que a mí me quedaban solo unos meses de contrato como redactora para el Servicio de Información de la Unión Europea en Bruselas, y si me marchaba me abonarían el sueldo en un pago único que me daría para vivir mientras me tomaba mi tiempo en buscar el siguiente empleo. En realidad, algunos de mis compañeros se habían jubilado con cincuenta y cinco años: los que siempre habían detestado su trabajo y eran buenos ahorrando. Yo no podía jubilarme, ni tampoco quería. De todos modos, ese pago final me bastaría para mantenerme un par de años, o incluso tres, si regresaba a Dublín.

Por otro lado (y mandé entonces a mi lengua a darse un delicado paseo por detrás de mis dientes), en Dublín los dentistas hablaban inglés. Según W. H. Auden, miles de personas han podido vivir sin amor, pero ninguna sin agua, aunque bien podría haber dicho sin dientes. Yo no tenía ningún tipo de futuro si no me cuidaba los que me quedaban.

Fuera, al otro lado del único ventanuco —que estaba en alto, en una pared ocre y descascarillada—, ya había oscurecido del todo. Un cielo azul marino, con una sola estrella titilante. De camino al recital había una *trattoria* de aspecto animado a la que podríamos ir después de pasar por la *pensione* para coger un jersey más abrigado y otros calcetines. Y luego, a la cama…

¿Y todo eso, qué? ¿Los bares, el sexo y los ventanucos del siglo XVII, qué? Una de las mejores cosas de Bruselas era que podía ir en tren a ver a Leo con mucha facilidad. Y no soportaba la idea de estar mucho tiempo alejada de él, ni siquiera entonces. Me arreglaba el pelo para tenerlo siempre de un discreto color rubio ceniza y me compraba la ropa en las *boutiques* de la parte flamenca de Bélgica, donde incluso las señoras elegantes eran igual de aficionadas que yo al pan con mantequilla y tenían mi misma constitución, y siempre que paseaba junto a Leo, metiendo barriga y con una sonrisa interesada en la cara, me sentía una mujer viva, me sentía en el mundo. En Italia, donde nos veíamos más a menudo que en ningún otro sitio, no eran

pocos los hombres que me daban un buen repaso antes de apartar la mirada.

Pero en Kilbride, en Dublín… Aunque mi cumpleaños no era hasta septiembre, iba a cumplir cincuenta y cinco: la balanza se inclinaba ya hacia la segunda mitad de la década, muy levemente, pero se inclinaba. En Kilbride nunca había habido solteras de mi edad que mostrasen actitud de estar aún en el mercado; o quizá sí, pero habían sido lo bastante listas como para no dejar que se supiera.

El público aplaudía con un entusiasmo tremendo. Estarían intentando entrar en calor. Al levantarse, Leo me dedicó una de esas sonrisas que él no sabía lo encantadoras que eran. La música lo hacía feliz; bueno, la música de una época nunca posterior a cuando las mujeres dejaron de usar faldas largas.

Vaya. Un bis.

Nos sentamos todos otra vez.

En cualquier caso, el atractivo más potente de volver a casa era una imagen, no un argumento.

Si volvía para cuidarla, cabía la posibilidad de que Min adoptase una determinada forma de ser. Su cara, en cualquier caso, me tenía conquistada: un rostro menudo y blanco, con unos ojos negros redondísimos y aniñados. Pero mucho tiempo atrás yo había visto cómo era esa mirada cuando se abría como una hoja al sol.

De niña, antes de morir mi padre, íbamos todos los veranos los tres a la Cabaña de Bailey's, una casita de madera situada en un prado de grama, pasado el último muelle del puerto de Milbay. La madre de mi padre, la abuela Barry, trabajaba para Bailey's, una empresa de herramientas y suministros de construcción, y podía pedir prestada la Cabaña para dejárnosla en vacaciones.

No había agua corriente, así que llevábamos un bidón de agua del grifo para preparar té, y para lo demás usábamos el agua de lluvia acumulada en el barril de fuera. Con ese agua de lluvia, mi padre le lavaba el pelo a Min.

«¡Tiene usted razón, señora!», respondía él siempre que Min le decía que era un buen momento para darle un lavado a su pelo. A continuación, sacaba una palangana de agua caliente a la hierba y luego un cubo de agua de lluvia. Ella se arrodillaba allí, vestida con su falda vieja y su corpiño interior de color rosa, que tenía cosidos unos conos para los pechos. Mi

padre se sentaba en una caja y, con la cabeza de Min en el regazo, le aplicaba el champú usando las puntas de los dedos. «¡Que no me caiga esa cosa en los ojos!», le decía ella. A continuación, mi padre la dejaba arrodillada, con la cabeza agachada, y vertía con delicadeza el primer hilo de agua de lluvia sobre la cabeza de Min, y entonces ella daba un repullo y decía: «¡Ah! ¡El agua está helada!». Pero, conforme mi padre seguía echando agua, el chorro se hacía más uniforme. Min usaba las manos para distribuirse el agua por todo el pelo y él la seguía con el hilo de agua, dejándolo caer allí donde iban las manos de ella, con precisión. Seguidamente, mi padre soltaba el cubo y le envolvía la cabeza en una toalla, bien firme. Min levantaba la cara con los ojos cerrados y él se la tocaba muy suavemente con la toallita.

El pelo de Min se secaba al sol, peinado hacia delante, de forma que le caía cubriéndole la cara y los finos hombros le asomaban a ambos lados. Otras veces se lo cepillaba bajo las corrientes de aire caliente del calefactor que tenían guardado en un rincón de la habitación, tras una malla de alambre, donde yo no pudiera tocarlo. El pelo adquiría volumen y brillo, y vibraba como si tuviese corriente.

Mi padre me decía: «¿Ves el pelo de tu tía? Tu tía Min tiene un pelo precioso». Sonaba nostálgico. Sonaba como si hablase de algo perteneciente a un pasado remoto, pese a que ella estaba allí, delante de él, y no iba a marcharse.

Nunca olvidaré el modo en el que Min levantaba la cara, expuesta, para mirarlo. Él se la sostenía entre las manos durante unos instantes mientras ella esperaba a que le secara el agua, y Min, que era siempre tan recelosa y brusca, se dejaba sostener. Tenía los ojos cerrados, pero confiaba en el cuidado de mi padre, como un ave marina que baja a posarse en el agua.

Esa era la cara que Min podría ponerme. Conmigo podría ser así. Me planteé aceptar ese pago único.

Regresé al final del verano, y durante los primeros dos o tres meses no hice mucho más que estar sentada ante la vieja mesa de la cocina. Era como si hubiese entrado en uno de esos bosques de los cuentos de hadas que rodean al castillo en el que duerme la princesa, donde no se mueve ni una hoja ni canta un solo pájaro. Pensaba con lentitud: querías esto y ya lo tienes, y ahora ¿qué vas a hacer? Parecía que me hubiese desgajado de mi propia experiencia, como si la mayoría de lo que hubiera aprendido en treinta años de vivencias, amores y trabajos por todo el mundo fuese del

todo irrelevante allí donde había recalado.

Nunca pasaba nada. Era todo un acontecimiento que Bell, la gata, cruzara la mesa a un centímetro de mi cara en su camino desde la ventana hasta las escaleras para subir a estar con Min. Luego volvía a pasar, de regreso al exterior. A veces, consentía maullar para indicar que quería que se le sirviera la cena. No había nada que me impidiese pasar muchísimo tiempo preguntándome si esa gata de verdad me despreciaba o si la situación era más compleja que todo eso. Al fin y al cabo, Bell podría haber elegido ir por el filo de la habitación.

«Siempre sé dónde encontrarte, Rosie», me decía Andy Sutton, y como era Andy, repetía lo mismo cada vez que entraba en la casa. Andy y yo éramos de la misma generación, igual que mis amigas Peg y Tess (que, de hecho, era prima de Andy), aunque él parecía mucho mayor que nosotras porque nos cuidaba a todas. Trabajaba para una organización benéfica llamada SinNecesidad y en verano recogía cabras, gallinas, conejos y cerdos por toda Irlanda y los llevaba en camiones al aeropuerto de Gatwick, en Inglaterra, para que desde allí volasen a lugares tan pobres que la gente se las apañaba incluso con el ganado más pequeño. El resto del año, en la sede central de SinNecesidad había reuniones frecuentes a las que Andy asistía, y para eso tenía que venir del campo y quedarse en casa de su madre, Pearl, a unas calles de donde yo vivía, en Kilbride.

Andy abría la puerta de la calle y asomaba la cabeza en la cocina.

—¿Min está dormida? —susurraba.

—O lo está o se lo hace —le respondía yo en otro susurro.

—¿Alguna vez te levantas de esa mesa? —me preguntaba.

A continuación, salía a la parte de atrás a revisar el termostato de la caldera o a agarrar la escalera para cambiar una bombilla. O si no, volvía a la habitación trastabillando bajo un saco de leña de los árboles que tenía en su granja.

Mi tía, arriba, detectaba una presencia y, al poco, las voces animadísimas de su transistor, o los dulces cambios de escala de los cantantes (subía el volumen para cantar ella), se filtraban por el techo hasta la planta de abajo. Y entonces quien estuviese en la cocina podía hablar con normalidad.

En otras ocasiones, el silencio se rompía cuando llegaba música de baile de la casa de al lado, y así yo sabía que Reeny había vuelto de España y que en cualquier momento se pasaría a vernos, bronceada y jovial, cargada de

mermelada, melocotones, chocolate o algún otro regalo que no fuera alcohol. De vez en cuando, el tipo que les arreglaba el pelo a las ancianas pensionistas traía todo su instrumental y yo le cedía la mesa de la cocina. Y, cada dos semanas, me iba discretamente a la biblioteca, coincidiendo con la visita que le hacían a Min una psicóloga y una especie de enfermera auxiliar, como parte de un servicio para personas mayores con depresión que había descubierto Reeny, una virtuosa manipuladora del sistema sanitario. Reeny había rellenado el formulario también para ella, pero cuando llegó el equipo a evaluarla se vio obligada a admitir que solo lo había solicitado porque le gustaba recibir cosas a cambio de nada.

—Tu tía está muy baja de ánimo —me decía la psicóloga, muy respetuosa, cuando la acompañaba a la puerta para marcharse.

—Va al *pub* demasiado a menudo —le respondía yo.

Pero la señora eso no quería escucharlo; se ceñía estrictamente a su campo.

Yo volvía a la cocina y cogía mi libro, y desde arriba me llegaba el sonido de Min cambiando de emisora con el pequeño transistor que tenía siempre en la almohada, tan cerca de la cara que quedaba semicubierto por la mata encrespada de su pelo alborotado y sin color.

Por el ritmo de sus tacones en las escaleras (me había ocupado de quitar la moqueta vieja y de raspar y barnizar la madera), aprendí rápido a distinguir si había salido de la cama para hacer algún plan que me incluyese o para irse al *pub*.

«¡Rosie! —exclamaba en tono agradable al bajar los dos últimos escalones—. ¿Qué haces ahí sentada tan calladita?».

Era una pregunta retórica, por supuesto, y daba igual que le respondiese o no. En otoño, yo tenía siempre la puerta de atrás abierta al patio. Me encantaba: ese rombo de luz sobre el suelo de la cocina, las cortinillas amarillas meciéndose suavemente con la brisa cálida. Y también Min sonreía al ver esa simpática escena. Sin embargo, cuando empezaba a llegar el frío, los ojos se le iban de inmediato a la chimenea.

«¡Menudo fuego apañado tienes aquí!», me decía con la mente ausente, y ya se había desplazado para acoplarse en el silloncito azul y agarrar las pinzas con las que echar unos terrones más de carbón o, si el fuego estaba taciturno, hincarle unos palitos en varios puntos que, al prender, lo transformaban todo. Los fuegos se le daban de lujo. «¡Doy gracias a Dios por el carbón!», decía, y mientras tanto incorporaba a su creación unos

trozos finos de cisco, a base de toques levísimos.

A veces, movida por el entusiasmo, incluso hablaba del fuego de la hornilla que había en la casa en la que se crio, en Stoneytown.

Yo prestaba atención siempre que Min pronunciaba ese nombre. Se trataba de un asentamiento de trabajadores de cantera al borde del mar, un lugar del que ella renegaba pero que a mí me resultaba tan exótico como Shangri-La.

«En el sitio ese nos congelábamos —decía con un resoplido—. Si los barcos no podían cruzar desde Milbay para llevarse las piedras, nos quedábamos sin carbón —añadía, y acercaba la silla a nuestro fuego con un escalofrío muy teatrero—. ¡Nos pasábamos semanas esperando una pizca de carbón!».

A menudo me preguntaba por qué el fuego sería tan importante para ella. Entonces, un día entendí que en las regiones remotas de Irlanda, en la oscura década de 1930 asolada por la pobreza, el fuego mismo era la vida. La hornilla de una cocina debía de ser la diosa de la casa; la gente dependía por completo de ella para cocinar, hornear pan, calentarse, secarlo todo. Min admitía que había bosques cerca de Stoneytown, sí, pero yo sabía perfectamente que la madera de haya no era buena para arder en una hornilla, ¿verdad?

Min tenía el abrigo ya puesto, lista para salir. Sin embargo, era tal su satisfacción por haber convencido al fuego de hacer llamarada que se apoyaba el bolso grande en el regazo y se quedaba ahí sentada en paz, mirando las llamas, con la cara rejuvenecida de nuevo por los reflejos rosados.

No todos los días, pero sí dos o tres veces por semana, Min hacía el esfuerzo de acercarse al espejito de la trascocina para ponerse pintalabios y pasarse un cepillo por el pelo. Mucha gente sonreía inconscientemente al verla porque solo medía metro y medio de altura y tenía los ojos oscuros como los de un titís. Yo sabía que no era tan mona como parecía, pero a menudo también esbozaba una sonrisa ante sus menudencias. No podía evitarlo.

A continuación, Min separaba con cuidado la página del crucigrama del resto del periódico del día anterior y se iba al Kilbride Inn. Hacía el crucigrama con un día de retraso porque las respuestas aparecían en el del día siguiente, así que podía mirarlas si se quedaba atascada. Yo no era bienvenida y eso estaba asumido.

Me decía a mí misma: ¿por qué se molestará en ir allí? Si se limita a sentarse sola y punto. No la entiendo. Y luego pensaba: ¿qué más da si la entiendes o no? De todos modos, estás atrapada aquí con ella. Había sido una madre para mí desde la semana de mi nacimiento, pero ninguna ley dicta que tengas que entender ni siquiera a tu madre, mucho menos a una tía que se ha hecho cargo de ti al morir su hermana. Y pensaba, sin resentimiento alguno, que a ella le daba igual no entenderme a mí. Es más: en el mundo muy poca gente intenta entenderse. El afán analítico es una enfermedad de las clases occidentales instruidas.

Y aun así (recuerdo examinar lentamente esta idea, sentada en la cocina, en silencio, con Bell por una vez satisfecha de estar en mi regazo), la gente acepta que las parejas que elige son personas distintas, personas independientes. La gente es capaz de hacer el amor sin tener ni idea de lo que les pasa por la cabeza a sus amantes (yo lo había hecho, con frecuencia). Es capaz de mirar el cuerpo fallecido de una esposa o de un marido y pensar: «En realidad, nunca llegué a conocer a esta persona». Pero ¿la mujer que te crio? Nunca en mi vida me he encontrado con nadie que no se sintiera con derecho a conocer a esa mujer.

Dudé de mi capacidad para reconocer algún lugar del paisaje interior de Min. ¿Y qué sabía ella del miasma de imágenes que me mantenían a mí sentada en tono soñador ante la mesa de la cocina? Me movía deambulando perezosa de una estampa a otra: la orilla del mar al atardecer cerca de Dakar, con esos cangrejos grandes que caminaban por la arena hacia las hileras uniformes de espuma blanca; clac clac, avanzaban, y las olas hacían hush hush. El hule de la mesa sobre la hierba, junto a una granja en el monte Rigi, y el sabor intenso del queso gratinado sobre unos huevos fritos. Los niños que se me acercaban en la oscuridad de camino a la escuela, por un paso elevado entre campos de fango invernal en Flandes; la manera en la que el brillo de sus brazaletes fluorescentes flotaba en el aire, y cómo las gaviotas fantasmales se alimentaban en los campos vacíos de alrededor mientras el amanecer bañaba el horizonte. No había nada que hacer ante el modo en el que esas imágenes me tenían cautiva en una experiencia solitaria. Era la vida misma la que me hacía estar tan distante de ella como ella lo estaba de mí, caminando con sus taconcitos hacia el *pub* con Dios sabe qué cosas en mente.

Mis recuerdos no apuntaban a ningún camino en concreto que me

llevase al futuro. Abría el portátil y buscaba en Google las agencias con las que siempre había conseguido mis trabajos: Unesco, Overseas Aid, World Opportunity, el Parlamento Europeo. Y me ensimismaba en la fantasía. Myanmar. ¿Y si intento irme a Myanmar? Rangún seguro que es una versión desgastada y húmeda de algún sitio como, no sé, La Valeta en la década de 1950. Tropical, pero con torres de reloj de piedra y parterres municipales de flores. Finura británica revestida de carácter extranjero en una atmósfera densa y húmeda. Pero ¿estaría bien trabajar en Myanmar? En Adelaida había un empleo disponible. Podría dirigir una librería de lenguas extranjeras en Adelaida haciendo el pino. Alguien me había contado que los vinos de allí eran maravillosos. O Maracaibo. Querían a alguien que llevase una escuela grande en la que enseñaban inglés a los trabajadores del petróleo. Hombres. Pero hombres latinos… Siempre me había costado mucho ser como ellos querían que una fuese, incluso de joven, cuando intentaba agradar a cualquiera.

Guatemala era mi mejor apuesta. Yo era la profesora de inglés como lengua extranjera más cualificada del mundo, o casi, y la preciosa ciudad de Santiago estaba llena de escuelas de enseñanza de inglés para extranjeros. Me descargué el formulario de solicitud para Santiago. Aunque no había ninguna urgencia en lo que estaba haciendo. Al final las manos permanecerían ociosas.

Lleva cierto tiempo regresar a un sitio.

Cuando cambiaba de país cada pocos años, adquiría los privilegios de una expatriada en todos y cada uno de los traslados. En los sitios a los que iba podía reinventarme. Sin embargo, mis amigas de Kilbride nunca me dejaban salirme con la mía. Según parecía, eran expertas en saber cómo debía comportarme, aunque Peg, que siempre estaba ahí porque era la novia de Monty, era más joven que yo; y Tessa, que era mi amiga desde mi primer día de trabajo en la librería de Boody, era mayor.

Tessa era la representante sindical cuando entré a trabajar en la librería y tenía una actitud muy dinámica y enérgica con todos nosotros, actitud que seguía mostrando conmigo. Poco después de mi regreso, hubo una fiesta en su honor porque se jubilaba anticipadamente del sindicato, y me puse un vestidito italiano negro y fabuloso que me seguía quedando muy bien y unos tacones de ocho centímetros.

—Sí que te arreglaste ese día, ¿eh? —me dijo Tessa luego, cuando

hicimos balance de la fiesta—. Todo el mundo hablaba de ti, Rosie, aunque supongo que es comprensible, todavía eres novedad. Y el traje negro ese es sensacional. Aunque no sé qué opinas, pero quizá le iría bien alguna cosita al cuello.

Peg, con un tono de voz aparentemente neutral, añadió:

—Casi todas las muchachas tuvieron que ir directas del trabajo y no pudieron arreglarse.

—¡Venga, ya está bien! —dije riéndome de ellas.

Sin embargo, ni siquiera eran conscientes de que siempre estaban intentando enseñarme cómo se suponía que tenía que ser una mujer soltera de cincuenta y tantos años en Kilbride, Dublín, Irlanda. Cada dos por tres, alguna me soltaba: «¿Vas a ir a la de las once y media?», como si por alguna razón ya no recordasen que yo nunca iba a misa. Y un día, cuando me llevé a Andy al cine porque me había acercado en coche a la ciudad, apenas hablaron, pese a que lo conocían de toda la vida igual que yo. Fue su manera de insinuarme que no estaba bien llevarse a un hombre a una noche de chicas.

Sabía que me estaban moldeando para la comunidad y que en eso subyacía una preocupación por mí. En cualquier caso, aún conservaba la tarjeta que mis amigos del Servicio de Información de Bruselas habían incluido junto a los prismáticos que me regalaron en una fiesta de despedida; fue en una taberna de Flandes, en la que bailamos toda la noche valses tocados en un órgano mecánico. «Gracias por hacernos la vida tan divertida», decía la tarjeta. Esas palabras escondían una promesa: quizá me sintiera un poco desanimada, pero en otros tiempos había sido una persona animada, y volvería a serlo.

Le hablé a la gata.

—Ulises estuvo fuera veinte años y su perro lo esperó. ¿Lo sabías? Argos se llamaba el perro. Era tan viejo que se había puesto blanco, pero esperó a su amo y cuando por fin lo vio llegar a casa se dejó morir. ¿Estás pensando en morirte ahora que he vuelto, Bell?

La gata dejó de lamerse la piel para levantar la vista y dedicarme una mirada insolente de soslayo.

Hablando de morirse, el del seguro me había preguntado si quería mejorar la cobertura del seguro de decesos de Min. Por primera vez, el dinero empezó a preocuparme. Llegó además la factura de la calefacción

central. Después, un día Min comentó en un tono de voz que dejaba entrever un auténtico anhelo que en la carnicería había unas patas de cordero magníficas pero a un precio horrible. Yo estaba haciendo una sustitución en la biblioteca de Kilbride todas las semanas y con eso entraba algún dinero. Tenía además suficientes ahorros para pasar otro año al ritmo que íbamos, incluso aunque me había comprado un coche pequeño de segunda mano para llevar a Min aquí y allá (tampoco es que ella hubiese aceptado todavía que la llevase aquí y allá). Y hasta tenía un bono que podía liquidar para acristalar y enlosar el patio de atrás si Min alguna vez daba el visto bueno a ese plan. Si el patio estuviese de verdad bien arreglado, quizá no se iría tanto al *pub*.

Por lo que yo sabía, en la sesión del mediodía no bebía más que un poquito, pero de todos modos, cuando llegaba a casa venía cambiada. Siempre iba ligeramente perjudicada. Y luego a veces algo le había molestado y se quedaba en el *pub* más de un par de horas. Después llegaba a casa y empezaba a hacer cosas por ahí, plena de un falso júbilo, y el corazón se me ponía en un puño al comprobar lo torpe que se ponía cuando bebía. Y había algunas ocasiones en las que al volver, por la tarde, se metía en la cama, pero luego se levantaba y salía otra vez, y cuando regresaba tenía una sonrisa que era como una mueca. No podía ni mirarla. Eso solo lo hizo tres veces en cinco meses, nada en comparación con lo de la señora Beckett, de nuestra misma calle, que era alcohólica, por no hablar del colectivo entero de hombres de la zona. Pero la cosa era que yo nunca sabía cuándo iba a pasar.

Al principio me acercaba al *pub* de vez en cuando aunque ella no me lo pidiese. La veía desde la puerta, al otro lado del salón, más allá de un suelo lleno de sillas y mesas vacías. Le distinguía el contorno del pelo alborotado frente a la ventana que Min abría cuando se le antojaba, tal y como habría hecho la dueña misma del local. En aquella sala grande conseguía hacerse un espacio invisible a su alrededor, como si fuese montada en un coche camino de algún sitio. Aunque no iba a ninguna parte. No tenía ninguna parte adonde ir. Verla me impresionaba, así que cuando atravesaba la moqueta grasienta ya iba emocionada de más. Antes incluso de que Min levantase la mirada con su cara de niña.

Pero ella no me quería allí.

La única vez que alcancé a ver algo de su vida interior fue en

septiembre, cuando se celebró una misa para conmemorar el primer aniversario del 11-S. Los días previos había estado muy charlatana, hablándome de aquel momento espantoso, contándome cómo miró de reojo la televisión y pensó que lo de ese avión que se dirigía a la torre era un juego, y que no encontraba el número de Reeny en España y el estofado que tenía puesto al fuego se quemó hasta tal punto que tuvo que tirar la olla a la basura, y que Andy Sutton bajó el sillón del dormitorio y salió y fue a buscar a la señora Beckett porque ella solo tiene RTÉ One en su tele, y que Tess apareció después del trabajo y preparó bocadillos de pollo, y que Andy se pasó por el Kilbride Inn a comprar diez o doce cervezas y una botella de vodka porque la gente estuvo toda la noche pasando por casa. Y por la acera entera se veían las puertas de las casas abiertas y oías el estruendo de los televisores, y el hijo de Enzo les llevó *fish and chips* aunque el Sorrento normalmente no tenía reparto a domicilio, y luego el muchacho se quedó también, mirando la televisión boquiabierto.

—Justo al principio me entró un miedo horrible, cuando me acordé de Markey Cuffe, que era tu mejor amigo cuando tenías el hocico siempre metido en un libro, el niño de Florence Cuffe, que se fue a Nueva York. No paraba de preguntarle a todo el mundo dónde trabajaba el niño. Se crio en la calle de atrás y podía estar muerto, perfectamente, muchos de aquí tenían a gente allí por la que estaban locos de preocupación y no podían hacer nada de nada, las líneas estaban todas colapsadas y era imposible contactar con Estados Unidos. Pero entonces busqué las tarjetas que tenía guardadas de la Navidad anterior, porque el muchacho siempre manda una felicitación grande con cosas doradas, y ahí estaba la dirección de su negocio, y era en Seattle. Y yo de Seattle sé todo lo que hay que saber, que Reeny y yo veíamos mucho *Frasier*.

Daba la impresión de que todo Kilbride iba a asistir a la misa de conmemoración, y Min estuvo lista desde bien temprano. Se colocó un abrigo tan antiguo que me acordaba de verla llegar a los grandes almacenes Pillar con él puesto cuando yo trabajaba allí, y entré a trabajar en ese sitio a los dieciséis años.

—Min —empecé a decir, pero me interrumpió.

—Este abrigo costó cientos de libras —comentó con grandilocuencia—. Estaba en el armario de la madre de tu padre cuando lo despejé, y apenas se había usado.

—Pero, Min…

Intenté señalarle que olía demasiado a naftalina.

—Y tú —me dijo, mirándome con gesto reprobador de arriba abajo—, tú podías ponerte la falda buena. Sube a cambiarte. Y bájate los tacones altos, que te los limpio un poco.

En la iglesia, la multitud la mantenía apretujada contra mí. Vi que tenía los ojos cerrados y no prestaba atención a la liturgia. En vez de eso (estaba tan pegada a mí que no podía evitar oírla), estuvo rezando y rezando en voz baja: «Dios mío, Dios mío. Dios mío ten piedad. Virgen Santa, ayúdalos», la oía decir. Nunca había visto una cosa igual en Min. Lo último que habría hecho en su vida era implorar.

La clave en la que no paraba de insistir, muy seria, como si por repetirlo las veces suficientes yo fuese a entenderlo, era que se trataba de personas normales y trabajadoras, las que habían muerto. «No estaban haciéndole mal a nadie —decía mirándome, perpleja aún por la injusticia—. Se esforzaban lo que podían. Iban a su trabajo».

Sin embargo, conforme el invierno se asentó, Min fue saliendo cada vez menos.

«¿Qué pasa? ¿No te vas a levantar?», le decía. «El coche está en la puerta, ¿te acerco al *pub*?». Le pregunté si quería ir a las Canarias, a tomar un poco de sol. O a Londres. Podíamos ir a ver ropa a las rebajas.

—¿Compramos un perro? —le dije.

Reaccionó de inmediato.

—¡Ni por asomo! Bell odia los perros.

—¡Vaya, Bell! —dije en tono resentido, y la cara a rayas del animal, con sus ojos parejos dorados, asomó de entre las mantas, por debajo de la barbilla de Min—. Creo que esta gata me está diciendo que me vuelva por donde he venido.

Min no dijo nada.

Solté la idea de arreglar el patio y de contratar un seguro privado de salud por si Min necesitaba alguna hospitalización. Sin embargo, todo eso la descalificaba para los servicios de la psicóloga social que solía venir a casa. Cuando nos enteramos, Min estuvo por una vez encantada conmigo.

—¡Bien hecho! —me dijo con aprobación—. No sabía cómo deshacerme de esa mujer. Es ella la que necesita que le analicen la cabeza, no yo.

Pero el resultado era que ya no estábamos haciendo nada en absoluto

ante la situación. Así que fui a la librería Eason's y me pasé por la sección de autoayuda (un sitio en el que no había estado nunca antes) para buscar algo que pudiera servirnos. Me llevé a casa *Escuchar a la depresión: cómo entender el dolor puede sanarte* y *Depresión: un enfoque mente-cuerpo*. Durante un tiempo le estuve leyendo ambos libros todas las noches, y Min decía que eran geniales, muy interesantes. Pero se quedaba dormida pasadas unas pocas páginas.

Nuestra Navidad fue muy tranquila y la Nochevieja también se hizo un poco pesada, aunque en la televisión había algunas locuras divertidas. Min estaba en la cama y yo me senté junto al fuego de la cocina e hice lo que pude por reírme conmigo misma. ¿Por qué no habré sido Angela Gheorghiu?, susurré a un público imaginario. Por poner solo un ejemplo. ¿Por qué tuve que nacer entre la puñetera clase trabajadora de Dublín? ¿Por qué no pudo nacer Doris Duke aquí y yo en Newport o donde fuese? ¿Qué diferencia habría supuesto eso para el universo? ¿Por qué no era yo guapa y rica, famosa y admirada por hombres altos y apuestos vestidos con abrigos largos, y con un pelo plateado precioso y rizado en torno a unos cuellos de modelado exquisito? Plácido Domingo, ese tipo de hombres.* ¿Por qué no podía haber sido yo el tipo de mujer que le habría gustado a Rilke? Toda pieles y con una mente brillante. Con un castillo. Esas mujeres no tenían que cuidar de sus tías. Rilke no tuvo que cuidar de su tía; de hecho, se negó a cuidar de su madre. Para Rilke las cosas habían sido fáciles, en comparación con otra gente que no tiene más remedio que cuidar de sus parientes mayores; un tema, por cierto, sobre el que, a pesar de ocurrirle a casi todo el mundo, no existe apenas literatura. No existen ni documentos escritos, mucho menos literatura.

Me topé con algo en internet: una lista de propósitos que, si los seguías a rajatabla, te ayudaban a controlar la depresión. Los imprimí y se los subí a Min con una taza de té y un trozo de bizcocho de frutas de Reeny, receta española. El ambiente en su habitación era acogedor, con la nueva calefacción a gas y las cortinas cerradas frente a la noche invernal, y Bell supervisándolo todo desde su cesta, sobre el tocador, y el transistor hablando consigo mismo sobre la almohada.

Empecé la lección.

—Bien. Número uno. «Invertir tiempo en consolidar mis puntos fuertes y no en remendar mis debilidades».

—Tiene sentido —dijo Min tras una pausa—. Pero ¿a qué debilidades se

refiere la persona que ha escrito eso?

—A las que tengas, las que sean. ¿Cuáles tienes tú?

Hubo una pausa más larga.

—No se referirá a, no sé, tener debilidad por bañar las patatas en mantequilla, ¿no? —aventuró Min.

—No, no creo. Bueno, vamos a dejar esta a un lado y a probar con el número dos. «Preguntarme todos los días "¿Qué necesito?" y dar un paso para cubrir esa necesidad».

—¡Eso es genial! —dijo Min con entusiasmo—. Entonces, si necesitara llevar a Bell al veterinario, podría pedirte que lo llamaras para pedir cita.

—¿Le pasa algo a Bell?

—Nada de nada. ¿Estás ahí, Bella? No te escondas bajo las sábanas, Bella. Ven aquí donde pueda verte.

—Lo siguiente es: «Redactar una lista de actividades placenteras y hacer una todas las semanas».

—Fácil —dijo Min—. Estaba pensando en ir a misa a algún sitio que no fuera la iglesia de Kilbride. No me gusta el padre Simms, el viejo ese. Y eso es semanal.

—Vale —dije con cautela—. Está bien. Así se pasa a la acción. Ahora, el número cuatro. «Admitir que no sé», eso dice.

—¿Que no sé el qué? —preguntó Min beligerante—. Yo sí sé.

—¿Qué sabes?

—Sé muchas cosas. Dejé de estudiar el día que cumplí catorce años.

—Ya, Min. Me lo has contado unas quinientas veces.

—Pero eso no significa que no sepa cosas.

Se estaba empezando a ofender.

—¡Min! ¿Quién ha dicho eso? Eres muy capaz de hacer el crucigrama complicado, por ejemplo, y antes me escribías las mejores cartas del mundo. En fin, la última: «Decirme "No" alguna vez y decírselo a otras personas muchas más veces».

—No —dijo Min.

—¿No qué?

—No al cenutrio que haya escrito las normas esas. No. Son una mamarrachada muy grande. No, no pienso hacer ninguna, ninguna.

—¡Muy bien! —Me puse a bailar alrededor de la cama—. ¡Así se habla, amiga!

Empezó a sonar una campana de bienvenida del año nuevo. El primer

din don de alegría llegó de la catedral de Christchurch, situada en un monte a unos cuatro o cinco kilómetros en mitad de la ciudad, y luego una oleada de campanadas recogió el tintineo de otras campanas que avanzaban hacia nosotras, de iglesia en iglesia, por el curso del Liffey y por las calles oscuras, y a través del canal hasta alcanzar los tejados de nuestras hileras de casas bajas de ladrillo y callejuelas. La bahía de Dublín queda al otro lado de Kilbride, y de repente todos los barcos que allí había hicieron sonar sus bocinas para dar la bienvenida a la medianoche en estrecha competencia con las campanas. Abrí la ventana y la habitación se llenó de una desquiciada cacofonía de pitidos y repiqueteos, y Min encontró *Auld lang syne* en la radio y las dos nos pusimos a cantarla, y Bell empezó el año nuevo saliendo por la puerta de la habitación, enfurecida.[1]

De RosieB a MarkC@rmbooks.com

Hola, Markey:

He sacado tu dirección de la felicitación navideña que mandaste desde Seattle. Espero que no te moleste que la use.

Me pongo en contacto contigo desde… Adivina. Correcto. La misma casa de siempre. He vuelto porque Min se había encerrado mucho y estaba bebiendo (aunque de momento solo un poco, crucemos los dedos).

¿Te acuerdas de la tienda de Colfer? ¿Del señor Colfer, que tardaba media hora en servirle lo que fuera a cualquiera? Bueno, pues Peg, su hija, la pequeña (que es amiga mía y lleva siglos saliendo con el hijo de Reeny, Monty, ¿te acuerdas de Reeny? Se llevaba muy bien con tu madre, aunque no es nada religiosa), me regaló dos libros por Navidad. Uno era de un sacerdote con el que una vez fui a una manifestación y el otro de una estadounidense que estuvo casada con Seán Bán Breathnach, el que hacía los comentarios de los partidos de fútbol en irlandés.[2] Libros escritos para ayudarte en la vida.

Peg me dijo que los dos autores son ahora millonarios, y que eso es porque la gente piensa que son irlandeses. Bueno, no exactamente irlandeses, sino celtas (parece que la gente se cree que los irlandeses salen a trompicones de los bares y se pegan palizas, pero que los celtas tienen más clase).

Lo que quería preguntarte, Markey, es si no podría escribir yo un libro para aconsejar a la gente sobre cómo avanzar por la vida.

Yo soy tan celta como cualquiera. Y soy una escritora con experiencia. Te adjunto mi CV y ahí verás que, con los años, en distintos trabajos, he escrito todo tipo de material promocional, educativo e informativo. Y ESTOY DESESPERADA por tener

un trabajo que pueda hacer en casa, para echarle un ojo a Min, porque a veces creo que está muy deprimida.

Soy consciente de que Rare Medical Books es un negocio de venta de libros, no una editorial, pero seguro que conoces a gente en el mundo editorial de allí. ¿Sería posible que me pusieras en contacto con algún agente especializado en ese tipo de cosas? Sé que sería mucha carambola, pero en serio, Markey, por lo que he visto, hasta un crío de teta podría hacerlo mejor que mucha de la gente que escribe esos libros. Su punto fuerte parece ser el tono alegre y optimista, y creo que podría imitarlo.

Te paso un ejemplo:

¡Las cuatro reglas de Rosie Barry para la mitad del viaje!

¿Tienes tal riqueza de experiencias que aún te sientes joven de espíritu?

¿Te da a veces la impresión de que ni los desafíos ni las recompensas de esos vibrantes años que el mundo llama «mediana edad» reciben la atención que merecen?

Las cuatro reglas parten de la sabiduría, del disfrute y del amor hacia el prójimo que has adquirido gracias a una vida bien vivida.

No permitas que los años te lleven adonde no quieres ir.

1. ¡Juega como siempre lo has hecho!
2. ¡No tengas miedo a nada!
3. Que todos los días sean una fiesta.
4. ¡Y no olvides, pero perdona!

Muchas gracias de antemano por cualquier ayuda que puedas prestarme, Markey. Y recuerda que si alguien en el mundo de la autoayuda quiere conocerme para hablar de esta idea o de alguna otra, no tengo problema en ir a Nueva York.

No te he vuelto a escribir desde la postal de Chopin que te mandé desde Varsovia, hace ya mucho tiempo, pero he pensado en ti y he hablado contigo mentalmente muchas, muchas veces.

Rosie Barry.

[*] Nota de los editores: en 2009, cuando se publicó en inglés *Best Love, Rosie,* la reputación de Plácido Domingo era otra muy distinta a la de 2022.

[1] *Auld lang syne* («Hace mucho tiempo», en escocés) es una canción típica de Año Nuevo en el mundo anglosajón, aunque se utiliza en general para cualquier acontecimiento que implique una despedida. *(Todas las notas son de la traductora)*

[2] En 1974, la estadounidense Sarah Bán Breathnach, entonces Sarah Devereaux-Wilde, se casó con el periodista irlandés Seán Bán Breathnach, tan solo unos días después de conocerlo. Casi de inmediato se arrepintió de ello, pero por entonces en Irlanda el divorcio no era legal. Cuando, ya de vuelta en Estados Unidos, consiguió anular el matrimonio, ya se había hecho famosa escribiendo libros de autoayuda firmados con su nuevo apellido irlandés, así que lo mantuvo.

2

—Markey, ¿qué hora es en Seattle? En tu mensaje decías que podía llamarte cuando fuera. ¿Estás ocupado? ¿Puedes atenderme un minuto?

—Rosie, ¿qué te pasa en la voz?

—Se supone que Min está dormida, pero puede bajar en cualquier momento. Cree que las llamadas de larga distancia nos van a obligar a vivir en un albergue, aunque sea una llamada recibida. Cuando Reeny llama desde España sostiene el auricular lejos de la oreja, como si de ahí se escapara la electricidad, y grita: «Por aquí todo bien, graciasadios» e intenta colgar rápido. Pero bueno, Markey, ¿tienes alguna noticia?

—Un agente me dijo que se pondría en contacto conmigo, y hoy seguiré preguntando.

—Vale. Gracias —susurré—. Seguimos hablando.

Del baño llegaba una canción. Ah, sí, sábado. Había empezado a insistirle a Min para que se levantase los sábados. Le dije que había que airear la cama. Obedecía porque la sacaba a desayunar fuera.

Min estaba cantando *Là ci darem la mano* en un esperanto de cosecha propia. Solo Dios sabe de qué creería Min que hablaba esa canción, o cualquier otra de las canciones italianas o francesas o, para el caso, inglesas que entonaba emitiendo ruidos que imitaban palabras.

La mandé de vuelta arriba a por el gorro de lana y salimos a un viento que nos abofeteó la cara.

—¿Conoces el país donde florecen los limoneros? —le dije mientras tiritaba esperando para cruzar la carretera principal—. Es Italia —aclaré.

—Vale, pues corre a Italia. ¿A qué esperas?

No me molesté en responder.

El hombre del kiosco de prensa del centro comercial tontea con todas las mujeres que entran. Lo intentó con Min, pese a que no solo aparentaba

tener sesenta y nueve años, sino que aparentaba además ser un poco rara. Pero ella no se dio cuenta. Dijo «¡sí, sí!» con impaciencia y me buscó el periódico lo más rápido posible, porque sabía que si tenía algo para leer me quedaría más rato en la cafetería. Yo me ponía a mirar las noticias mientras ella permanecía sentada junto a mí examinando el lugar, asintiendo, sonriendo y torciendo el morro ante esto o aquello, como una generosa potentada. Me daba cuenta de lo que hacía. Cuando estaba con ella en público me ponía tensísima. Tenía que ahuyentar de mi cabeza la idea de que alguien nos mirase a las dos juntas y pudiera pensar que era mi madre y creer que estaba viendo en ella la persona en la que yo me convertiría.

Y tenía que ahuyentar además la idea de que nadie nos mirase nunca.

Y tenía que admitir para mí misma, muy avergonzada, que con «nadie» me refería en concreto a ningún hombre. En Kilbride no había hombres de los que mirarían con interés a un par de mujeres como mi tía y yo. ¿Y dónde los había? De joven yo era una feminista orgullosa y despertaba el interés allá donde iba; nunca me paré a pensar entonces lo que el paso del tiempo podría hacer con mi autosuficiencia. Hasta hace poco, cuando la historia con Leo se enfrió, no entendí que había salido de un mundo en el que había hombres que buscaban a mujeres para entrar en un mundo en el que sobre todo había mujeres, y hombres gais, y hombres muy satisfechos con sus matrimonios. Me mandaron un tiempo a Luxemburgo con el Servicio de Información, y mi jefa, una mujer muy amargada, me dijo el primer día que, demográficamente, en aquel diminuto país había nueve mujeres solteras por cada hombre soltero.

«Y son mujeres jóvenes casi todas», aclaró mirándome.

La cafetería estaba tranquila. A la izquierda de Min, una señora mayor le ponía caras sonrientes a un bebé repantingado en un carrito que había delante de una joven que charlaba con otra joven, que tenía enfrente otro carrito y que no le quitaba los ojos en ningún momento a su bebé, muy relajado. Las dos muchachas llevaban vaqueros y tacones altos y parecían tan cómodas en sus papeles que daba la impresión de que hubiesen estado ensayándolos durante miles de años. ¿Qué sentido teníamos Min y yo en comparación con eso? Se estaban desperdiciando recursos de la tierra para mantenernos a las dos con vida. Ese día, Min había insistido en llevar al cuello un pañuelo de gasa. «Un toque de color en el escote siempre favorece», me dijo en tono de importancia. Muchas veces me preguntaba de dónde sacaba esas pequeñas y variadas declaraciones sobre la feminidad que

profería como si fuesen mandatos sagrados. En una ocasión, desde lejos y muy vagamente, vi Stoneytown, el lugar en el que Min se había criado. Incluso antes de quedar abandonado, aquel sitio solo había llegado a ser una hilera de casas grises acompañada de una casa solitaria sobre un litoral rocoso, en la punta misma del cabo en el que el río Milbay desemboca en el mar, ochenta kilómetros al sur de Dublín. Poca gasa y satén habría en esas regiones, creo yo.

Estábamos sentadas en nuestro extremo del banco. Min tenía la cabeza inclinada sobre su plato; allí sí se comía los huevos revueltos con ganas, cuando en casa ni los tocaba. El pelo se le veía de un color castaño vivo gracias a la reciente visita de la peluquera que arreglaba a las ancianas gratis. Para eso salía de la cama con mucha celeridad. Confiando en ese entusiasmo, una vez le dije: «¡Ahí tienes, Min! ¡La peluquera! ¡Un ejemplo de algo que disfrutas y que no estarías disfrutando si no fueras pensionista!», y la desolación de su mirada como respuesta me sacó toda la sinceridad. «¿Y qué se le va a hacer, Min? ¡Yo no puedo evitar que las cosas sean como son!», le espeté.

No obstante, por lo que yo sabía, hacerse vieja no era lo que la estaba deprimiendo. Mucha gente acepta la vida como le viene. No sé cómo.

—Voy a ver qué pinta tienen los postres, ¿vale? Nos podíamos dar un caprichito.

La señora mayor se había puesto en pie con un poco de inseguridad. La cara se le había retraído alrededor de la boca y le dejaba a la vista unos dientes demasiado grandes.

—Tengo que ir al baño —la oí decirle a la joven madre.

—Pues ve —respondió la joven—. Eres muy capaz de hacerlo tú sola.

—¿Yo sola? —La mujer seguía de pie, indecisa, sujeta al respaldo de una silla—. ¿Y dónde está el baño?

Me acerqué a la barra y elegí una macedonia de frutas y un trozo de tarta de manzana.

—Disculpe, ¿esta señora está con usted?

Un hombre con traje de gerente hablaba en voz alta y acusadora. Tras él, la anciana mantenía el bolso sujeto delante de la cara como para esconderla. Tenía los ojos cerrados, pero una lágrima le rodaba junto a la nariz.

—Se la han encontrado en la cocina. A los clientes no se les permite acceder a la cocina —añadió el hombre.

—¡Me he perdido! —gritó ella con la voz rota—. ¡No sabía dónde

estaba!

—¡Vale, ya está! Deja de llorar, por Dios —dijo la joven, pero la mujer mayor no podía parar—. ¡Venga, calla ya! —volvió a espetarle la muchacha, con tal desprecio que incluso el gerente reculó.

—Yo estoy que voy a estallar también, señora. —Min se había levantado —. Sé por dónde es.

Min había rodeado el carrito y estaba ya acompañando a la señora mayor antes de que me diese tiempo de dejar la bandeja en la mesa.

Llegando a casa, Min dijo:

—¿Qué hora es?

—Las doce y media. Es temprano —maticé, por si no había entendido mi tono de voz.

—¿Has terminado la página del crucigrama?

En otras palabras: iba a irse al *pub*, fuera lo temprano que fuese.

—Podríamos ir al centro. Darnos una vuelta por las tiendas, y quizá comprarle a Bell una cesta nueva porque la que tiene se está cayendo a pedazos. —Dicen que no debes pedirle a alguien que deje de hacer algo sin ofrecerle otra cosa a cambio—. O podíamos ir a algún sitio con el coche. Sería genial salir un poco de Dublín.

—¿Qué problema hay con Dublín? Estaré de vuelta dentro de una hora.

Y puso rumbo al *pub*.

Yo cogí el autobús al centro y me pasé por la sección de autoayuda de Eason's. No es que yo sea ninguna abstemia: me encanta tomarme un par de copas de vino si la comida lo merece. Por supuesto, en los viejos tiempos unas cuantas botellas nunca eran demasiado si el almuerzo se alargaba con roces, sonrojos, silencios y manos que se separaban de golpe por la impresión de tocarse. ¿Nunca más algo así? ¿Era eso lo que tenía que aceptar? Sí, era eso.

No lo pienses.

Nada. Nada que ayudase ante la ingobernable nostalgia de unos almuerzos largos y ebrios con gente a la que le gustabas. Nada que ayudase a afrontar el arrepentimiento.

Y esa noche, mi proyecto tocó fondo.

De MarkC@rmbooks.com a Rosie Barry

He movido lo de las cuatro reglas entre varias personas y se han limitado a

soltar unas risitas. Creo que el problema es la palabra «regla».

En cualquier caso, la agente ni siquiera me ha hablado de tu idea.

Ha querido saber de ti y le he dicho que eras más lista que el hambre. Luego me ha preguntado por tu aspecto y le he explicado que en realidad llevaba años sin verte pero que siempre tuviste buen físico. Me ha preguntado cuántos años concretamente y me he sorprendido al darme cuenta de que eran más de treinta. Me ha dicho que por desgracia lo más importante para vender en este mercado es cómo encaje el autor o autora y, si no eres joven y guapa, tienes que ser Shirley MacLaine.

Rosie, no te rindas. Seguiré buscando agente o editorial. ¿Era en serio cuando decías que podías venir a Nueva York? Estaré allí para la Feria de Libros Antiguos. ¿Hay posibilidad de que puedas viajar entonces? Tengo el calendario ya apretadísimo, pero podría cancelar lo de la primera mañana y enseñarte algunos de mis sitios favoritos. Manhattan no es como Dublín. Hay que madrugar mucho para verla bien.

Estoy muy emocionado de volver a estar en contacto contigo. Ven si puedes.

3

Tess, Peg y yo fuimos a tomar un helado después del cine, y eso que la falda del traje rosa que me había puesto me estaba ya apretadilla.

—¿Así te vistes para ir a ver una peli? —dijo Tess incrédula—. A ella es que todo le va bien. Me saca treinta centímetros y está como un palillo, y ha copiado a la perfección el estilo de Jackie Kennedy, con los vestiditos acampanados y todo.

—Tendré que usar esto de vez en cuando o no voy a amortizarlo nunca —respondí a la defensiva.

No había tenido nada de suerte con ese traje. Min iba conmigo el día que me lo compré y se encargó de informar a la dependienta de que yo debía de estar mal de la cabeza, que nadie con buen juicio elegiría un color en el que se notasen las manchas. Le aclaré que había visto a mujeres nómadas en el desierto cerca de Isfahán que vestían con muchos tonos rosas y que estaban cubiertas de polvo y aun así iban divinas, y Min me lanzó una mirada de «menuda mosca cojonera eres cuando quieres». No podía culparla. Sin embargo, como le dije, daba la casualidad de que yo había vivido en todo tipo de sitios y había visto todo tipo de cosas, y no podía evitar que se me vinieran a la cabeza solo por ser amable con una persona que no había estado en ninguna parte.

Min se rio con ganas. «Vaya con doña Estirada», me respondió.

El helado al menos me ayudó a dejar de sorberme los mocos: había llorado tantísimo con *Babe* que Tessa se había cambiado a la fila de atrás aduciendo que se estaba mojando. Tess tenía un aspecto atractivo y atlético, con aquellos pantalones de pitillo grises y la camiseta blanca bajo el forro polar gordo, y las piernas se le veían fuertes con las deportivas de suela gruesa. Nunca decía su edad exacta, pero debía rondar los sesenta y tres años, en la antesala ya de la jubilación, aunque nadie lo habría dicho. Un mechón de plata pura, como una insignia de honradez, le atravesaba un pelo por lo general entrecano, que yo creía que era natural pero que Peg

decía que podía ser un buen trabajo de tinte.

—Seis kilómetros en la cinta de correr esta mañana. ¿Qué me decís? —comentó Tessa.

—¿Cómo no te vuelves loca del aburrimiento? —le pregunté—. Aunque desde luego compensa. Pareces una profesora de gimnasia sexi.

—La profesora de gimnasia de mi colegio era una monja gorda —respondió Tessa—. ¿Te has pillado el libro del *bridge*? ¿Has hecho tus deberes? El *bridge* va a salvarnos del alzhéimer. Y tú eres una suertuda, que además no tienes nada que hacer en todo el día.

—No es verdad —intervino Peg en tono brusco—. Si vas a tener alzhéimer, vas a tenerlo igual.

Lo que Peg quería decir era que el hecho de que su madre hubiese padecido alzhéimer antes de morir no guardaba ninguna relación con el hecho de que su madre nunca hubiese leído ni un solo periódico, ni por supuesto hubiese jugado jamás a ningún juego de cartas complicado. Siempre se ponía a la defensiva con sus padres.

—¡Pues no, no tengo nada que hacer! —protesté—. Pero sí tengo una ambición. Estoy pensando en escribir un librito, un libro de autoayuda, como esos que se ven en los escaparates de las librerías: *Diez maneras de conseguir al hombre de tu vida* o *Los cuatro consejos infalibles para ganar un millón*. He comprado unos pocos para Min, sobre depresión, y de ahí he sacado la idea. La cosa es que ya he escrito cuadernillos, y artículos y manuales de publicidad. Puedo hacerlo. Así que voy a ir a Nueva York, a ver si puedo irrumpir en el mercado. Es que en Estados Unidos a la gente le encantan esos libros. Escritos por irlandeses. Markey Cuffe va a ayudarme.

Las dos me miraron fijamente. Parecían haberse quedado sin palabras.

—¿Acabas de decir que vas a escribir un libro sobre la depresión? —preguntó al fin Peg—. ¿Con el hijo de Flo Cuffe, el que le mandaba todo el dinero?

—Sobre la depresión no.

—Entonces ¿sobre qué? —preguntó Tess.

—Bueno, me estaba planteando escribir sobre hacerse vieja. No me refiero a vieja como la gente vieja, me refiero a los cambios a los que se enfrenta gente como nosotras, que no somos viejas pero tampoco jóvenes. ¿No necesita ayuda la gente con eso? Incluso las cosas pequeñas, como las manchitas marrones que te salen en el dorso de las manos, son todo un *shock*. Esperas que desaparezcan pero nunca se van. ¿Y sabéis lo que he visto

hoy en *The Irish Times*? —Saqué del bolsillo el recorte del periódico—. «La mujer irlandesa media de cuarenta años quiere pesar menos de lo que pesaba con veinte. La mayoría de las mujeres a partir de los cuarenta años odia su cuerpo desnudo, según un nuevo estudio, y puntúa su cuerpo con un tres y medio sobre diez, frente al siete sobre diez que le dan a su cuerpo de jóvenes». ¿No es horrible, amigas? ¡Lo odian!

Pero Peg, que compraba la ropa en la misma cadena de tiendas desde que era niña y que no había subido más de tres tallas a lo largo de décadas, se limitó a sonreír con gesto de mente ausente. Ese día llevaba unos vaqueros azules cubriéndole la mitad inferior del cuerpo, una mitad fornida y bien formada, y arriba lucía una blusa con un cuellecito de volantes y unas mangas globo. Una blusa tan de piolina como esa rozaba el límite permisible.

—Yo no lo calificaría de horrible, Rosie —dijo suavemente—. Hay un montón de cosas que calificaría de horribles antes que eso.

—¿Como qué?

—Pues la crueldad, por ejemplo. La crueldad con los niños. O con los animales, incluso.

—Sí, claro. Pero es que si odiarse a ellas mismas está destrozándoles la vida, eso también es crueldad. Las mujeres están siendo crueles consigo mismas en nombre de quien sea que odia a las mujeres tanto que las incapacita para aceptar sus cuerpos sean como sean.

Estaba rompiendo una norma no escrita. Nosotras tres nunca hablábamos de nuestro físico. Sí hablábamos del peso, pero de nada más. De jóvenes, Tessa y yo sí nos poníamos a suspirar y a reírnos y a dejar los ojos en blanco y a negar con la cabeza ante las cosas de los hombres; y más adelante Peg hacía lo mismo, antes de sentar la cabeza con Monty, como si entre nosotras nos entendiésemos tan perfectamente que no nos hiciera falta usar palabras. Lo cierto era que no las usábamos. Nuestra intimidad se basaba en la introversión.

Sin embargo, el recorte del periódico lo llevé a propósito para ver si podíamos acercarnos más. ¿Cómo era que el paso del tiempo, tan destructivo en muchos otros sentidos, no aminoraba el poder del ideal de estar delgadas? Las mujeres del estudio, al fin y al cabo, eran mujeres maduras; no estaban ya en exposición, en busca de pareja. ¿Era acaso el destino de la mujer moderna volverse en contra de su propio cuerpo? ¿Miraban mis amigas con dolor y asombro los signos de la edad igual que

hacía yo?

—Venga, Peg —dijo Tess sin quitarme los ojos de encima, como si yo supusiera un peligro—. Hazme una pregunta.

Peg abrió el libro y empezó a leer en alto:

—Al calcular el valor de una mano, ¿qué puntos tiene el diez de espadas en una mano en la que los únicos triunfos son el as, el rey, la reina y la sota de espadas?

Tras una pausa:

—No se cuenta, ¿no? —respondió Tess ansiosa.

—Bien. Buena chica. Ahora tú, Rosie. ¿Qué significa una apertura con un trébol?

—Eso tiene que venir después de la página cinco. Solo voy por la página cinco.

—Tenemos que aprender a jugar mientras estemos en la flor de la vida. Luego será demasiado tarde —dijo Tessa.

—Odio esas palabras: «demasiado tarde» —respondí con vehemencia—. ¿Demasiado tarde para qué? Si consigo escribir algo no va a estar en los escaparates hasta que tenga casi sesenta años, pero ¿para qué va a ser eso demasiado tarde?

—¿Qué escaparates? —preguntó Tess.

—¿Qué?

—¿En qué escaparates?

—En todos los escaparates. En todas partes.

—¿Igual que… igual que *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*? —preguntó Peg.

—¿Igual que *El sexo y la chica soltera*? —dijo Tess.

—Bueno, ese tipo de cosas, sí.

—Pero ¡qué sabrás tú de nada! —dijeron las dos al perfecto unísono, como si lo hubiesen ensayado.

—¡Pues esa es la cosa! ¡Yo soy como cualquier otra pobre tonta que no sabe lo que le está pasando en el cuerpo ni en el cerebro, y que no sabe cómo actuar! —De nuevo se quedaron en silencio—. De todas maneras, algo tendré que hacer. Vosotras dos parecéis muy satisfechas con cómo os van las cosas, pero yo no. Porque a ver, ¿qué tengo yo en mente para mi vida, quitando a Min? Nada, esa es la respuesta.

Hubo un silencio incómodo.

Nos subimos al coche de Tess, que se puso a leer los mensajes del móvil

mientras esperábamos en la cola para salir del *parking*. Normalmente, Tess se mostraba bastante despectiva con las mujeres que «se dejaban». Quizá pensara que lo mínimo que podía hacer una mujer con sobrepeso era odiarse a sí misma. Yo no podía predecir lo que tenía en la cabeza, ni siquiera aunque fuésemos viejas amigas. Cuando la conocí, cuando entré a trabajar en la librería de Boody en vez de volver a mi empleo en los grandes almacenes Pillar, Tess mantenía una especie de relación con Hugh Boody, y eso que ella era la delegada sindical y él era el jefe. Durante años, los dos fueron juntos a la ópera por toda Europa. Nosotras, las niñas que trabajábamos en la tienda, nos inclinábamos a pensar que ahí acababa todo, que aquella era una amistad basada en el amor por el canto. Éramos jóvenes. Creíamos que no podían acostarse porque Tess era como Audrey Hepburn y Hugh Boody parecía un caballo noble y le doblaba la edad.

Esa relación tenía a Min fascinada. «¿Dónde están ahora?», me preguntaba. «¿Dónde están?». En una ocasión, una secretaria eventual vio la factura de una habitación en Parma a nombre del *signor* y la *signora* Boody, pero por supuesto ese «*signora*» podía referirse a la esposa real del señor Boody, una mujer de pelo canoso y acento inglés que nunca se acordaba de nuestros nombres.

«¿Dónde está Parma?», quiso saber Min cuando se lo conté, y me hizo señalarle el nombre en un mapa de Europa. Aunque no sé si Min entendía lo que eran los mapas; siempre me pedía que le enseñara qué trocito era Irlanda.

Tess y Hugh Boody fueron… Lo que fuese que fueron, pero durante mucho tiempo, y el nombre de Boody salía a colación siempre que yo volvía a casa de visita, hasta que una vez, hacía unos diez años, como de costumbre Min me estaba resumiendo la sección cotilleos y me comentó que había guardado el periódico en el que salía un texto sobre el señor Boody y una fotografía suya en las carreras, hecha solo una semana antes de su muerte.

—¡Que está muerto!

—Murió en un taxi —me dijo—. Menudo susto se llevaría el pobre taxista.

Me buscó el obituario y lo leí más tarde, en mi habitación.

Pensé en escribirle a Tessa una nota de apoyo como debía ser, pero antes de tenerla escrita se enteró de mi regreso y se pasó por casa a verme. Mi intención era agarrarla de la mano o algo así y decirle que lo sentía, aunque no encontré el momento de hacerlo, y al final Tess dijo que echaba

muchísimo de menos a Hugh, pero que no había logrado recuperar el dinero de los abonos de temporada para el Covent Garden. Aquel era el recordatorio que siempre recibía, antes o después, cuando volvía a Kilbride: que la gente allí se guardaba ciertas emociones. Tenías permiso para ponerte dramática, pero no para revelar demasiado.

Avanzábamos lentamente hacia Kilbride atrapadas tras una autocaravana de matrícula británica.

—Maldito inglés. Ochocientos años de opresión brutal y ahora esto —dije para cambiar de tema.

—Novecientos —me corrigió Peg—. Estamos ya en los dos mil. ¿Sabíais que la cosa llegó al punto de que a un católico no le permitían tener un caballo en propiedad? Me lo contó mi padre. Por eso, entre otras cosas, siempre tuvo unos cuantos caballos cuando encontró un sitio en Kilbride donde llevarlos a pastar. Ni siquiera le gustaban los caballos. Pero los tenía porque los ingleses llegaron, nos quitaron nuestra tierra y nos reprimieron con violencia, y cuanto más tiempo pasaron aquí peor nos trataron.

—No era consciente de que tuvieses esa postura, Peg —dije, sorprendida —. Sabía que eras católica, bueno, católica de verdad, porque todos somos católicos de los otros, claro. Pero no sabía que además enarbolabas con orgullo la bandera verde de la independencia.

—¿Y qué tiene de malo ser católica? —respondió Peg en tono áspero—. Voy a misa los domingos. Y Monty también viene cuando se queda en casa. El ochenta y tantos por ciento de la población de la República de Irlanda va a misa.

—Ser católica no tiene nada de malo, Peg —dijo Tess con voz apaciguadora—. Ella no ha dicho que…

—Lo ha insinuado.

—No ha insinuado nada.

—¡Pues si no lo he hecho, lo pretendía! —grité—. No sé cómo puedes arrodillarte ahí, Peg, a-rro-di-llar-te, delante de un hombre que se autodenomina sacerdote, que pertenece a una organización exclusivamente masculina especializada, sí, especializada, en acosar a las mujeres y en atemorizarlas. Fueron los talibanes de su era, eso fueron, y siguen siéndolo cada vez que logran salirse con la suya. ¡Que les dicen a las pobres mujeres africanas con veinte hijos plagados de SIDA que le den gracias a Dios por no haber cometido el pecado de usar anticonceptivos! Que se sientan con sus culos gordos en Roma, como si fuese lo más normal del mundo estar

ahí, con los hábitos puestos, poniendo cosas inventadas en boca de Dios. Normal que me largase de Irlanda. Todo el mundo debería irse de Irlanda. Las mujeres en concreto deberían salir cagando leches de debajo de los tíos con armas y de los sacerdotes…

—¡Los sacerdotes no son Dios! —me interrumpió Peg—. La iglesia es la gente que se congrega, y Dios está en el amor que se tienen.

—¡Dile eso al papa! —exclamé—. ¡Dile eso a alguna de las pobres mujeres que van arrastrándose por ahí con un prolapso del útero! Dile…

—¡Virgen santa! —gritó Tess—. ¡Por qué no os calláis ya!

Respiré hondo lo más en silencio que pude. Peg siempre se enfadaba conmigo al menos una vez cuando nos veíamos. Y a mí me sentaba muy mal. Le había insinuado en varias ocasiones que, aunque ella nunca hubiera salido de casa de sus padres, yo no me creía mejor por haberlo hecho. Le había dicho que, aunque yo hubiese viajado, viajar es una cosa muy mundana cuando tienes poco dinero. Aunque no había sido nada mundano. Como aquella mañana, muy temprano (y este recuerdo era solo uno de los miles de recuerdos), mientras esperaba un autobús en una taberna de un pueblo de Mani y unos hombres griegos estaban en la barra, en semioscuridad, tomándose un café y unos rakís, y la lámpara temblaba delante de una pared de iconos, y un dorado amanecer se movía por los adoquines de la plaza vieja hacia la puerta abierta. ¿Acaso no era yo envidiable por haber vivido momentos así? De haber sido al revés, si hubiera sido yo la que nunca hubiese viajado, habría envidiado a Peg.

—Lo siento, amigas —susurró Peg—. No sé por qué todo me molesta últimamente. Estoy tomando hierba de San Juan, pero me parece que no me está sirviendo de nada. Creo que voy a volver a la acupuntura.

—La acupuntura no es más que una distracción —dije—. Tenemos necesidades muy profundas, las tres, y…

—¡Has dado en el clavo! —me interrumpió Tess—. ¡Necesidades! Por qué no hablamos de mis necesidades. Las mías. De hecho, tengo una noticia que lo mismo os interesa.

—¡Tess! ¿Qué pasa? —dijimos.

—Pero como acabo de ver el único hueco libre para aparcar a tiro de piedra de la casa de Rosie…

—¡Venga ya, Tess!

—¡Os esperáis!

—Date prisa, Tessa, anda. Le prometí a mi padre volver antes de las once

—dijo Peg.

—Estoy harta de decirte que te estás haciendo la mártir tú sola con ese hombre —respondió Tessa, y apagó el motor.

Me acomodé feliz de la expectación. Disfrutaba mucho con Tess. Fuera lo que fuese lo que iba a hacer, sería algo práctico e inteligente. Ella siempre actuaba, mientras yo me quedaba rumiando.

Esperó un momento y entonces se dirigió a nosotras:

—Amigas, no estoy satisfecha con cómo me van las cosas, al contrario de lo que ha dicho Rosie. He decidido hacer un cambio.

Una campana, muy lejos, marcó la hora. Markey conocía todas las campanas de Dublín hasta tal punto que sabía distinguir de qué iglesia era cada una.

—Tendría que habéroslo dicho antes —siguió Tess—. Pero es que no he estado segura de hacerlo hasta hoy. Esta mañana he tenido un pequeño encontronazo con Paschal Kelly, el director (el Grima, como lo llama el personal), porque me ha dado por contar que estaba pensando en irme a un *spa* para descansar y él me ha replicado muy rápido que vaya tela con la gente soltera, siempre libres para hacer lo que se nos antoja, pero que los hombres casados, ay, siempre tienen compromisos de los que no pueden escapar. Ha dicho «ay» de verdad. En fin, que yo le he respondido: «Paul, tus hijos tienen como cuarenta años ya, así que si siguen siendo una carga para ti es que algo falla». Pero de todos modos me he puesto a pensar otra vez en eso de estar soltera, en la diferencia entre estar soltera y estar casada.

—¡Pero tú siempre has estado muy contenta con eso, Tess! —dije.

—¡Pero pensaba que te gustaba estar soltera! —soltó Peg al mismo tiempo.

—¿Te acuerdas del olor del tojo en el sitio ese que alquilabas en Kilternan? —le pregunté—. ¿Te acuerdas de la fiesta que diste el año que la nieve entró por las ventanas? ¿Te acuerdas de que la librería de Boody cerró cuando se helaron las tuberías y unos cuantos de nosotros conseguimos no sé cómo llegar a tu casa con una caja de vino y suficiente salmón ahumado para abrir una tienda?

—Eso fue hace treinta años, Rosie —respondió Tess.

—¡Treinta! —dijo Peg en voz baja.

Ninguna de nosotras se movió.

—Me he dado cuenta de que siempre he querido mejorar la vida de la gente —añadió Tess—. Por eso estoy formándome como asesora

psicológica. A ver, en el sindicato también estaba por eso, pero ahí para hacer algo había que esquivar antes a un montón de señores neandertales. Y no es solo a otra gente a la que quiero asesorar. —Tosió un poco—. En realidad también necesitaba un poco de perspectiva para mí misma. —Tras un momento, añadió—: Así que estoy pensando en casarme con Andy.

Creo que la boca se me abrió sola. ¡Andy! Andy era como un hermano. Cuando venía del campo a visitar a Pearl nos arreglaba los electrodomésticos rotos y nos traía huevos y cosas así. Pero nadie había pensado nunca en él como hombre. De hecho, tenía unos modos lentos, como de alelado, que por una parte me desquiciaban, aunque yo sabía perfectamente que no era ningún alelado, que era una persona considerada y decente.

—¿Y Andy lo sabe? —preguntó Peg pasado un minuto.

—No —dijo Tess—. Pero a ver ¿quién más se le va a proponer a un pequeño agricultor de casi sesenta y cinco años de edad, muy trabajador pero muy callado? La granja no es lo bastante grande para una joven que quiera formar una familia y, de todos modos, Andy siempre está en la carretera recogiendo animales para África. La tía Pearl tiene ya más de ochenta años y se preocupa por él día y noche. Y bueno —Tess hizo una pausa, porque nunca decía nada sentimental si podía evitarlo—… Me gustaría que esa mujer muriese feliz, la pobre —dijo tímida—. Significaría mucho para mí.

—¡Pero Tess! —dijimos las dos al mismo tiempo.

—Tess, vas a tener que dormir con Andy —añadí—. Sin ropa, en la misma cama, rollito marido y mujer.

—Lo sé, gracias —me dijo en tono sarcástico—. Sé lo que implica el matrimonio.

—Pero, Tess, ¿y qué pasa con Andy? ¿Le has preguntado a él si quiere casarse contigo?

—A Andy nadie le pregunta nada. Se le dicen las cosas y ya —respondió.

Se hizo un silencio absoluto en el coche.

El lucero de la tarde había desaparecido bajo el horizonte pero, por delante de mí, la acera y las ramas del manzano del patio de Reeny, que los niños ya no se molestaban en robar, aparecían blanqueadas por la fría luz de la luna. En casa no podía parar de tiritar a la espera de que los radiadores entraran en calor. Min salía constantemente a hurtadillas a apagarlos, daba

igual las veces que le repitiese que nos podíamos permitir la calefacción. Y en efecto había estado allí abajo: el hervidor de agua seguía caliente y la radio de la cocina estaba puesta, en voz baja. Alguien cantaba a Händel:

Y sonará la trompeta,
y seremos transformados,
seremos,
seremos,
seremos transformados…

Casarse era distinto cuando se te había pasado la edad de tener hijos. Tess podría ser abuela perfectamente, ¿no? Si hubiese tenido una hija a los veinte años y esa hija hubiera tenido una hija a los… sí. Bisabuela incluso. Andy habría sido un padre maravilloso también. ¿Pensaría Andy en eso? ¿Pensaría que si se casaba con Tess perdería para siempre la oportunidad? Quizá no fuese un hombre lo que se dice atractivo, pero sí era de lo más amable que podías echarte a la cara. Por eso todo el mundo lo mangoneaba. Su casa de Carlow era una especie de apeadero para todo tipo de mascotas. A uno de sus gatos, por ejemplo, se lo había encontrado metido en un saco a la orilla de un río, con una pata rota. La pata se le había soldado de tal manera que la arrastraba con la garra vuelta del revés, pero era un gato precioso. Andy tenía unas gallinas negras muy bonitas que la señora Nosécuántos le había dejado en su testamento, en calidad de compañero entusiasta de las razas raras. Además, cuidaba de una población rotatoria de caballos y burros.

Tenía que mandar fuera a casi todas sus mascotas cada vez que se ofrecía a conducir hasta Inglaterra cuando había algún avión listo para llevar animales de SinNecesidad a África. Sin embargo, en realidad ninguno de nosotros había pensado nunca en lo que debía significar para él la pérdida de su colección de animales. Eso era lo más chocante de oír decir a Tess que iba a casarse con él: que nadie nunca se tomaba en serio los sentimientos de Andy.

Andy podría ser padre sin ningún problema. A los bebés les da igual el aspecto de sus padres. Van a balbucear de todos modos, ¿no? Saul Bellow parecía un basset hound enfermo hacia el final de sus días, y sin embargo su novia estaba encantada de tener un hijo suyo. Charlie Chaplin seguía luciendo buena planta si te gustaban los hombres mayores y bajitos, pero,

por Dios, tenía ochenta y cinco años con el último, ¿no? ¿Su pajarito no estaría ya demasiado cansado para mantenerse en pie? No hizo más que decirle hola a la criatura y se murió. Dicen que fue el aire irlandés lo que engendró al bebé: su mujer y él habían estado de vacaciones en Kerry solo nueve meses antes. Rostropóvich. ¿Rostropóvich tuvo un hijo o fue el otro ruso con marcas de edad? No es que envejecer no haga a ciertos hombres más atractivos. Mira Bill Clinton: espléndido de entrada y aún más espléndido después de lo del corazón. Las mujeres de sesenta y tantos también tienen una belleza real, sí, algunas, pero no como la de Clinton, no esa belleza que te encoge la barriga. La gente no se agolpa alrededor de mujeres de esa edad con ganas de devorarlas.

Me estaba metiendo en la cama cuando recordé que una vez, a las afueras del Trinity College, había un hombre a mi lado esperando para cruzar y, cuando por casualidad miramos el uno en la dirección del otro, me di cuenta de que era Paul Newman: pelo gris recortado, ojos de un azul todavía maravilloso en una cara atractiva, cuerpo cimbreño bajo un perfecto traje formal, disponiéndose a cruzar la calle. «¡Verás cuando le diga a Min que Butch Cassidy está por aquí!», pensé. Pero al poco decidí que era demasiado perfecto para mí. Era un tipo ideal, mientras que a mí me gustaban los hombres arrugados.

Me eché a reír ante aquella idea: una pobre diabla irlandesa que vivía con su tía en Dublín torciéndole el gesto a Paul Newman por ser demasiado apuesto.

Empecé a caer en el sueño mientras pensaba en las últimas palabras de Tessa.

Cuando me estaba bajando del coche, Tess se volvió en el asiento del conductor y nos miró suplicante a Peg y a mí.

—Lo veo constantemente en nuestras sesiones de asesoría psicológica —nos dijo—. La gente se muere de soledad a diario.

4

Respiré hondo antes de subir las escaleras.

—Min, ¿adónde te gustaría ir mientras esté en Nueva York? —Me había colocado de pie junto a la ventana, arreglando la cortina en pliegues homogéneos. Mi tono de voz tenía un matiz tedioso cuidadosamente escogido—. Tengo que irme, aunque solo será una semana. —Nada—. Tengo que viajar a Nueva York. Es por trabajo, no por gusto.

Nada. Me di la vuelta y me vi de refilón en el espejo. Hablando de aspectos anodinos… Solo me faltaban un delantal de flores y unas botas de goma para poder posar como una sencilla ama de casa irlandesa de los años cincuenta. Un buen corte de pelo era lo que necesitaba, como mínimo, antes de ir a Manhattan.

—Ya no vamos para jóvenes, Min. Tengo que buscar algún trabajo que pueda hacer desde casa. El dinero del pago único desaparece a la velocidad del rayo…

—¡Soy lo bastante joven aún, señorita! —Se enderezó en la cama y Bell gimió sobresaltada—. Lárgate adonde quieras. Yo me quedaré aquí en la comodidad de mi casa.

—En realidad, no tenías ni siquiera calefacción central hasta que yo la puse —le dije, y en silencio añadí: «Liquidé la compra de la casa en cuanto empecé a ganar un buen dinero, qué casualidad que eso nunca se mencione»—. Pero da igual, no puedes quedarte aquí sola.

—Claro que puedo. He estado aquí años y años mientras tú deambulabas por el mundo y…

—Entonces eras más joven y…

—Y tampoco me pasa nada cuando te vas a ver a tu novio o lo que sea el hombre ese extranjero que habla como si estuviese leyendo las noticias.

—Leo. Sabes que se llama Leo. Y solo me voy cuando Reeny está aquí. Si te caes, Reeny puede venir en un segundo. Esas escaleras son una trampa

mortal. O si te dejas algo puesto en la cocina. Pero…

—No voy a irme a ninguna parte.

Me marché haciendo aspavientos, pasé junto al baño y volví al pequeño dormitorio que había sido de mi padre, para apaciguarme; igual que solía hacer de adolescente, cuando Min me daba dolores de cabeza de diversa índole. Fui de puntillas hasta la ventana y la abrí para dejar entrar algo de aire fresco. Toda mi vida, aunque mis recuerdos de él fueran tan viejos que estuviesen en blanco y negro, había intentado no pisar la franja de moqueta fina que quedaba entre la cama y el armario, lleno de rincones profundos y reservados, porque consideraba que aquello era territorio de mi padre. Solía tener los esmóquines colgados en una fila ordenada encima de los calcetines, que estaban doblados en bolas y metidos en una caja de cartón, y de los paquetes de papel marrón de las camisas, y del kit de cepillado y bruñido para limpiar los zapatos. El espejo de la puerta del armario era la bisagra entre las dos facetas de mi padre: el hombre del pijama arrugado que bajaba las escaleras con el gato en brazos y lo soltaba para llenarme de besos y el gerente del cine que se daba un último repaso (mientras yo estaba sentada en la cama mirándolo con adoración) y se enderezaba la pajarita, se tiraba del pliegue de los pantalones para que estuviese recto, se emparejaba el pelo hacia atrás con unas pasadas rápidas y alternas de las palmas de las manos, ligeramente cubiertas de brillantina para el cabello, y se marchaba con la gabardina negra como si fuera una estrella de cine.

Me senté a la orilla de la cama, que se hundió, más allá del armazón de hierro.

«Tenías costumbre de salirte de la cuna que estaba en la habitación de Min y subirte aquí, para dormirte otra vez a mi lado —me dijo mi padre cuando era pequeña—. A lo mejor te acordabas de que tu madre dormía en esta cama cuando estabas en su barriguita. Aunque luego tuvo que irse al cielo. Y entonces le mandé un mensaje al cura del sitio del que era tu madre para que le dijera a su padre que ella se había ido al cielo, pero que me había dejado aquí a su hijita para que cuidara de mí. Y esa eras tú», me dijo, sonriéndome, y me tocó la mejilla distraído. Yo sabía que si levantaba la cara de cierta manera la mano de mi padre no iba a ser capaz de resistir la caricia.

«Y entonces apareció Min. Yo ni siquiera sabía que tu madre tenía una hermana».

Y puso una cara de sorpresa cómica, y yo me reí con él.

Cuatro o cinco años más tarde, cuando mi padre pasaba ya mucho tiempo en la cama y yo hacía los deberes arriba en la habitación, a su lado, volvió a recordar aquello.

—Min quería que dejases de entrar aquí, pero tu abuela Barry le dijo: «Deja que la pobre niña huérfana de madre vaya si quiere con su padre». —Me dedicó una sonrisa frágil pero traviesa—. A Min eso no le gustó nada, claro. Por lo que a ella respectaba, tú no eras una niña huérfana de madre. Y es que no lo eras. Minnie tenía solo quince años cuando se vino con nosotros, pero era una madre igual de buena o mejor que cualquier mujer que le duplicase la edad. Aunque tendría que haber estado divirtiéndose. Lo pienso mucho cuando veo a todas esas quinceañeras que vienen al Odeon a ver películas. Siempre se están riendo, se lo pasan de maravilla.

—¿Por qué Min no quería que siguiera viniendo aquí? —le pregunté.

Todas mis peleas, en mi infancia, fueron con ella, no con él. Era a ella a quien debía entender.

—Quería que te hicieras fuerte. Ella se ve muy fuerte.

Y volvió a dedicarme su tierna sonrisa.

Sin embargo, a mi abuela Barry, Min no le hacía ninguna gracia, y mi padre fingía no darse cuenta. Yo lo veía todo, aunque fuese una niña. Al principio de las vacaciones casi siempre íbamos a casa de la abuela Barry a recoger las llaves de la Cabaña. Yo subía corriendo las escaleras torcidas hasta el piso en el que vivía mi abuela, encima de la arcada que había sobre la explanada de Bailey's, rezando para que no nos quedásemos mucho tiempo allí. Y ahí estaba todo: el juego de té con bordes dorados, el té en hojas dentro de una bola perforada de acero cromado, metido en agua hirviendo con su cadena como un buzo, los bocadillos (de huevo blando o jamón curado) dispuestos en dos columnas en una bandeja con forma de hoja.

«Sentaos a la mesa, os estaréis muriendo de sed», nos decía la abuela, y nos daba unos besos a mi padre y a mí.

Él se acoplaba en el sillón que llamábamos «la butaca de Billy», sonriendo, con la cabeza apoyada en el paño blanco bordado que había ahí para proteger el terciopelo. Un «antimacasar», dijo una vez la abuela, y años después me encantó cuando Markey me explicó que Macasar era el nombre de un aceite que los hombres utilizaban para el pelo. Todas las cosas de la abuela eran perfectas, cosas eduardianas: el mantel de chenilla con borlas y la alfombra turca, y el soporte de bambú para una maceta china que había

en la ventana y la planta recia de la maceta. La abuela Barry solía frotarle las hojas a la planta con crema Cold de la marca Pond's. Todo eso podría haber servido para una producción de *Los muertos*, si se hubiese hecho una adaptación a teatro del relato, aunque ¿cómo habría sido el final? A Gabriel tendría que haberle salido una película de la cabeza. La abuela sabía quién era James Joyce porque, cuando vivía en Bray, iba a la misma misa diaria que una de las hermanas del escritor.

Min se paseaba por allí inquieta, deseosa de escapar, pero no se atrevía a abrir la boca. Yo aprovechaba la oportunidad para alardear. Leía partes del certificado de bendición papal enviado desde Roma para el matrimonio del abuelo y de la abuela; no es que el abuelo hubiese recibido mucha bendición, decía siempre la abuela, porque se murió cuando la tarta de bodas estaba aún en la caja. Se trataba de un pergamino enmarcado que siempre me había impresionado. Estaba decorado con un rosario de madera de olivo cuyas cuentas eran del tamaño de huevos, y colgaba a la izquierda de un Sagrado Corazón igual de imponente. Jesucristo podía ver la bendición, tranquilicé una vez a mi padre, si miraba un poco de reojo.

Por fin nos marchábamos y conducíamos hasta el final de la calle principal, dejábamos atrás cabestrantes oxidados y cobertizos de madera en deterioro, cruzábamos un riachuelo afluente del río Milbay y llegábamos a un tramo de hierba fina con parches de gravilla y conchas situado tras un vallado alto, desde donde nuestra cabaña, sobre unos bloques de hormigón, miraba al mar. En mi memoria era siempre una tarde perfecta del final del verano, y mi padre abría la puerta de alambre de la valla y entrábamos con el coche y luego él volvía para cerrar el candado. Llevaba una camisa de manga corta. Siempre. El pelo, liso y sedoso, le caía por la cara. Así es como lo recuerdo todo. Mi padre levantaba la cabeza para respirar el aire salobre y, girando la llave con una floritura, caminaba alegremente de vuelta al coche. A continuación, movía el asiento del conductor del Ford Perfect hacia delante con un bang y Min se subía y conducía (¡ay, qué emoción!) por aquel pasto arenoso.

«¡Frena! ¡Frena, mujer!». Era maravilloso cómo se reían. Min no hacía más que desplazar el coche a paso de tortuga unos cincuenta metros, pero eso solo ya la cambiaba. Los ojos le brillaban de orgullo y buscaban los ojos de mi padre, que asentía, como diciendo: «¡Claro que sí!».

Entonces mi padre abría la puerta de la casa para entrar a un ambiente cargado con el olor de las paredes de tablones astillados y de la tela asfáltica

y la estera polvorienta de fibra de coco. Metía una bombona de gas Calor para la hornilla de dos fuegos y unos pocos bidones de agua que habíamos llevado de casa. El año antes, Min había dejado el suelo cubierto de periódicos, y yo me agachaba y trataba de leer trozos, y ella no paraba de quitármelos de debajo de los ojos. A continuación, se ponía a arrancar telarañas con un cepillo y abría la ventana haciendo palanca, y dividía la bolsa de la ropa de cama entre la cama de hierro de la habitación interior, en la que dormíamos ella y yo, y el colchón de goma que había en el rincón de la habitación delantera y que mi padre inflaba con una bomba de bicicleta para terminar.

Vivíamos conectados con nuestros cuerpos, allí en la Cabaña. Y yo lo veía todo.

Quizá esa fuera la razón principal por la que me encantaba estar allí: allí estábamos juntos. Yo me veía lo bastante cerca de los otros dos para entenderlos. Min, por ejemplo, sacaba nuestras provisiones, y por el modo en que las organizaba me daba cuenta de que se enorgullecía de ellas, porque por lo demás nunca comprábamos muchas cosas de una sola vez. Empezábamos las vacaciones con paquetes intactos de sal, de té y de azúcar, con una pila de latas de alubias cocidas, dos cartones de huevos, medio kilo de salchichas, medio kilo de jamón en lonchas, una hogaza de pan del día con la corteza negra y una caja entera de galletas Afternoon Tea. Min lo dejaba todo fuera unas pocas horas, pero luego tenía que meter en latas viejas de galletas las cosas que pudieran tentar a los ratones, así que las quitaba de en medio con tristeza.

Al final, cuando todas las tareas estaban listas, Min colgaba de un gancho en la pared su viejo traje de baño de lunares. No se lo ponía nunca para nadar; no nadaba nunca. Pero le encantaba y lo ponía allí como si fuera una bandera.

Me levanté de la cama de mi padre sumida en la ensoñación de los recuerdos, y una versión acuosa de mí misma se plantó ante el espejo del armario. La habitación, toda aquella casa, estaba silenciosa como una tumba.

Mi padre no murió hasta que yo tenía catorce años. Acabó tumbado abajo en la cocina, en la cama especial que Reeny nos consiguió en el servicio de atención domiciliaria, y tosía y tosía con frecuencia, y estaba demasiado débil para que su presencia se dejara notar mucho en la casa. En

realidad, hacia el final no quedaba ya nada de él. Min se lo hacía todo: le daba de comer, le vaciaba la cuña, lo lavaba, le limpiaba con suavidad los dientes, y los ojos y las orejas. No iba a permitir que lo llevasen al hospital.

«Se lo prometí», decía siempre, daba igual lo que intentaran explicar el médico o los vecinos.

Sé que mi padre la escuchaba, porque lo veía levantar las manos de la colcha, como queriendo aplaudir.

El último día, Min le llevó un cigarrillo a los labios durante unos minutos y mi padre intentó chupar, y luego le sirvió un chupito de *whisky* y le untó la lengua con un poco. Después, apartó todas esas cosas y le cepilló el pelo y le lavó ligeramente la cara con una esponja, y le agarró una mano mientras yo le sujetaba la otra, hasta que mi padre exhaló su último aliento.

Nos quedamos sentadas un par de minutos, incapaces de creer el silencio que había donde antes estaba su respiración.

—¡Abre la puerta! —me gritó Min—. ¡Rápido! ¡Rápido!

Abrí la puerta de la calle una rendija.

—¡Más! —me ordenó. Estaba de pie, con los ojos negros como el carbón en una cara blanca—. ¡Ábrela más!

Entonces entró Reeny. Me dio un beso y le dijo a Min:

—¿Te echo una mano para lavarlo?

Min no se había movido del sitio en el que estaba, con la mirada fija en la puerta, y no respondió.

En aquel momento de mi vida, los chicos me volvían loca, y no me los pude sacar de la cabeza ni en las horas posteriores a la muerte de mi padre; aunque no eran tanto los chicos en sí como el mundo tan intensamente excitante que mis amigas y yo habíamos descubierto y en el que los mirábamos a ellos y ellos nos miraban, y hablábamos de ellos todo el rato. Subí a esta habitación, a la antigua habitación de mi padre, y crucé la puerta y traté de eliminar de mi mente todo lo que no fuera él, y de rezar por él para que descansara en paz.

Prácticamente veía a la pena sentada en el rincón, haciéndome señas, pero mi vida no paraba de entrar y salir de mi cabeza. Por primera vez estaba en la pandilla más popular de las chicas, gracias a que andaba loca con los chicos y nadie me marginaba porque me gustaran las clases. Nos paseábamos por la puerta de la tienda de Colfer y del *fish and chips* Sorrento y por los callejones de atrás, y los chicos subían y bajaban en grupitos y se

sentaban en los muretes y se burlaban de nosotras cuando pasábamos con las mejillas sonrosadas. Y en esos instantes, con mi padre muerto abajo, me llenaba de ansiedad la idea de tener que ir por ahí vestida de negro, con todo el mundo mirándome. Y de quedarme atrapada en casa.

Oí que Min subía las escaleras. Aunque toda mi vida la había visto saltar arriba y abajo por esos escalones como una cabra montesa, ese día avanzaba lento. Pensé que iba a su habitación, pero entró detrás de mí y creo que apoyó la mejilla un segundo en mi espalda.

—Mañana se llevan el cuerpo y el funeral es pasado mañana —me dijo —. Y luego… Luego puedes salir con tus amigas, Rosie. Eras su orgullo y su alegría, no lo olvides, y él no habría querido que te quedaras encerrada en casa. —A continuación, la voz se le hizo más fuerte—. Tuvo una vida muy buena, sí que la tuvo. Sé que no es eso lo que parecía, pero es lo que él mismo me dijo miles de veces, y nunca me mintió. Y ahora es más feliz que nunca. ¿No sentiste cómo su alma salía por la puerta? ¿No sentiste lo feliz que estaba?

Volví a cerrar la ventana de la habitación de mi padre. Y pensar que ese día, el día que lo perdimos, ¡Min solo tenía veintinueve años!

Dejando el baño atrás, regresé a la habitación de Min, que no era más que un bulto bajo las sábanas.

—¿Te molesta si enciendo la luz? —le pregunté—. Bueno. Mira, Min, he estado pensando en lo de Nueva York y creo que va a ser tirar el dinero. En realidad, solo iba para una reunión. Y para no mentirte, la reunión era con Markey Cuffe, el que vivía antes en la calle de atrás, y de ahí no habría salido nada. Así que he decidido no ir.

—No. —Empezó a sacar de la cama sus piernas de niña en un balanceo, y, sin mirarme, añadió—: No. Vete. Es lo que debería haberte dicho. Ve.

—De verdad que no puedo, a no ser que te quedes en otra parte, que lo hagas por mí.

—Pues elígeme un sitio bonito.

Si hubiéramos tenido costumbre de abrazarnos, la habría apretujado. Pero tal y como eran las cosas entre nosotras, me limité a acercarla al *pub* en el coche, porque estaba lloviendo.

SEGUNDA PARTE

NUEVA YORK

5

Me espatarré como una estrella de mar en el Harmony Suites Hotel para tener todo el contacto posible con las sábanas, deslizando talones y codos por aquella fina superficie. Me di la vuelta para sentir su textura suave en los pechos y en el empeine de los pies. Me deleité incluso con el ruido que subía hasta la habitación: un rugido y chirrido lejano, más allá del sonido del tráfico, que según el portero eran los trabajos de la rehabilitación del World Trade Center, que no paraban en todo el día. Había una ola de frío en Nueva York, me dijo también, aunque estuviéramos en el mes de mayo. Pero, pese a haber apagado la calefacción, me sentía calentita como un bebé bajo aquellas mantas suaves y el edredón extra que había quitado de la segunda cama. Estaba encantada con el lujo de todo aquello después de la simplicidad de Kilbride.

¡Y por casi nada! Con la oferta especial costaba menos que los sitios del pleno centro de Manhattan en los que me había alojado cuando había ido con Tess de compras, o cuando fui a cubrir el estreno de *Riverdance* en Broadway. Aquellas otras habitaciones olían a ambientador caliente envuelto en el polvo de la ciudad, y las ventanas daban a muros de edificios, a solo unos metros. Pero esta tenía un ventanal panorámico, repleto del cielo nocturno y escabroso que se cernía sobre Nueva Jersey y el taciturno río, más abajo, que avanzaba a empujones hacia el puerto.

Retrasé la bendición de caer en el sueño del *jet lag* y le di la vuelta a la almohada para recuperar el frescor del lado intacto.

En esa cama podían celebrarse fiestas, como la pareja retratada por Evelyn Waugh en *Black mischief*, que llevaba una ajetreada vida social en la suya…

¿Cómo es que nunca pensé en las camas cuando le llevaba regalos a Min? La alfombra de piel de oveja que el hombre del aeropuerto de Perth dijo que me costaría cien dólares por exceso de equipaje, pero que luego me dejó facturar a cambio de un beso, de un gran beso, de hecho, totalmente

sincero; la pantalla de lámpara que tuve que llevar en el regazo todo el viaje desde Helsinki; el hule provenzal y las servilletas a juego que compré en vez de comer ese día en Arlés, cuando no tenía ni un mendrugo de pan que llevarme a la boca. ¿Conservaría Min todas esas cosas? Dónde estarían…

Ay, Dios mío, tendría que haber llamado. Pero en la residencia Sunshine no permitían llamadas de teléfono después de las nueve de la noche y en Irlanda eran… Ay, Dios mío, voy a estar hecha unos zorros cuando llegue Markey si no duermo nada.

Me deslicé hasta el baño y me quedé un momento cautivada con las guirnaldas de luz de los bloques de oficinas que se alzaban sobre la orilla de Nueva Jersey. El cielo enorme estaba todo picoteado de estrellas, aunque unas nubes entintadas e irregulares llegaban ya para taparlas. Más abajo, un fuego temblaba en un punto en el que debía vivir algún sintecho, en el suelo puro y duro, tras la valla publicitaria que había justo frente al hotel.

«Proclama mi alma la grandeza del Señor», empecé. Aunque nunca llegaba mucho más allá antes de olvidar que estaba recitando una oración de gracias. Porque siempre me desbordaba la felicidad.

Esperé en el silencio del vestíbulo, a las cinco y media de la mañana. Incluso el ruido del tráfico se había extinguido fuera. La recepcionista estaba dormida en la silla, tras el mostrador.

—¿Zapatos? —dijo Markey al entrar de pronto por las puertas batientes.

Levanté un pie para enseñarle las deportivas con tal obediencia instantánea que se echó a reír. Lo noté reírse mientras me sostenía la cabeza un momento.

—¡Rose! —le dijo entonces a mi pelo—. ¡Rosie Barry! ¡Ha pasado demasiado tiempo!

Al menos no podía verme la cara, que se me había puesto colorada de la impresión. ¿Cómo, cómo demonios se había vuelto tan atractivo Markey Cuffe? El Cuffo, así lo llamaban los otros niños cuando necesitaban que saliera a jugar a algo, aunque el resto del tiempo era Spiderlisto, porque tenía los brazos y las piernas muy largos y estaba siempre leyendo; o «se le quedaba la cabeza encajada en un libro», como describían en Kilbride al acto de la lectura. Siempre lo había conocido con unos rizos grasientos y nunca se me pasó por la cabeza que debajo de ellos hubiese un cráneo tan bien formado como el que se le veía bajo aquel cabello de color plata tan bien recortado. En nuestros tiempos tenía además muchísimos granos, muy

feos; fueron lo primero en lo que me fijé cuando empecé a hablar con él, con catorce años, en las escaleras de la pequeña biblioteca de la que la bibliotecaria largaba a todo el mundo cuando le daba la gana para irse a jugar a las tragaperras en la parte trasera del *pub*. En aquellos tiempos Markey apenas comía. Era tan pobre que los de la beneficencia le apartaban a diario una hogaza de pan para que se la llevase después de la escuela a la casita en la que vivía con su madre, en la calle de atrás de nuestra casa. La única ropa buena que tenía Markey era un traje de caballero que le quedaba demasiado grande, y que por casualidad le veía puesto a veces cuando salía por nuestra puerta trasera y él abría la puerta de su casita para dejar pasar al cura.

Por entonces, el sacerdote se paseaba por el barrio para llevar la comunión a los enfermos, con el hábito bailándole entre las rodillas y la sagrada comunión agarrada en alto por delante de él, metida en una especie de caja de plata.

—La eucaristía, no la comunión —me corrigió Markey cuando lo mencioné—. Un píxide, así se llama esa caja.

De siempre le habían gustado mucho las palabras inusuales y de siempre le había gustado mucho corregirme. Y, como de costumbre, no dijo nada sobre lo que le pasaba a su madre. Nunca decía nada de la vida de su casa.

Ni siquiera cuando creció y le desaparecieron los granos, y siempre que lo visualizaba empezaba por ver sus ojos grises, ni siquiera entonces el gris de esos ojos era tan intenso como el de ese día en Nueva York. Era la piel de alrededor lo que había cambiado, quizá por vivir en Seattle, donde todo el mundo pasaba mucho tiempo en la calle. De algún modo había adquirido un tono granulado, castaño oliva.

El caso: que estaba muy guapo.

—¿Estás lista? —Markey iba casi arañando el suelo con las suelas—. Si no nos ponemos en marcha rápido, para cuando lleguemos a Canal Street no podremos ni ver el otro lado de la calle por el tráfico. —Se estaba dando ya la vuelta cuando cayó en su descortesía—. Oye, ¿cómo está Min?

No respondí de inmediato. No podía decirle que nunca la había visto mirarme con una amargura tan absoluta como cuando, la mañana anterior, habíamos pasado junto a una cola desordenada de señoras mayores a la puerta del comedor de la residencia Sunshine. A algunas las llevaban en sillas de ruedas. Una mujer gritaba «¡mami! ¡mami!» con voz desconsolada, mientras acariciaba el papel de la pared.

No le respondí que lo último que le dije a Min fue: «Lo siento», ni que ella me había mirado como si nunca me hubiese visto antes y no me había dicho nada. ¿Qué iba a decirme? Aquella era la misma mujer que unas noches antes, cuando me eché a llorar delante de la televisión al ver una fila de niños pequeños norcoreanos con las barrigas hinchadas y las extremidades como ramitas, había cruzado la habitación para cambiar de canal y me había gruñido: «¡La gente muere, señorita! ¡La gente muere! O se deshacen de ella porque ya no sirven para nada. La vida es dura. Dura».

No le dije que cuando me subí al coche no podía conducir porque temblaba demasiado. No estaba segura de haber hecho lo correcto. Los últimos días antes de marcharme, Min no solo no fue al *pub*, sino que se levantaba por las mañanas y salía al patio antes de que yo bajase, y colocaba plantones nuevos en latas y macetas viejas, y en la bañera de asiento que muy trabajosamente estaba llenando con la tierra que robaba en pequeñas cantidades del parque público de la parada del autobús. Me preguntaba si quería huevo con el desayuno. Iba a encalar el cobertizo del carbón, me dijo.

Pero aun así…

La gente que bebe se cae, y arde por dentro, y se echa a andar por la carretera.

La había dejado sentada en su cama de la residencia Sunshine, fulminándome con la mirada. Antes de eso, mientras estaba en el baño, intenté ayudarla deshaciendo la maleta que había insistido en hacerse ella misma. Pero al adentrarme en aquel caos me topé con algo duro, y cuando miré entre el papel de aluminio vi que había envuelto unos trozos de tostada del desayuno y un par de patas de pollo grisáceas que estaban en la nevera, y un cartón de yogur que ya empezaba a chorrear. Casi me echo a llorar. Min tenía miedo de que allí no hubiese comida.

Oí la cisterna del baño y volví a meter las cosas en la bolsa. No quería que supiera que lo sabía. Saqué del monedero todo el dinero que llevaba y le dejé el montón de billetes en la taquilla, para que tuviese suficiente para cualquier cosa que necesitara. Entonces le dije que lo sentía y salí fuera como pude, al coche.

—Min está bien, físicamente hablando, pero no se cuida, Markey. He solucionado el problema que me suponía venir aquí esta semana metiéndola en una especie de residencia. Creo que terminará gustándole.

¿Debería devolverle la pregunta de cortesía? En realidad no sabía cuál era su plan de vida, aunque quizá pudiera enterarme preguntándole, por

ejemplo, si echaba de menos su hogar cuando tenía que irse a alguna conferencia de libreros, ¿no? De todos modos, a lo mejor solo me había preguntado por Min porque la conocía; es decir, la conocía como para saber que, en su día, debía pasar por casa lo mínimo posible, porque Min reprobaba por completo todo aquel préstamo de libros y aquellos paseos que dábamos Markey y yo. Markey no era la idea que Min tenía de un novio que mereciese la pena, y me lo dejaba siempre claro y meridiano. Creía que ser cinco años mayor que yo era ser demasiado viejo. Creía que nosotras éramos pobres pero que él era pobre de solemnidad. Y creía (y lo decía a menudo, estaba harta de escuchárselo) que Markey se parecía a las cosas que traía el gato.

Pero ya no parecía nada de eso, por Dios que no. Era único: un hombre bien parecido, seguro de sí mismo y bien vestido, y al mismo tiempo un hombre que conocía Kilbride. Toda la gente de Kilbride debería ir a Estados Unidos. Mira las uñas que tiene. Mira qué dientes tan magníficos. Mira la energía con la que avanza por delante de mí, tan erguido. Los hombres de Kilbride parecían estar totalmente satisfechos consigo mismos, por decirlo suavemente. Monty, por ejemplo, que se había pasado la vida jugando al golf y aun así la barriga no le remitía ni un ápice. Se le salía por la cinturilla. Y el culo le había emigrado hasta el comienzo de los muslos. Y Andy, que aunque comía como un caballo estaba tan canijo que siempre decíamos que, si se ponía de lado, era imposible saber dónde estaba. Y a ninguno de los dos (a ningún hombre de toda Irlanda, seguramente) ibas a pillarlo nunca con un abrigo negro y largo con un pliegue en los hombros, y un pañuelo azul hecho de un tejido más suave que la cachemira, y un elegante jersey negro y unos vaqueros azules y unos mocasines negros. ¡Y un sombrero! Ay, Dios mío, ¡un sombrero ancho y negro! No había visto a un hombre vestido así desde que vivía en Italia. Treinta y pocos años tenía yo entonces… Una buena edad para vivir en Italia.

Había una leve franja de gris pálido en el cielo gris pizarra, a lo lejos a la izquierda, donde debía estar el océano. Pero en la calle seguía pareciendo que estábamos en plena noche, aunque creí oír una tenue música de baile salir desde detrás de la valla de enfrente del hotel.

—Es una ciudad oculta —iba diciendo Markey—. El antiguo Manhattan. El mercado de carne aún aguanta, las calles y los edificios por lo menos, aunque el mercado de pescado desaparecerá pronto. Pero mira esto, ya hemos llegado a Canal Street, ¿no es como la calle principal de una

ciudad mercantil rusa si levantas los ojos? ¿Ves los escaparates de madera y las ventanas viejas, y los sótanos cerrados con postigos? Esto da cierta idea del ambiente comercial e inmigrante de la ciudad, no tan bien como el Lower East Side, pero es lo más que podemos visitar con el tiempo que tenemos y sin salirnos del Soho. ¿Ves allí? Esos edificios eran almacenes. ¿Ves los elevadores? Mira qué materiales tan magníficos, granito y hierro fundido.

—¡No has cambiado nada, Markey! —exclamé.

Me oí a mí misma y añadí en silencio: ¿que no ha cambiado? ¿Estás de broma?

De jóvenes, yo era la atractiva. ¿Se acordaría Markey de eso? Solía acompañarme andando hasta la casa de una de las otras chicas, alguna de las noches del fin de semana que yo salía a bailar envuelta en una nube del perfume que esa semana echaran gratis en el Pillar, vestida con una falda de tubo y un sujetador que me subía bien los pechos, apuntando al cielo, y Markey iba hablando de Claudel o de Robert Lowell o de los modelos de ciudad que los urbanistas tenían en mente cuando reconstruyeron el centro de Dublín tras el Alzamiento de 1916. Yo caminaba tambaleándome en mis tacones de aguja. Debería haber estado en contra de los tacones altos, dado que son una forma de servidumbre, pero incluso después de que llegara el feminismo a cambiarlo todo a mí me seguía encantando estar ahí arriba: me sentía sexi. Markey era casi la única parte de mi vida que no vibraba de sensualidad. Él se daba la vuelta y se volvía a casa a leer, y mis amigas y yo nos íbamos al centro.

Allí era donde Min quería que yo estuviese. Quería que trabajara en el Pillar y que fuese a bailar y conociese a un marido. Min sabía, cuando yo aún no me enteraba de nada, que ser la aprendiz de Markey me estaba convirtiendo en una persona impropia para mi destino.

El día que emprendimos nuestra primera exploración de Dublín, Markey me miró los zapatos antes de nada.

«Aquí antiguamente había una destilería grande —dijo cuando me llevó a un barrio en el que unos callejones de muros enormes se abrían a varios tramos de un erial—. ¿Ves? Casas de trabajadores». Y señaló una hilera de viviendas de ladrillo rojo aisladas en el borde de una plaza abandonada. «Tenían baños. En aquella época en Dublín había pleno empleo y había que hacer las casas bien para atraer a los trabajadores». Se veían unos portones

altos abiertos y la hierba crecía entre los adoquines desnivelados de los amplios patios. «Los caballos los traían desde Lincolnshire. Muchas veces me pregunto si los enterrarían al final de sus vidas útiles. La gente se encariña mucho con los caballos. ¿Has estado en el Royal Hospital, donde vivían los soldados viejos? Pronto iremos. Tienen una topiaria magnífica. Bueno, pues allí hay un caballo enterrado. De pie. Su dueño, un oficial, escribió un poema que está en la lápida. Al final, dice que hay hombres que creen que:

Las nobles criaturas que hemos apreciado aquí
vendrán a recibirnos cuando crucemos las puertas nacaradas.
¿Es un disparate que desee que ocurra así?».

Markey estaba entre la maleza delante de lo que habría sido un almacén mientras recitaba esos versos. Nunca había oído un poema recitado fuera de la escuela.

Seguidamente me llevó a un *pub* muy decorado y pidió un oporto caliente especiado para que lo compartiésemos. «Estas bebidas antiguas están desapareciendo, así que es nuestro deber beberlas», me dijo. Luego me enseñó a distinguir los azulejos victorianos de las réplicas. Después me dijo que había venido una gente de Hollywood y había hecho una película de espías en aquel barrio, fingiendo que estaban en el Berlín soviético. «Este es el único páramo de toda Irlanda que ha vivido un estreno en Beverly Hills».

Estar con él era vertiginoso. A mí la Cabaña me encantaba, pero más allá de ese sitio apenas tenía conciencia de los espacios en los que estaba. Sin embargo, desde el día que empecé a pasear con Markey, los lugares me importaron más de lo que era capaz de explicar, ni siquiera a mí misma.

Llegados a Spring Street yo me había quedado atrás como una esposa árabe y el hueco entre nosotros medía exactamente lo mismo que cuando éramos jóvenes.

Markey me esperó en la esquina para enseñarme dónde había estado la fuente del siglo XVII que daba nombre a la calle.

—¿Sabías que Kafka conocía Manhattan gracias a lo que veía en los noticiarios del cine? —le dije entre temblores por el frío.

—¿En serio? —Me miró con respeto, y en gesto distraído se quitó el pañuelo del cuello y me envolvió el mío con él—. Qué interesante.

Seguimos andando deprisa, uno junto al otro ya, aunque Markey no

ajustaba su paso al mío. Nunca lo había hecho. Yo pensaba que era una de sus maneras de intentar evitar que yo dijese algo personal, igual que yo trataba siempre de ponerle trampas para que dijera algo, cualquier cosa, sobre mí, o sobre nosotros.

—Min no termina de decidir si la hermana Cecilia es una mala influencia o no —le dije por ejemplo una vez, hablando de la monja que había venido a enseñar música a mi escuela—. Bueno, a ver, sabe que es una mala influencia, claro, pero en realidad no puede serlo, porque es monja.

—¿Sabes cómo se llama eso? —me preguntó Markey.

—¿Eso el qué?

—Tener que creer en cosas que son contradictorias.

—¿Cómo?

—Disonancia cognitiva —me dijo dándose la vuelta.

—Yo sufro de eso contigo y conmigo y nuestras salidas juntos —respondí, un poco en broma. Esas eran las firmes indirectas que solía lanzarle. Markey no dijo nada, por supuesto—. En serio. ¿Qué hace una tía como yo con un tío como tú? Es decir, tú eres brillante y te irás a la universidad en otoño y yo voy a trabajar en el Pillar. —Silencio. Intenté recular y le pregunté a sus hombros encorvados—: ¿Qué le dice el marciano a la gramola? —Sin respuesta—. ¿Te rindes? «¿Qué hace una chica tan mona como tú en un tugurio como este?».

En el baño del Moondance Diner vi que, aparte de la nariz morada, mis pintas eran bastante normales. Me arreglé las cejas con un dedo humedecido. Había llovido mucho desde el día que me quité mi preciada base de maquillaje PanStik porque Markey había dicho que no le gustaba el maquillaje en las mujeres, aunque entonces no estuviese nada segura, pero nada, de que ese «mujeres» me incluyese.

Yo solía abrir de un empujón la pesada puerta de la iglesia que había cerca del Pillar y sentía el tacto de la cortina de piel sintética al pasar, luego entraba al aire cálido que dejaba atrás la congregación y le rezaba a la Virgen: «¡Haz que Markey me quiera como yo lo quiero a él!».

Pero la Virgen nunca llevó ese proyecto adelante. Cuando íbamos a ver una peli a cines de jornada matinal que olían a humo y a desinfectante, yo oía respirar y tragar e incluso labios separarse siempre que la música se callaba de forma inesperada. Pero Markey mantenía las rodillas en el respaldo del asiento de delante, despatarrado y tan tranquilo, con la cara iluminada y expresiva ante algún pensamiento que tuviera en la cabeza. En

cuanto las luces se encendían, ya estaba hablando otra vez.

Y lo cierto era que, aunque lo ansié románticamente durante años, todo estaba en mi cabeza. En el Pillar entró a trabajar un muchacho en control de mercancías que me gustaba tanto que las piernas apenas me sostenían sobra cuando lo tenía cerca. Me encantaba estar con Markey, aunque no se dijese ni una sola palabra sobre lo que era nuestra relación. Pero mi cuerpo no lo quería.

Limpié mi aliento en el espejo del baño. No lo olvides, Rosie Barry. No empieces otra vez con esas ansias.

De vuelta al presente, Markey estaba hablando de negocios.

—Hice algunas llamadas, Rosie. ¡Un campo fascinante en el que nos has metido! Descubrí que hay una empresa que suministra cuadernillos a kioscos y supermercados y tiendas de regalos de todo el Medio Oeste, nada literario, claro, cosas de humor, decoración del hogar, temas de salud, cocina… Louisbooks & Louiscraft Collectibles, se llama. Búscala en Google. Son un gigante.

Alguien debía haberle dicho que la gente podía sonreír aunque estuviese hablando en serio. Yo sonreía ante su sonrisa. Incluso la camarera, una rubia ágil y robusta, estaba sonriendo. La mujer se llevó los huevos que acompañaban a mi picadillo de carne con patatas cuando torcí el gesto por lo crudos que estaban para freírlos por ambos lados. Nos atiborraba a café cada vez que pasaba por la mesa mientras patrullaba su animado territorio, gritando a los hombres de detrás de la barra y llevando platos grandes de comida a los clientes habladores y risueños. Aquel bar era tal escenario de brillo y abundancia que cualquier cosa parecía posible allí.

—Entonces me di cuenta de que conozco al director ejecutivo, aunque nunca nos hemos visto en persona. Se llama Louis Austen y nos compra libros. Es un auténtico entendido, además. Le tengo mucho respeto. Rechazó un cuaderno de notas Galen que incluso los especialistas creían auténtico, y tenía razón. De todas maneras, lo llamé para contarle tu idea y me dijo que claro, que su empresa abarca también el mercado del crecimiento personal y que estaría encantado de mandarle al tipo que lleva ese tema cualquier cosa que le enviemos para que le eche un vistazo. Le dije que querías hacer algo sobre la crisis de mediana edad y me dijo…

—La crisis de mediana edad no era lo que tenía yo en mente. Es un enfoque un poco simplista.

—Pues céntrate en lo simplista, Rosie. Me dijo que Chico (Chico es el tipo de la sección de autoayuda) asegura que lo celta se ha acabado, pero que las mujeres sabias siguen estando muy de moda.

La camarera estaba de vuelta con el café.

—¿De dónde eres? —preguntó.

Creo que se refería a Markey, pero él respondió:

—Es de Dublín. ¿No has oído qué acento tan bonito tiene?

¡Ja! El Markey de siempre: ni siquiera se da cuenta de que la mujer intenta coquetear.

Elvis cantaba *Hound dog* en la gramola y yo tenía una montaña de tostadas francesas nadando en sirope de arce y todo el mundo en aquella cafetería parecía estar riéndose. ¿Solo había pasado una hora desde que habíamos estado tiritando por las calles vacías de otro Manhattan distinto? Un lugar solemne y solitario, en el frío amanecer.

Nos lanzamos a la fantasía. Yo sería la escritora y Markey, el agente. Él revisaría lo que yo escribiese y se lo pasaría a Chico. ¿Por qué no intentarlo? Alguien tenía que escribir todos esos grandes éxitos de superación personal. ¿Por qué no nosotros?

Markey se incorporó un poco para darme un beso en la frente, y la gente de la mesa de al lado aplaudió y Markey se ruborizó y volvió a sentarse. Entonces la camarera, que nos trajo la cuenta, fingió plantarle un beso en la cabeza a Markey y él volvió a ruborizarse y los de al lado aplaudieron otra vez.

—¿Sabes por qué eres la persona adecuada? —dijo Markey en tono engreído mientras nos arrebujábamos en nuestros abrigos—. Bueno, creo que la gente de Kilbride no somos californianos *new age* ni espabilados de la Costa Este. Somos gente natural del Medio Oeste. Yo soy un negado como escritor, lo mío es la fotografía, pero a ti las palabras se te dan genial. Y no eres ninguna cínica, cualquiera se daría cuenta nada más mirarte. Como tampoco lo es la gente de Ohio ni de Idaho ni del resto de sitios en los que se venden los libros de Louisbooks. ¡Así que todo encaja! —Casi se echó a bailar para parar un taxi, encantado consigo mismo—. Te llamaré. Y el viernes hay una feria del libro de crecimiento personal en el Sheraton a la que no puedo quedarme, pero tienes que prometerme que vas a ir. Y no hagas planes para cenar mañana. Y Rosie… —Se dio unos golpecitos en la cabeza, asomando por la ventanilla del taxi—. Ve a comprarte un sombrero por cuenta de Seattle Rare Medical Books. ¡Nos lo vamos a pasar genial!

Le hice señas con su pañuelo pero me gritó: «¡Quédatelo! Y Rosie: sé positiva. ¡Esto es Estados Unidos! ¿Vale?».

Imaginé los ojos relucientes de Markey mirándome cuando entré en el Century 21 y me compré un sombrero cloche de terciopelo con una flor escarlata sobre un ojo. Una mujer muy mayor que pasó arrastrando los pies junto al espejo ante el que me lo estaba probando me dijo: «Perfecto, cielo, déjalos con la intriga», y ese fue otro motivo para comprármelo.

En el camino de vuelta al hotel me compré además un cuaderno de notas rosa.

Ya en la habitación, volví a meterme en mi espléndida cama y escribí en la primera página:

NOTAS PARA (título pendiente)
de Rosaleen Barry y Marcus Cuffe. (Nueva York, 2003)

Seguidamente, me devané los sesos en busca de una idea inteligente, pero no se me ocurría absolutamente nada.

Así que me di un baño con intención de rezar algo por nuestra pequeña aventura mientras me remojaba, pero estaba tan encantada y con tanto *jet lag* encima que no lograba concentrarme. Además, cuando me incorporé en el agua dio la casualidad de que me vi en un espejo especialmente favorecedor, así que salí de la bañera y me coloqué el sombrero nuevo y volví a entrar y me puse a cantar el aria de la flor de *Carmen* a todo volumen hasta que alguien empezó a golpear las tuberías.

De MarkC a RosieB (enviado a las 12.00)

Ha sido genial verte esta mañana. Genial. Es que no has cambiado nada. Se me había olvidado cómo se te ilumina la cara cuando tienes interés en algo. Desde luego, que Dios nos coja confesados cuando algo no te interese.

He llamado a Louis en cuanto he tenido un hueco y quiere saber el título provisional. ¿Alguna idea?

De RosieB a MarkC (enviado a las 12.30)

¿Qué te parece *Ideas de una mujer sabia para la mitad del viaje*? O, en vista de que me he tenido que poner las gafas para escribir esto, ¿qué tal *Los años agridulces*? O, si eso te parece demasiado pesimista, ¿qué me dices de *El alegre libro sobre hacerse mayor*? O, por poner todas mis cartas sobre la mesa, ¿qué tal *Cómo sacarle el máximo partido a los años de madurez*? Otra opción: en el vuelo

de camino aquí me fijé en el iconito del avión que avanza muy poco a poco por el mapa. ¿No sería un gran título *Tiempo a destino*? Después de todo, lo principal en la madurez es el hecho de ser consciente de que el tiempo se acaba.

De MarkC a RosieB (enviado a las 12.40)

¡Abandona ahora mismo la pesadumbre europea! Solo te falta citar a Sam Beckett. He estado hablando con las mujeres que sirven el café en el centro de convenciones. No son ya ningunas crías y dicen que están disfrutando de la mejor época de su vida. Así que podríamos llamarlo: *¡Más de 50! ¡La mejor época de tu vida!*

De MarkC a RosieB (enviado a las 13.30)

PAREN LAS ROTATIVAS.

Chico acaba de llamar. Me ha dicho que el límite máximo de palabras en Louisbook son 1500.

De RosieB a MarkC (enviado a las 13.45)

No está mal. Eso nos da margen para poner epígrafes, estadísticas, etcétera.

De MarkC a RosieB (enviado a las 13.50)

1500 palabras todo.

De RosieB a MarkC (enviado a las 13.53)

¿QUÉ ES ESTO? ¿¿¿UNA BROMA??? Los mayores escritores, filósofos y maestros religiosos llevan siglos intentando aproximarse a la idea de cómo vivir, no hablemos ya de dar consejos. DE VERDAD ESPERO QUE ESTÉS DE GUASA.

De MarkC a RosieB (enviado a las 14.00)

Lo he confirmado con Chico.

1500 es lo que hay, amiga.

¿Te animas o no?

De RosieB a MarkC (enviado a las 16.45)

¡VALE, OK!

Me animo.

Soy una profesional, al fin y al cabo. Escribo cuadernillos.

Te mando un ejemplo de «idea» en unas 150 palabras.

Muchas de las experiencias de nuestra juventud parecen haber pasado sin

dejar huella. Pero no es así. Sencillamente, ocurre como con las plantas que sembramos en pleno invierno de cara a la primavera: no sabemos cuáles florecerán o darán fruto.

Tenemos que esperar para descubrirlo.

En la madurez, la espera acaba. Lo que hayamos plantado antes en nuestra vida lo cosecharemos ahora.

He aquí una gran verdad: hay que seguir viviendo para descubrir qué partes de la vida acaban por salir bien. Nunca podemos saber con seguridad las bases que estamos sentando para el futuro. Hay que esperar a que llegue ese futuro para descubrirlo.

El milagro es que, incluso cuando el pasado parece cosa perdida, mientras sigamos viviendo, no lo será.

Y, por tanto, la madurez es la edad de los milagros.

¡Cuando al fin comprobamos también lo raros que son esos milagros!

De MarkC a RosieB (enviado a las 17.30)

Le he enviado la «idea» a Chico directamente y acaba de llamarme para decirme, de parte de Louis, que la gente irlandesa tiene fama de ser muy sensible y que adelante con esto.

Por supuesto, la gente aquí es muy cumplida, hasta decir basta, y no tenemos contrato ni nada parecido.

De todos modos, ¿puedes redactar diez ideas de esas? A ver, yo no sería capaz de escribir ni una sola. Es decir, ¿hay diez maneras distintas de ser inspirador en 150 palabras?

De RosieB a MarkC (enviado a las 19.00)

¡Sin problema! Son para gente de nuestra edad, ¿no? Bueno, si me fijo un poco en mi vida, yo las recompensas las recibo de mi propio cuerpo (¡y no las suficientes!), del hecho de tener algo de dinero, de la amistad, del arte, de los viajes, de los animales (incluso Bell, la gata de Min, que no me tiene mucho aprecio, me da una alegría infinita) y de la comida. Y de no abandonar: seguir adelante es una fuente de valor en sí misma. Eso suma nueve temas, ¿no? Dejando aparte lo de cómo de milagrosa puede ser la madurez (y lo es, y mucho, ¿quién habría pensado que tú y yo íbamos a estar haciendo esto, por ejemplo?).

Pensaré en el último tema cuando llegue el momento.

¿Te parece?

De MarkC a RosieB (enviado a las 19.10)

Brillante.
Título provisional: *Diez ideas para la mitad del viaje*.
Cenamos mañana. Me paso por tu hotel sobre las 19.00.
Duerme bien, Rosie.
¡Vivan las grandes esperanzas, a lo Dickens!

6

En algún momento de la noche sonó el teléfono. Por supuesto, creí que sería Markey.

—¿Rosie? ¿Eres tú, Rosie? ¿Hola? Peg, a esto le pasa algo. ¿Hay que darle al botón verde? ¿Hola? Al habla Monty O'Brien. ¿Puedo hablar con…?

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Nada, nada —dijo Monty—. Nadie se ha muerto ni nada de eso. Es Min. Hay un poco de jaleo por aquí. A tu tía se la han encontrado en el aeropuerto, en el baño de señoras para ser precisos, y la gente de seguridad de allí ha conseguido que Min le dé el número de Reeny, y como Reeny está en España he respondido yo al teléfono y me han preguntado si podía ir a recogerla. He salido a por ella con Peg, pero dice que a casa no se viene, que tiene un billete para Nueva York y que va a irse allí y punto. Dice que tiene el pasaporte en el bolso desde que fue a Nevers con la parroquia. Hemos llamado a la residencia Sunshine pero la señora de allí no la admite de vuelta, así que le hemos reservado una pensión en la carretera que tiene un servicio de enlace con el aeropuerto, porque Peg tiene que volverse a casa con su padre y yo tengo un torneo a primera hora. Y esa es la historia. El vuelo de Nueva York es mañana. No, espera, es hoy, ¿no?

—¿Ha estado…? —No, no iba a preguntar eso. Les di unas gracias enormes a los dos—. Pues nada, ¡que venga, bienvenida es! Solo voy a estar aquí ¿cinco días? Monty, ¿podrías ir a casa y abrirle unas latas a Bell para los próximos cinco días? Están en la despensa, bueno, ya lo sabes. Sí, deja la ventana del baño abierta. Te veo el martes y gracias, y de verdad perdonad las molestias. ¡Esta mujer es una fiesta! —dije para terminar, con una risita agradable.

Pero colgué el teléfono de golpe y salté de la cama y caminé dando zapatazos junto a la ventana para intentar contenerme.

¡Estás siempre arruinándolo todo! Le gritaba por dentro. ¡Siempre! Incluso cuando pensaba que iba a ser mi primer día de escuela lo arruinaste.

Yo estaba en el suelo y había cogido la mochila nueva que no tenía nada dentro y me dijiste: «No, no, no puedes ir hasta que no tengas cuatro años», y te largaste. ¡Te largaste! Siempre procurabas estar donde no estuviese yo. Cuando era niña me hacías salir a jugar todo el rato. No me querías cerca…

Pero esto era lo contrario, ¿no? ¿No estaba acaso intentando estar cerca de mí?

Y Min nunca había querido eso antes. Ni siquiera tres o cuatro años atrás, cuando fui desde Bruselas hasta lo más profundo de Borgoña cogiendo trenes en domingo para reunirme con ella, que estaba de viaje visitando la tumba de santa Bernardita de Lourdes; ni siquiera entonces me dio la bienvenida.

La vi allí, en el vestíbulo de la estación de trenes de Nevers, toda menuda y furiosa, con el impermeable gris abotonado y un gorro impermeable a juego que se ponía incluso cuando no estaba lloviendo si iba a tratar con gente respetable.

—Llevo una eternidad esperando —me dijo.

—Te podías haber sentado ahí —le respondí, y señalé el escalón ancho de la balanza industrial. Me lanzó una mirada teatreramente sarcástica—. ¡Podrías haber puesto un trozo de papel en el suelo!

—¿Y dónde iba a encontrar un trozo de papel si no hablo el idioma de aquí? No puedo estar fuera mucho tiempo. Tenemos que volver al autobús a las cuatro en punto. Del autobús se ocupa un hombre muy agradable. Se llama igual que… Cómo se llamaba ese que era el perfecto caballero… el auténtico bailarín de salón…

—¿Maurice Chevalier?

Min asintió impaciente, como si fuera de lo más obvio a quién se estaba refiriendo.

—Ese.

A continuación me dijo que una de las señoras de Dublín había pagado dos euros el día anterior por una taza de agua caliente para echar dentro su bolsita de té, pero que la señora debió de entenderlo mal porque para empezar no sabía ni qué dinero llevaba encima, porque su hija se lo había cosido al dobladillo.

—Ojalá supiera hablar una lengua extranjera —dijo Min en tono triste, mientras caminábamos hacia la ciudad gris—. Seguro que, más allá de eso, aquí se estaría igual de bien que en Kilbride.

Y… ¡Sí! ¿Qué fue lo siguiente que dijo? Se me vino a la cabeza en ese

momento. Dijo: «El único idioma que sé hablar es el inglés. Así que el único sitio lejano al que podría ir sería Estados Unidos».

Me acoplé con mi Proust en el sofá blanco. Justo debajo de la ventana, una paloma apoyada en un saliente se ahuecaba las plumas y me miraba con astucia. A la luz de una farola podía ver la parcela vacía frente al Harmony y, detrás de la valla, a una persona sin techo cargando con algo por todo aquel terreno agrietado hasta un lugar en el que había una pila de ropa de cama amontonada, junto a un fuego, desordenada como el nido de una urraca. Las nubes amasadas sobre los edificios del otro lado del río eran pálidas, pero mientras las miraba se iban poniendo negras grisáceas. Entonces, las luces de la orilla más alejada se atenuaron. ¡Ay! El chaparrón se movía hacia mí cruzando las aguas picadas del río, y esperé, paralizada, hasta que se estrelló contra la ventana que tenía delante. Qué cosa tan bonita, las luces regresando a través del cristal aguado conforme el cielo se despejaba, brillando con un resplandor más diamantino que nunca.

Más tranquila, saqué mi manzana de emergencia del compartimento secreto de mi maleta y me la comí mientras leía sobre la primera vez que el narrador había visto Saint-Loup. Luego me cepillé los dientes de nuevo y (haciéndole una reverencia imaginaria a Min) volví a meterme en la cama.

Una especie de *troupe* carnavalera salía (o llegaba) de la terminal 4, así que la vi entrar a Estados Unidos entre un revoltijo de niños pequeños disfrazados de ratón y adultos con colas peludas y máscaras con brillantina y osos humanos con hadas de color púrpura a la espalda. Min cruzó las puertas automáticas de la zona de llegadas, pulcra como un elfo. Observé cómo se paraba y miraba hacia arriba, perpleja ante unos globos que se habían escapado y se empujaban levemente bajo el cristal del techo. Era tan ella misma que no parecía ella, con ese jersey negro antiquísimo al que siempre se refería como su «mejor jersey», torciendo la boca en una mueca de autoimportancia. Min tenía un pequeño repertorio de expresiones convencionales de mujer: el gesto fruncido con el que todas escudriñan una prenda de ropa; o la manera en la que todas murmuran con admiración ante el bebé de otra mujer; o la mirada adusta dedicada al señor del puesto del mercado que selecciona los tomates que van a comprar. Yo sabía que mis expresiones copiaban las de Min. Pero ¿de dónde había sacado ella las suyas?

Se había parado a mirar a un hombre negro muy grande que llevaba un

gatito anaranjado en el bolsillo delantero de la chaqueta. Ese hombre estaba hablando con otro como si no hubiese ningún gato por ninguna parte, mirando de lado a lado para inspeccionar sagazmente sus alrededores. Min observaba como una niña: inmóvil, impasible. El pelo, que a menudo se le apelmazaba cuando se pasaba mucho tiempo en la cama, lo llevaba cepillado y recogido atrás, e incluso con las vetas blancas y plateadas que tenía seguía luciendo una viveza que llamaba la atención. En conjunto, Min era una figurita robusta, con el bolso de viaje abultado en una mano y el abrigo negro y viejo que olía a naftalina sobre el brazo.

En su camino se cruzó un trío de mujeres jóvenes que repiqueteaba al caminar y tiraba con delicadeza de unas maletas de personal de cabina.

—¡Minnie! —le grité—. Min.

Volvió la cabeza sin ninguna prisa. Quizá estuviese fascinada con lo que la rodeaba, pero era perfectamente dueña de sí misma.

—Iba a dejarme el dinero metido en las bragas, Rosie —empezó a decirme sin mayor preámbulo—, pero me puse a hablar con una señora irlandesa que vive por aquí y me dijo que no hay el mismo nivel de robos que en Dublín ni por asomo. Aquí a casi nadie le falta de nada, me contó, así que no hay necesidad de birlar cosas. Llevaba dos pares puestas, para meter el monedero en medio, pero cuando la mujer me dijo eso me quité unas en el baño. Tampoco voy a andar por ahí con miedo hasta de mi sombra.

Era una tarde de viento fuerte que soplaba a rachas intensas y lanzaba a la gente, ocupada en sujetarse sombreros y faldas, por la calzada hasta el aparcamiento. Min se quedó atrás. Me di la vuelta y vi que estaba mirando una columnita de humo que salía de una papelera acoplada a un poste, y a la pareja de hombres fornidos de uniforme que daban vueltas a su alrededor y hablaban por unos *walkie-talkies* dándose mucha importancia. Estaban esperando al camión de bomberos, oí decir a uno de ellos. Entonces se acercó un chaval y vació una lata de cocacola sobre el papel que ardía y el humo se extinguió. El chaval tiró la lata al suelo y el viento la cogió y se la llevó volando, dando botes y traqueteando, al otro lado de la carretera.

Un camión enorme de bomberos apareció tronando. El taxista que estaba parado junto a nosotras se reía a carcajadas.

Sin embargo, Min se había quedado impactada con otra cosa.

—¿Has visto eso? —me dijo—. Una lata de cocacola entera, el niño, cuando podría haber estado bebiendo agua.

Típico. En ningún momento me preguntó cómo estaba, ni si por

casualidad había algo que hubiese preferido estar haciendo en vez de andar por el aeropuerto Kennedy para atenderla a ella. En ningún momento se disculpó por todas las molestias que había causado. No preguntó dónde iba a dormir. Pero… ¡Pero menudo cambio oírla hablar tras el silencio de Kilbride! Estaba incluso charloteando, allí posada en el filito del asiento, girando la cabeza aquí y allá.

—Rosie, ¿las casas no son pequeñísimas? No habría imaginado que pudieran ser tan pequeñas en Estados Unidos, con lo grande que es la gente… Los que vienen a Irlanda, por lo menos. Y…

Estábamos pasando por una elevación y el taxista la interrumpió para decir que ahí estaba ya Manhattan.

—¡Es casi igual que en el Sorrento! —gritó Min.

Y tenía razón. En la pared del *fish and chips* Sorrento destacaba una versión del perfil de Manhattan en azulejos rojos, y eso era lo único con lo que nos podíamos entretener mientras Enzo meneaba las patatas para sacarlas de la freidora y echarlas zumbando a las bolsas de papel. Una forma mágica no tiene que ser exacta.

Le encantaron las casetas del peaje.

—Deberían hacer lo mismo en Dublín, ¡que todo el mundo pague para entrar y luego le den el dinero a la gente que ya vive allí!

No había nada para lo que no tuviese un comentario: una limusina larga y blanca en la que resonaba música; el tropel de gente que pasaba por delante de nosotras en los semáforos y los diferentes sombreros que llevaba cada cual; la cantidad de comercios de limpieza en seco; un mendigo que cantaba y meneaba una taza de cartón, y que Min decía que ganaría una fortuna en Irlanda, que parecía muy feliz.

Le señalé la ONU.

—¿Y la bandera irlandesa? —preguntó Min—. ¡Envolvedme en la bandera verde, muchachos!

—Irlanda… Qué país tan sufriente —dijo el taxista.

—Bueno, ahora no está tan mal la cosa —respondió Min—. Se ha tranquilizado todo mucho desde que vino el presidente Clinton y consiguió que los del norte hablaran entre ellos.

—Ah, ¿sí? —dijo el hombre—. Bueno, pues gracias a Dios.

—¿De dónde es usted? —le preguntó Min.

—Soy de Sierra Leona, señora, de África. Un país que también sufre. Usted lo entenderá, viniendo de Irlanda. —Se quedó en silencio un

momento y luego añadió—: Pero dice usted que el Señor les está mandando mejores tiempos. Ojalá el Señor Dios envíe Su paz a Sierra Leona.

—Tiene usted razón, sí —dijo Min.

—Recemos por ello.

Estábamos ya recorriendo la West Side Highway, cerca del hotel.

—Padre nuestro que estás en los cielos —empezó el taxista.

Recogimos el testigo de la oración y la acabamos con él.

Min estuvo de acuerdo en que la habitación parecía sacada de Hollywood. «¡Una moqueta blanca! Gracias a Dios que no tengo que limpiarla». Y comentó además que la muchacha de recepción era la viva imagen de la que estaba casada con Bobby en *Dallas*. Por lo demás, Min había regresado a su silencio y los ojos no paraban de írsele hacia la ventana, donde el cielo era una salvaje mezcla de color magenta y negro sobre el abismo de la carretera y del río. Empecé a sentir el dolor de siempre. Cuando Min ponía arias de ópera en discos de 78 en el gramófono de cuerda, la que más me gustaba era *Dreams that are brightest*. Pues bien, ese instante era lo más cerca que íbamos a estar nosotras de hacer realidad un sueño. Algo así debería haber dicho Min. Estábamos de vacaciones en una habitación que tenía un sofá blanco largo como la ventana para observar el cielo espléndido, y dos camas grandes cubiertas de mantas y cojines de seda y terciopelo, y un teléfono al lado de cada cama y uno en el baño. Imaginarse en una habitación como aquella, en una ciudad como esa, era más que un sueño. Y un hombre que se parecía a Clint Eastwood (cuando Eastwood estaba en su mejor momento, no ahora) nos iba a sacar a cenar. Eso también era algo que Min tenía que agradecerme.

Y, sin embargo, lo único que pude decirle, ajustándome a nuestro protocolo, fue:

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que la residencia Sunshine era un sitio horrible —me respondió —. No metería allí ni a mi peor enemigo. ¡Deberías haberlas oído gritar! Y teníamos que estar todo el día sentadas delante del televisor, todo el día viendo las carreras.

—Tenías una habitación para ti sola —empecé a decirle—. No te hacía falta salir para nada, más que para comer. Y si ibas a escaparte no tenías que montar todo ese follón en el aeropuerto, podías haberte ido a casa. Si estás tan bien como para plantarte en Estados Unidos, es que estás bien para irte

a casa.

Pero entonces resultó que me rocé con ella. Min estaba en el hueco de la cocina, buscando a tientas en el bolso de viaje las bolsitas de té que había birlado de la pensión la noche anterior, y no había sitio para las dos allí cuando me incliné para alcanzar el hervidor de agua. Así que le toqué el costado con el mío. Y al hacerlo casi pegué un grito. Porque noté en su enjuto cuerpo un temblor profundo y ansioso que Min no podía controlar ni siquiera para seguir ocultándose de mí. Estaba nerviosa como un perrito. Debía ser por eso por lo que había dejado de hablar: mantener una cara y una voz normales le estaría chupando toda la energía. Abrí el grifo para que no se diese cuenta de que yo me había dado cuenta de eso. Divisé lo mucho que, desde su punto de vista, podía temer: mi enfado, cuando ya no había ningún taxista que la protegiese de él; mi interrogatorio; mi control sobre aquel sitio; la pérdida del dominio que tenía en su propia casa.

Y había complicaciones añadidas. Ahí estaba ella, una mujer de casi setenta años que siempre había vivido con la máxima sencillez. Todas las semanas, cuando cobraba la pensión, dividía la mayor parte del dinero entre varias latas etiquetadas como Luz, Comida de Bell, Gas, Seguro y TV, y metía el resto en un monedero con cremallera que guardaba en el bolsillo interior del bolso; esa era toda la administración que llevaba. Fin. Y de pronto se veía sobrevolando el Atlántico por primera vez, pasando por el control de inmigración estadounidense por primera vez, haciendo té con un hervidor estadounidense por primera vez.

—¿Te apetece una siestecita, Min? —le pregunté.

Obediente, se envolvió en una bata cortesía del *Suite*s muchas tallas más grande que la suya y se echó a dormir de inmediato sobre el edredón.

Yo me quedé en el otro lado de la habitación.

Iba a estar durmiendo a solo unos metros de ella.

Esto no había pasado desde la Cabaña de Bailey's. Allí, el tabique entre las dos habitaciones no alcanzaba el techo y cuando me despertaba por la mañana temprano oía a mi padre roncar o respirar fuerte y superficialmente o murmurar. Una vez lo escuché cantar. Me gustaban sus ruidos nocturnos igual que me gustaba todo de él. Cuando me estaba enseñando a nadar y me llevaba a la espalda, resoplábamos y escupíamos y tosíamos y nos tirábamos agua y nos caíamos y levantábamos entre las olas, y su cuerpo era un sitio seguro que me hacía no tener miedo. Pero Min no nadaba. A Min en realidad no le gustaba en absoluto el contacto físico con la gente. La razón

por la que me acordaba de todos los detalles de una noche que se había quedado despierta conmigo en la alfombra delante del fuego, echándome con mucho cuidado aceite de oliva caliente en los oídos, fue la excepcionalidad del momento. A diario me tocaba de una manera prosaica, por supuesto, para vestirme y desvestirme. Pero aquella noche fue la única vez que no lo hizo con prisas. Y tampoco mientras me daba instrucciones. Sencillamente me giraba con suavidad, primero a un lado y luego al otro.

Más adelante, un año inauguraron un campo deportivo un poco más allá de la Cabaña, por la carretera del muelle, y Min tuvo la idea de que ella y yo usáramos la ducha del vestuario, porque teníamos un retrete portátil como baño, pero en la Cabaña no había agua corriente. Dijo que si alguien nos pillaba colándonos por la verja con champú y gel y una toalla en una bolsa del supermercado seríamos el hazmerreír del lugar, pero seríamos hazmerreíres limpias. Así que durante unos años, todas las tardes nos dábamos una ducha las dos.

Nunca nos pillaron. Esperábamos en la tardía luz estival a que se oyeran los últimos gritos procedentes del campo y a que el guarda volviese en su bici a Milbay pasando junto a nuestra verja. Luego corríamos hacia el pabellón cruzando el césped a oscuras. Min me impulsaba y yo deslizaba la mano por la ventana y la abría hacia fuera. Después la ayudaba a entrar y nos quitábamos la ropa en la oscuridad, y nos metíamos bajo la alcachofa de la ducha, chocándonos todo el rato, con las extremidades enjabonadas compitiendo por el hilito de agua caliente.

Nunca volví a estar tan cerca de su cuerpo hasta que, en los años posteriores a la muerte de mi padre, cuando no teníamos nada de dinero, el recaudador de impuestos se pasaba todos los trimestres por casa y teníamos que fingir que no estábamos. Nos apretujábamos en la despensa de debajo de las escaleras en cuanto nos enterábamos de que el tipo venía por la calle. Estábamos acostumbradas a hacerlo, y él estaba acostumbrado también, y Reeny, en la casa de al lado, apoyada en la jamba de la puerta mientras el hombre llamaba y llamaba a la nuestra a solo unos metros, también estaba acostumbrada. Yo solía llevarme el cepillo del pelo a la despensa y me daba un buen repaso. Era bastante feliz allí dentro. El hombre se asomaba por el hueco de las cartas y, como dejábamos abierta la puerta de la cocina, podía ver que no había nadie dentro. Y entonces se iba.

Sin embargo, fue sobre esa época cuando Min empezó a ir al *pub*. Planchaba todo el día para mantenernos a las dos, porque no tenía derecho

a ninguna pensión de viudedad (no se había casado con mi padre), así que hasta que yo empecé a trabajar en el Pillar solo teníamos la prestación social complementaria para vivir. Después de cinco o seis horas planchando, Min se iba al *pub*. Y al final lo cogió por costumbre.

Ahí se acabaron mis ganas de estar cerca de ella. Cuando en los últimos tiempos me pasaba por el *pub* con la esperanza de que Min volviese a casa conmigo, a veces me agarraba del brazo o incluso intentaba cogerme de la mano mientras íbamos caminando por la calle. Detestaba que hiciera eso. Sus dedos eran como garras. Lo estás haciendo obligada, pensaba yo. Has bebido. Esto no es por cariño. En cuanto encontraba el momento, la hacía soltarme el brazo, y me daba igual si lo notaba o no.

Entonces la miré allí en la habitación, dormida profundamente de lado, con un brazo sobre la cara y el otro en el costado. Antes de dormirse había reunido todas sus cosas importantes para tenerlas cerca, en la cama. La funda de las gafas metálica, maltrecha. El monedero de piel gastado y fino ya como el papel. No menos de seis tarritos de sal y pimienta en miniatura, adquiridos en el avión. Una foto en metacrilato de Reeny y Monty apoyados en la pared que separaba nuestros patios traseros, con Bell cuando era todavía una cría echada entre los dos. Una botella de plástico azul con forma de la Virgen con el Niño, supuestamente llena de agua bendecida en Lourdes. La mano la tenía cerca de esos objetos, como para defenderlos rápidamente. La carne de los nudillos se le veía suelta y el dorso de la mano, salpicado de puntitos marrones.

Si te acercabas a Min a través de la modestia de sus pertenencias, parecía absurdo estar tan enfadada con ella como a menudo lo estaba yo. La mano, con sus uñas mugrientas, era pequeña como la de una niña. ¿No era toda ella como una niña? Yo sabía que Min no tenía ni idea de cómo comportarse tal y como lo hacía la mayoría de las mujeres: cómo vestirse para estar atractiva, cómo charlar, cómo utilizar las palabritas poco sinceras que todo el mundo usaba para ser educado. Sabía que no tenía ninguna enseñanza en esos asuntos. No había habido nadie para instruirla. Su madre murió cuando Min tenía diez años y, por ese motivo, su hermana mayor, mi madre, huyó.

—Dijo que se marchaba —me contó una vez Min, muy reacia—, y cuando le pregunté por qué me contestó: «No pienso quedarme en este sitio sin mamá».

Los muertos hablan a través de nosotros, según Freud.

¿Sería posible ver las cosas un poco distintas a lo de siempre en aquel sitio tan magníficamente nuevo? Tomar contacto. Cuando Min buscaba a tientas mi mano de camino a casa desde el *pub*, ¿no estaría intentando decirme algo, algo que no podía decirme si no se desinhibía con el alcohol?

Le levanté la mano floja y se la sostuve un momento.

Nada. Ni un torrente de sentimientos. No sentí nada. En cualquier caso, aquella era la primera vez que tocaba a Min de forma voluntaria en muchos años.

—¿Y cerveza? —dijo el camarero—. ¿Cerveza Cobra de la India?

Min habría podido ser perfectamente la madre de Markey, por la delicadeza con la que él la había acomodado en la silla del Shalimar Balti House, asegurándose de que estuviera lo bastante a gusto y llamando al camarero para que le explicase la carta a la visitante de Irlanda.

Esperé a ver qué decía de la cerveza. Los camareros de Nueva York no iban a parecerse en nada a Decco, el del Kilbride Inn, que la dejaba quedarse allí sentada toda la tarde y luego elegía a uno de los hombres que entraban a tomarse una pinta antes de volver a casa para que la acercase a la esquina de nuestra calle. Y mírala ahora… ¡Ojalá no fuese a beber demasiado! Parecía tan joven como si en los años malos se hubiera estado escondiendo en vez de envejeciendo. Permanecía sentada, muy erguida, con los ojos brillantes, mientras le complicaba las cosas a Markey para que pidiese los platos indios más parecidos a la comida irlandesa.

En casa los ojos también le brillaban a veces, cuando volvía del *pub*. Aunque aquella euforia no tenía nada que ver con el sitio en el que se encontraba, sino todo lo contrario: el alcohol, en casa, la transportaba a un lugar que no era esa casa, donde no podía ser ella misma.

—Vale. —Markey asintió distraído al camarero—. Min… ¿Cerveza? ¿Agua? ¿Té?

—Pues un té. Con una gotita de leche, no se le olvide.

Min había conocido a Flo Cuffe, por supuesto. Y había un señor Cuffe, en Londres, el padre (la gente decía que era protestante y que la familia se lo había llevado de Irlanda), pero Markey casi nunca iba por allí, y cuando lo hacía solo le interesaba pasarse por las librerías de segunda mano de Charing Cross Road. A su madre sí la adoraba. Siempre le había dado todo lo que ganaba (Markey consiguió un trabajo en la Administración pública justo al acabar la secundaria y por las noches iba a la universidad), aunque

la madre le mandaba casi todo el dinero a un cura que conocía y que llevaba un orfanato en Calcuta.

Ella, Flo, también influyó en mi vida.

Unos tres años después de que Markey se marchase de Irlanda, yo estaba en mi primer curso de la universidad (gracias a la ayuda de Hugh Boody, mi jefe en la librería) y una noche llegué a casa muy tarde por alguna crisis que había habido con la revista estudiantil en la que colaboraba. Una silueta se acercaba entre la neblina llena de luz refractada que se había instalado en la calle, totalmente a oscuras, y cuando nos cruzamos a mitad de camino vi que esa silueta era la señora Cuffe.

—¿Quién eres? ¿Eres Rosie, la de Min? —me dijo, mirándome desde debajo del sombrero—. Voy tarde a misa, Rosie. Creo que se me ha parado el reloj.

La vi tan agobiada que sabía que debía llevar cuidado. Miré muy concienzudamente mi reloj.

—Diría que el reloj ha corrido demasiado, más bien —respondí en tono despreocupado—. No va usted tarde. En realidad, va un poco temprano para las ocho.

—Esperaré en la iglesia —dijo con la voz llena de pánico—. Prefiero esperar que llegar tarde.

—La cosa es que aún tardarán un poco en abrir las puertas. Y va a pillar un catarro de muerte con esta llovizna si se queda esperando fuera.

—¡Tienes razón! —respondió, levantando la vista hacia mí con impotencia—. Pero en casa tengo el reloj roto.

Así que la convencí para que viniese conmigo. Min bajó de la cama cuando me oyó hablar y la vi fijarse en el hecho de que Flo llevaba un zapato en un pie y una bota en el otro. Dio unos golpes en la pared y apareció Reeny con la bata, y las dos se pusieron a encender el fuego y a preparar té y a hablar de un modo normal y sin prisas con la señora.

Ahí fue cuando Flo influyó en mí. De repente me vi allí de pie, inútil. Esas mujeres no me necesitaban. Yo no encajaba.

Al final, la madre de Markey confesó, llena de vergüenza, que debía de haberse olvidado de cenar y que tenía hambre, así que le prepararon unos huevos revueltos y una tostada con los bordes recortados. Y cuando empezó a entrarle sueño, se pusieron unos abrigos encima de los camisones y la llevaron a su casa, al otro lado de la calle de atrás. Intentaron que Flo les diese el número de teléfono de Markey en Estados Unidos, pero la mujer no

sabía dónde lo tenía apuntado, y le dijeron que volverían ya por la mañana. Después la metieron en su habitación y la dejaron tumbada, con su libro de oraciones y una botella de cocacola, y se marcharon.

—Nunca fue la misma después de esa noche, nunca volvió a ser ella. —Min había retomado la historia para contársela a Markey—. Recuerdo a Reeny decirte por teléfono que no hacía falta que vinieras, que cualquiera de las que teníamos casas con puertas traseras a esa calle le llevaríamos la cena a Flo, y así lo hicimos y funcionó todo muy bien. Disfrutaba de la comida, tu madre, y vivió muy cómoda en su casa hasta un mes antes de fallecer, que para entonces ya no sabía ni quién era. Pero eso ya lo sabes tú. —Nunca antes había visto a Min tan seria—. Con toda sinceridad, Marcus, tu madre no tenía ni una sola preocupación en este mundo. Durante años, cuando entrabas en la casa, que solo tenías que llamar a la puerta y pasar, la escuchabas hablar sin parar y te decía ay, señora Connors (o como fuera que te llamaras, porque ella se sabía el nombre de todo el mundo), me pilla usted hablando con la Florecita de Jesús. Que es santa Teresa. O con santa Bernardita. O es que estaba hablando con el bendito John Sullivan (un cura que había en Dublín y que era muy santo), que me contaba cosas del cielo. Nunca hablaba con Dios ni con la Virgen, no sé por qué. Quizá no se sintiera tan cómoda con ellos. Y tenía amistades de cuando limpiaba la iglesia y de la sodalidad y de la Tercera Orden de San Francisco, y siempre se estaban pasando por allí. Y por reconocerles el mérito a los sacerdotes, todos le llevaban agua bendecida en Roma y cuentas de rosarios de Medjugorje y cosas así. Y tenía dinero a espuertas, con todo lo que tú le mandabas. No fue culpa de nadie lo que le acabó pasando. Su cerebro, el pobre, se agotó, y ya está.

—La casa aquella tenía más de cien años —dijo Markey cuando levantó la cabeza gacha.

—Nadie de allí ha podido olvidarlo —comentó Min—. Era un sitio pequeño, pero el más espléndido. Siempre estaba caldeado, daba igual el tiempo que hiciese fuera. ¿Queda té?

—Muros de medio metro —añadió Markey.

—Ahora entiendo por qué un protestante querría escaparse de allí, claro —comenté.

Los dos me miraron con gesto frío.

Markey era tan impresionantemente atractivo que toda la gente que pasaba junto al reservado se volvía para mirarlo, a él y luego a ella, una

mujer menuda con el pelo plateado y gris recogido en un moño informal sobre una cara iluminada de respuestas. Los dos se lo estaban pasando de maravilla parloteando sobre Kilbride, sobre cómo eran las cosas allí cuando apenas había coches, la leche se repartía en unas botellas que tintineaban y la furgoneta del pan hacía sus rondas.

Está mucho más relajado con ella que conmigo, pensé. Se sentó cerca de ella, se reía con ganas con ella. ¿Sería que disfrutaba con las mujeres de la generación de su madre? O a lo mejor recordaba que él y yo habíamos sido casi pareja y eso lo hacía estar receloso conmigo.

Markey tuvo que ser consciente, el día que íbamos andando camino a las torres de la central eléctrica de Pigeon House, de que me quedaría devastada cuando escuchase la noticia de que se marchaba de Irlanda, y no en algún momento del futuro, sino esa misma noche. Quizá por eso estaba siendo tan amable conmigo con toda aquella idea del cuadernillo de crecimiento personal. Quizá quisiera compensar haberme roto el corazón. Como dije en mi «idea» de prueba, los milagros de la restitución se presentan por sí solos en la mediana edad.

—Rosie va a escribir un libro sobre cómo sacarle el máximo partido a la fase intermedia de la vida.

Markey rebosaba entusiasmo.

—¿Que va a hacer qué? ¿Rosie? —dijo Min, y me examinó con rigurosidad—. ¿Y qué sabe ella de eso? Si es muy joven.

—A lo mejor puedo enterarme por ti —respondí sonriéndole.

—Sí, esta es tu oportunidad, Min —le dijo Markey—. ¿Qué piensas de la madurez? En comparación, por ejemplo, con ser muy muy joven o ya mayor.

Pero Min no se animó a cambiar de tema. Se estaba empezando a cansar y le noté que quería excusarse y dar por acabada la noche.

—Una vez casi me hago escritora —dijo vagamente—. Viví en una casa en la que había vivido James Joyce, el escritor. La primera vez que estuve en Dublín, el autobús procedente del campo paró en Rathmines y yo pensaba que estaba ya en mitad de la ciudad y le pedí al conductor que me dejara bajar y había un letrero en una ventana que decía «Se alquilan habitaciones». Así que cogí una habitación ahí para unos días cuando la niña estaba todavía en el hospital. —Hizo un gesto distraído para señalarme —. Pues en una piedra, por fuera de mi ventana, había algo escrito que

decía que James Joyce había vivido allí entre los dos y los cinco años. Así que muchas veces imaginaba que Joyce seguramente aprendiera a escribir allí. Nunca habría podido ser escritor sin haber aprendido a escribir. Y si yo hubiese escrito algo allí, también habría sido escritora.

—Yo soy ya más viejo que Joyce cuando murió —dijo Markey, y luego añadió, medio riéndose y medio concentrado en la manga arrugada del abrigo que estaba ayudando a ponerse a Min—: Aunque no voy a dejar tanto legado.

—¿No tienes hijos? —le preguntó Min.

—Me refería a los libros —respondió Markey, y le sonrió.

Min no podía dejarlo estar. Me aparté de ellos. Por supuesto, en otros tiempos me imaginaba teniendo los hijos de Markey. Cuando yo era jovencita, todas las chiquillas pensaban en esos términos sobre los chicos de los que creían estar enamoradas.

—No tengo hijos propios —siguió Markey—. Pero mi pareja sí tenía hijos ya crecidos y los hijos de esos hijos me llaman abuelo. Billy y yo estamos en el club de abuelos de nuestra comunidad. Y dentro de poco vamos a llevar a los niños a Disneyworld.

No había vida alguna en el cielo detrás de los bloques de oficinas de Nueva Jersey.

Mientras Min estaba en el baño, me tiré en el sofá. Yo no había ido con ninguna expectativa concreta, por supuesto, y aun así, como siempre, me parecía tener dentro de mí un lago oscuro del que, ante una señal determinada (bastaban incluso cinco minutos de miradas llenas de interés y aprobación), surgía un monstruo empapado en necesidad. Ya me había visto vagamente como la vieja amiga especial de Markey, si es que estaba solo y necesitado de alguien. Y de nuevo me cabreé por cómo me había dejado confundir por mi ignorancia de adolescente. En nuestros tiempos no había gente gay. Sí había algunos homosexuales en los libros, y otros de carne y hueso (actores, sobre todo) en el centro de Dublín, pero no estaban en sitios como Kilbride. Yo no paraba de hacer gárgaras por si me olía mal el aliento y ese era el motivo por el que Markey no intentaba besarme. Pensaba que Markey era demasiado delicado, y que los chicos que venían a por mí eran un poco groseros. Si al menos hubiera sabido que podía existir gente gay a la que yo conociera personalmente, me habría ahorrado muchas molestias.

Min salió y logré sonreír, aunque ella ni siquiera me estaba mirando.

Me trata como a la confidente de una ópera, pensé: el personaje que está ahí para escuchar los pensamientos de la protagonista, no para tener pensamientos propios.

Se puso a organizar sus cosas con cuidado en la mesita de noche. La tarjeta de Markey, me fijé, era ya una de ellas, con su número personal muy bien señalado con un círculo. Supe que era su tarjeta porque Markey había rodeado también ese número con un círculo en la que me había dado a mí, y por un instante creí que había hecho un corazón.

—Qué pena tan grande que Marcus sea abuelo —dijo Min con espíritu hablador.

Me preparé para defenderme. No podía soportar que me tuviese pena y mucho menos podía soportar que se riese de mí.

—¿Por qué? —le pregunté, con voz de falsa sorpresa—. ¿Qué problema hay en que sea abuelo?

—Habría encajado conmigo a la perfección —respondió mi tía.

—¿Qué has dicho?

Se estaba metiendo en la cama con el sofisticado camisón que le compré para ir a la residencia Sunshine y del que había dicho que no pensaba ponérselo ni muerta. Le sobresalían mechones revueltos de pelo por toda la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa? —me dijo enfadada—. Nueve años de diferencia no es nada aquí. Por televisión sale todo el tiempo. Demi Moore y como se llame, o ese tipo, el camionero, el que Elizabeth Taylor conoció en el sitio al que iban todos a por drogas.

—Diez años —apunté—. Diez, no nueve. Cumple años después que tú. Min… ¡Min, a ti nunca te cayó bien! Y ahora es de otra manera… No sabes nada de él, lo único que has hecho con Markey es cenar en un indio.

—Ya lo sé. Pero salta a la vista que es un hombre magnífico. Su madre era una mujer encantadora también. Y bueno, tomé una decisión cuando me metiste en el sitio ese con las señoras majaras esas: quiero disfrutar de la vida. Por eso he venido aquí. No estoy preparada para…

Y se quedó dormida mientras hablaba.

De RosieB a MarkC

Min y yo vamos a recorrer Manhattan de arriba abajo los días que nos quedan por aquí. No tengo previsto trabajar más el resto del tiempo, salvo para ir a la Feria

del Libro de Crecimiento Personal. Pero me estaba planteando si no deberíamos pedir más palabras. O hacerlas y punto. Se me ha ocurrido una introducción, es solo un primer borrador, claro.

Este libro es corto, pero aun así espero que no resulte pequeño. Trata sobre un lugar: la planicie que queda entre el final de tus mejores años y el principio de la vejez. Y trata sobre el tiempo. Un profundo pensador alemán dijo: «Meditar sobre el tiempo no es natural y no pretende serlo. Es la tarea propia de unos seres humanos que están horrorizados, que ya no se sienten en paz consigo mismos porque su inquietud no se lo permite…».

Y luego pasaría a desarrollar el tema de la tentación de evitar toda esta cuestión en general. ¿Qué te parece?

7

Me llamó cuando aún estaba dormida y al principio pensé que era un sueño, porque me parecía que se estaba riendo nervioso. La luz matutina temprana se extendía desde los pináculos de los edificios de oficinas de Nueva Jersey hasta nuestras encantadoras camas. Las sábanas de Min estaban retiradas: debía de estar en el baño.

Sí que se estaba riendo nervioso.

—A ver, Rosie, amiga, ¿de dónde? ¿De dónde has sacado a ese pensador alemán? ¡Te lo has inventado! ¡Venga, reconoce que te lo has inventado!

—¡Claro que no! Jean Améry es famoso por sus reflexiones sobre el envejecimiento, o al menos yo creo que lo es. Se suicidó y todo. Nunca había oído hablar de él, pero lo vi citado en algún sitio, y decía que, llegado un momento en la vida, uno no piensa nada más que en el tiempo.

—Rosie…

—Y creo que es verdad. De repente te haces consciente de…

—¡Rosie!

—¿Qué?

—Nada de pensadores alemanes. Y en especial, nada de pensadores alemanes suicidas. Es la regla número uno.

—No era alemán, pero no me atrevía a poner «austriaco», que es lo que era. La clave del pesimismo es que es realista.

—¿Por qué es más realista que el optimismo?

—Markey, ese hombre era superviviente de Auschwitz.

—¡Nada de supervivientes de Auschwitz! Regla número dos. Mira, Rosie, ¿te acuerdas de Debbie Reynolds? ¿Te acuerdas de Gidget? ¿Te acuerdas de la joven Judy Garland en *Desfile de Pascua*? A ellas es a quienes estamos intentando vender esto, a esas mujeres, mujeres entradas en años, hermosas, transparentes, que parecen tener cincuenta años pero que tienen sesenta y cuatro, que todavía usan sombrero y que son personas adorables que no saben nada de maldades, Rosie.

—Pero, Markey, ¡así no son las cosas! —exclamé.

—¿Crees que Joan Rivers no piensa en otra cosa que en el tiempo? —me interrumpió—. ¿Y Warren Beatty? ¿Henry Kissinger? ¿George W.?

—No —respondí impaciente—. Ese tipo de gente no. Pero Philip Roth sí.

—Philip Roth piensa en Estados Unidos —dijo Markey en tono firme—. Por encimísima de todo. ¿Por qué no puedes hacer algo como aquella primera idea? ¿Por qué no puedes adoptar la costumbre estadounidense de ver el lado bueno de las cosas? De verdad, tienes que ir a la Feria del Libro de Crecimiento Personal. Dile a Min que yo he dicho que tenías que ir. Y espera y verás, Rosie: allí no habrá ni un solo pensador alemán.

El baño estaba vacío y llamé a la recepción en estado de pánico, y resultó que Min estaba allí, hablando con la elegante recepcionista rubia, Rila se llamaba, original de Taskent, según me dijo. Cuando bajé las escaleras me las encontré practicando el idioma.

Rila salió del mostrador y le señaló una pierna a Min.

—Medias —dijo Min.

—Pantis —dijo Rila, o más bien dijo «pppantttis»—. ¿Dónde por favor está Daffy?

—Dónde está *Danny*, por favor —dijo Min.

—Daffy es una tienda de saldos. Muy buen dinero.

—Muy buen precio, Rila. ¿Y dónde está? Tengo que comprar algunas cosas.

—Yo te llevo, Min —intervine—. Está en Broadway.

—Ah, ya sé dónde es eso. He estado esta mañana —dijo Min, y empezó a cantar—: «*My feet are here on Broadway this blessed harvest morn*».

—*Morning* —la corrigió Rila.[3]

Al parecer Min se había levantado temprano, confundida por la diferencia horaria, había cogido unos dólares de mi monedero y se había ido en busca de un desayuno.

—Tenía hambre —le contó a Rila—. Lo único que cené anoche fue comida india. No me sorprende que en la India estén todos tan flacos.

—¿Y has desayunado entonces? —le pregunté.

Según parecía no, pero si había vuelto al hotel por mí o porque no sabía cómo pedir comida en aquella ciudad, no me quedó nada claro.

Esa fue una constante durante los cuatro días siguientes. La mitad del

tiempo me quedaba asombrada ante lo que Min hacía y sabía; la otra mitad, ante lo que no. Por ejemplo, no consintió que fuésemos a la lavandería. Insistió en que la única lavadora de la que se fiaba era la de Kilbride. Así que la elegante habitación de hotel se convirtió muy rápido en una chabola napolitana, con sus camisetas y sus horribles medias negras de algodón puestas a secar en las lámparas. No montaba en taxi y no le gustaba el metro, pero parecía conocer todos los secretos del sistema de autobuses y, lo que es más, Luisa, la mujer que limpiaba nuestra habitación, le dio una tarjeta de transporte que algún huésped se había dejado olvidada, y cuando la probamos le quedaban casi veinte dólares. Lo sabía todo sobre cualquier cosa que hubiese visto alguna vez en televisión; sabía mucho sobre la Depresión, por ejemplo, y, por algún motivo, sabía mucho también sobre la historia de Central Park. Pero aunque la había escuchado cantar canciones tradicionales sobre Napoleón, de algún modo salió a colación que no sabía quién era. No sabía de qué nacionalidad era Shakespeare. Y todas las mañanas le daba un fajo de billetes de dólar que se guardaba con cuidado en la cartera, pero ni siquiera miraba de qué valor eran. No tenía una noción real del dinero como poder adquisitivo.

La razón era que, en realidad, nunca había tenido dinero que derrochar, pensé con un poco de vergüenza. Ha llevado siempre una vida de subsistencia.

Empezamos por subir a un autobús (capricho de ella) en dirección a la zona alta de Manhattan, hasta el Empire State Building, para orientarnos.

Después de eso, en apenas tres días, visitamos la catedral de Saint Patrick y Bloomingdale's, y la Fraunces Tavern y el Negro Burying Ground, y Radio City y el Dakota. Fuimos a Barney's a ver a las mujeres de compras. Eran esbeltas como lápices sobre unas piernas largas y huesudas y con un maquillaje precioso, y todas ellas tenían un pelo largo y brillante, y todas vestían de negro y eran tan ligeras que sus pies apenas tocaban el suelo.

—Son como eso que tiene cuernos, cómo se llama —dijo Min con mucho respeto.

—Antílopes.

—¿Ves cuántas bolsas llevan, Rosie? ¿Ves cómo sonríen? En Kilbride las mujeres delgadas parece que tienen problemas, pero aquí las mujeres delgadas son las más felices.

Me aburrí.

—¿Nos vamos a ver antílopes de verdad?

Así que nos montamos en un autobús para ir al zoo del Bronx y subimos a un tren elevado que recorría un parque lleno de animales exóticos, de entre los que a Min le gustaron especialmente los elefantes.

—Son los únicos animales que bailan, me contó alguien —le dije cuando estábamos comiéndonos un perrito caliente en una mesa de pícnic.

—Pues Bell baila —respondió Min, mirándome sin perder la compostura, como retándome a contradecirla.

—Vale, sí, pero los elefantes son los únicos que lloran a sus muertos.

—Ah, ¿sí? —dijo, impresionada—. ¿De verdad?

Y se levantó de un salto para volver a la casa de los elefantes. Cuando le señalé a una de esas criaturas, que tenía los ojos tristes y arrugados sobre unas mejillas grises llenas también de arrugas, y le dije que parecía un político, me lanzó una mirada de reproche.

—Podría estar pensando en su amigo muerto —me respondió.

Ese día nos pasamos por el Chrysler Building porque Markey me había hecho prometerle que iríamos a verlo. El de seguridad nos dejó contemplar los preciosos azulejos y frescos y las incrustaciones de las paredes, del suelo y de las puertas incluso, aunque, por el 11-S, se suponía que no debía permitir la entrada de curiosos.

Min quedó impresionadísima con aquel trabajo de artesanía.

—En Irlanda no se ve nada parecido. Los irlandeses solo son buenos con las cosas duras y pesadas —comentó.

Eso nos recordó que teníamos que pasear por el puente de Brooklyn. Otro autobús. Pero hacía tanto frío allí arriba que solo cruzamos la mitad antes de tener que volvernos a Chinatown a comprarle una chaqueta a Min, con la que quedó encantada porque supuestamente era una chaqueta de cien dólares rebajada a quince.

A continuación, la tercera mañana, fuimos al barrio de South Street Seaport y vimos un trozo fabuloso de película que algún marinero había rodado hacía mucho mientras rodeaba el cabo de Hornos en mitad de una tormenta, en un barco pequeño. Min no hizo ningún comentario hasta que, mientras estábamos tomándonos después un café, me miró con gesto anhelante y me dijo:

—No he vuelto a ir a ninguna parte en barco desde que tenía quince años.

Así que la animé a dar un paseo en el ferri sobre el que había leído en la

guía. Subimos a un catamarán grande de recorrido urbano en un muelle cerca de Seaport que salió con rapidez al puerto, pasó por Governors Island, rodeó Staten Island y llegó a una pequeña localidad de la orilla de Nueva Jersey que en verano era un centro vacacional. Min se había quedado en cubierta, deleitándose con cada instante de rocío de agua y de velocidad. Subimos por la calle principal con el viento en contra, pasando por pensiones y apartamentos de alquiler, y también por atracciones costeras (emporios de suvenires, tiendas de camisetas, puestos de helados), todas cerradas aún aquel día laborable de primavera.

Las mejillas de Min tenían un precioso tono rosáceo gracias al aire fresco y al paseo en ferri. Parecía una niña buena, con su pulcra chaquetilla acolchada.

—Hay un letrero que pone «Pescado, abierto» —me dijo—. Allí arriba, en lo alto de ese monte. ¿Por qué no comemos ahí? Para algo me crie comiendo percebes.

Aquello era información nueva. Normalmente Min aseguraba no recordar nada de lo que comía de niña, salvo que no comía suficiente. Recordé entonces todas las cosas que nunca me contaba.

—Pero tendrás que subir cuestas para llegar, Min —le espeté—. Pensaba que no estabas para hacer muchos esfuerzos. Creía que tenías que quedarte en la cama la mayoría del tiempo porque te flaqueaban las piernas.

—¿Y por qué creías eso? —me dijo en tono débil.

Me paré en seco en mitad del camino de arena y le solté un grito:

—¡Porque no salías de la puñetera cama, eso lo primero! Y cuando lo hacías era para ir…

—No salía de la cama cuando no tenía nada por lo que salir de la cama —me respondió suavemente—. Si salía de la cama en Kilbride ya sabía lo que iba a ver.

La muchacha nos encendió la calefacción, y el olor que desprendían las paredes de tablones al caldearse, y también la felicidad de Min, me recordaron a la Cabaña. Éramos las únicas clientas en aquel bar de pescado. Min estaba acoplada en un taburete de la barra, charlando. La muchacha le preguntó si quería una copa de vino o una cerveza con el bocadillo, y yo casi suelto un resoplido cuando oí a Min decir, muy animada, que no, gracias, que beber a mediodía le daba sueño. Pero me sentía satisfecha, así que abrí mi *New York Times* para echar un ojo a las noticias.

Aunque en realidad no me puse a leer.

Estar de vacaciones con una mujer familia tuya te despoja del sexo, empecé a pensar. ¿Sentiría eso mismo mi tía, doña Misteriosa? ¿Tendría pensamientos ligados a ser mujer, como algo opuesto a, por ejemplo, ser hombre, o medusa, o nube? ¿Qué había querido decir al fin y al cabo cuando soltó que Markey le habría encajado a la perfección? ¿Se habría referido a temas de cama? ¡No, imposible! De siempre, cuando iba a casa de Reeny, y Min y Reeny y quizá Pearl, la madre de Andy, estaban viendo la televisión, les descubría la misma expresión en el rostro si aparecía alguien como Zsa Zsa Gabor, por ejemplo, que había tenido múltiples maridos. Ni siquiera se molestaban en mirar con desprecio. Se limitaban a observar con gesto impasible a esa mujer, con sus *liftings* faciales y sus divorcios y sus dientes blancos como la nieve, como si estuviese tan obviamente loca que no mereciese ni un comentario. Si alguien hablaba de amor, sus caras se volvían aún más neutrales. Aun así, seguro que alguna vez habrían usado y oído palabras de amor. Todo el mundo sabía que, un mes después de haberse marchado, el marido de Reeny le envió una tarjeta para decirle que la quería; el cartero recorrió la calle a la carrera, gritando. Y todo el mundo sabía también que Andy le mandaba a su madre una tarjeta de San Valentín todos los años, desde hacía veinte años o más. Decía que a su padre le habría gustado que lo hiciera.

Pero Min… Muy probablemente nunca hubiese oído ni dicho palabras de amor. Se vino con nosotros cuando tenía quince años. Mi padre murió catorce años después. Eso fue todo lo que le ocurrió a Min. Nivel de subsistencia, también ahí.

Para cuando nos marchamos del bar de pescado («Pero, Rosie, ¡nunca han oído hablar de los percebes!»), mi tía se había informado del nombre, del pasado y de los planes inmediatos de futuro de la muchacha de la barra. Y cuando volviésemos al Harmony Suites iba a desaparecer por la puerta de detrás del mostrador de recepción para asistir a la misa de la tarde con algunos de los latinoamericanos y europeos del este que trabajaban en el hotel. Conocía a más gente de la que se congregaba en la casa parroquial de la enorme iglesia católica de ladrillo rojo a la que acudían todos, cerca de Fulton Street.

Había estado incluso en una velada de danzas étnicas con una mexicana llamada Luz, que doblaba en altura a Min sin contar el turbante rosa que usaba. Luz tenía una cara reluciente y un acento inglés alucinante de clase

alta, que había aprendido, según me contó Min, trabajando de operadora telefónica. En esos momentos era cocinera, porque ganaba más. Min me dijo que su hija tenía siete hijos, así que mandaba hasta el último céntimo a México.

—¡Tu tía nos da los mejores consejos! —me comentó Luz cuando salían camino del baile.

Cuando Min volvió al hotel, me burlé de ella a cuenta de eso.

—¿Cómo te pones a dar consejos, por el amor de Dios, Min Connors? ¡Si no sabes ni lo más mínimo de Nueva York!

—Yo doy consejos generales —me respondió altiva—. La gente no es tan diferente. —Se quedó callada un momento—. ¿No me estabas preguntando por qué tardo tanto en volver de misa? Bueno, pues porque nos paramos a rezar unas oraciones donde el World Trade, allí en la alambrada, donde te dejan estar. Las luces son de cegarte, cegarte del todo. La gente a la que mataron allí era gente trabajadora. La gente trabajadora es igual en todo el mundo.

A la vuelta de Nueva Jersey hacía demasiado frío para estar en cubierta, así que nos apiñamos juntas en la cabina. Las luces empezaban a encenderse en los grandes acantilados de oficinas de todo Wall Street mientras avanzábamos rápido por el puerto hacia Manhattan. Min miraba en silencio el cielo ya manchado de noche.

Al final, hizo una recapitulación.

—He repasado todo desde que llegué aquí, Rosie, y solo tengo una queja.

Esperé en estado de auténtico suspense.

Según parecía, no les daba su aprobación a las puertas de los cubículos de los baños estadounidenses. Dado que no llegaban hasta el suelo, podías verles los pies a la gente y eso no estaba bonito.

—¡Ay, Min, por favor! —le dije—. ¡Eres más inteligente que todo eso! Los estadounidenses tienen unos modales espléndidos, pero muchos creen en cosas horribles. Y su Gobierno va por ahí metiéndose en asuntos de otros países.

—¿A qué te refieres con «su Gobierno»? —me dijo Min en tono agresivo —. ¿Qué pasa con los otros Gobiernos? Los aviones no se los estrellaron ellos solos.

—No, pero hubo motivos.

—Ah, y otra cosa: no me gustan los interruptores de las lámparas. ¿Por qué no se pueden pulsar botoncitos para encenderlas y apagarlas, como en Irlanda? ¿Por qué tienen las ruedecitas esas? O tienen ruedecitas o tienen algo como un pomo pequeño que sobresale y que tienes que girar con los dedos. Qué cosa más inútil.

—Sabes muy bien lo que estoy intentando decir.

Pero no iba a dar su brazo a torcer. Vale, no sabían preparar una taza de té decente. Vale, nunca veías a una mujer blanca empujando un carrito. Pero, por lo demás, Estados Unidos era perfecto.

[3] Min empieza a entonar una canción típica irlandesa, *Old bog road*, en la que aparece mencionado Broadway. El verso en cuestión termina con la palabra «morning» abreviada (un uso común en las composiciones literarias en inglés), y Rila la corrige pensando que es un error.

8

El último día completo que teníamos para disfrutar, Min se marchó con sus amistades y yo me fui al Sheraton, en pleno centro de Manhattan, a la Feria de Piezas de Colección y del Libro de Crecimiento Personal.

—Deberías estar aquí —dije cuando llamé a Markey desde una cabina del vestíbulo—. Hay una gente que publica una cosa titulada *La sopa de pollo irlandesa del Padre Murphy*.

—Por favor, ¿cómo no se nos ocurrió a nosotros primero? —se quejó.

—Bueno, pues han decorado su rincón con unos tréboles gigantes y banderines verdes, blancos y naranjas, y tienen a una especie de doncella celta con trenzas largas y rubias asomada por una choza redonda con techo de paja que se supone que es la Irlanda antigua. Y hay retratos de Joyce y de Yeats y de Beckett metidos entre la paja. ¡Ah, y de Edna O'Brien!

—¿Y qué tiene eso de malo? Todo sea por el negocio.

—Bueno, no sé. Yo diría que si alguna vez ha existido un escritor que no pueda incluirse en la categoría de la autoayuda inspiradora, ese es Samuel Beckett. Pero tienes razón, funciona: en ese *stand* hay una masa de gente que no se ve en otros. Los editores están repartiendo gorras verdes con el letrero SOPA DE POLLO CELTA.

—¡Qué buena idea!

—Pero este sitio en sí es como una guardería muy grande. No, es como el coro de una ópera. ¿Sabes ese coro que está todo el rato entrando y saliendo, dando vueltas, con panderetas o cestas de fruta o guirnaldas de boda? ¿Gente adulta paseándose por ahí y haciendo tonterías? Pues como eso. Y, con respecto a la rubia de las trenzas, ¿te acuerdas de lo que dijo una vez un crítico sobre Ava Gardner? Creo que fue cuando hizo de reina Ginebra. «Quizá no sea una dama medieval muy convincente, pero sabe muy bien cómo asomarse a un balcón».

Markey se estaba riendo y yo me estaba riendo. Pero de todos modos, quería volver a confirmar con él que lo que íbamos a hacer no estaba en

absoluto en la misma categoría que la cosa esa del Padre Murphy.

—Esto es todo muy alegre, Markey, pero infantil —le dije—. Los libros en sí, en especial. No sé cómo va a encajar aquí nuestro proyecto.

—¿Por qué?

—Bueno, porque nuestro proyecto va sobre algo que no es alegre. No hay nada alegre en esa parte de la vida en la que una persona aún piensa que es joven pero nadie más piensa lo mismo. Y en la madurez tienes que prepararte para la siguiente fase de tu vida, que va a ser muy dura, mucho. La gente a la que quieres morirá, por ejemplo. Y luego está tu propia muerte. Una de las cosas que quiero aprender es cómo caminar hacia la oscuridad…

—¡Rosie! —gritó Markey al teléfono—. ¡Rosie! ¡Venga ya! No vas a caminar hacia ninguna parte. ¡Si todavía vas a gatas!

—Bueno, vale —dije de mala gana—. Pero no quiero enterarme de que vas repartiendo por ahí camisetas con mis «ideas».

—¿Por qué? —empezó a decirme, pero lo interrumpí.

—Tengo que volver al hotel para empezar a hacer el equipaje. He elegido un libro de aquí para que Min lo lea en el avión, si «leer» es la palabra correcta para esto. Se llama *Tu chica de oro interior*. Al menos Min y yo nos estamos llevando mejor que nunca. Eso ya es algo bueno que ha salido de toda esta ocurrencia de la autoayuda.

—No sé por qué te sorprendes tanto. Seguro que la mayoría de las mujeres de vuestra edad ha aprendido a llevarse bien.

—No.

—¿No?

—No.

En el cúmulo de tiendas agolpadas en torno a la salida del metro compré unas manzanas para el viaje del día siguiente y unos rímel de Maybelline para Tess y Peg y sirope de arce para Reeny y un paquete de hierba gatera ecológica para Bell. Luego caminé de vuelta al Harmony Suites bajo el sol radiante y un viento enérgico. Me pregunté cuándo había sido la última vez que me había sentido tan bien.

Me ocurrió lo mismo la primera vez que viví en el extranjero, la vez que me hizo apreciar para siempre la sensación de ser extranjera en alguna parte. Se suponía que aún estaba trabajando en el Pillar, pero la hermana Cecilia logró de algún modo buscarme desde la escuela un trabajo de *au pair* en Roubaix, Francia, y Min no pudo hacer nada para evitarlo, y durante

tres meses compartí un *loft* encima de una panadería con una maravillosa estudiante de música llamada Lalla. Hubo una mañana, por ejemplo, que salí para el trabajo e iba abriéndome camino entre la maraña de motos del patio, y sonaba música norteafricana en algún sitio, y un muchacho silbó desde donde estaba, más arriba, sobre una plataforma de carga, y luego corrió hasta el borde de esa plataforma para seguir sonriéndome mientras pudo. Esa mañana sentí que encajaba perfectamente en el mundo. Y en esos momentos en Manhattan, aunque sabía que no había nada de elegante en mi caminar apresurado, me sentí igual de alegre. Más alegre incluso. Tenía allí a Min, y Min estaba bien. Un par de copas de vino al día, pero nada muy excesivo. Y tenía a Markey, aunque solo en préstamo.

¡Eh! ¡Por allí! ¡Esa mujer de allí era Min! Andaba por delante de mí, hacia el Harmony Suites, junto a otra mujer. Las dos llevaban bolsas de plástico y caminaban casi a saltos, rápido. Estaba tan asombrada de ver a Min andar así que me quedé algo más rezagada, para esconderme.

Arriba, en la habitación, Min estaba enjuagando un bañador verde eléctrico que, según me explicó, era un préstamo de Rila, la recepcionista de Taskent.

—¡Pero si no sabes nadar!

—Ya, pero nunca había probado a nadar en una piscina. Nunca había estado en una piscina. Solo había estado en el mar, y el mar no me gusta.

Fue al baño para secarse el pelo con una toalla.

—El agua estaba encantadora, y caliente —me gritó—. Y me lo he pasado de maravilla chapoteando en la piscina infantil. Las chicas me dijeron que eso me iba a quitar todos los dolores y achaques, y no podían estar más en lo cierto.

Le notaba en la voz lo encantada que estaba consigo misma. A continuación salió del baño y me contó que la hija pequeña de Rila había subido corriendo al altar en misa esa mañana porque creía que era un escenario y había empezado a cantar *Our love will go on*.[4]

—¡Se dio la vuelta y se puso a cantar a viva voz! Casi me meo de la risa.

Iba dando vueltas por la habitación, metiendo cosas en su bolso de viaje grande. Yo estaba echando un último vistazo al melodrama del cielo vespertino, rosa y púrpura.

—Te digo una cosa, Rosie, me preocupa la casa. No estoy segura de si vacié el cubo de debajo del fregadero antes de que me metieras en ese sitio, la residencia Sunshine. Y eso atrae a los ratones, ya lo sabes. La casa podría

estar plagada de ratones.

—¿Y no va a estar Bell entrando y saliendo por la ventana? —le respondí—. ¿Por qué íbamos a tener ratones ahora si nunca los hemos tenido? De todas maneras, pronto habrás vuelto.

—No. No voy a volver hasta dentro de un tiempo.

Me quedé boquiabierta.

—¡Pero tienes que irte a casa! —le dije, y lo único que se me ocurría para convencerla era la gata—. ¿Qué pasa con Bell? A Bell no le cae bien nadie más que tú.

—Vete tú. Yo no voy a irme. No he visto apenas nada y el billete cuesta un dineral y le pregunté a la azafata y me dijo que podía cambiarlo. Y le pedí al hombre del aeropuerto que me dijera lo que significaba el sello que me había puesto en el pasaporte, y me explicó que no tengo que volver hasta dentro de noventa días, creo. Y eso me viene de perlas. Aquí mismo hay trabajo suficiente para poder mantenerme novecientos días. Sé cómo funciona este sitio: están desesperados por conseguir niñeras que sepan hablar inglés, y además no es ilegal ni nada; si cuidas a los niños de alguien que esté aquí alojado eso no tiene nada que ver con el Harmony, son los huéspedes los que te pagan. Me lo contó la muchacha de abajo. Y le he estado preguntando al cura por algún alojamiento y me lo ha dejado bien claro: siendo blanca, hablando inglés y estando dispuesta a trabajar, en Nueva York nunca vas a morirte de hambre. Todos acuden a él, claro, porque habla español como la mayoría de esa gente, pero incluso algunos chinos recurren a él. Le dije que tengo mucha experiencia como lavandera. Eso se lo dije de broma, aunque es verdad. He trabajado toda la vida, pero ese es el único trabajo por el que me han pagado.

—No estás bien —respondí. Me sentía perdida por completo—. Aunque sea cura, todos esos trabajos de los que hablas son ilegales. Es indignante explotar a una pobre anciana para que trabaje de lavandera bajo cuerda, eso es lo que es.

—¿Quién se indigna? —respondió con vehemencia—. Yo no estoy indignada, ni nadie a quien yo conozca lo está. Menuda perra tienes.

—¡Min! —Ni siquiera intenté refrenarme—. ¡Era una vergüenza verte! Te caíste en la oficina de correos y te tuvieron que llevar a casa y todos los vecinos decían que no eras capaz ni de andar. Te tuvieron que meter en tu propia casa. Sucia. Babeando. No eras capaz de cuidar de ti misma. Por eso volví a casa. Dios sabe qué te habría pasado si yo no hubiese vuelto. Y este

último año, además, te has pasado días enteros en la cama y no probabas bocado si no se te metía la comida en la boca. Y cuando salías volvías apestando a alcohol. Hasta te costaba acordarte de mi nombre a veces. Ha sido horrible. Por eso te metí en la residencia Sunshine. ¿Vale? ¿Y todo esto a qué viene ahora, además? ¿Apenas has salido de Kilbride desde que yo nací y ahora de repente eres una persona independiente?

—Me gusta esto —se limitó a decir—. Aquí tengo algo por lo que levantarme. —Y cambió a un tono más combativo—. Y yo no me agobié por ti cuando te fuiste a recorrer el mundo aunque no tuvieses ni un mínimo sentido común y estuvieras en sitios en los que no sabías ni papa del idioma. Tú encontraste dónde quedarte y conseguiste tus trabajos y yo haré igual. Así que no te preocupes por mí.

—Pero ¿y si te pones mala? ¡Min! Cuando la gente pobre enferma en Estados Unidos no hay remedio.

—¿Era eso lo que te preocupaba cuando te metías en selvas y en desiertos, ponerte mala?

Se hizo un silencio.

—¿Dijiste en serio que te gustaba Markey? —empecé de nuevo—. Porque si es un hombre lo que estás buscando…

—Estaba hecha un lío —me interrumpió—. Sé muy bien el tipo de persona que le gusta a Markey.

—¿Cómo puñetas vas a saber el tipo de persona que le gusta a Markey? —le dije furiosa—. ¿Qué tipo ni tipo?

—Cuando conoces a un hombre los conoces a todos.

—Nunca he escuchado tantas tonterías juntas. Y tú ni siquiera has conocido a un hombre, por cierto. Por lo que yo sé, al menos.

—¿Ah sí, doña Sabelotodo? Conocí a mi padre, ¿no? Y a tu padre también lo conocí.

—Por favor, Min… —Estaba a punto de echarme a llorar—. Min…

Sabía que no había nada que pudiera decir para detenerla. Y de todos modos no debía detenerla. Cuanto más remarcaba lo autodestructiva que había sido Min, más tenía que admitir que aquella era una gran idea. Debería estar quitándome el sombrero. Y además tenía razón en eso de que la gente en Estados Unidos podía seguir siendo joven tuviera la edad que tuviese. Ella era una irlandesa de sesenta y nueve, que en ese país equivalía a una persona de cincuenta y nueve. Una persona de cincuenta y nueve podía hacer de todo, incluso en Irlanda. Bueno, Min no podía hacer nada parecido

a estar buscando un hombre, pero daba la impresión de que no estaba buscando un hombre. Si es que me estaba diciendo la verdad, claro. Aunque Min siempre decía la verdad; sencillamente había muchas cosas que no decía, nada más.

Cuando entró al baño me eché a llorar lo más en silencio que pude. Aquello era un *shock*. ¡Min lo había planeado todo! ¡No había viajado a Estados Unidos por mí! Debía haberlo tenido en mente desde el principio, ¿por qué si no habría comprobado la duración de su visado de turista con la gente de inmigración? Y todas esas averiguaciones sobre los trabajos… Lo hizo todo sin darme ninguna pista. ¡Menuda imbécil fui al pensar que a lo mejor me había seguido a Nueva York porque se sentía perdida sin mí!

Entonces ¿no contaba para nada que hubiese regresado a casa para cuidarla? ¿Min no le daba ningún valor a eso?

En su momento sí me había necesitado, pensara lo que pensase ella. Lo sé. Cuando volvía de mi jornada en la biblioteca de Kilbride sobre las siete de la tarde y doblaba la esquina desde la que podía ver ya nuestra casa al final de la hilera de viviendas, siempre me concentraba en no levantar la cabeza. Y es que, si Min no estaba en el *pub*, al mirar arriba vería por el rabillo del ojo el tirón de la cortina en la ventana de su habitación. Estaría allí de pie, tras el cristal, observándome. Al entrar en casa me quedaba un rato deambulando por la cocina para darle tiempo a que se recuperase de las prisas por meterse de nuevo en la cama. A continuación, subía y charlaba con ella sobre cómo había ido el día y le preguntaba si le apetecía alguna cosa especial de comer, y muchas veces le llevaba algún capricho: me pasaba por la tienda de productos italianos a comprar un buen jamón en lonchas, o me desviaba hasta el *fish and chips* a por un trozo de bacalao fresco, o me llegaba de un salto al Tesco a por las patatas nuevas que acababan de traer de Francia. En alguna ocasión paraba en la tienda de licores y le compraba una de esas botellas pequeñas de vino de cuarto de litro para darle un toque festivo y evitar que quisiera salir; un par de copas de vino no hacían daño.

Y no era solo que intentara animarla a comer y que mantuviese la casa limpia y acogedora y hablase con Bell cuando ella no lo hacía. Todas las semanas, Min recibía una pensión por edad que recogía ella misma, pero nunca había hecho nada por reclamar los otros beneficios a los que tenía derecho: tenía derecho a un podólogo gratis y a unas gafas gratis si el óptico decía que las necesitaba. Yo se lo arreglé todo. Y trataba de mantenerle la

mente activa. Iba acumulando cosas que habían pasado en el día para hablarle de ellas. Cualquier noticia que Tess o Peg o Andy tuviesen, se la contaba. Y los acontecimientos del mundo también. Si Min bajaba por la noche, me aseguraba de poner las noticias de las nueve y de hablar con ella sobre eso.

Pero, en apariencia, todo aquello daba igual.

—¿Y para qué voy a irme entonces yo a casa, si tú te quedas aquí? —le dije, cuando por fin salió del baño—. En casa no tengo mucha cosa que hacer ahora mismo. —Por algún motivo, no podía animarme a decirlo claramente—. ¿Me quedo entonces yo también?

Min no me respondió con palabras. Sonrió con mucha dulzura. Se encogió ligeramente de hombros y me tendió las palmas de las manos. Creo que estaba diciéndome: «A mí no me preguntes qué deberías hacer. Yo no lo sé».

Me di cuenta de que tenía los ojos enrojecidos, como estarían también los míos. Aunque podría ser de haberse lavado la cara. Lo único que hizo cuando pasó junto al sofá fue darme una palmadita en la coronilla. Y solo dijo:

—No te olvides de mirar el cubo en cuanto entres por la puerta.

De RosieB a MarkC

Solo quería decirte que me voy esta noche, pero Min ha tenido su propio «milagro de madurez» y se queda. Tiene más ofertas de empleo de las que puede manejar (ilegales, claro, solo está con visado de turista), pero es todo provisional. Se ha mudado hoy a un hostal llamado Estrelita. Vive justo al lado de su nueva amiga Luz y está muy feliz.

Este giro inesperado de los acontecimientos significa que podré finiquitar lo de las ideas en un futuro cercano sin mayor problema.

Sé que tienes miedo de que me ponga demasiado europea, pero los problemas de la madurez tienen mucho que ver con la vejez (ya ves, en Europa también rimamos). Envejecer conduce a la muerte. Si alguien ha encontrado una manera alegre y positiva de tener que morirse habrá sido un estadounidense. Por favor, dime si se te ocurre algún nombre.

Aunque quizá es que estoy ahora mismo un poco más sensible al paso del tiempo de lo normal. Será raro volver sin Min a la casa en la que siempre, sin excepción, ha estado Min.

Ha sido una semana genial, de todos modos. Gracias, Markey, querido, por

todo.

De MarkC a Rosie B

¡Esta Min, siempre poniendo sus propias normas! Ojalá mi madre hubiese tenido también su propia aventura a lo Huckleberry Finn. Eran y son grandes mujeres y merecían más de lo que recibieron.

Min ha hecho bien en despegar. Nadie aquí se creería que en estos momentos pueda deberte algo. Y está en el sitio adecuado. Esto es distinto de Irlanda, al menos de como era Irlanda en mis tiempos. ¿Te acuerdas de cómo pasaban el rato los mayores en Kilbride? ¿Del banco ese en el que estaban sentados todo el día? Bueno, aquí nadie te obliga a jubilarte a esta o aquella edad. Hay trabajo para cualquiera que quiera trabajar. La edad no es problema. Por ley yo no puedo preguntarle la edad a nadie que venga a hacer una entrevista. ¿Ves alguna vez a Joan Rivers en la tele irlandesa? Joan Rivers quizá le saque unos pocos años a Min, pero tiene todo lo que la gente admira aquí: descaro y energía.

Markey

P.D.: Me fui de Dublín antes del simposio de Joyce, pero recuerdo a los primeros académicos estadounidenses. Y te recuerdo diciendo: «Oh, nuevo mundo feliz que alberga a gente así»[5]. Venían todos a la biblioteca. ¿Te acuerdas de esos hombres? Nosotros no habíamos visto nunca mocasines ni pantalones de pana ni chinos ni pañuelos de cachemira ni esas camisas suaves de algodón. Ni chubasqueros blancos. ¡Ay, Dios mío, los chubasqueros esos! No tengo ninguna duda de que emigré a Estados Unidos por esos chubasqueros, aunque al llegar aquí no me habría puesto uno ni muerto (resulta que se llaman «guardapolvos»).

[4] La canción es un éxito irlandés de mediados de los años sesenta del siglo XX, popularizada por Butch Moore & The Capital Showband, una banda muy conocida en Irlanda en la época. Moore alcanzó la fama al ser el primer representante irlandés en Eurovisión en 1965.

[5] Verso extraído de *La tempestad* de Shakespeare, del que surgió el título de la obra *Un mundo feliz,* de Aldous Huxley. En inglés, tanto en el verso como en el título se dice «*brave new world*».

9

En el avión, mientras el resto de la gente veía *Una rubia muy legal*, yo miraba por una rendija de la persiana cómo la luna expandía su resplandor por el suelo de nubes esponjosas hasta la curvatura de la Tierra. ¿Cómo es que los humanos logramos olvidar que estamos dando vueltas en el espacio? Me dio un escalofrío. Bell, si estaba de buen humor, se encajaría en la curva de mi cuerpo cuando me metiese en la cama al llegar a casa, y yo lo agradecería. Los animales están en el otro extremo del espectro en relación con el vacío helado: son compactos y cálidos y específicos, y no buscan respuestas porque no saben que hay preguntas.

Me retorcí así y asá, tratando de ponerme cómoda, pero no podía dormirme. Entonces eché un sueño de unos minutos y me desperté con la hebilla del cinturón de seguridad apretándome el muslo. La sensación nada natural de mí misma me devolvió a la primera vez que me di cuenta de que tenía un cuerpo, con ¿cuántos? Bueno, no sé, menos de cuatro años, en cualquier caso. A los niños les dejaban ir a la escuela a partir de los cuatro años.

La autoconciencia empezó ahí, conmigo sentada en un suelo de madera mientras por encima, a lo lejos, la voz de Min espetaba: «¡No! ¡No puedes! No te van a dejar entrar. No puedes ir hasta que tengas cuatro años».

Me había subido a una silla para bajar la mochila nueva y luego había desenganchado el abrigo del perchero y estaba en el suelo con el abrigo echado sobre los hombros porque no lograba apañármelas sola con las mangas, y me había sentado en la mochila para que nadie me la quitase. Sabía, incluso en aquel estado de furia, que estaba aprendiendo lo que era un suelo: la densa sensación de su presencia en la parte posterior de mis piernas mientras lo aporreaba con los talones, su naturaleza plana contra la redondez de mi trasero, la forma en la que mis chillidos rebotaban en él.

Min se marchó y me dejó con mal sabor de boca. Pude percibirlo.

Todo lo que supe entonces lo supe a través de mi cuerpo.

En otra ocasión, alguna vecina debió de decirle a Min que el aceite de oliva caliente me ablandaría la cera de los oídos; quizá incluso se pasara por nuestra puerta para prestarnos una botellita de aceite de oliva medicinal Goodall's. Min se arrodilló en la alfombra delante de la chimenea y me agarró sobre sus fuertes muslos y me echó un poco de aceite en un oído (poniendo en lo que hacía un cuidado raro en ella) para luego colocarme una toalla apretada contra esa oreja y darme la vuelta antes de proceder con el otro oído. Después, esperó conmigo mientras la cera se ablandaba (era lo que la gente creía entonces). Mi cara apretada en su vientre me llevó adonde quería estar. Y ya fuera por eso, o porque estábamos en plena noche y Min no tenía ninguna prisa, o quizá por el calor reconfortante del fuego —que aún recordaba—, el dolor efectivamente desapareció.

Aprendí a reconocer si Min me quería o me apreciaba o sentía indiferencia hacia mí de un minuto al siguiente por lo que hacía. Era algo físico. No era solo cómo me tocaba, sino también cómo respiraba, la velocidad a la que se movía, la ligereza o pesadez de su voz. Todo eran señales.

¿Cómo alguien llega a conocer a otra persona si no es a través del cuerpo? Me resultaba tan obvio que ni siquiera me lo planteaba. Por supuesto, fui al hotel Gresham con Dan. Me había dado cuenta de que me observaba con semblante serio todos los días durante el simposio de Joyce, mientras yo atendía el puesto de libros de Boody en el pasillo del Old Physics Theatre, en la Newman House; un auditorio especial, porque fue allí donde Stephen Dedalus mantuvo una tensa charla sobre estética con el decano de estudios inglés.

La gente del simposio, sonriente y educada, salía y deambulaba alrededor de mis libros cuatro veces al día, y Dan siempre se quedaba al fondo de la multitud, alto y rubio. Y joven, en comparación con el resto. Me sonreía siempre que le devolvía la mirada desde debajo de mis pestañas, y yo sabía muy bien cómo hacer eso. Tenía veintiún años. Llevaba años indicándoles a los chavales desde el otro lado de la pista de baile que ellos también me gustaban.

Me acompañó a la parada de autobús.

—Mañana tenemos el día libre —me dijo—. ¿Sería posible que me enseñaras un poco esto? No he visto nada del mundo exterior.

El conductor del autobús abrió la puerta de golpe y gritó a la cola como si hubiera sido el autobús el que hubiese estado esperando a la gente:

—¿Van a subir o no van a subir?

—¡Ay, sí! ¡Espere, señor! —grité—. ¡Adiós, profesor!

Y subí al autobús de un salto.

—¡Hasta mañana, querrás decir! —me respondió Dan—. Nada de adiós. ¡A mediodía en el hotel!

—Ya tienes tus órdenes de marcha, muchacha. Los yanquis han vuelto a la ciudad —dijo el conductor.

En casa me depilé las piernas, aunque ya había decidido ponerme los vaqueros.

La noche interminable en el avión terminó por fin y, con los ojos irritados y la nariz taponada, salí del aeropuerto de Dublín, me eché la maleta al hombro y caminé hasta el aparcamiento por el puro placer de ver amanecer un día fresco y limpio de primavera en mi ciudad natal. Fui andando por unos caminos de hormigón hacia una zona de talleres y oficinas aún cerrados y sin actividad, que reflejaban los primeros destellos del amanecer. Las telas de araña brillaban conforme se extendía la luz. El cielo cambiaba sin moverse. Los gorriones ya andaban ajetreados, y los cuervos graznaban amigables entre ellos como si estuviesen tratando asuntos suyos.

Un grupo de mujeres de la limpieza, mucho más jóvenes y más rubias que las mujeres de la limpieza irlandesas, estaba apoyado en una alambrada a la espera de algo. Me dirigí a ellas, «Buenos días, señoras», y una me saludó con la mano, a su manera, y me sonrió.

Llegué al coche y emprendí el camino a casa.

Min no daba puntada sin hilo. Quiso saber, ese día que yo tenía veintiún años, por qué iba en vaqueros al trabajo. Estando en Roubaix bajo la influencia de Lalla, juré que nunca iba a mentirle a Min: las mujeres feministas no les mentían a otras mujeres. Pero se habría desencadenado una pelea enorme si le hubiese dicho que iba a quedar con un profesor universitario estadounidense. Eso era incompatible de múltiples maneras con el objetivo de Min de convertirme en una versión más de una mujer de Kilbride. No podía decirle que el profesor se alojaba en el Gresham. Min no tenía ni idea de hoteles, salvo que costaban dinero y que no eran casas. Hasta donde yo sabía, solo había estado en un hotel una vez en su vida, cuando tuvo que llevarme al lavabo de señoras del Wynn's en Abbey Street

durante el desfile del día de San Patricio porque yo estaba llorando de frío y quería hacer pipí. No se fiaba de los hoteles.

Le dije que íbamos en vaqueros siempre que hacíamos inventario en la librería de Boody. La sororidad tendría que esperar.

Aunque Markey hubiese seguido por allí me habría lanzado igualmente a los brazos de Dan tal y como lo hice aquella mañana, con el corazón acelerado, corriendo por todo O'Connell Street.

Markey nunca me había agarrado de la mano, ni siquiera para decirme adiós aquel día gris de octubre que íbamos andando y dejamos atrás Ringsend y pasamos por los vertederos y almacenes de contenedores donde el Liffey desemboca en la bahía de Dublín. Nos llegaba el mal olor del tratamiento de las aguas residuales y había basura atrapada entre los carrizos y grumos de petróleo coagulados en las matas de algas que marcaban la marea alta en la parte de la carretera que daba a la playa. El viento soplaba arena por todo el asfalto. Por supuesto, aquello nos encajaba a la perfección, porque lo que estábamos haciendo era buscar el sitio exacto en el que Joyce ubicó el encuentro entre los niños y el pervertido en *Dublineses*. Ya habíamos repasado las localizaciones de los otros relatos.

Más adelante me pregunté: ¿sentí en aquel momento que se abría entre nosotros una distancia nueva? ¿Por qué si no empecé a hablar de Monty y de cómo nunca había estado lo que se diría animado desde que su padre se había marchado?

—Su padre se dejó la corbata colgada del cabecero de la cama, donde el pomo. Y allí sigue, en el mismo sitio. El mismo sitio exacto. Monty no deja que nadie la toque y han pasado como ocho años.

—El tiempo que haya pasado no supone ninguna diferencia —dijo Markey—. El tiempo no significa nada en ciertos niveles. Freud decía en *De guerra y de muerte* que la mente primitiva es, en el sentido más pleno de la palabra, imperecedera.

—¡Fíjate en el tamaño de esos bloques de granito! —comenté, para evitar que empezara con Freud.

—¿Sabes quién construyó este embarcadero? —me preguntó—. ¡Venga, adivina!

—Me rindo.

—El capitán Bligh. El capitán Bligh era el práctico de puerto en Dublín, antes de ocupar el puesto de capitán en el *Bounty*.

—¡Guau! —Me paré en seco—. ¡Marlon Brando!

Markey utilizó eso para introducir el tema. Iba caminando un poco por delante de mí, como siempre. Por encima del hombro me dijo que quizá viese pronto a Marlon Brando con sus propios ojos, que esa noche se iba a Londres y en cuanto reuniese el dinero suficiente allí se marcharía a Estados Unidos.

Tropecé, pero Markey no se dio la vuelta. Avancé con tristeza entre hierbas que nos llegaban a la cintura hasta donde estaba él, que me estaba señalando ya los dinteles de piedra tallada de un edificio en ruinas. Aquello había sido un hospital de aislamiento para la escarlatina, me contó.

—Todo lo que ha pasado en este sitio es triste —murmuré.

—Qué va —dijo Markey, y citó con deleite el primer verso de un poema —: «Y yo voy a vivir en Ringsend con una furcia pelirroja…».[6]

—La palabra que de verdad destaca en ese verso es «yo» —respondí furiosa. Por entonces, Estados Unidos estaba tan lejos que la gente que se marchaba allí no regresaba en años, si es que alguna vez lo hacía—. ¡Yo, yo y yo! Y «pelirroja» no dice nada de la otra persona. Si me llamaras «pelirrizada», ¿sería eso una descripción completa de lo que soy?

—Eso es irrelevante. El poema va sobre él, no sobre ella.

—Bueno, entonces ¿por qué la tiene que meter a ella? Y de qué va ese «yo voy a…». ¿No le piensa preguntar a ella? ¿Cómo sabe que ella quiere vivir con él?

—¡Por Dios bendito! ¡Cómo he podido estar perdiendo el tiempo con una persona tan espesa como tú!

—No estabas perdiendo el tiempo —le dije, casi llorando.

Se dio la vuelta y me miró un momento con toda su atención. Entonces, mientras empezaba a sonreír, se giró para darme la espalda. Con el mar a la izquierda y a la derecha y el faro detrás, se puso a dar vueltas hacia mí, con los brazos extendidos.

—¡Adiós, Dublín! —gritó.

Markey era una estaca envuelta en un abrigo de *tweed* en espiguilla que había perdido los botones y flotaba tras él. Con la última vuelta acabó derrapando contra mí y nuestras caras se tocaron. Nunca antes habíamos estado mejilla con mejilla. Me quedé inmóvil por completo.

Pero no dijo nada. No hizo nada. Pasado un minuto, tuve que abrir los ojos.

Dan, el americano, estaba esperándome en la puerta del Gresham, en la acera, con la espalda arqueada, observando de cerca la fachada. El pelo

rubio le ondeaba en la brisa soleada y cuando me vio llegar corrió hacia mí y me abrazó. Estaba emocionado, me dijo mientras me daba dos besos, por alojarse en el hotel al que Gabriel y Gretta volvían tras la fiesta de *Los muertos*.

—Y eso no es lo único que tiene el Gresham —dije orgullosa—. Shelley, ¿sabes quién es Shelley? Shelley vino a Dublín en 1812 y lanzó panfletos desde este hotel para instarnos a levantarnos contra la opresión británica.

—¿Desde qué ventana? Mi habitación está en la fachada. —Entonces bajó la mirada con una medio sonrisa nerviosa y algo boba—. ¿Te gustaría subir a verla?

—Bueno… —respondí, y me paré en seco; nunca había estado en una habitación de hotel, mucho menos en la habitación de hotel de un hombre, con un hombre—. Bueno… Quizá deberíamos visitar primero algunas cosas.

Así que cruzamos la carretera y lo colé en el hospital Rotunda para ver la capilla barroca.

—¿No es magnífica? —susurré—. ¡Qué exuberancia! Es muy sencilla y al mismo tiempo está muy decorada.

Estaba citando a Markey, por supuesto, alardeando porque la petición de Dan de subir a su habitación me había dado confianza.

—No parece ni Dublín… —comentó.

—Es el Dublín de su época. Dublín cambia. Yo nací en este hospital. Mi padre me fue contando la historia a pedazos de pequeña. Mi madre es que tenía tisis. ¿Sabes lo que es? ¿Tuberculosis? ¿Has oído hablar de ella? La cogió en el sanatorio en el que trabajaba de sirvienta, y donde mi padre estaba ingresado. Luego la mandaron allí de vuelta en cuanto yo nací, porque era contagiosa y se estaba muriendo. Murió sin haberme visto. Ni siquiera me sostuvieron en brazos para que pudiera mirarme por una ventana. Ni siquiera le dijeron que la llevaban de vuelta al hospital Peamount. Aunque muchas veces pienso que todo el mundo dice siempre lo mismo cuando muere una madre: que nunca pudo ver a su hijo. ¿Y qué pasa con el hijo? Yo tampoco la vi nunca.

Me agarró la mano.

—Ay, Rosie, pobre.

A continuación, fuimos caminando hasta el cementerio judío abandonado de Fairview al que yo solía entrar trepando por el muro cuando volvía a casa desde la escuela. Tenía una fecha curiosa tallada en la piedra,

5904 o algo así. Suponía que Dan era judío porque se apellidaba Cohen. Nunca había conocido a un judío en persona con el que poder hablar.

—¡No dejes que me caiga! ¡Junta las manos y dame algo en lo que apoyarme!

Metí un pie en una grieta que conocía de siempre y el otro lo tenía colgando en el aire. Dan se reía, por debajo de mí, y para entonces me había puesto las dos manos en las nalgas y estaba intentando enderezarme, pero yo también me estaba riendo y me caí encima de él, y tuvimos que empezar desde el principio. Esa vez, me agarró por entre las piernas con una mano y me impulsó; y riéndome sin parar, más o menos caí por encima del muro al borde interior y elevado, y al momento tenía a Dan junto a mí. De pronto estábamos los dos tumbados sobre la hierba blanda en un sitio secreto, un rectángulo tranquilo y amurallado en el que se levantaban viejas lápidas sobre una maraña de arbustos, malas hierbas y hiedras. Nuestros cuerpos estaban a punto de ponerse a juguetear como cachorros.

Pero entonces Dan vio los nombres de las tumbas más cercanas. Adoptó un semblante muy solemne. Un hecho aislado que es bastante triste de por sí adquiere un tono totalmente distinto cuando se aplica a todo un pueblo. Entendí muy bien que se lamentase por aquellos judíos lituanos que habían emprendido el viaje al nuevo mundo y no habían pasado de Dublín. También para mí la muerte de mi madre iba ligada a toda la gente que ella representaba, no solo a ella misma. Nadie la respetó ni siquiera cuando se estaba muriendo porque no tenía estudios ni dinero.

Nos dirigimos entonces de vuelta al centro en el piso de arriba del autobús número 23, yo refugiada en el interior de un lado de la cazadora de Dan y con ganas de quedarme ahí para siempre.

Saqué mi cuerpo agarrotado del coche al llegar a Kilbride, arrastré mi maleta hasta la entrada de la casa y agarré la llave que colgaba de una cuerda al otro lado del hueco de las cartas, en la puerta. Solía recordarle a Min que los ladrones también eran gente de la zona y sabían perfectamente dónde se guardaba la llave, pero siempre me respondía que ni a ella ni a Reeny les iban a robar nunca porque Monty mataría a quien lo hiciese.

En el silencio de la cocina, abandoné agradecida mis ropas rancias.

Aquel día, el día del hotel Gresham, fuimos paseando desde el autobús por el erial de lo que había sido una zona de burdeles cuando Leopold

Bloom y Stephen Dedalus habían acabado allí. Y luego, sin decir nada, pasamos junto al portero y subimos las espléndidas escaleras del hotel. Era una tarde de verano, a última hora. Haces de luz entraban por los ventanales en oblicuo. Qué otra cosa me quedaba más que tumbarme con Dan y dejarle hacer. ¿Acaso no pensaba yo que así era como se hacían las cosas? ¿Y no tenía razón?

Fue una dicha absoluta, la primera mitad. Mi conciencia se fue marchitando hasta quedar como un mero agujerito, como el último punto de luz en una pantalla de televisión. Luego Dan echó a perder el embeleso al decir: «¡No te muevas!», y saltar e irse al baño para prepararse.

Yo me quedé en la cama, no tenía otra. No podía de ninguna manera levantarme e irme. Y de todos modos, Dan era de lejos el hombre más glamuroso con el que me había morreado, con su jersey sedoso y suave, sus zapatillas deportivas, su pelo rubio liso y su piel color miel. Y sabía bien cómo no tener hijos, que ya era más de lo que sabían por entonces los tipos de Dublín.

Y al final hubo asombro y orgullo ante el efecto que lo que hicimos tuvo en él. ¡Ser capaz de hacer eso! ¡De hacérselo a un hombre! ¡A un hombre como él! ¡Yo!

Cuando empezó a vestirse se metió una camiseta blanca por la cabeza. Nunca había visto una de esas prendas en la vida real, aunque James Dean, claro, las llevaba en las películas. Pero es que además Dan era el primer hombre al que veía pasar de no llevar nada a llevarlo todo.

Alargó la mano entre las cortinas blancas y tocó el marco de la ventana.

—¿Sería desde esta ventana? —dijo.

Bueno, no exactamente, estuve a punto de contestar, porque era obvio que esas ventanas no tenían ciento cincuenta años. Pero lo vi tan esperanzado que respondí:

—Pudo ser, sí, claro.

Después de todo, no mucha gente, ni siquiera entonces, tenía demasiado interés por Shelley.

Dije que tenía que irme a casa para escapar de allí y estar sola. Aunque no podía llegar a Kilbride hasta mi hora habitual, así que hice tiempo en un *fish and chips* de Marlborough Street, tomándome un té y leyendo *El gran Gatsby*. Gracias a Dios dio la casualidad de que llevaba en el bolso uno de los libros más maravillosos que se habían escrito. No es que estuviese traumatizada, como a menudo les ocurre en los libros a las chicas tras

perder la virginidad, pero sí me sentía distinta: más pesada y más temblorosa. También me notaba irritada, y lo de ahí abajo era un cuadro. Iba a tener que tirar esas bragas. No obstante, Dan no me había forzado en absoluto, aunque cuando la cosa acabó no le vi mucho sentido a nada de aquello. De ninguna manera iba a negarme a aprender lo que mi cuerpo estaba listo para enseñarme.

Todavía sigo pensando en mi cuerpo cuando hago planes. Ese día tenía cita pedida con el dentista para después del vuelo tan largo, porque sabía que iba a estar tan agotada que pasaría menos miedo que de costumbre. Al regresar de la consulta me quedé traspuesta en el sillón azul de Min con Bell en el regazo. Luego caminé a duras penas hasta el Xpress a comprar beicon y huevos y el periódico y volví un poco a la vida. El viejo reloj de latón fue marcando las horas de la tarde. El fuego hacía sus ruiditos. Monty entró en la casa de al lado y oí que se ponía a ver algo en lo que no paraban de estallar vítores y aplausos. Un torneo de golf, qué si no.

Llamé a Nueva York.

—¡*Signora* Connors! —grité—. Min. ¡Mi-in! Señora *molto poco*.

Pero la mujer que respondió al teléfono en el Estrelita hablaba español con un acento que yo no entendía y abandonó la conversación en mitad de una frase, y solo quedaron sonidos metálicos y ecos de unos suelos de hormigón y unas puertas de hierro. Para cuando me di por vencida, la llamada me había costado unos diez euros para nada.

Después de eso me paseé por la casa, inquieta. Nunca había estado tan perdida. Tenía el corazón envuelto en una atmósfera fría, como el espacio crepuscular que rodea a la luna. Por primera vez, no había nadie a quien recurrir. Nadie.

A no ser que volviera a intentarlo con Leo. Pero ¿cómo iba a hacer eso? Durante el último año al menos había sido cada vez más complicado concertar fines de semana con él. En Macerata no habíamos durado ni el fin de semana entero; me marché al acabar el primer día.

No. No pienses en Macerata cuando estés cansada y llorosa.

Piensa en los maravillosos años en los que tampoco él podía casi ni hablar cuando os veíais. Cuando tampoco él podía levantar una copa porque cuando estaba cerca de ti tras un tiempo separados las manos le temblaban demasiado para sostener un vaso.

Por fin me permití irme a la cama. Aunque antes me duché y me hice un

bocadillo de atún y me lo comí sobre la alfombra, a la luz del fuego. No era capaz de pensar y apenas sentía nada, pero sí logré recordar que hacer el amor le había dado en otros tiempos todo el sentido a la vida. Normalmente, cualquier cosa que estuviese haciendo, cualquiera, era inadecuada en comparación con eso. De algún modo hacer el amor le daba densidad al tiempo. Era la única forma de consumir el tiempo que valía por completo la pena, aparte de leer cosas como Proust.

Leo había venido hacia mí, una figura alta y elegante con dos copas de *sekt* muy frío, durante la pausa de un concierto en el festival cultural de Bregenz, adonde fui a pasar la noche desde Estrasburgo, y mientras me estaba planteando si tenía ganas de hacer cola en la barra con aquel calor.

—Parece usted sedienta, *madame*. ¿Me permite? Una para usted, una para mí —me dijo.

Como el protagonista de un romance.

Pero al principio fui bastante natural con él. Sabía cómo funcionaba el mundo: un señor elegante y muy bien acicalado con un traje espléndido y un reloj caro en una muñeca fina de piel olivácea no iba a estar personalmente interesado en una mujer de cuarenta y tantos con un poquito de barriga y unos pechos blandos de señora ataviada con un vestido normal y corriente. La gente que se acercaba a él con la mayor de las deferencias para hacer comentarios sobre la música (a los que él respondía brevemente en una variedad de idiomas) me obviaba como yo esperaba que hiciese. Resultó que, cuando me acompañó de vuelta a mi pensión por el camino bajo los tilos que bordea el lago Constanza, me enteré de que trabajaba como crítico musical ocasional para un periódico de Zúrich y había escrito una biografía de Brahms. A esas alturas yo tenía la boca demasiado seca de la excitación para decir lo que quizá habría soltado en los primeros e inocentes minutos: que en la época en la que trabajaba de canguro solía intentar dormir a los niños susurrándoles *Canción de cuna* de Brahms, pero que nunca funcionaba.

En los nueve años que habían pasado desde aquella noche me había encontrado con Leo en varios lugares de Europa cercanos a aeropuertos. Además, cuando tenía algo de tiempo y de dinero, regresaba a algunos de esos sitios sola. Volví al hotel del camino de los tilos e insistí en ocupar la habitación situada encima de la puerta principal, que tenía una ventana tan baja que desde la almohada me daba la impresión de estar al nivel de la

superficie plateada del lago. ¡Esa misma luz había desprendido la luna la noche que lo conocí! Y el mismo silencio, más allá de los pequeños cloqueos y gritos de las gallaretas y otras aves del lago que se despertaban un momento y luego volvían a mecerse para quedarse dormidas de nuevo sobre el agua. Estuve tumbada y despierta hasta el amanecer, inmóvil, absorta, porque cuando me estrechó la mano para darme las buenas noches (nuestras manos fueron la única parte de nosotros que se tocó aquella noche), se inclinó hacia mí y me susurró: «Volveremos a encontrarnos».

En una ocasión, quizá al año de aquello, alquilé una casa diminuta de madera con una puerta de color rojo pintalabios rodeada por una valla de estacas en las dunas de arena próximas a Ostende, mientras él estaba en Ámsterdam trabajando en un artículo sobre el Concertgebouw y yo trabajaba en Bruselas. Vino a verme cuatro fines de semana. Yo aún no había aprendido nada. Pensé: ¡cuatro fines de semana, eso es que me quiere! ¡Va a dejar a su familia! ¡Me lo llevaré a Kilbride! ¡Verás cuando Tessa y Peg le pongan los ojos encima!

Preparó *gratin dauphinois,* después de cortar las patatitas cerosas tan finas que (me reí y se lo enseñé) se podía leer la letra pequeña a través de las rodajas. Venía con unos libros de diseño de interior y jardinería y me estuvo contando hasta el más mínimo detalle de cómo pretendía convertir la villa que se compraría algún día en un hotel *boutique*. Había hecho unos bocetos muy minuciosos para enseñármelos, mientras yo me moría de ganas de subir escaleras arriba, a la cama con dosel y sábanas de lino en la que, cuando Leo abría la ventana de la buhardilla, el murmullo del tráfico de la autovía Ámsterdam-Bruselas se oía por encima del siseo del mar tras las dunas. Nunca oía el mar, salvo durante esa hora o así, cercana al amanecer, cuando a menudo él me despertaba acariciándome sin decir palabra.

Pero aunque se quedara de pie junto a mí para secar los platos, nunca nos achuchábamos. Por la mañana temprano yo me levantaba y me sentaba en la escalera de entrada trasera con el camisón y me tomaba una taza de café. Él nunca me acompañaba, ni aunque yo lo invitara dando palmaditas en el umbral de la puerta que tenía al lado. Se quedaba sentado detrás, ante la mesa de la cocina, y estudiaba sus libros de diseño de interior.

Incluso cuando todavía estábamos locos por encontrarnos, yo desandaba nuestros pasos. Volví al Albergo Cosima durante unos días radiantes de otoño, pese a que él y yo habíamos estado allí en una fría

primavera. Volví al Holiday Inn cerca del East Midlands Airport, donde lo había visto una sola noche mientras él iba camino de Inglaterra para visitar a sus hijos que estaban en un internado. Volví al hotel Tritone de Ravenna. Hizo un cierzo tan malo que me quedé en la cama leyendo a Proust y la muchacha de la limpieza me trajo un Happy Meal del McDonald's. Volví al Excelsior Intercontinental de Zúrich, donde cogí una habitación, tres meses después de encontrarnos, y le envié una nota para decirle que allí estaba.

La puerta de la que había sido nuestra habitación estaba abierta, sujeta, mientras la limpiaban, y le expliqué a la limpiadora que creía haber perdido un pendiente por detrás del sofá, el sofá en el que Leo y yo habíamos estado desnudos juntos por primera vez, y la mujer me ayudó mientras yo fingía buscarlo. Aquella noche, él y yo habíamos deambulado por esa habitación, con sus mesitas y sus sillones y sus alfombras mullidas, con la misma naturalidad que unos babuinos en la selva. Yo había tenido amantes antes, claro, pero Leo era el definitivo. Leo le dio vida a algo que había estado latente desde el hotel Gresham.

Y él lo sabía. Y yo no podía superarlo.

Esa primera noche, cuando regresamos a nuestros seres públicos, con el pelo muy bien peinado y húmedo tras habernos dado unas duchas separadas, Leo estaba junto a la ventana y se volvió para mirarme y decirme que había sabido en todo momento que encajaríamos a la perfección.

—Tu cara rezuma aventura, ¿eres consciente de ello? —me dijo. Yo estaba ya empezando a sonreír con afectación cuando añadió—: Además, por supuesto, tienes la edad perfecta.

Aquella otra vez que regresé, me quedé de pronto de pie en la habitación mientras la pobre limpiadora seguía buscando entre los cojines del sofá. Me vio angustiada.

—¡Quédese con este, por favor! —me dijo, y me ofreció uno de sus pendientes, y me puse colorada de vergüenza.

Regresaba a esos lugares porque no podía soportar que aquella historia fuese tan cruda como lo era en realidad, sin apenas un beso, sin una conmiseración, sin una broma. Una vez le conté lo que estaba haciendo, una vez que pensé que podíamos pasar a una nueva fase, cuando su matrimonio se había acabado y Leo estaba viviendo en una habitación en Ancona. Nunca vi esa habitación. Nos alojábamos como siempre en una *pensione*.

Me escuchó atentamente contarle que había vuelto a varios de nuestros lugares de encuentro.

—¿Quieres saber por qué? —le dije.

—Ya sé por qué —respondió, y esbozó esa sonrisa suya lenta y encantadora.

Y eso fue todo.

Y la siguiente vez que nos vimos fue en Macerata.

Bell condescendió a venirse conmigo cuando me hundí en la cama a las nueve de la noche, pero no quiso apartarse de la almohada. Aun así, aquello era el paraíso. La habitación estaba a oscuras y cálida, y llena de fantasmas. Las cuatro de la tarde en Manhattan. Confiaba en que Min estuviese bien abrigada. Ese abrigo suyo de tela suave de algodón parecía andrajoso pero era bastante calentito; solo esperaba que se comprase algo mejor para la cabeza que la boina aquella que salía volando con cualquier cosa que no fuera una calma atmosférica total.

¿Había yo ansiado tanto el abrazo de un amante porque Min se retraía en sí misma incluso cuando estaba cerca?

Durante nuestras vacaciones en la Cabaña, cuando mi padre y ella y yo vivimos los momentos más felices de nuestras vidas, a menudo hacía mal tiempo. Mi padre y yo mostrábamos entonces temporalmente el mismo aplomo que Min. Con calma, nos poníamos calcetines y abrigos y nos acomodábamos hasta que amainaba. Allí no había ningún bullicio. No había trascocina ni patio ni calle ni cine para que nadie desapareciese. Min no tenía más opción que sentarse en una de las viejas sillas de mimbre, con mi padre al lado en la otra: una reina junto a su rey. Yo me sentaba a sus pies, los tres en silencio, mirando por la puerta que estaba siempre abierta y daba al borde de hierba arenosa y a la franja de orilla de guijarros y al mar. A veces, la lluvia plateada bajaba en hileras diagonales por todas partes, excepto justo en la puerta, donde caía en goterones pesados y desagradables; otras veces, una llovizna neblinosa soplaba a rachas; a veces estallaba un trueno que llegaba desde el horizonte, o los rayos jugaban en un cielo bajo y encapotado sobre las olas que de repente estaban agitadas y espumosas. Observábamos el mal tiempo como si fuésemos un público demasiado educado para marcharse. Cuando pasaba, y empezábamos a movernos y a levantarnos y a mirarnos para hablarnos, todo iba lento, como si estuviésemos volviendo con esfuerzo de algún lugar mágico.

Pasajes de plenitud que nunca volvieron. Nunca más esa intimidad, ni siquiera en las manos del amante más diestro, ni siquiera piel con piel.

De RosieB a MarkC

«Idea» número 2: el cuerpo.

Estas son las cuatro claves necesarias:

1. *Comer alimentos sanos y agradables.*

2. *No echar a perder el bienestar físico con alcohol y drogas. Si queremos darnos un gusto, mejor tomar una pastilla para dormir o un tranquilizante.*

3. *Caminar y hacer estiramientos. Si no apreciamos nuestro cuerpo para homenajearlo, ¿cómo van a reaccionar los demás?* ¿Cómo les vamos a gustar?

4. Hacer el amor todo lo posible. Pero en condiciones. El consejo anterior se aplica también al sexo, claro. Hacerlo con tranquilidad e higiene, darse algún capricho y usarlo como celebración.

Si no estamos en posición de hacer el amor con otra persona, podemos deconstruir lo que obtenemos de esa actividad –placer sensual, conexión, alivio físico, disfrute de nuestras capacidades– y buscar lo mismo por otras vías. Por ejemplo:

Natación

Mascotas

Jardinería

Masturbación

Masajes

Yoga

Cocina gourmet

O tumbarnos desnudos al sol, como un personaje creado por D. H. Lawrence.

(150 palabras)

De MarkC a RosieB

¡Presta atención, Rosie!

Has estado en Nueva York cuatro o cinco veces en tu vida, y parece que para ir de compras. Yo he vivido en las dos costas de Estados Unidos, la este y la oeste, durante más de treinta años, y durante los últimos veinte he llevado un negocio de libros que, lo reconozco, no da dinero, pero sí me ha dado felicidad y muchos amigos. Anoche mi pareja y yo llevamos un *risotto* de marisco a una cena que hicimos todos los vecinos. El 4 de julio nos pondremos a asar malvaviscos. Este es nuestro sitio. Nos gusta.

Somos ciudadanos satisfechos del Medio Oeste estadounidense. Tengo que informarte de que este sitio es muy remilgado y decoroso, mucho.

Así que las funciones corporales quedan FUERA, salvo el sexo.

Dentro del sexo, cualquier cosa explícita queda FUERA, sobre todo la masturbación.

Respecto a D. H. Lawrence, hasta hace más o menos un cuarto de siglo, la frase «el autor de *El amante de Lady Chatterley*» habría tenido un efecto medible incluso en Idaho o en Alabama, entre gente que leía libros. Pero ahora mismo:

(a) Nadie lee libros en unos cuarenta y siete de los cincuenta estados y

(b) Nadie en absoluto lee a D. H. Lawrence.

De RosieB a MarkC

¿Doctor Bowdler, supongo?[7]

Por la presente te mando una «idea» sobre el cuerpo, en segundo borrador.

Markey, te guste o no, estoy harta de andar con remilgos. La primera versión que te mandé era mucho más útil que esta.

No podemos mantener nuestro tejido físico siempre joven. Pero sí podemos conservar los componentes de la juventud –energía, aventura, apertura, optimismo – y utilizarlos para que nuestras circunstancias actuales sean creativas.

Podemos identificar las experiencias que nos aportan un nuevo tipo de juventud física y alegrarnos de seguir teniendo al menos nuestro cuerpo en la mitad del viaje. Al menos eso, nuestro mejor camarada, aún es nuestro. Ya no lo mandamos a competir por una pareja. Ya no lo cargamos de hijos.

Deberíamos buscar el afecto y la gratitud en ese amigo fiel que es nuestro cuerpo. Pero privilegiemos también, poco a poco, a esas cosas que no son corporales. El espíritu y el cuerpo se separarán algún día, y el cuerpo avanza por el tiempo hacia ese día. Pero el espíritu no envejece. Cuando llegue ese día, nuestro espíritu será tan joven como el día que llegamos a este mundo.

(150 palabras)

De MarkC a RosieB

Se me olvidaba: ¡NADA DE MUERTE!

¡NI SIQUIERA INSINUADA!

La gente compra libros motivadores para animarse.

De RosieC a MarkB

asunto: VERDAD

Soy una mujer normal y bien parecida del primer mundo con una salud excelente. Estoy en lo que considero el principio de la madurez, entre los cincuenta y los sesenta.

Aun así, todos los días paso mucho tiempo con una ansiedad dolorosamente desconcertante porque:

Pierdo las gafas y el dinero y las llaves.

Tengo unos sofocos tan malos que me dan mareos y me hacen odiar al Creador.

Los olvidos que me veo obligada a ocultar son distintos a los olvidos normales de cuando era más joven. Ahora se me caen palabras sueltas de las frases que estoy montando como si un francotirador se las hubiese cargado.

Los pelos blancos de las cejas son pocos pero se burlan de los oscuros con su fortaleza.

Tengo manchas en las piernas y una arruga profunda en torno a los tobillos.

La piel seca de las piernas se me escama.

Estoy asustada. Tomo pastillas hormonales para los sofocos y tengo miedo de morir de un cáncer típico de mujer…

Pero ¡ay, caramba! No puedo hablar de la parca, ¿no?

De MarkC a RosieB

No creas que no entiendo lo que me dices. Yo también podría hacerte una lista. Tú eliges, Rosie, si te guardas esas cosas y permites que el mundo disfrute de ti (y, créeme, verte y estar contigo es de lo más disfrutable) o si las compartes para hacer honor a la «verdad». Yo no puedo decirte lo que hacer con tu vida. Pero en el caso de las «ideas», si queremos tener alguna oportunidad con Chico, no puedes olvidarte de que esto no consiste en soltar un «toma, en toda la cara». Estados Unidos se esfuerza con uñas y dientes por ser un sitio alegre y gentil. Las «ideas», si alguna vez existen en forma de libro, irán en un papel de bordes recortados con un ribete de flores y un lacito.

La muerte ahí no encaja.

[6] Así («I will live in Ringsend / With a red-headed whore») es como empieza el poema *Ringsend*, de Oliver St. John Gogarty, importante poeta irlandés, además de médico, humorista e incluso futbolista. Gogarty inspiró a James Joyce para crear a Buck Mulligan, personaje del *Ulises*.

[7] Thomas Bowdler, médico y hombre de letras inglés, fue el encargado de publicar, a principios del siglo XIX, una versión adaptada de las obras de William Shakespeare más ajustada a lo que entonces se consideraba como una lectura apta para mujeres y niños.

TERCERA PARTE

STONEYTOWN

10

La carta llegó como una semana después.

Me había levantado temprano y Tessa y yo habíamos ido a la cafetería a disfrutar de un desayuno de fin de semana. Luego habíamos pasado por el vivero y estábamos ya en el patio trasero bajo el sol primaveral, plantando delicadas petunias en la vieja bañera de asiento.

—Esto lo estamos haciendo por Min, sí, pero cuando llame por teléfono y se lo cuente me apuesto a que solo dice: «Muy bien, Rosie». Las únicas veces que parece un poco nostálgica es cuando le menciono algo de Bell o del beicon. O de un pan recién hecho, de corteza crujiente, de los de aquí. El otro día le conté que tenía una hogaza del día en la mesa y me dijo que iba a ir directa a hablar con su jefe sobre el pan. La cosa es que, no sé, Tess, lo normal sería que una mujer que se ha pasado toda la vida metida en casa echara de menos esa casa. Si no, ¿de qué? —Bell había oído su nombre y había saltado al muro desde donde fuera que estuviese tomando el sol—. Lo siento, gatita, no puedo evitar no ser la señora de la casa —le dije.

—La gente cambia —me respondió Tess—. Yo pensaba que nunca me mudaría de mi antigua casa, pero ahora no podría estar más feliz en el adosado. Estoy pensando en poner un suelo de roble de verdad en vez del laminado. En Belfast el roble está tirado de precio.

—Min no se ha ido a ningún adosado —repliqué, y me puse a recordar el hostal Estrelita—. La ventana solo se abría por arriba y la cama medía como un metro de anchura y había una lámpara en una especie de hueco al lado, pero estaba atornillada. Me volví para decirle a Min que, por Dios, podíamos aspirar a algo mejor, pero tenía una cara que parecía que estaba abriendo los regalos de Navidad. Así que le dije que viniese conmigo a comprar unas cuantas cosas, y me respondió que Luz tenía una amiga que trabajaba en el KMart y le conseguía descuentos. Quería que me fuese, quería empezar su nueva vida sola. No la habrías reconocido, Tessa. Sé que

la gente cambia de joven, o incluso en la madurez. Pero una no se espera que una persona cambie de vieja.

—Depende —dijo Tess con prudencia—. Nelson Mandela tenía ya ochenta años cuando se casó con la viuda esa de Mozambique, como se llame.

—Cierto. Pero casarte en realidad no es cambiar. No en comparación con una ciudadana de la tercera edad con un problema de alcohol que se larga a Nueva York y se busca trabajo ilegal y techo. El caso es que no creo que Min haya cambiado —añadí, aunque Tess era de un sentido común tan radical que rechazaba incluso la mera sugerencia de que la personalidad humana fuera misteriosa—. No me quito de encima la sensación de que esto que está haciendo es normal en ella.

—¡Ay, Rosie! —me interrumpió, como era de esperar—. Lo que te pasa es que tienes lástima de ti misma.

—No tanto eso como que estoy desconcertada. ¿Debería preocuparme tanto? ¿O es que me pasa algo? Nadie nos ha dicho nunca cómo iba a ser esta parte de la vida, ¿verdad? Por eso no sé lo que decir en el cuadernillo que estoy intentando hacer con Markey.

—¡Ay, por favor! ¡Ese mal trago de agua fría! —se quejó.

Cuando conocí a Tessa, trabajando las dos en la librería de Boody, ella era perfecta, como recién salida de un molde, y Markey era un empleado de baja categoría de la Biblioteca Nacional, larguirucho, decrépito y despistado, que iba a todas partes en una bici de niña.

—La gente cambia. Tú misma acabas de decirlo —respondí.

—Sí, pero la gente no se olvida de cómo era la gente antes. Me da igual que ahora sea Dios Todopoderoso. Seguiré viendo el mismo chubasquero viejo y apestoso cada vez que lo mire.

Tocaba cambiar de tema.

—No es nada buena cocinera. Min, digo. Es como alguien que nunca hubiese visto hacer de comer —comenté.

—Cuando estaba en casa de Reeny, las dos siempre paraban a algún crío que pasara por la puerta y lo mandaban a por patatas y bacalao ahumado, y eso que Reeny es una cocinera magnífica.

—Y ahora en el kiosco hay una balda entera de revistas de cocina *gourmet*… Mujeres como Min, Reeny y Pearl son dinosaurias en el siglo XXI.

—Se tienen las unas a las otras —dijo Tess.

Eso era cierto. Reeny subía las escaleras con analgésicos y un vaso de

agua cuando Min había pasado una mala noche o le daba de comer a Bell si no había nadie por casa. Min se había hecho cargo de todo cuando Reeny se hundió tras la marcha de su marido. Se prestaban de todo. Y no hacía mucho tiempo, estando yo arriba en mi habitación, había oído a Reeny decir: «He ido a misa con Monty esta mañana a la iglesia de Fairview, Min, y allí solo hay dos escalones, mientras que en la de Kilbride hay Dios sabe cuántos».

«Sí. Y en el autobús se llega en nada», le respondió Min.

Y ya está. Un acuerdo hecho para lidiar con sus cuerpos que envejecían. Sin decir «edad» ni decir «cuerpo».

Me había sentido como una extraterrestre escuchándolas.

¿Por qué mi cuerpo me dominaba tanto? ¿Por qué a otras mujeres no?

Un chaparrón empezaba a llegar sobre los tejados.

—Siempre pasa igual cuando la gente termina de regar.

Entramos y dejamos la puerta abierta. Escuchaba el sonido del agua deslizarse por las tejas más arriba, y desde atrás, la creciente firmeza del hervidor de agua.

—Me encantaba esta habitación a primera hora de la mañana. Me levantaba temprano porque me gustaba muchísimo la escuela. La cocina era una cueva cálida en ese momento del día, con el gato que teníamos por entonces abandonado en su sueño sobre la alfombra de la chimenea, y la luz de la mañana a punto de dar en las orejas de oso púrpura que florecían de maravilla gracias al frecuente rocío de los posos de la tetera. Me calentaba las gachas y me las comía con el despertar del día. Cuando mi padre estaba en la cama del rincón, a esas horas aún seguía dormido, pero de todos modos me sentaba junto a su cama, y si abría los ojos yo era lo primero que veía.

—Mi madre se levantaba para prepararme un termo de sopa —dijo Tess cariñosamente.

—Pues Min no. Min en realidad no quería que fuese a la escuela. «Yo dejé la escuela el día que cumplí catorce años, y no me pasó nada de nada, ¿verdad?», me decía cada vez que salía el tema. Y yo tenía que contestarle: «Sí, Min, verdad». «¿Qué sentido iba a tener la escuela en un sitio aburrido como Stoneytown? Unas pocas casas y un viento horrible que casi te tiraba al suelo», decía. Y yo respondía: «Pero es que esto no es Stoneytown, vieja chocha». Bueno, eso lo decía para mí. En voz alta decía: «Esto no es Stoneytown», y ella ni me escuchaba.

Era una realidad tan vívida para mí que en ese momento miré el fuego. Nada. Solo las piñas de plata que pintó en rehabilitación la señora Beckett, que solía estar siempre por las mañanas en la puerta del *pub* esperando a que Decco abriese para fregar el suelo.

Tess me habló desde la trascocina donde se estaba lavando las manos.

—Vente al gimnasio conmigo. Para entrenar el equilibrio. Es lo que te hace falta ahora. Da igual cuál sea el sentido de la vida: tenemos que aprender a no caernos para no rompernos la cadera.

—Pero, Tessa, ¡no vayas! ¡Tengo muchas cosas que preguntarte! Tú siempre lo sabes todo. Iba a preguntarte por qué crees que la generación anterior nunca habla de los sofocos: Min, Pearl o Reeny. ¿Y cómo es que nunca me he encontrado ni un solo comentario sobre sofocos en ninguna novela? Y otra cosa, Tessie, las pinzas. Si me quito con las pinzas los pelos blancos que me aparecen en las cejas, ¿me saldrán más, o es lo mismo?

Entonces me di la vuelta para que no pudiera verme la cara, porque me había puesto colorada como un tomate. No había tenido ningún tacto preguntándole eso a Tess. También sus cejas tenían un tono rojizo sospechosamente uniforme.

—Y además, ¿por qué pasamos por todo esto? —mascullé—. Cualquiera diría que luego nos van a dar alguna recompensa por lo valientes y listas que somos ante la vejez, pero en vez de eso nos morimos y ya está.

Tess dejó de ponerse la chaqueta y se acercó a mí y me dio un abrazo extraño.

—Tómatelo con calma, cariño —me dijo, y por supuesto los ojos se me llenaron de lágrimas ante tanta amabilidad proveniente de la mandona de Tess—. ¡Y deja de preocuparte por todo! Piensas igual que la gente de los libros, pero la mayoría de la gente no es así. No sé por qué estamos en el mundo, y casi nadie lo sabe, y eso no nos perturba.

—Eres una delegada nata —le respondí con cariño, mientras la acompañaba a la puerta.

Sin quererlo empecé a preguntarme qué pasaba con el plan de casarse con Andy Sutton. Si la vida es tan fácil como la está poniendo ella, ¿cómo es que no se ha vuelto a mencionar ese tema?

Me senté a la mesa cuando Tess se marchó. La tonalidad gris se estaba implantando y la lluvia se hacía más insistente en las ventanas, así que abrí el portátil y le lancé un mensaje a Markey, para ver si estaba al otro lado.

De RosieB a MarkC
¿Y si llamamos al libro de «ideas» Última salida antes del túnel?

La respuesta llegó con un plin.

De MarkC a RosieB
¡Venga ya, un poco de alegría!

Sí, estaba.

A lo largo de los años me había montado un kit de supervivencia mental. De no haber sido así, me habría desesperado una y otra vez con los ferris que se quedaban en puerto por vientos fuertes, las fiestas a las que no me invitaban, las citas que solo buscaban que les acariciase pero no acariciarme, las compañeras de piso que salían por patas dejando facturas sin pagar, los trabajos que no conseguía, los lugares a los que cuando llegaba ya no estaban allí. Ahorré durante mucho tiempo para ir a Atenas y luego tuve que subir a la Acrópolis por un camino de piedras tan gastadas que parecían casi de cristal, detrás de una mujer rolliza en pantalones cortos y zapatillas de tacón alto, bajo un sol tan abrasador que el Partenón nadaba ante mis ojos; y cuando escapé de allí, me habían robado el dinero del bolsillo de atrás.

Lo que hice entonces, antes incluso de buscar a un policía, fue repasar las cosas buenas que tenía que agradecer. Recuerdo que las conté con los dedos, bajo un árbol. La primera cosa buena fue la sombra de ese árbol.

¿Dónde estaba el bloc de notas rosa? Ahí. Taché las pocas palabras que había en la primera página y escribí:

Consejos para malos momentos
1. Agradece todo lo bueno que tengas.
2. Lávate la cara y arréglate el pelo.
3. Limpia y ordena el bolso.
4. Define lo mejor que puedas tu situación económica, aunque sea horrible.
5. Haz una buena acción por otra persona.
6. Sonríe a todas las personas que te cruces: no sabrán que es una sonrisa forzada.
7. Haz la cama con sábanas limpias.

No se me ocurría nada más. Aparte, ¿y si estabas en un hotel? Sería una locura hacer la cama. Y ese número siete era además un poco para amas de casa. Necesitaba inventar algunos más neutros.

Escribí la lista en un mensaje de correo electrónico y se lo mandé a Markey para enseñarle que no me estaba durmiendo con el trabajo.

A continuación, por pura pereza, y porque buscar otra cosa que leer suponía tener que levantarme, abrí el primer sobre de la pila del correo de Min. Era un sobre marrón con un harpa, un sobre oficial del Estado irlandés, sin lacrar, así que no podía ser personal, algo que de todas maneras era imposible porque Min nunca había recibido una carta personal en su vida, aparte de las que le mandaba yo.

Ministerio de Defensa / An Roinn Cosanta
Campo de entrenamiento (junior) del Cuerpo Aéreo de Irlanda,
Milbay sur

A quien pueda interesar:

El ministro de Defensa, el parlamentario Hal McFadden, se complace en anunciar la renuncia por parte de dicho ministerio, sobre la base de una revisión de sus necesidades en materia de aviación, a las tierras de Milbay ocupadas en virtud de la Ley para la Defensa del Reino (1892) y previamente incautadas por necesidades de urgencia. Se prevé desarrollar un sustancial proyecto de recuperación del lugar en un futuro próximo, que incluirá la incorporación de una carretera de acceso, escaleras a una playa pública, poda de árboles, etcétera.

El ministerio ha detectado que no había adquirido de pleno derecho una de las viviendas sita en el cabo de Milbay, en el municipio de Baile na gCloch (Stoneytown), como sí había ocurrido con el resto de viviendas vecinas. Por el contrario, esa vivienda se adquirió a través de una cesión de larga duración, fechada en septiembre de 1948, por acuerdo con su propietario, Joseph Connors. En dicho acuerdo se especifica que, en caso de quedar suspendida la cesión, la propiedad (incluidos derechos de paso, antiguo henil, huerto y diversas construcciones anexas, derechos de litoral et al.; *mapa del registro de la propiedad n.º Wex/39/577) debe volver a su hija, Marinda Connors. La cesión ha quedado suspendida y la propiedad, por tanto, vuelve a la susodicha Marinda Connors. De acuerdo con el Registro de Votantes, en la dirección arriba mencionada reside una*

Marinda Connors. Bajo petición, se le puede remitir una copia del acuerdo de cesión.

De momento, el acceso a la propiedad solo puede gestionarse a través del departamento de mantenimiento de edificios del Cuerpo Aéreo, Aeródromo de Casement, Baldonnel, donde se le proporcionará, a la señorita Connors o a sus beneficiarios, una llave provisional de acceso al antiguo campo de entrenamiento, junto con la llave original de la casa. En caso de duda, póngase en contacto con la sección de propiedades privadas de la región del cabo Milbay. Nótese que la propiedad mencionada, pese a haberse requisado, excedía las necesidades del Cuerpo Aéreo. Por lo tanto, la casa nunca se ha reformado y ha estado muchos años deshabitada.

Atentamente,

Y la firma de alguien.

Miré el reloj. Al límite, pero no imposible. Ir y volver.

Se oyó un ligero golpe en la puerta y el sonido de esta al abrirse, y Andy Sutton asomó la cabeza.

—¡Eh, Rose! He salido de casa de Pearl para ir al aeropuerto y se me ha ocurrido pasar para decirte hola y…

—¡Andy! ¡El mismísimo Andy! ¿Cómo se va de aquí a Milbay?

Estaba encantado.

—Tengo la nueva guía de carreteras en la furgoneta —me dijo, jactándose de eso cuando nunca lo hacía de cuestiones importantes—. No hay una mejor, con todas las nuevas autovías y demás.

Perdió un montón de tiempo en salir a la furgoneta a por la guía y luego volver a por unos lápices de colores con los que dibujar rutas alternativas. Tuve que gritarle varias veces que si no espabilaba se me haría de noche antes de salir.

—¿Y qué prisa tienes? ¿Lo que sea que tienes que hacer no puede esperar unos días? Podría haberte llevado yo en la furgoneta si me hubieras avisado con un poco de antelación. Me conozco esa parte del país como la palma de mi mano, de llevar a los animales al puerto de Rosslare.

Pero no, no podía esperar.

—¡Voy a contarte un secreto, Andy! Voy a ir al otro lado de Milbay, al sitio en el que se criaron Min y mi madre. ¡Si consigo entrar, voy a ver su casa! Podré incluso tocarla, a lo mejor.

—¿No la has visto nunca?

—La vi desde el mar, a kilómetros. Y ya está. Durante unos minutos. Cuando tenía nueve o diez años. ¡Ay, cruza los dedos por mí!

En una ocasión, cuando llegamos a la Cabaña para pasar las vacaciones, mi padre vio que alguien había metido una barquita de remos en el hueco entre bloques de hormigón donde estaba la casa. Me mandó que me colase por allí para ver si había remos, y los había: dos buenos remos. Así que sacamos la barca y cruzamos la hierba, y bajamos a la arena de piedrecitas de nuestra pequeña playa.

—¡A ver si pescáis algo! —dijo Min.

Era una broma: mi padre no sabía ni distinguir un pescado de otro. Pero daba cuenta del buen humor que tenía Min.

—Venga, Rosie. Vámonos de aventura —me dijo mi padre.

Al salir de Dublín noté la misma sensación de falta de aliento por la emoción que entonces. Cuando mi padre y yo arrastramos la barca hasta el agua era una tarde-noche de pleno verano, con el sol que empezaba a bajar hacia el oeste y el río Milbay tan ancho y calmo allí donde acababa el estuario y sus aguas se encontraban con el mar que el rosa del cielo se reflejaba en su cauce. Mi padre remaba lentamente (la barca era pequeña y estábamos muy hundidos en el agua) a través de ese rosa que se rompía, lento y pulcro, y se convertía en negro en los puntos agitados por los remos. El aire vespertino estaba quieto y todo permanecía en silencio, incluso las gaviotas, flotando más arriba en franjas sobre barras de nubes delicadas.

Fue entonces cuando oí por primera vez el nombre de «Stoneytown». Mi padre, apoyado en los remos mientras la barca se mecía suavemente, señaló el lugar y lo dijo. En mitad del estuario se giró y me mostró el sitio del que veníamos. Ahí estaba Milbay, en el lado norte del río, con su muelle y sus tejados y los chapiteles de sus dos iglesias. Y por allí, donde terminaban los viejos almacenes y los embarcaderos y había un último pedacito de tierra plana, casi podía verse la Cabaña.

Entonces me hizo mirar hacia delante, al lado sur del río, el lado que teníamos por delante, frente a Milbay. Hacia el interior había un bosque denso, y luego se veía un mástil alto con luces que siempre estaban parpadeando, y una manga de viento volando cerca de un edificio que parecía un bloque de oficinas pequeño. Después, más cerca del mar, había un monte verde y liso con tajos oscuros. Mi padre empezó a remar de nuevo y la barca se deslizó limpiamente, y al poco habíamos llegado tan lejos que estábamos junto al cabo en el que la ribera sur del río se unía al mar.

Embutida entre el monte y el agua, mirando a Milbay al otro lado del río, se levantaba una hilera de casas grises. Yo ya las había visto antes, en días despejados. A la distancia parecían normales, pero, mientras jugaba en la zona de la Cabaña antes de irme a dormir, me había fijado en que las luces allí nunca se encendían.

—Eso es Stoneytown —me dijo mi padre—. Y si seguimos un poco más, verás la casa en la que se criaron Min y tu madre.

Me quedé asombrada. Sabía que eran de algún sitio del campo, pero pensaba que sería un lugar a cientos de kilómetros de Dublín. No sabía que ese sitio era mi horizonte todos los veranos.

—¿Te lo ha contado Min alguna vez? —me preguntó. Y cuando negué con la cabeza, me dijo con una de sus sonrisas—: Pues entonces no vayas a decirle nada. Son cosas suyas.

La casa era independiente y estaba más allá de un embarcadero que irrumpía en el agua y que habían cubierto de alambre de espino. Se trataba de una casa recia de bloques de piedra con un tejado de losas también de piedra. Era lo único que alcanzaba a ver. Quise que mi padre siguiera remando para poder explorar más, pero ahí era donde la desembocadura del río se convertía en mar abierto y el agua estaba más picada que en el resto de sitios. Había llegado el momento de dar la vuelta, dijo mi padre.

—¿Por qué no hay nadie? —le pregunté.

—El Gobierno se quedó con todo cuando estalló la guerra entre Inglaterra y Alemania y nadie sabía qué iba a pasar con Irlanda. La gente tuvo que marcharse. Antes de eso, aquí tenían sus propias leyes. Trabajaban en la cantera. ¿Sabes lo que es una cantera? ¿Ves el monte? La piedra de este monte es famosa. ¿Sabes donde vamos a misa? Esa iglesia la construyeron con bloques de este monte. Y después de la guerra todos se habían ido, y el Gobierno se quedó las propiedades para la fuerza aérea que estaba empezando a montar.

Había pasado ya Milbay con el coche y el corazón me palpitaba de la emoción; iba por una nueva circunvalación que cruzaba el cauce del Milbay, río arriba, alejándose del pueblo. Desde el puente, la carretera entraba directa al bosque, que debía ser el mismo que quedaba tierra adentro, más allá del mástil de luces parpadeantes que yo había visto desde la barca de mi padre. Sí. Ahí estaba la verja alta que describía el perímetro del campamento, y a un kilómetro y medio o así, el amplio portón de acceso.

Detuve el coche y me quedé un momento dentro, respirando hondo. Era una tarde-noche de ráfagas de viento que agrisaba. Una hora y veinte minutos desde la casa de Kilbride. Nada mal. Aunque en verano habría mucho más tráfico.

Cuando mi padre le dio la vuelta a la barca con un remo y emprendió la vuelta a casa a ritmo constante, no tardamos nada en entrar en unas aguas suaves como la seda. Entonces, de repente y para nuestra sorpresa, mientras atravesábamos la desembocadura del río, una cosa parecida a un pequeño tifón se aproximó por esas aguas mansas hacia nosotros, procedente del mar de Irlanda.

—¡Caballas! ¡Virgen santa, un banco de caballas! —exclamó mi padre.

La superficie del agua se rompió y las caballas rodearon la barca con prisas por dejarla atrás. Se veían presionadas a salir del agua por su propio número y al saltar describían unos arcos de plata, girando más allá del agua aceitosa, brillando en tonos de verde, azul y negro grisáceo, transformando toda la escena en un frenesí silencioso, salvo por el chapoteo del agua al caer una tras otra y las fuertes sacudidas de sus cuerpos contra la madera del fondo de la barca, donde unos pocos peces que se escurrían por el costado se retorcían al morir.

Mi padre estaba emocionado.

—¡Verás cuando se lo contemos a Min! ¡Cuando aparezcamos en casa con pescados sin tener ni una caña siquiera!

Al llegar a la playa de piedras que había por debajo de la Cabaña, mi padre subió la barca y luego se quitó la camisa, ató las mangas y llenó la improvisada bolsa con peces rollizos. Echó a andar por delante de mí, muerto de ganas de sorprender a Min.

Pero justo al llegar al filo de la luz que se colaba por la puerta se detuvo, se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—No le digas que hemos estado viendo Stoneytown. No le gusta hablar de eso.

Entonces irrumpimos en la Cabaña como salidos de una película: mi padre medio desnudo y riéndose, y más ancho que largo con su hazaña; y yo, casi igual de importante, y encantada de estar de vuelta en casa.

El portón del campamento era demasiado alto para treparlo. Y además no veía nada. Los grises del ocaso se estaban convirtiendo muy rápido en noche, igual que había ocurrido ese día después de que los peces pasaran

bailando junto a nuestra barca. Me haría falta una linterna para echar un buen vistazo a la cadena y al candado, y por supuesto no tenía linterna.

—Pero volveré —susurré—. Esperadme aquí. Volveré por la mañana para reclamar nuestra casa.

Y, como si alguien me hubiese escuchado, de pronto y de forma espectacular, el lugar se iluminó.

Cien metros más allá del portón se encendieron dos potentes faros de seguridad montados sobre unos postes que iluminaron las ventanas rotas del edificio más cercano, una calzada llena de hierba que crecía entre las grietas y los huecos del asfalto, una barrera de malas hierbas entrelazadas en la malla del lateral del campamento en el que estaba el portón, y, a ambos lados, unos montículos de hojas secas que prácticamente invadían lo que en otros tiempos habían sido unas casetas de vigilancia. El bosque se alzaba inmóvil pasadas las luces, más oscuro que el cielo nocturno.

¡Espera a que Min se entere! ¡Cuando sepa que es propietaria de su casa de la infancia! ¡Propietaria! Será mejor que me ponga manos a la obra y lo ordene todo en Kilbride. Vendrá en el primer avión. Tendré que darle un buen cepillado a Bell o se liará una buena. Y flores, por cierto. Flores de bienvenida. Y hacer una compra. Y esconder las sábanas de lujo que compré en Nueva York.

Me subí al coche de un salto y me dirigí a Dublín, con la cabeza ebria de expectación.

De MarkC a RosieB

Por ahondar en lo que te decía, Rosie:

La gente de Estados Unidos, que en su mayoría es gente decente, aprovecha cuando envejece para teñirse el pelo, casarse por quinta vez, subir en bici el monte Rainier, aprender carpintería, hacerse cirugía plástica, viajar, ayudar en la comunidad y demás. Se mantienen en activo. Muchas personas, y hablo por mí, disfrutan sobre todo de ganar dinero y de la compañía de sus nietos.

¿Tienes banda ancha, Rose? Quiero enviarte el último número de la revista *MORE*. El público objetivo de *MORE* son mujeres de más de cuarenta, que es exactamente el sector demográfico al que querríamos llegar con nuestras pequeñas «ideas». He repasado las palabras que se usan en la portada de *MORE*. Esas palabras son:

Éxito

Estilo

Salud

Aventura

Las palabras que suelen utilizar los gruñones y amargados irlandeses no aparecen en *MORE*, por la buena razón de que deprimirían hasta la muerte a cualquiera que ya no sea tan joven como antes.

De RosieB a MarkC

Disculpa si estoy lenta o algo. Pero ¿los estadounidenses no envejecen igual que el resto? Se mueren también, ¿no?

De todos modos, en caso de que por algún casual te refieras a mí cuando hablas de gruñones y amargados, lo cierto es que hoy… ¡La vida es MARAVILLOSA! Tengo una sorpresa MAGNÍFICA para Min que me muero por contarle, pero me está costando bastante conseguir que me respondan en el móvil de su compañera Luz.

Por casualidad me he topado con un posible epígrafe para nuestras «ideas» en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* (que me regalaste tú cuando tuvimos nuestra fase Rilke).

«Supliqué por mi infancia, y ha vuelto, y siento que sigue siendo igual de dura que entonces, y que hacerse mayor no ha servido de nada».

¿Qué opinas?

De MarkC a RosieB

¡Dime que estás de coña!

De RosieB a MarkC

Vale. Estaba de coña.

11

A la mañana siguiente, nadie en el mundo sabía dónde me encontraba cuando abrí el portón del campamento con las llaves que me había proporcionado el Cuerpo Aéreo y me planté en mitad de aquel aire suave y vivo, escuchando a los grajos anunciar mi llegada desde las ramas de un haya cuyo gris estaba prendido de verde.

Sentía cómo los latidos del corazón me hacían temblar la caja torácica mientras cerraba el portón detrás de mí.

Estaba en territorio propio.

No había carretera hacia la orilla, pero una pista de tierra rodeaba la parte trasera del campamento, donde se veían unas cabañas militares Nissen, tan viejas que se les habían deshecho los tejados de lona, alineadas a un lado de un aeródromo resquebrajado y desnivelado. La pista bordeaba un prado frondoso y poco a poco desaparecía en la cresta de un monte tajado por la cantera, que debía ser lo último entre la tierra y el mar. Dejé el coche ahí, en un espacio con una cueva arbolada de fondo. Unos cuantos conejos saltaron huyendo hacia un vertedero de maquinaria oxidada, ahogado por las flores blancas de una mala hierba de las que estrangulan.

Convólvulos. Otra buena señal en este día. Una vez, Markey se detuvo a enseñarme la enredadera trepadora en la que crecían esas flores. Me preguntó si conocía el otro significado de «trepar».

—Misma palabra, distintas raíces.

—¿A qué te refieres? —le dije.

Después de todo, tenía solo unos dieciséis años y trabajaba en unos grandes almacenes.

—Trepar también significa trepanar, taladrar. Hacer un agujero y ahondar para llegar a la raíz de las cosas, en vez de dar vueltas y enredarse como este tallo.

Por primera vez entendí que las palabras esconden historias y que pueden ser una misma pero tener distintos ancestros, o al revés. Lo miré,

tan maravillada que no podía ni hablar. Y esa fue una de las pocas ocasiones en las que me dio un beso fugaz.

Iba subiendo por la cresta, no muy alta, tan ágil por la alegría como si tuviera de nuevo dieciséis años. ¿Habrá alguna guía de hierbas? ¿Cómo se llamará esta hierba, densa y corta y blanda? Un conejillo se escabulló corriendo, de un tono blanco y brillante frente al verde esmeralda de las briznas, y aún estaba distraída con él cuando me asaltó una magnífica brisa procedente del mar, y al levantar la cabeza contemplé la vista de Milbay al otro lado del río y del mar más adelante, y de lo que en otros tiempos había sido Stoneytown, abajo, sereno y sonriente bajo el sol de la mañana. A la izquierda vi los tejados y chapiteles brillantes del pueblo y, a este lado del río lustroso, más abajo, a mi izquierda, una hilera de casas en ruinas tras un embarcadero roto sobre el que habían caído trozos grandes de mampostería. La parte de atrás de las casas estaba medio ahogada por un revoltijo de escaramujos y ortigas, hiedras, avellanos y majuelos; delante, las tormentas habían amontonado pedruscos sobre la zona alta de la orilla, frente a lo que alguna vez habían sido las puertas de las viviendas.

Sin embargo, lo que más le importó a mi mirada encandilada fue el asentamiento que se veía abajo a la derecha y que daba directo al mar. Ahí había una casa techada con grandes losas de piedra y preciosamente cercada por un recinto de muros altos lleno de árboles en un borde del hastial, por un granero de piedra en el otro y, al fondo, por una serie de cobertizos que, junto al granero, envolvían un patio grande. Las olas, con la marea alta en esos momentos, parecían bailar casi hasta la puerta de la casa. No había ningún sendero desde donde yo estaba que llegase allí. Pero vi que, aunque la propia cresta bajaba hasta el patio, había también una pista de tierra honda y herbosa que descendía a mi derecha entre los setos irregulares de un par de campos de siembra descuidados y acababa en la cancela misma del patio. Bajé por la cresta hasta esa pista y, sumergida en su abrigo, caminé hacia la casa, con el ruido del mar llenando cada vez más el aire a cada paso. Por fin pasé junto a los cobertizos y al granero, y a continuación estaba ya a quince metros de donde las olas verdes y la espuma blanca se enrollaban y golpeaban las relucientes rocas negras.

Me di la vuelta y miré la casa en la que mi madre y Min se habían criado. La casa que mi padre me había enseñado la noche de las caballas.

Y, como si supiera exactamente cómo hacer esas cosas, trepé sobre los cantos rodados que las tormentas habían lanzado a la parte alta de la orilla y

me abrí paso por entre las ortigas que crecían en la franja de tierra que me separaba de la puerta principal, con el bolso sujeto ante mí para protegerme las manos. Aparté una zarza que había crecido tapando la entrada y salté sobre ella hasta aplastarla contra el suelo. La madera de la puerta estaba reblandecida y blanqueada por el paso del tiempo y, en cambio, el ojo de la cerradura se había llenado de una tierra tan antigua que se había puesto dura casi como una piedra. La pinché con la punta de mis tijeras para las uñas sin parar de mascullar en voz baja: «Por favor, por favor». Y por fin conseguí sacar la tierra y, con toda la suavidad y la lentitud de que era capaz, aguantando la respiración, con los ojos cerrados, escupí en la llave hasta que quedó toda viscosa y la metí y traté de hacerla girar.

Y giró. Escuché el duro clic del cierre como si fuera un sonido milagroso. Gracias, gracias. Me dejé caer al suelo; las rodillas me temblaban demasiado para sostenerme en pie.

Al final me levanté y empujé con todas mis fuerzas la puerta, dándole porrazos una y otra vez con la cadera. Apretando conseguí abrirla lo suficiente para colarme dentro. Un avellano que había crecido por entre una baldosa rota del suelo, y que subía hacia la luz tenue de una ventana manchada, era lo que bloqueaba la entrada. Así que agarré el arbusto y tiré y tiré. Estaba decidida a llenar la casa de luz y de aire y no podría hacerlo si no abría la puerta de par en par. Al no conseguir mover el avellano volví a acercarme a la orilla y busqué entre los restos de por allí hasta que encontré una piedra de punta afilada. A continuación regresé y me senté en cuclillas ante el arbusto y le aflojé las raíces con la piedra. Como un ancestro homínido con una herramienta de sílex. Como una niña, jugando paciente. Y al poco fui capaz de arrancar el arbusto entero y lo tiré a un lado, y aparté con el pie pedazos de yeso que se habían caído y tierra y (poco a poco, retirando tierra del suelo para suavizar el avance de cada centímetro) tiré de la puerta con fuerza hasta abrirla, y la luz del sol entró a una habitación que había permanecido a oscuras más de medio siglo.

¡Me eché a reír a carcajadas! Ya eres una mujer nueva, me dije con orgullo. Resultaba más que evidente que nadie había accedido a esa casa remota desde que la habían abandonado, y la persona más cercana estaba a kilómetros. Y, ¿en qué momento, en toda mi vida, había dejado de preocuparme yo por el ruido que hacía? ¿Cuándo había gritado en alto de alegría? ¿Cuándo había echado la cabeza hacia atrás y me había reído yo sola? Estaba ansiosa por emprender el trabajo que suponía abrir aquella

casa. Jadeaba y resoplaba. Me abrí camino aporreando y golpeando los cubos y palanganas oxidados que había esparcidos por el suelo de la cocina de atrás, donde debían haberse caído, con los años, de los ganchos en los que habrían estado colgados. Arrastré la gruesa puerta trasera y chillé con sus chillidos. Nada refrenaba mi avance de bárbara, ni siquiera el armazón de hierro de las ruedas de carro colocadas para sujetar los tablones que cubrían el pozo.

Pero los tablones pesaban demasiado para mí.

Me desplomé en el suelo y me senté en las baldosas cubiertas de hierba con la espalda apoyada en un muro y esperé a que el cuerpo dejara de temblarme. Las piedras del muro opuesto al sureste estaban repletas de líquenes: color verde azulado, blanco plateado, del amarillo más pálido. El aire tenía que ser de lo más limpio. Las de la zona sureste en cambio estaban desnudas como si las hubiesen frotado esa misma mañana. ¡Así supe de dónde llegaba el viento predominante! Me sentí ridículamente bien conmigo misma por averiguar esa nimiedad.

Me quedé sentada en la paz del patio, con las olas susurrando roncas al otro lado del muro, y me comí la mitad del chocolate que había llevado. Siempre tenía algo de chocolate cerca desde que mi amigo anterior a Leo, un fanático de la forma física, me explicó que el nivel de azúcar en sangre de una persona podía descender peligrosamente en cualquier momento y que todo el mundo debía llevar chocolate encima para volver a subirlo.

Cuando le trasladé ese comentario a Min, me respondió:

—Bueno, ¿y entonces cómo es que no está todo el mundo muerto?

—¿Qué?

—La gente de antes, que no sabía nada de eso del chocolate, ¿cómo es que no se murieron todos de golpe?

Intenté recordar la cara de aquel hombre, pero lo que me vino a la memoria fue el día en que, mientras estábamos en Austria paseando en bici junto al Danubio, empezamos a separarnos. Se negó a venir conmigo a visitar el campo de concentración de Mauthausen. ¿Qué sentido tenía?, me dijo, y añadió que existía toda una industria del Holocausto. Yo le respondí (recordé cómo se lo dije, y recordé también el dormitorio con las paredes de pino y las cortinas con volantes en el que se lo dije) que entendía su enorme pereza emocional ante la idea de visitar un escenario de sufrimiento real, y también su pereza espiritual a la hora de enfrentarse al mal auténtico; pero ¿tenía que mostrar además tanta pereza intelectual repitiendo los clichés de

otra gente, como ese que intentaba menospreciar la experiencia del Holocausto utilizando la palabra «industria»?

Normal que acabaras estando con Leo, me dije mientras cogía impulso para levantarme de nuevo y volver al interior de la casa, que habla tan poco que ni siquiera puedes replicarle.

Los cuatro escalones de madera que daban a la buhardilla seguían en su sitio, todos menos uno, igual que la mayoría del suelo de la propia buhardilla. La zona en la que las tablas se habían podrido y se veía la habitación de abajo quedaba en un rincón, así que el resto podía utilizarse. Había un espejo, blanquecino por el paso del tiempo, colgado aún de un clavo grande entre las vigas y unido por las enormes guirnaldas de una telaraña gris al armazón de la cama de hierro que tenía debajo. Las telarañas vacilaban ante las molestias que creaba yo. Me quedé quieta hasta que dejaron de moverse. Si bien la vida se debía haber desarrollado toda en torno a la hornilla de la planta de abajo, esa buhardilla habría compartido una parte. Solo había una capa de suelo de madera entre ambas plantas. La parte de arriba estaría caldeada gracias a la hornilla, y también porque las losas de piedra del techo estaban aisladas con yeso esparcido de cualquier manera entre las vigas de apoyo. Detrás de la cama, entre la última viga baja y el suelo repleto de polvo, había un parchecito de yeso; la base de muelles de la cama se había oxidado, por lo que pude distinguir unas marcas. Esa esquina estaba repleta de señales que no se veían por ninguna otra parte. Me agaché para estudiarlas. Eran líneas o tics, conjuntos de líneas que señalaban hacia abajo, marcadas en el yeso con lo que debió ser un trozo afilado de palo quemado. Cada conjunto constaba de seis trazos descendentes cerrados con un tachón que los atravesaba en diagonal. Por cada cuatro conjuntos había otro conjunto de solo cuatro líneas verticales, también tachado con una línea diagonal. Veintiocho días en cada grupo.

Y entonces no lo supuse, lo supe. Lo supe porque justo antes había estado recordando la cantera de Mauthausen y el horror que se respiraba allí, donde los presos trabajaban hasta que caían en redondo o hasta que los sádicos guardas los mataban por pura diversión. Un eco lejano y diminuto de aquel horror me llegó también de esas marcas. Se habían hecho a la desesperada (se notaba dónde estaba horadado el yeso, no marcado ligeramente), y las había hecho una mujer desesperada. La madre de mi madre fue la primera mujer en vivir allí, la esposa para la que mi abuelo

había construido aquella casa. Yo apenas pensaba nunca en ella. Que murió de apendicitis cuando mi madre tenía quince años y Min tenía unos diez: eso era todo lo que sabía. Min no tenía fotos suyas. Nada se sabía de ella, por lo que yo tenía entendido. Ni siquiera su apellido de soltera. Ni la edad a la que murió. Era como la mayoría de las mujeres nacidas en este planeta: atrás no había quedado ni rastro de lo que había sido, salvo su descendencia.

Su hija Min.

Y su nieta Rosaleen Barry. Levanté las palmas de las manos y me palpé las mejillas cálidas. Yo. De ella había quedado yo.

Aquel calendario: ¿sería suyo? Incluso en un sitio tan remoto como ese, e incluso en el vacío absoluto que debió ser aquello en la década de 1920, una mujer habría sabido que había días en los que podía concebir y días en los que seguramente no. Quizá estuviese desesperada por no volver a quedarse embarazada. O quizá fuera lo contrario: a lo mejor, después de dos hijas, estaba intentando averiguar cuándo sería fértil, porque en un lugar como Stoneytown una mujer no habría contado para mucho sin hijos varones fuertes. Yo había estado en lugares miserables de todo el mundo en los que las mujeres que no daban un hijo varón eran parias.

«¿Qué le falta a Min?», le pregunté a mi tía una vez, de pequeña, y me respondió que lo que le faltaba era «un minuto, que es todo lo que tienes tú para acabar los deberes».

Le volví a preguntar lo mismo unos años después.

—Marinda. Ese es mi nombre real, Marinda Connors —me dijo.

—El nombre de Marinda no existe. Es Miranda.

—Cierto. —Y asintió—. Se equivocaron. Ya me lo han dicho antes.

—¿Quién se equivocó?

—Las mujeres. Mi madre se encontraba fatal, en el hospital de Milbay, y las mujeres vinieron desde la isla a recogerme, pero antes tenían que bautizarme para que me dejaran salir del hospital, y eligieron Miranda pero lo entendieron mal. Lo habían visto en una película: Carmen Miranda.

—Creí que tenías que llevar el nombre de un santo o un nombre irlandés, o si no el cura no te bautizaba.

—Bueno, a lo mejor Marinda es uno de los nombres de la Virgen, ¿no? ¿No es casi lo mismo que María? —dijo esperanzada. Pensé que sería eso, pero entonces Min espetó—: ¡Aunque igual daba! ¡A nadie le importaba el

nombre de una niña! ¡Nunca escuchabas tu nombre entero!

La que había hecho aquellas marcas estaba intentando controlar las mareas de su propio cuerpo. Menuda declaración de intenciones, en una sociedad en la que los hombres tenían el control de todo, desde el acto de llevar comida a la casa hasta el de sacar a los muertos de ella. Hice amago de tocar uno de los conjuntos, como gesto de respeto.

Pero mi mano se arrepintió de golpe antes de tomar contacto.

No las habría hecho mi madre, ¿no? Quince años tenía cuando huyó de Stoneytown. ¿Por qué habría intentado llevar la cuenta de su ciclo mensual? ¿Y Min?

No.

Me puse en pie y escuché los suspiros del mar. Las marcas ardían desde su rincón.

Bien podríamos haber sido espíritus incorpóreos, Min y yo, a la vista de la poca feminidad que habíamos reconocido la una en la otra a lo largo del tiempo. Ella se había pasado la mitad de su vida a escasa distancia de un hombre (de su padre y de mi padre), y muy seguramente nunca se hubiese hablado en casa de que ella era una mujer. Supe por instinto que no debía recurrir a ella cuando mi primer sangrado me dejó impactada y sin habla. Fui a buscar a Reeny y esperé a que Monty se hubiese marchado antes de empezar a llorar y señalarme el sitio donde me dolía la barriga. Reeny hablaría con Min porque después de eso, cada cuatro semanas, y hasta que recibí mi primer sueldo del Pillar, había siempre una moneda de media corona para mí en el bolsillo delantero de mi mochila. Pero nunca hablamos sobre ello.

Ni siquiera cuando iba a concentraciones, marchas y protestas por este o aquel tema de la liberación de las mujeres hablé nunca con mi tía de mujer a mujer. Ella y yo nunca hablábamos sobre querer tener hijos o no, mucho menos sobre querer hacer el amor o no. Lo más cerca que había estado Min de enseñarme su yo interior había sido en los últimos años, cuando la bebida y el silencio habían sido seguramente su manera de refrenar algo similar a la ira.

Me aparté de la cama cubierta de telarañas y me encaminé hacia abajo desde la buhardilla, poniendo los pies exactamente donde, imaginaba yo, había puesto ella los suyos de niña. Y, como un nimbo en torno a esas pisadas de Min, imaginé las huellas ligeramente más grandes de mi madre.

He debido de estar en cientos de casas a lo largo de mi vida, pensé. He

vivido en decenas de ellas. Pero esta es la casa que me estaba esperando.

Iba a tener que volver a Dublín. El móvil no me funcionaba en aquel sitio y necesitaba con urgencia encontrar información sobre seguros de salud en Estados Unidos para una cuasiseptuagenaria. Pero antes de marcharme volví a salir al patio trasero. Era un lugar encantador. Los muros de piedra eran tan altos que la brisa del mar pasaba por encima de ellos: su viva presencia se dejaba notar, pero la brisa no podía bajar a perturbar la lisa calidez de las baldosas ni la hierba ni las matas, ni la vieja madera de las puertas del granero, ni la piedra gastada y encalada de la hilera de cobertizos. El cobertizo situado junto a la puerta trasera, donde un asiento de tablas con un agujero en medio habría tenido un cubo debajo, debió de ser la letrina. Tenía un ventanuco en la pared del fondo (la que quedaba por encima de la orilla), con un cristal agrietado por el tiempo y el clima y un pestillo oxidado. Cuando lo moví y lo abrí, se colaron apresurados los ruidos del mar.

Entonces, al agacharme para mear en un rincón de hierba, el mar volvió a retroceder, más allá de los setos descuidados y del muro grueso. Sentir el sol agradable sobre la piel de los muslos y del trasero era una experiencia sensual, con los ojos entrecerrados ante el resplandor del cielo azul y la hierba verde y la piedra cubierta de líquenes.

Por último, intenté de nuevo mover los tablones que cubrían la boca del pozo. Para entonces me había calmado y los fui manejando con paciencia para llevarlos al borde del murete circular hasta que al final cayeron al suelo de un golpe. Bajé dos escalones de piedra y me asomé, y me sobrevino tal aluvión de placer que a punto estuve de marearme. El agua ondeaba casi de manera imperceptible desde el manantial que la estuviese alimentando, y era tan transparente que podía ver todos los adoquines que formaban el precioso revestimiento de las paredes. Era agua viva. Agua rica. Le daba un corazón a la casa, con sus paredes de bloques de granito, sus losas de piedra en el techo, sus dinteles y sus marcos de ventanas y puertas de madera erosionada. Las palabras «no ha muerto sino que duerme» se me vinieron de la nada a la cabeza.

Después subí por la cresta camino del coche. Me quedé en la cima en aquella tarde suave bajo una filigrana de piar de alondras y miré abajo hacia el techo de la casa, hacia la playita situada a su izquierda, que llevaba hasta el embarcadero roto y la hilera de casas caídas, hacia las rocas y el fango

brillante del estuario adonde llegaba la marea en olas espumosas, hacia el profundo canal de agua entre ese lado del río y la hogareña piña que formaba el pueblo de Milbay. Aves que vadeaban el agua en el fango emitían llamadas desamparadas, y un arao aliblanco bajó volando desde el azul del cielo con un grito estridente, como un supervisor que reprendiese a sus trabajadores. Toda aquella panorámica cantaba llena de vida. La casa, aun maltrecha y gastada, también estaba viva, igual que la orilla en la que los cormoranes se posaban sobre las rocas negras, como lo estaban también el monte, con su cresta aterciopelada sobre unas faldas llenas de tajos y de huecos, y el fecundo prado y el brillante hayedo, e incluso las viejas oficinas y dormitorios del campamento del Cuerpo Aéreo. Y yo: el mundo me había concedido un nuevo vínculo con él. También yo cantaba llena de vida.

La luz de los mensajes parpadeaba en el rincón de la cocina de Kilbride.

«¿Cómo va todo por ahí, Rosie? Soy Min. No sé si Bell se da cuenta de que soy yo quien habla, ¡hola, Bell!».

Min gritaba como si eso nos ayudara a escucharla desde el otro lado del Atlántico.

«Hay una señora sin hogar frente al hotel Harmony, y le dieron un piso pero no lo quiere porque entonces tendría que pagar una parte de la seguridad social, así que Luz y yo nos lo hemos quedado y le vamos a dar veinticinco dólares a la semana cada una. Desde luego eso lo gano echando unas horas en la cocina. Es un dinero fácil, salvo porque tengo que cubrirme el pelo con un gorro blanco como si fuera una conductora de ambulancias y tengo que coger un autobús y luego el metro. En fin, que puedes llamar al teléfono de Luz cuando quieras, menos en las horas de trabajo; nos vamos a trabajar a las cinco de la tarde y hacemos nueve horas con el descanso incluido. He visto un abrigo en las rebajas de Macy's, una lana marrón ideal que te iría que ni pintado, Rosaleen. Voy a comprarlo el sábado si no se lo han llevado; paso por ahí de camino al ensayo del coro en Nuestra Señora de Guadalupe, he oído hablar mucho de ella, la Virgen Negra. Bueno, adiós de momento. Me lo estoy pasando muy bien, pero el problema del hostal eran los robos. A Luz le quitaron la bolsita donde tenía todos los cosméticos cuando estaba en la ducha y no llevábamos allí ni tres horas. Te llamaré mañana en cuanto compre una tarjeta con números como la que tiene Luz, que siempre está llamando a México con ella. Adiós. Adiós, Bell, ¡pórtate bien con Rosie!».

Fui a la parte de atrás y llamé a Bell, que se sentó en un periódico viejo, y le cepillé el pelo mientras escuchábamos otra vez el mensaje. Bell no reaccionó al oír su nombre, aunque en realidad podía estar ocultando sus sentimientos.

Yo sí reaccioné. Me fui a la cama plena de felicidad.

Había encontrado una casa mágica, y pertenecía a mi familia. Esa casa me daba a mi familia.

Y Min debía de estar echándome de menos, porque solo me llamaba Rosaleen cuando se ponía muy cariñosa.

12

Me sentía increíblemente ansiosa esperando la llamada de Min.

En toda mi vida solo había escuchado a Min mencionar Stoneytown a regañadientes, y cuando lo hacía era con cierta aversión. ¿Cómo podía describirle el lugar de modo que al menos mantuviese la mente abierta? ¿Cómo transmitirle que, en lo que a mí respectaba, todas y cada una de las cosas de allí eran pura magia? Aquello podía llegar a ser lo más importante que ocurriese entre nosotras.

Subí a hacer la cama. ¡Qué austera! Tenía que comprar unos cojines de seda y de terciopelo, como mínimo; cualquiera pensaría que aquel seguía siendo el dormitorio de una muchacha amante de los libros que ganaba muy poco. En la balda de honor, justo encima de la cama, estaban los Penguin de Joyce, deformados ya por el uso, que leía bajo el mostrador cuando trabajaba en la sección de regalos y recuerdos irlandeses del Pillar. Aunque llegué al final del libro, solo leí la mitad del *Ulises* porque no soportaba a Stephen Dedalus. Me saltaba las partes duras, a pesar de haber intentado entenderlas una y otra vez. En aquellos tiempos me dejaba abrumar por lo que parecían ser cosas grandiosas: no entender a Joyce, no tener dinero, no tener ropa, no tener padre, querer quedarme en la escuela y que Min no me dejase, no tener el pelo liso.

«No me importaría tenerlo rizado de verdad, pero ondulado es lo peor», les decía a las chicas del Pillar.

Volví a bajar a la mesa de la cocina y transcribí con tristeza una nota al cuaderno rosa. Según parecía, Ashley Judd había pasado cuarenta y siete días en un centro de tratamiento en Buffalo Gap, Texas, aquejada de «codependencia en mis relaciones, depresión, culpa, ira, parálisis, negación y minimización de mis sentimientos». Pasados los cuarenta y siete días, salió feliz. «En realidad es muy sencillo. Era infeliz y ahora soy feliz», dijo Ashley.

A ver, si era tan simple como eso, ¿por qué molestarse siquiera en

escribir un cuadernillo para las tiendas de regalos?

Las dos de la tarde. ¿Estaría Min levantada ya? Comprobé el teléfono. Iba bien. Simplemente no había llamado.

En el número de teléfono que tenía de Luz no me habían respondido nunca.

Otra cosa: no sabía el apellido de Luz.

Bueno, no iba a perder aquella preciosa tarde entera. A la casa del cabo no le iría nada mal una limpieza a fondo, fuese como fuese. Esa idea me llenó de tanto placer que me puse a cantar como Fígaro cuando estaba midiendo la cama, mientras cogía un cepillo y una sartén, y una fregona y lejía, y limpiacristales y paños y toallas, y unas mantas viejas que seguro que serían de utilidad.

Miré en las páginas amarillas para ver si por alguna casualidad seguía existiendo el negocio de Bailey's Hardware and Builder's Providers. Ya no existía, pero sí había otra tienda de herramientas en la calle principal de Milbay, así que me salí a esa altura en la circunvalación y aparqué justo delante.

—Unos clavos, por favor —le dije al hombre de aquel comercio atestado y de techos bajos—. Y un martillo.

—¿De qué tamaño? Los clavos.

—Clavos pequeños, clavos medianos y clavos grandes y largos. Y un cubo de plástico y una palangana, y una barbacoa portátil de carbón, y un *camping* gas pequeño. Y una linterna y un cubo en el que pueda echar cenizas, y una de esas.

El hombre saltó para bajar la escalera extensible que le había señalado.

—Dios mío. Estaba aquí pensando en cerrar el negocio y justo ha entrado usted —me dijo.

—Y dígame qué más necesitaría para darle un buen repaso a una casa vieja y cubierta de maleza.

—Pues va a necesitar un atornillador. ¿Hay luz? Bueno, podría darle uno apañado que funciona a pilas. Y también le daría las pilas. Y una llave inglesa y alicates. ¿Hay zarzas? Tengo unas cizallas aquí que cortarían hasta un roble. ¿Y un cúter quizá? ¿Y el sitio tiene alguna ventana?

—Ay, sí, el cúter será perfecto para raspar los excrementos de pájaro. Eso me recuerda otra cosa: ¿tiene un cubo con tapa para el baño? ¿Con las cosas esas químicas que huelen? Confío en que no haya ratones, pero ¿tiene

algo para los ratones, por si hay? Algo que no les haga daño. Y pastillas para encender fuego. Y cerillas, ¡casi me olvido de las cerillas! Y unos cuantos cuchillos y tenedores y cucharas. Bolsas de basura. Y unas alfombrillas de esas de goma para coches, unas seis, para ponerlas en el suelo. ¡Ah, y una tetera! Y plombagina, para que brille bien la hornilla y esté bonita.

—Hace años que no traigo plombagina. Debe hacer tiempo, pero tiempo, desde la última vez que limpió usted una hornilla de esas.

—Pues sí —dije, y le sonreí—. Me llamo María Antonieta.

Mientras el hombre me lo cargaba todo en el coche, fui caminando por esa calle para comprar pan de soda, y salmón ahumado y mantequilla, y leche y té y un limón y manzanas. Y el periódico. Si me apetecía plantar el culo y sentarme a leer, pues lo haría.

Volví corriendo a la tienda para decirle al señor que añadiera además un par de taburetes de madera.

La cabeza de un policía de tráfico apareció por la puerta y el hombre le dijo: «Paciencia, amigo, que estoy acabando de cargar las cosas para Su Majestad», y la cabeza desapareció.

Y emprendí la marcha, silbando.

Una franja de viña del Tíbet había crecido de la noche a la mañana sobre el portón del campamento de Milbay, así que tuve que usar la cizalla de inmediato. Pero eso fue prácticamente lo único que hice con mis cosas nuevas. No pararon de llegar chubascos desde el sur a través del cielo suave y gris, y tuve que ajustar mis viajes por el monte desde el coche a la casa a los intervalos entre ellos. Compraría dos carretillas la próxima vez y dejaría una en el hueco de la cantera donde aparcaba.

Coloqué todas mis cosas en los estantes anchos de la cocina de atrás, con el ruido del mar entrando por la puerta trasera abierta. Pero, aparte de eso, no hice más que apartar a un lado, con el reverso del escobón, la gruesa capa de escamas de yeso y polvo y ramitas que cubría el suelo donde había estado el avellano. Una lavandera apareció correteando por la puerta abierta y seguidamente, al ver la avalancha de tierra que le venía encima, se echó atrás. Después barrí el claro que había creado y dejé a la vista unas baldosas tan fuertes que solo dos o tres de ellas se habían quebrado en todos los años que llevaban allí. En cualquier caso, estaban dispuestas sobre la tierra, y malas hierbas y cosas atrofiadas habían crecido entre ellas incluso en la penumbra.

Con un cuchillo, me puse a hacer palanca para abrir las dos pequeñas hojas de la ventana tras empapar en aceite los goznes oxidados. Me fijé en mis manos porque las tenía en mi línea de visión: una constelación de manchas marrones. La historia del envejecimiento de mi piel apenas había empezado, aunque ya había habido cierto adelgazamiento, algunos pliegues y decoloración; nada exagerado, pero tampoco nada que fuera a revertirse nunca. Las manos de Min estaban enrojecidas y también manchadas, y la piel de la cara la tenía cubierta por una red de líneas muy finas, como el craquelado en el barniz de una pintura antigua. Para su anterior cumpleaños le insistí en que se levantara y fuéramos todos al Kilbride Inn a soplar las velas en una tartita y a cantar *Cumpleaños feliz*, y Min se pintarrajeó y se puso el jersey negro que consideraba un tesoro, con unos vaqueros míos de hacía veinte años, y tenía un aspecto enjuto, con el pelo alborotado, ni joven ni vieja.

¿Qué pensaba Min de eso? Se había mostrado muy contenta, y tímida, cosa que no solía ser nunca. ¿Qué pensaba de los sesenta y nueve años transcurridos desde que había sido un bebé tumbado, muy probablemente, en la cama banco del otro extremo de la habitación?

Mi propio cuerpo salió al mundo cuando tenía unos quince años. Partió para aprender de otros cuerpos. ¿Cuándo había tenido Min la oportunidad de hacer eso?

Min tenía quince años cuando llegué a sus manos. Y fin. Nada de deseo tórrido para ella. Nada de risas nerviosas. Nada de vergüenza; sus pechos menudos y respingones y su vientre plano nunca estarían llenos ni hinchados. Nada de concepción, nada de anticoncepción.

Lo planchaba casi todo, incluso las camisas que tenía mi padre de esa tela que no se arrugaba. Reeny la pilló haciéndolo un día y se rio de ella. «Pero, Min, ¿no te das cuenta de que el tejido ese que no se arruga es el invento más importante desde la píldora?».

Esperé a ver si Min decía: «¿Qué píldora?».

Pero no dijo nada.

Poco sabía Reeny de que Min también le planchaba los calzoncillos, y las sábanas y los pañuelos, y las servilletitas que le colocaba en la bandeja cuando mi padre no podía ya sentarse a la mesa para comer. Una flor le ponía siempre también, como bien sabía yo muy a mi pesar, porque casi me mata una vez que arranqué el último capullo de su maceta de crisantemos. Reeny no sabía lo de las bandejas arregladas con tanto mimo, aunque

creyera saberlo todo. Si alguien venía a casa, en el segundo que transcurría entre el ruido de la puerta al abrirse y su entrada a la cocina, *presto*, ¡oye! La bandeja de mi padre desaparecía.

Las ventanas recién liberadas chirriaron con una racha de viento. Salí corriendo al patio de atrás para echar un vistazo rápido a mi reino antes de que llegase en serio la lluvia. El último puntal de una cancela de madera colgaba entre unos pilares preciosos hechos con piedras planas en la esquina más alejada del patio y, más allá, la pista honda de tierra subía hacia el bosque. La hierba húmeda y enmarañada estaba repleta de unas florecillas azules. Acianos, quizá. Al menos sabía que las bandadas de pájaros marrones charlatanes que bajaban en picado desde los escaramujos de la ladera hasta la hierba que se mecía bajo su peso eran gorriones llaneros. Tenían algún otro nombre, pero así era como los llamaba mi padre. Siempre fue curioso, pese a no saber mucho. Min no. Min no tenía nombres para nada. Y aun así, aquella era la casa de Min.

Me di la vuelta para regresar al interior.

Ella, que nunca había tenido nada, tenía todo aquello.

Una primera gota de lluvia me salpicó en la nariz. Bajé la pista corriendo, crucé el patio y recogí el pícnic que tenía montado en la cocina de atrás para disponerlo delante, sobre una alfombrilla de coche, bajo el umbral de la entrada: mi bolsa de comida y mi cuchillo y tenedor nuevos, y una taza llena de agua cristalina del pozo. Miré al mar. Una suave película de lluvia venía flotando desde allí, pero aún lograba distinguir el punto distante de tierra en el que había estado la Cabaña de Bailey's. Lo sabía identificar porque la zona la había ocupado un depósito de contenedores, y los contenedores estaban apilados a bastante altura. Milbay había sido siempre un municipio con un puerto comercial lleno de barcos sucios de carbón y traineras de olor intenso, nada atractivo. Pero a mí me encantaba. Me encantaba el río Milbay. ¿Quién habría pensado que esas aguas me harían tan dichosa? ¿Que sería completamente feliz en los dos cabos de tierra en los que el río se rendía al mar?

Tenía que volver a casa por la llamada que Min me había prometido. Después de comer cerré todo lo más lentamente que pude, alisando la vieja madera blanda de las puertas con la palma de la mano para notar su sedosidad.

Subí la cresta en la pausa previa al ocaso en la que todo en la naturaleza

deja de moverse y se mantiene en silencio. El depósito de contenedores donde había estado antes la Cabaña se veía claramente al otro lado del estuario bajo la tenue luz vespertina. La dulzura de Min cuando estábamos allí de vacaciones empapaba por completo la escena. Era la dulzura de una persona pura, pensé. Min era una mujer joven alienada de su propio pasado, que no tenía padres ni amantes que celebrasen su presencia, que trabajó a jornada completa sin recibir salario, que contemplaba la lluvia de verano con la hija de otra persona a sus pies y con el viudo de otra persona a su lado. Sin embargo, esas cosas negativas no la definían. Podía ser igual de feliz que una niña, y cuando así era, la dulzura brotaba de ella como un perfume.

Min estaba sin mácula. Había contado con la protección de ser la señora de una casa, y aun así nunca había estado expuesta, nunca había tenido que ofrecerse. Su cuerpo nunca había sido una moneda de cambio.

Corrí hacia el coche. No debería haber pensado en eso: su cuerpo sin mácula y mi cuerpo usado, comprometido. Desde hacía ya un año había enterrado lo más hondo que había podido cualquier pensamiento sobre lo que había pasado con Leo y conmigo. Pero entonces Macerata irrumpió en mi memoria y no tuve más remedio que recordarlo.

El taxi del aeropuerto tenía el aire acondicionado puesto ese día, pero yo estaba a punto de desmayarme de ansiedad. Sabía que Leo no quería que fuese a Italia, aunque había sido demasiado educado y tuvo demasiadas reticencias para decirlo. Cuando nos marchamos de Ancona tras unas Navidades no muy exitosas, mencionó que la gente del festival de ópera de Macerata lo había invitado a un encuentro la primavera siguiente, y yo le dije que era un sitio con conexiones fáciles. ¿Me diría dónde iba a alojarse? Cuando me atreví a mirarlo de reojo, me estaba sonriendo con impotencia, como un padre que cede ante un hijo contra su propio parecer. Murmuró algo, pero en realidad no lo escuché.

El calor. El cielo era de un azul blanquecino, aunque solo estábamos a principios de mayo. Me quedé sin aliento al bajarme del coche y corrí hacia la sombra del patio cubierto de parras en el que Leo se estaba levantando lentamente de una silla de mimbre. Vino hacia mí, cortés como siempre. Pero encorvado. No era en absoluto el mismo que había sido antes de que su proyecto de hotel se torciera. Durante el almuerzo, cuando se quitó las gafas de sol para leer la carta, vi que, pese al bronceado, tenía un tinte blanco

azulado en las medias lunas de piel blanda de debajo de los ojos. En un momento de la comida me sonrió con el antiguo encanto de siempre, aunque apenas comió. Un reflejo de la jarra de agua sobre la mesa le bailaba bajo el mentón.

—Tienes muy buen aspecto, Rosie, siempre con ese brillo en los ojos —me dijo.

Reprimí un comentario potencialmente gracioso sobre un brillo de lujuria: la historia con Leo nunca había destacado por las bromas. Aquel encuentro se convirtió rápido no solo en algo serio, sino también desalentador. O peor.

—Voy a acordarme de este calor hasta el día que me muera —comenté cuando estaba ya en su habitación.

Las puertas del balcón estaban abiertas y sobre el suelo de parqué caían rayos de luz del sol demasiado calientes para pisarlos.

—No hay nada que nos separe del sol salvo esto —respondió, y cerró las cortinas—. Nos derretimos, como el planeta.

Fue mi culpa. Todo el tiempo que pasamos en la cama el calor supuso un segundo asalto. La brisa del mar levantaba las cortinas o las enrollaba, y allí donde los rayos del sol me caían en el brazo o en el vientre, o en la parte posterior de los muslos, me abrasaba. A Leo no le quedaban energías para ayudarme a salir de mi miseria. No paraba de hurgar y horadar, por turnos, como si lo estuviesen azotando para que lo hiciera, con la respiración brotándole en gemidos.

No decía palabra ni aunque se lo implorase.

—¡Déjalo, Leo! ¡Habla conmigo! Leo, por favor, habla conmigo.

Lo que había hecho por pura satisfacción personal cuando se encontraba bien lo estaba haciendo entonces a la desesperada, tratando de forzar de nuevo una vitalidad que en otros tiempos había fluido con naturalidad entre nosotros. Aquella era la parodia más triste y solitaria posible de lo que habíamos sido. Y yo lo había obligado a ello. Él sabía que el deseo nos había abandonado. Y había intentado que no acabáramos tan mal.

Esa noche, en el aeropuerto, me agaché en un rincón. Desde allí veía un teléfono y podía haberlo llamado para decirle que lo sentía, que lo sentía por él y por mí, además de avergonzarme de mí misma; pero él era un hombre de los que no decían las cosas. En el avión, me eché la manta de la aerolínea sobre la cabeza y lloré en silencio. Traje a mi memoria la sensación

de las manos de Min moviéndose con suavidad por mi cabeza mientras me echaba las gotas de aceite que me iban a curar el dolor de oídos. Mi cara había quedado apretada contra el delantal de algodón que llevaba Min esa noche cuando me giró hacia ella. Medio siglo después, aún podía oler esa ropa limpia. Y eso no ayudó.

Con veinte y treinta años no conocía el miedo. No era que pudiese conseguir a cualquier hombre que yo quisiera, nada más lejos. Pero todo el mundo sabía que estaba ahí. Nunca me dejaban de olisquear y escrudiñar; le interesaba a la gente, aunque la otra persona no fuera consciente de su interés. Un hombre muy respetable quiso que fuese su amante cuando tenía veinticinco años, y tres o cuatro veces después, otros hombres refinados vieron algo especial en mí, y se acercaron a mí saltándose a mujeres en apariencia superiores. Nada de eso duró, pero que me eligiesen a ese nivel compensó las muchas ocasiones en las que hombres normales y corrientes no me habían valorado.

Yo tampoco dejaba nunca de seleccionar y de elegir. Parecía un complemento necesario para el resto de mi vida. Nunca había tenido una aventura amorosa con una mujer, aunque sabía que había mujeres que me parecían atractivas y otras que no, así que todo el mundo que se cruzaba en mi camino recibía una mirada rápida e inconsciente. La única categoría a la que excluía (y lo hacía sin darme cuenta) era la gente que me parecía vieja.

Y luego empecé a transitar por los cuarenta. Toda la motivación y el interés de mi vida estaban en juego, en la interacción prometedora, hasta tal punto que me costaba creer que eso se estuviese extinguiendo. Entonces se acercaron mis cincuenta y fue como si una multitud se hubiese marchado de un estadio y me hubiese quedado yo sola, ahí fuera, en mitad de un sitio vacío.

Ahí fue cuando Leo y yo nos cruzamos, y después de estar juntos en el Excelsior de Zúrich la pasión se mezcló con gratitud y alivio. Claro que sí. Había vuelto a encontrar mi sitio. De nuevo era cálida y flexible y femenina.

¿Y qué pasaba al haberme quedado sin él? Cada vez que aparecía por el Kilbride Inn veía cómo el tiempo había reducido mi lugar en el mundo. Llegaba a la puerta del *pub* y los hombres que ocupaban la barra miraban el espejo de detrás de las botellas para ver quién era. Al verme, bajaban de nuevo la mirada y seguían a lo suyo. Ni siquiera cambiaban de expresión. Ni siquiera sonreían. Una pérdida de tiempo, fijarse en la entrada de una mujer que, por lo que a ellos respectaba, era invisible.

Luz respondió al teléfono, para variar.

—¡La niña de Min! ¡Vaya, hola, bonita!

Estaba encantada de hablar con Rosie, la de Min. Yo era una muchacha con mucha suerte por tener una tía que era el alma de la fiesta. Cuando el jefe la pasó de la cocina a la sala subieron las propinas de todo el mundo.

—¡Aquí está, con unas pintas para comérsela!

—¡Min! ¡Por fin!

Escuché unos golpeteos de fondo y una voz que gritaba órdenes. Eso me devolvió la idea de que no estaba hablando con la mujer que solía sentarse en la puerta de la Cabaña bajo el sol de la mañana. Aquella era una trabajadora ocupada.

—Déjame que te mande dinero para unas vacaciones, Min, y así puedes volver a casa —le rogué.

—Anda, ya he tenido vacaciones suficientes. El trabajo es un cambio magnífico.

—Si quieres quedarte a pasar el verano, hasta que te caduque el visado, tengo una póliza de seguro que podría liquidar, y estaría encantada de hacerlo. Así podrías mudarte a un apartamento en condiciones.

Pero Min era todo alegría.

—¿Por qué iba a importarme tener que trabajar si me pagan bien por hacerlo? Y los chinos son la mejor compañía del mundo, incluso cuando no entienden ni papa de lo que les dices. Fuimos a un sitio en autobús para apostar a las carreras, y yo creía que iba a ver caballos porque el lugar al que íbamos era un circuito, aunque fuese plena noche, al acabar el turno. ¡Y adivina, Rosie! ¡Los caballos estaban en la tele! ¡Estaban en China!

Pero la cháchara la cortó en seco cuando le hablé de la carta que le devolvía la casa de Stoneytown.

—Y conseguí las llaves y bajé a la casa. No hay nadie en absoluto. Es un lugar fantasma. Pero entré. —Esperé, aunque Min no dijo nada. Nerviosa, añadí—: ¡Es una casa construida para durar! Y está en un sitio precioso. Si tuvo electricidad, podría arreglarse.

Se me apagó la voz.

—¿Mi padre me la dejó a mí? —preguntó Min.

—Sí.

—¿En un testamento?

—No un testamento exactamente.

—¿Eso significa que está muerto seguro?

—¡Claro que está muerto! Nadie ha tenido noticias de él desde hace sesenta años. ¿No?

—No lo sé. Nunca me crucé con ninguno de los demás después de irme a Dublín a por ti.

No pude aguantarme.

—Había unas marcas, Min, en la pared de al lado de la cama, arriba. Alguien contaba los días del mes y marcaba la pared. ¿Fue…?

—Esa cama era para gente casada, y para mi padre —me respondió—. Ahí no metían a niños. No sé por qué habría marcas. Tu madre y yo dormíamos en el banco, detrás de la hornilla. Yo pensaba mucho en ese banco. Era la mejor cama que había tenido. Una vez volví (hay un sitio por el que colarse entre la verja, detrás de la cabina de teléfono, en la carretera principal), con tu padre. Quería enseñarle la cama de banco para ver si nos la podíamos llevar, pero la casa estaba toda cerrada. Solo llegamos hasta el granero. Hacía un frío de horrores esa noche. De todos modos, la casa esa era un cuchitril puerco y viejo.

—Bueno, tampoco es que ahora vivas en los lujos de Park Lane, ¿no?

—¿Yo? ¡No tengo ni una preocupación en el mundo! Ahora somos tres porque la mujer que se suponía que vivía en nuestra casa, la que acampa delante del hotel, se viene mucho con nosotras. No le gustan algunos de los hombres que se han mudado a su parcela.

—Pero ¿no es una borracha?

—En esta casa podrías comer del suelo. Luz la tiene preciosa. La mantiene perfecta porque está débil del pecho y no puede vivir con nada de polvo. Tiene una máquina para que el aire se mantenga húmedo.

—Claro, sí. Pero el hecho es que tú eres una anciana pensionista, estás viviendo en un alojamiento de servicios sociales con una persona vagabunda y estás trabajando entre ocho y nueve horas al día por casi nada.

—¡Tengo dinero! —me gritó.

Incluso con mala cobertura y con mucho ruido tras ella pude notarle la pasión en la voz.

—¡Tenías dinero aquí también! ¡Puedes tener mi dinero!

—¡Tengo mi propio dinero! ¡Puedo ir y venir cuando y como me plazca! El sitio ese de Stoneytown: las baldosas de los suelos estaban húmedas de septiembre a junio, húmedas, y ni siquiera con el mejor de los fuegos podías quitarles la humedad. Aquí no tenemos ni que hacer fuego, el calor sale solo, no tenemos ni que pagar. Devuélveles la casa esa. Diles que nos den el

dinero.

Hubo un estallido de conversación confusa al otro lado.

—¡Coge el dinero, Rosie! Tengo que irme. El jefe está que trina.

Luz agarró el teléfono.

—¡Pórtate bien, cariño! —me dijo muy alegre—. ¡Y si no puedes, ten cuidado!

Bell estaba dormida encima del portátil, así que encendí el fuego y puse su cesta delante y dejé un trozo de jamón cocido en la manta, para ayudarla a pasar el trauma de tener que despertarla.

«Kilbride, Dublín», escribí.

Querido Leo:

Me ha pasado una cosa maravillosa y he descubierto que eres la persona a la que quiero contárselo. La razón seguramente sea cuánto te gustaba tu villa. No conozco a nadie más en este momento que pueda entender lo que es enamorarse de una casa.

Resulta que mi tía es la propietaria de una casita de piedra que ha estado décadas en desuso, aunque no está en ruinas, en un sitio precioso de la costa al sur de Dublín. Mi tía está en Estados Unidos, pero he ido a ver el sitio y no soy capaz de expresar lo feliz que me he sentido allí. Creo que por eso te tengo en mente.

Leo había reaccionado a una casa de forma muy similar a como lo había hecho yo, pese a que tanto él como la casa eran infinitamente más grandes que yo o que el cabo. Él había tenido una visión del escenario ideal: pavos reales deambularían por la arboleda de magnolios y, más allá de los suelos de mármol, al final de la piscina, habría una puerta secreta en el muro viejo, bajo las rosas antiguas que caían, de manera que los huéspedes pudieran entrar y salir desde la *piazza* alta del pueblo. Leo iba a compensar la música que no había compuesto y la familia que no había mantenido junta creando la posada más elegante del mundo. Se zambulló hacia el futuro como si eso fuese a transformar el pasado.

Lo que temo ahora es que mi tía lo eche todo a perder. ¿Y si vende la casa? No sé si se lo perdonaría.

Antes no entendía por qué, cuando perdiste la villa, perdiste el interés por todo. Era demasiado joven, aunque no haga tanto tiempo de eso. Pero

hace cinco o seis años yo todavía creía estar en la flor de la vida. No entendí, hasta hace muy poco, la diferencia que supone la edad en las emociones de una persona, cuánto más serias se vuelven con cada año que pasa. Qué urgente se hace materializar un sueño.

Espero que te llegue esta carta. Quiero que sepas que te envío mis mejores deseos, los mejores, para tu salud y tu alegría,

Rosie.

P.D.: Si un sueño no puede materializarse, también hay que aceptar que así son las cosas. Estoy escribiendo algunas pequeñas ideas sobre la madurez, o pensando en hacerlo, y la aceptación es clave para la satisfacción.

Imprimí la carta para echarla al buzón en cuanto encontrase un sello. Y entonces lo pensé: si yo fuese Leo, esa carta me sabría a poco. Tirando a seca. Así que añadí una frase después de «para la satisfacción».

Pienso en ti muy a menudo con la mayor de las gratitudes, principalmente gratitud por ti, pero también por haberme enseñado el Quinteto de Schubert en do mayor. ¡Eres un maestro soberbio, que lo sepas!

Imprimí esa versión.

Abrí la carpeta «Ideas».

¿No era en cierto modo interesante que no quisiera desperdiciar una de mis «ideas» con el tema de la pasión? ¿Cuando eso había dominado grandes segmentos de mi vida? La experiencia de estar tan loca por Leo que habría caminado sobre ascuas para estar con él se había retirado a un rincón de mi cabeza en el que aparcaba cuestiones a las que no podía responder por mucho que lo intentase. ¿De qué iba todo eso? Era una pregunta recurrente en mí, pero sin ninguna esperanza de hallarle respuesta.

Intenté escribir una «idea» sobre el poder corrosivo de la decepción. La manera en la que la vida de Leo se había torcido me sugirió las palabras. Leo había invertido todo su ser en su sueño, pero cuando los hoteleros de la zona lo boicotearon y luego los abogados de su mujer lo obligaron a vender el lugar, resultó que todo su ser no era suficiente. Hacía falta un ser más fuerte.

De RosieB a MarkC

Markey:

Adjunto una idea sobre la decepción, y otra que tengo en mente sobre el dinero, porque estoy a punto de tener una pelea gorda con Min por temas de dinero: quiere vender la casa antigua de mi abuelo y yo no quiero que lo haga bajo ningún concepto.

¡Cuéntame qué te parecen! Se supone que tienes que animarme. Cómo se llamaba el que editó a Scott Fitzgerald y a Thomas Wolfe… Perkins… ¿No podrías ser como él?

Adjunto 1: *Una idea… sobre el equilibrio*

Un hombre quiso abrir un hotel elegante, pero fracasó y el fracaso casi acaba con él. *Una política se enamoró del cirujano que le hizo la histerectomía y le compró un río donde pescar, porque al cirujano le gustaba pescar; cuando él no quiso verla más, la vida de ella se hundió. A un jefe no lo tuvieron en cuenta para un ascenso; se convirtió en una presencia sombría entre sus colegas desconcertados y un día se marchó sin despedirse.*

Esas personas se rompieron el corazón solas.

Perdieron el equilibrio.

Hacia la mitad del viaje se produce un descarte. Alguna gente avanza. Otras personas que no equilibraron sueño y realidad renquean junto a las que marchan, amargadas, llenas de reproches y decepcionadas.

Arriésgate. Pero recuerda: el tiempo de recuperación ahora es menor. Respeta las cosas como son. Apóyate no sobre lo que podría haber sido, sino sobre lo que es.

(150 palabras)

Adjunto 2: *Una idea… sobre el dinero* (primer borrador)

«El oro es la espada del anciano» *(P. B. Shelley, poeta inglés, 1792-1822)*

Un aspecto complicado de la madurez es ver cómo tu identidad se hace inestable si no se apoya en la estima interesada de los demás.

El dinero es una protección excelente frente al hecho de no tener repercusión.

Emplea conscientemente tu dinero para fortalecer tu presencia en el mundo y otorgarle, a ojos de otros, luz, utilidad, originalidad y encanto.

Organiza actos. No puedes comprar la amistad, pero sí oportunidades de conocer gente y agradar, que es el primer requisito para hacer amistades.

Crea empleo o mejora el entorno de sitios en los que exista alguna necesidad. La filantropía no queda invalidada si de rebote te otorga importancia.

Hazte mecenas. Eso no perjudicará al arte ni a los artistas. Y si poco a poco se te revelan su sentido y su finalidad, el arte te absorberá. Te salvará.

(150 palabras)

13

Iba a ir a casa de Peg a cenar el domingo, y eso siempre era un regalo. Pero no paraba de despertarme horas antes de lo necesario. Las oleadas de arrepentimiento por el tema de Stoneytown iban y venían en mi interior.

Poco antes del amanecer, cuando los pájaros del árbol de la señora Beckett empezaban a instarse unos a otros a despertar, me eché por encima algo de ropa y le dejé una lata de sardinas a Bell, que estaba por ahí de juerga, y partí hacia Milbay. El sol salió justo cuando, en algún punto en el sur de Wicklow, vi un letrero para una playa y giré ahí, con unas ganas instintivas de poner rumbo al este y dejar que mis problemas se bañaran en la luz dulce del nuevo día. Seguí la carretera hasta donde se ensanchaba, por encima de una pequeña bahía, y abrí la puerta del coche entre los clics del motor junto a una cuneta que vertía agua transparente a la playa en arroyuelos de fango y guijarros. Bandadas de aves marinas se alzaban por delante de mí mientras yo avanzaba sin cesar por la firme arena hacia la lejana línea del mar. Pero volvían a posarse, así que iba caminando entre ellas, que se escabullían y picoteaban.

Céntrate aquí, ahora, me dije. Las llamadas de las aves, el murmullo del mar, la brisa que me levantaba el pelo y me tocaba la cabeza con sus dedos como el fantasma de una madre cariñosa. Más allá, cerca del agua brillante, la marea que crecía llenaba en silencio los finos patrones de nervios de la arena marrón.

Me di la vuelta antes de quedarme varada.

Céntrate aquí y ahora.

Más adelante me planteé si, de algún modo, no habría estado preparándome a mí misma y por eso la perra me había permitido verla.

Dejé el coche donde los edificios del campamento. Cuando ya avanzaba por el prado, notando cómo las zapatillas se me reblandecían con el rocío, algo me hizo mirar al hayedo, y vi una perrita negra salir de entre los árboles y quedarse entre el juego de sombras de las hojas de los retoños,

observándome durante un rato largo. A continuación se hundió en la hierba del prado plateada por la escarcha; su lomo negro le daba mayor viveza al verde, y vino caminando como un pato hacia mí hasta que de pronto estaba a mis pies, mirándome desde abajo con sus ojos marrones. Me miraba con confianza. Quizá se hubiese quedado abandonada cuando los Cuerpos Aéreos se marcharon de aquel cabo, pero de ser así alguien había estado alimentándola.

No hice mucha fiesta al saludarla, aunque fuese encantadora. Pertenecía a otra persona. Solo estaba de paso.

Pero se quedó conmigo. Y su presencia modificó el tono del tiempo, modificó el tono de toda la experiencia de aquella mañana. Dado que la perrita estaba tan interesada en todos los sitios a los que yo iba, saltando hacia delante y volviendo atrás, rodeándome en círculos, pastoreándome, y dado que sentía una sincera curiosidad por todo lo que yo hacía, mis propios movimientos y acciones tomaron sentido para mí. Se agachó en el suelo junto a mí y observó con honda atención, con las llamas reflejadas en sus ojos brillantes, cómo probé a encender la hornilla para ver si aún podía hacerse fuego ahí. Le hablé, no en alto, sino en mi cabeza, y lo disfruté tanto que me di cuenta de lo sola que me sentía.

—Min no está nada sola —le dije a la perra.

Es una cosa extraña, seguí diciéndole mientras las llamas corrían y resplandecían entre las ramitas, que en toda la hilera de casas los tejados se hayan hundido, los árboles hayan crecido en las chimeneas y las ortigas abarroten los espacios de las ventanas allí donde la madera se ha podrido; y que aun así, muy probablemente, todas las hornillas se podrían encender con solo acercarles una cerilla, sin mayor problema. Imagina ir de casa en casa y tener veinte de estas hornillas viejas de hierro rugiendo en llamas. Se vería desde Milbay: las chimeneas que han estado muertas durante más de medio siglo echarían humo. Pero esta no la verían. La casa de mi abuelo está en un lugar privado.

El fuego había prendido bien, así que cerré la puertecita de hierro y empecé a levantarme, agarrotada. Al mirar hacia abajo vi que la perra se había quedado dormida de lado, con las patas delanteras cruzadas en las puntas blancas y el sedoso costado subiendo y bajando en paz.

—Preciosa, no me estabas escuchando —le dije.

La perra no había entendido que yo había llegado en coche, y en cuanto

lo vio dio marcha atrás. Distinguí su lomo liso un par de veces merodeando por el borde del prado antes de desaparecer. Para cuando abrí la puerta, se había ido. Y eso fue todo.

Pero en la radio en el camino de vuelta a Dublín pusieron una pieza de música coral, y por casualidad le estaba prestando atención cuando el locutor dijo que la pieza se llamaba *O magnum mysterium*, y que la letra para la que se compuso esa música era:

«Oh, gran misterio, que hubiese animales presenciando el nacimiento de Cristo».

Nunca antes había pensado en eso, y me encantó.

—¿Cuándo llega el autobús? —no paraba de preguntar el señor Colfer —. ¿Hay que salir ya?

Peg le gritó que el domingo no había centro de día, y el hombre se quedó contrariado hasta que se le olvidó y empezó a preguntar de nuevo.

Sonó el teléfono.

—Es Tom, desde Canadá —dijo Peg—. Papá, ¡Tom al teléfono! Llama para preguntar cómo estás.

—Dile que no me encuentro muy bien. Dile que vaya con Dios y que me llame otra vez cuando haya mejorado un poco. Y no me molestes con eso, Peg. Habla tú con ellos.

—Papá, Dympna y los niños también han llamado, y te han cantado *Perfect day*.

—¿Dympna por qué no viene a casa a echarte una mano? —preguntó petulante el señor Colfer.

—Dympna está casada y vive en Mánchester hace años —intervine, tratando de ayudar.

—¿Y el niño de Reeny por qué no espabila? —me espetó el señor Colfer con repentina brusquedad—. ¿A qué está esperando, puede saberse?

—Ya vale, papá —dijo Peg, serena como siempre.

—La verdad: tampoco culpo a tu padre por preguntar —respondí.

Eso lo dije cuando por fin Peg había dejado listo a su padre para que se echara una siesta: la dentadura en un vaso de agua, la silla de inodoro preparada y el teléfono inalámbrico al lado. Le había hecho un puré de coles y patatas con un poco de salsa de carne y le había mezclado una cucharada grande del relleno. Nada de pollo. El hombre se atragantaba constantemente.

—¿Y qué?

Yo sabía que Peg sabía lo que había querido decirle.

—Pues que incluso Tessa está pensando en buscar a alguien que la ayude a pasar las noches.

—Tessa se ha ido a Fátima con Pearl —me contó Peg—. Están locos por recibir un castigo, esta gente del peregrinaje. Andy se ha ido al campo a recoger conejos. Lo de Fátima solo es un fin de semana largo pero Tessa me dijo que Andy le está muy agradecido por haber ido con su madre, porque si no tendría que haberla acompañado él y ha estado ya tropecientas veces allí. ¡A mí llévame a Las Vegas! Este año Monty y yo estamos pensando en volver porque la comida y la bebida son baratísimas, así que te puedes guardar todo el dinero para perderlo en las tragaperras. A ver, Fátima no está mal, solo que el sitio en el que nos alojamos era demasiado religioso: los hombres iban a un lado del edificio y las mujeres, al otro.

—Pero esa es la cosa, Peg. En vuestras vacaciones, ¿Monty y tú no…?

Me miró para asegurarse de que de verdad había dicho lo que ella creía que yo había dicho. Nosotras nunca hablábamos de ese tipo de cosas.

—Que no se te olvide —me respondió, decidida a seguirme un poco la corriente—. Yo le crie los más pequeños a mi madre. Con veinte años ya no quería volver a ver el culo de un bebé en mi vida. —Se había desviado un poco demasiado hacia la asertividad para sentirse cómoda del todo. Rápidamente, añadió—: Tampoco es que me importase. Yo no era como tú, nunca fui buena en la escuela. Las monjas ni sabían que existía.

Guau. ¿Había un tonito de rencor en el comentario? ¿Tanto tiempo después?

Era cierto. Peg se había ocupado de la mayor parte de la crianza de los dos más pequeños, y eran unos bebés enormes. Todo Kilbride se preguntaba cómo esa madre tan menuda lograba tener hijos tan corpulentos con el señor Colfer, que también tenía un aspecto frágil y era conocido por trabajar en la tienda a paso de tortuga. Normalmente te lo encontrabas en el erial de atrás, donde se había autopermitido tener un caballo pastando, apoyado en la pared y mirando al animal. Cada vez que la señora Colfer parecía volver a estar embarazada surgía la broma de que, después de todo, no era en la pared donde Danny Colfer se apoyaba en su casa. Las bromas no se las decían a él a la cara ni siquiera en el *pub*, porque el señor Colfer era un personaje importante dentro del partido político Fianna Fáil: conocía a gente que podía interceder para conseguir trabajo o casa.

—Pero, como mujer, Peg, ¿no sientes la necesidad…?

Y me callé. Me estaba acordando de que Tess me acusaba siempre de estar obsesionada con el sexo en cuanto mencionaba a un hombre y a una mujer en una misma frase. Ese aspecto me fascinaba, no podía evitarlo. Incluso en misa, las raras ocasiones en las que iba, mientras observaba a los respetables vecinos volver de tomar la sagrada comunión arrastrando los pies, me quedaba sentada al fondo e iba eligiendo quiénes parecían estar satisfechos.

—Bueno, tú también eres mujer, Rosie —me respondió Peg—. No sé por qué me estás machacando a mí. ¿Y tus necesidades qué? Ni siquiera tienes a alguien como Monty para irte de vacaciones. No desde aquel palillo francés tan seco que se quedó una vez en casa de Tessa. Al menos, que Tessa y yo sepamos.

—No era francés —la corregí automáticamente—. Y tampoco era nada seco cuando lo conocías, ni por asomo. Nunca juzgues un libro por la cubierta.

—Pues eso es lo que te estoy diciendo. Nunca juzgues un libro por la cubierta, Monty y yo incluidos.

Se interrumpió para ir a llamar a la vecina de al lado y pedirle que le echara un ojo a la casa mientras estábamos un par de horas fuera. Me gustó verla allí de pie con el teléfono en la oreja, mirándose distraída la mano extendida, con los labios apretados en una mueca mientras escuchaba, para luego curvarlos en una sonrisa inconsciente. Me gustaba mirarla. Tenía unas arrugas finas en torno a los ojos azules, y un diminuto parche grisáceo en el pelo rubio, justo en las sienes, pero me parecía que estaba más guapa que nunca. Era como toda la gente de su edad: las delicadas marcas del tiempo la hacían ser quien era.

—¿Adónde vamos? —me dijo, con los ojos iluminados por la expectación—. Me encanta salir siempre que haya dejado listo a mi padre para la tarde. Me encanta incluso sacar la basura al reciclaje.

—¿Vamos a tu casa? —sugerí—. Monty nunca habla de ella, así que no sé cómo avanza.

—Vale, si quieres… Pero no es gran cosa. Y tendré que estar de vuelta pronto, porque mi padre se pone un poco inquieto.

—Pero, Peg, ¿por qué te has pasado toda tu vida adulta cuidando de tus padres? —le dije mientras arrancaba el coche—. ¿Es eso natural? No es así como se supone que funcionan las generaciones, ¿no? ¿Por qué no le pides

al menos a uno de tus hermanos que vuelva a casa de vez en cuando, para darte un respiro?

—Ha significado mucho para los demás que esté yo aquí. Sus matrimonios tampoco han sido una balsa de aceite. No lo dicen a las claras, pero sé que les ha servido de mucha ayuda saber que en casa todo estaba controlado cuando las cosas no les han ido bien. Y tú no lo entiendes: miro a mi padre mientras duerme para comprobar que respira bien. Incluso me da igual cuando no me conoce. Yo sí lo conozco. Voy a estar perdida cuando se me vaya.

El coche empezó a ir más lento al salir de la estrecha carretera tras el aeropuerto para entrar en un camino aún más estrecho. Había casas nuevas sin rematar aquí y allá, aunque cuando Monty compró la parcela todo era campo vacío.

—El siguiente giro a la derecha —me dijo Peg—. Es un camino rural. Monty eligió este sitio por la privacidad.

—¿Por qué dices «Monty»? También es tu casa, ¿no?

—Si te digo la verdad, Rosie, a mí me gusta vivir en Kilbride. Me gusta estar donde hay un poco de movimiento. Esto…

Más allá, al otro lado de los campos de cultivo, parpadeaba el tráfico de la carretera de Belfast bajo el sol vespertino, pero aquel lugar estaba sumido en un silencio perfecto salvo por el canto de los pájaros. Por delante de nosotras se veían los cimientos del chalé, excavados y revestidos con un lecho de zahorras, e incluso había una hormigonera sobre la tierra desnuda. Sin embargo, las zanjas de los cimientos estaban llenas de fango y malas hierbas, y había una carga de bovedillas dejada allí hacía mucho tiempo, cubierta ya de grama y ortigas.

—Este sitio sería genial para un perro.

Fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Yo no sé conducir. Tendría que aprender si viviese aquí.

—¿Por qué no has aprendido nunca? Seguro que Monty es un genio enseñando.

—Nunca lo he necesitado.

La miré de reojo. Tenía la cara medio tapada por unos mechones de pelo rizado que le cruzaban por delante.

—¿Y eso es manera de vivir?

—Yo me adapto a lo que me va viniendo —me respondió—. La cosa, Rosie, es que miro a mi alrededor y todo el mundo en la televisión se está

divorciando, y la mitad son unos desgraciados. Y Tessa está muy agobiada. Es un poco mucho elegir a Andy para que se case con ella. El pobre hombre no sabe la que le viene encima. E incluso tú, Rosie: diría que no eres muy feliz, cariño, aunque siempre estés correteando por uno u otro país probando cosas distintas. Y yo… Yo soy feliz. Soy muy feliz, aunque no vaya a ninguna parte. Pase lo que pase, por mí, bien. Si vivo aquí, viviré aquí, y si no, pues será otra cosa. Lo único por lo que rezo es para que mi padre no tenga dolores y que Dios os guarde al resto, y que envejezcamos todos juntos, Monty y tú y Min y yo, y que nuestros seres queridos estén todos bien…

Se le fue apagando la voz.

—Pero ¿y el amor? —No pude evitar estallar—. ¿Y si te gusta alguien hasta reventar? Yo no soy capaz, por mucho que lo intente, Peg. No soy capaz de aceptar que, aunque me sienta plena de vida, el mundo diga que ha llegado mi final y que las cosas tienen que ser así y punto.

—No te irrites, cariño. —Empezamos a caminar de vuelta al coche—. ¿Por qué no te quedaste en Estados Unidos con Min? Te pegaría más que estar aquí —me dijo en tono amable.

—Bueno, ella quería estar a su aire —respondí levemente—. La habría coartado. Y no me apetece mucho estar a ese aire. Ya lo estuve. Ya viví ese aire.

—Está muy bien que haga lo que está haciendo. Veo a gente aquí que no se da cuenta de que el tiempo pasa. No paran de decir que van a hacer esto y aquello, y lo siguiente que sabes de ellos es que suenan las campanadas de la iglesia y pasa su coche fúnebre por la puerta. ¡Y nunca han vivido! Los hombres irlandeses no saben que están vivos. Seguro que alguno de ellos tendrá un poco de sentido común y verá la gran persona que eres, Rosie.

—Sí —respondí con un resoplido—. Cuando las ranas críen pelo. —Ya dentro del coche, hice un esfuerzo—. ¡*Qué será, será!*, ese va a ser mi lema de ahora en adelante. Igual que el de Doris Day. Aunque creo que Doris lo pasó regular hacia el final de sus días.

Y arranqué el coche y salimos de aquel campo.

Esa noche fui de aquí para allá inquieta en la cocina de Min. Estaba un pelín mosqueada porque Peg pensara que lo único que me pasaba era que necesitaba un hombre. Fuera lo que fuese lo que anhelaba yo, era más grande que cualquier hombre que hubiese conocido, y por supuesto que

cualquier hombre que pudiese conocer en el futuro. Y lo que es más: lo que había dicho Peg tenía un claro mensaje implícito, el de que yo había estado intentando encontrar un hombre sin lograrlo. Y no era así. Tener a Leo me había protegido de todo eso. Además, si hubiese pensado que un hombre resolvería mis problemas, sabía cómo ponerme a buscarlo. Podía manipular las probabilidades estadísticas. Por ejemplo, podría buscar un trabajo en sitios como una base aérea canadiense. Podría matricularme en un curso para entender el motor de combustión interna. Podría dar clases en una cárcel.

Pero ¿qué hombre conocería ya a la versión de mí que había vivido en una cabaña entre los tamariscos y las trompetas trepadoras al borde de una bahía al sur de Kalamata para poder leer a Proust de principio a fin sin interrupciones? ¿A la versión de mí que sabía dónde comprar la mejor *mozzarella* de búfala de Roma, o dónde alojarse en Bayeux si ibas a ver el tapiz, o cómo llegar a las ruinas de Persépolis si alguna vez viajabas a Shiraz? ¿A la versión de mí cuyos pies se habían hundido, en la mezquita de Tombuctú, en la fría arena sedosa sobre la que el sol no había brillado desde que se construyese siglos atrás con el desierto como suelo? ¿A la versión de mí que había vuelto a mi habitación entre el humo y la neblina de los callejones de una aldea indígena, sobre el lago de Atitlán, sola en un invierno helado, después de pasar días enseñando inglés a niños guatemaltecos que no sabían estarse quietos?

¿Qué hombre se percataría de que cuando yo hacía una lista así no estaba alardeando, que mencionaba los sitios como etiquetas, que eran las claves para los recuerdos que me habían conformado?

Podría haber evitado la soledad quedándome en casa, como había hecho la mayoría de las mujeres de Kilbride. Todas tenían parejas que conocían los mismos hechos y personas que ellas. Min quiso que yo también disfrutase de esa seguridad. Pero yo quise el romance. Así que… Ay, en la radio sonaba Leontyne Price cantando *Un bel di* y su apasionada voz se alzó con la grandiosa afirmación de que su amante no volvería con ella… Y mi corazón se retorció de arrepentimiento.

¡Rápido! ¿Dónde estaba el cuaderno rosa?

Busqué la página de «Consejos para malos momentos». ¿Cuántos tenía ya? Siete.

Añadí:

8. *No escuches las grandes arias románticas cuando te ataque la melancolía.*
9. *Si escuchas una sin querer, no te quedes sin hacer nada. Sigue moviéndote. Mantén la mente ocupada con algo.*

Sonó el teléfono y casi grito de alegría.

—¡Min! —empecé a decir.

Pero era Peg.

—Era solo para darte las buenas noches, cariño, y para asegurarme de que estabas bien. Pero no lo estás, ¿verdad? Te lo noto en la voz. Mira, Rosie, duerme bien esta noche y quién sabe cómo estarán las cosas mañana. Y Rose: no quieras matarme. Solo intentaba decirte que creo que eres una gran persona y que yo soy una mujer afortunada por tenerte de amiga.

Murmuré algo agradecido.

Es como la última duquesa de Browning, me dije al colgar. «Le gustaba todo lo que miraba, y su mirada iba a todas partes».

Pero por una vez escuché a mi voz destructiva.

El hecho era que Peg había querido decir lo que había dicho.

Y apunta bien, Rosie Barry, me dije: la razón por la que la gente adora a Peg es porque ella se preocupa por otra gente. Se ha tomado la molestia de llamarte.

El teléfono de nuevo. Esa vez era Min quien estaba al otro lado.

—¡Hola, guapa! —Pausa—. ¿Has oído lo que he dicho, Rosie? ¡Hola, guapa!

—Enhorabuena. Qué maravilla poder decir eso. Pero no copies mucho los modales de allí. ¿Te acuerdas de tu casa? Sigo pensando en Stoneytown. ¿No podrías ir conmigo y ver si podría remodelarse? El fuego funciona en la hornilla y todo. No tiene sentido que estés en Nueva York, Min, con el calor que hace, saltándote las leyes de inmigración para trabajar en una cocina grasienta.

—Déjalo ya, Rosie —me dijo en tono poco afectuoso—. Ni siquiera estoy en Nueva York. Estaba empezando a hacer demasiado calor allí y el pecho de Luz no lo soportaba. Así que nos subimos a un avión para irnos a Portland. Muy bonito, Portland es muy bonito. Bonito y lluvioso. No sé cuánto tiempo nos quedaremos, pero donde vaya ella voy yo.

—¿Qué quieres decir con que os subisteis a un avión? —pregunté estupefacta—. ¿Te acuerdas de cuando me llegó el billete para ir a Roubaix?

¿Te acuerdas de los portazos yendo y viniendo de la trascocina mientras decías que Dios no quisiera que tuvieras que subir al cielo nunca en un avión? ¿Te acuerdas de que preguntaste quién era el patrón de los vuelos porque querías rezarle y te dije que por qué no iba a ser una patrona y que por qué siempre pensabas que si algo era importante tenía que ser cosa de un hombre?

—Los aviones para mí ahora no son nada, después de venir sola hasta aquí desde Dublín —dijo, y se echó a reír—. Además, vivimos en una caravana que nos sale por casi nada, en un sitio junto a un río en el que puedes pescar algo para el desayuno, y mañana empiezo en un trabajo nuevo; es en la cocina de un *pub*, el tipo que lo lleva es de Galway, así que todo perfecto.

Nunca le había preguntado directamente si era feliz. Min tenía una manera concreta, plana e irónica de repetir la palabra «feliz» cuando yo la usaba referida a otra gente.

—¿Estás bien entonces? —le dije.

—¡Estoy genial! ¡Nunca había estado mejor!

Habían ido a algún sitio cerca de Portland para asistir a una «velada tradicional irlandesa». Se habían quedado a dormir en una cabaña cálida y encantadora que en realidad estaba pensada para la gente que escalaba las montañas. Un matrimonio enseñaba danza irlandesa, y no necesitabas ir en pareja: ocho personas bailaban todas juntas, o cuatro si no encontraban a ocho; el matrimonio te decía con qué ocho juntarte, y si tenías suerte te tocaba de pareja alguien que ya se supiera los pasos. La pareja de Min tenía una pensión por haber combatido en Vietnam.

No, Min nunca antes había hecho eso.

No, en Stoneytown no se bailaba.

—¿Estás de broma? —me dijo incrédula—. ¿Bailar? ¿Dónde ibas a bailar allí, en aquel sitio? ¿Con quién ibas a bailar? ¡No había música! Y los niños y las niñas no tenían permiso para ir a ningún lado en el que pudieran estar cerca, y la gente casada nunca hacía nada así. Los hombres tenían sus sitios a los que iban a beber y las mujeres les llevaban las bebidas. Y punto pelota. La gente mayor cantaba, sobre todo las mujeres mayores, pero solo si eran buenas cantando. Y eso hacía que los perros se pusieran a aullar, siempre había perros por todas partes aunque los niños ahogasen a los cachorros. Pero nada de baile. Era lo mismo todo el tiempo, salvo que en invierno los hombres bebían en las casas.

—Bueno —respondí, bastante fría—. Ya es más de lo que nunca te habías animado a contar.

—Aquí les interesan los viejos tiempos. Hay un tipo que cada vez que abro la boca me acerca una grabadora pequeñita que tiene. Quiere conocer todas las canciones, pero yo solo me sé unas pocas.

Bell estaba maullando al otro lado de la ventana.

—Un momento. La gata se está mojando. Estaba pensando en solicitar uno de esos préstamos públicos para reformar casas y hacer un buen arreglo en el patio. He estado leyendo al respecto. Una habitación de exterior, la llaman. A Bell le encantaría.

Hubo una pausa.

—Rosie. Gástate el dinero en ti. Ya no vas para joven y necesitas el dinero para la dentadura. Yo estoy ahorrando para tener dientes estadounidenses. Estoy limpiando algunas caravanas durante el día para ganar un dinero extra, así que tengo que despedirme ya y que Dios te bendiga, que tengo la limpieza pendiente. Porque el dinero de la casa vieja no lo podrás conseguir pronto, ¿verdad? He estado hablando con Luz de eso. Me ha dicho que seguramente haya leyes y normas.

—Pero, Min…

—Rosie, estoy feliz como una perdiz. De verdad. Así que no te preocupes, bonita.

Y fin.

Marqué el número de móvil de Luz lo más rápido que pude.

«Este número no está operativo. Consulte su guía telefónica».

El programa de ópera estaba acabando cuando empecé a apagarlo todo en casa para acostarme. Hugh Boody me dio una vez un consejo, tras el mostrador de la librería, un día en el que todo estaba en calma: «Ve a la ópera solo en países ricos», me dijo.

Pero Lalla y yo fuimos en Budapest cuando Hungría aún estaba bajo dominio soviético y el país era pobre, y tampoco nosotras teníamos dinero, y aunque las entradas eran baratas la ópera fue maravillosa. Cuando alguien moría en la historia, si el público quería oír de nuevo esa parte, aplaudía hasta que el personaje volvía a cobrar vida. En *Tosca*, Scarpia regresó dos veces y la propia Tosca reapareció de detrás de las almenas por las que acababa de tirarse y matarse una y otra vez.

Al salir, henchidas de risas y placer, las campanas anunciaban la

Nochebuena y estaba nevando.

Subí y me lavé los dientes. ¡Dios! ¿Estaban amarilleando? El dentista de Kilbride no aprobaba el blanqueamiento dental a base de echarles peróxido a los dientes, pero él no era una mujer soltera de cierta edad.

Nunca me había lavado los dientes de noche hasta que conocí a Lalla. Cierto: esos tres meses en Roubaix no fueron solo dichosamente felices; estuvieron, además, llenos de aprendizaje.

La buhardilla que compartíamos Lalla y yo olía de maravilla a pan porque estaba encima de una panadería, y los muchachos, tan graciosos con esa harina que se les quedaba en el pelo y las cejas, me silbaban cuando bajaba por la escalera exterior por las mañanas con la minifalda que apenas me cubría los muslos. Yo iba andando hasta la casa en la que trabajaba, donde les daba de desayunar a los niños antes de llevarlos a la escuela, saboreando todos los detalles que eran distintos de Dublín; la letra de los anuncios franceses antiguos en los laterales de las casas, la manera en la que en las ventanas colgaban dos hileras de encaje en vez de una cortina, el olor afrutado de la cerveza en el aire que salía por las puertas abiertas de las tabernas, el modo en que la gente que esperaba el autobús se ataba los abrigos justo en la cintura incluso cuando no tenían cintura. Estar en el extranjero atraía mi atención al presente inmediato. Caminaba ligera como una cierva.

Intenté aprender de Lalla sobre hombres, porque las muchachas de Kilbride nunca te decían nada importante. Le conté a Lalla que estaba loca por alguien en mi ciudad, pero que nunca nos tocábamos, ni siquiera cuando estábamos tirados uno junto al otro en un cine vacío.

—Eso es muy poco sano —me dijo en tono reprobador—. Sobre todo para él. Le puede provocar migrañas.

Aquello me confundió por completo porque Lalla me había regañado hacía muy poco por llevar a chicos a nuestro piso.

—Solo nos besamos —comenté indecisa—. No voy hasta el final.

Pero Lalla se limitó a ruborizarse. Tenía la piel tan fina que se le notaba la acción del sonrojo, como María Estuardo, que tenía la garganta tan blanca que cuando tomaba una copa de vino tinto veías cómo le bajaba.

Todos los días esperaba ansiosa la llegada de la noche, cuando nuestra habitación se convertía en una cueva cálida y las dos nos metíamos en la misma cama bajo el edredón inflado, cabeza con cabeza, y hablábamos en

voz baja y sincera. Siempre había sentido, y creído, que otra gente me percibía como una persona inquieta y poco fiable. Pero Lalla me hacía sentir valiosa.

—Trabajar en unos grandes almacenes no es tu destino, Rosie —me dijo —. Lo que hace que tu vida sea grande o pequeña es la manera en que te veas a ti misma. Mi abuela y mi madre eran doctoras. Esa es una de las cosas buenas de ser judía: a las mujeres siempre se les ha permitido estudiar.

—Creía que las mujeres judías tenían que estar todo el rato pendientes de que el rabino las purificase y eso —respondí—. Lo mismo que las mujeres católicas después de tener un hijo. ¿Lo sabías? Hay que buscar a un curandero al que llaman cura para que nos rocíe de agua y nos limpie después de ensuciarnos por tener un hijo.

—¿Qué hay de sucio en tener un hijo? —me preguntó Lalla.

—Supongo que la sangre y eso.

—No tiene por qué haber sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto nacer un niño. Nuestra cocinera tuvo un hijo prematuro y yo ayudé a mi madre.

—¡Ay, Lalla! Cuéntame la historia entera.

—Vuelve a tu cama. Tengo que dormirme ya…

Leímos todos los libros de escritoras estadounidenses que llegaban a nuestras manos y leímos y releímos, hasta dejarlos hechos jirones, los números de la revista *Ms* que habían logrado llegar a la sección de publicaciones periódicas en lenguas extranjeras de la biblioteca general de la Universidad de Lille.

—Mi madre es una esposa cautiva que sencillamente no sabe por qué ha terminado en un pueblo de la costa de Argelia con un desconocido que asegura que es su marido —me dijo Lalla.

—Min no encaja en ninguna de las descripciones de los libros —comenté yo—. No hay mujeres como ella en *Ms*. Aunque para la mayoría de las mujeres de Kilbride la familia es toda su vida. Alguien como Min, que es un poco distinta aunque solo sea por accidente… A la gente así no se la toman en serio.

—De Beauvoir tiene razón sobre lo que los hombres les hacen a las mujeres, pero lo que las mujeres les hacen a otras mujeres puede ser peor. Mi madre decidirá mi futuro, y no tiene ningún interés en mi libertad porque ella no es libre.

—Siempre estás pensando en tu madre, Lalla. Y yo pienso mucho en Min, que es más o menos mi madre. ¿Cómo interpretas tú que Kate Millett y Gloria Steinem y todas ellas parezcan no darles demasiada importancia a las madres? ¿Crees que es porque en Estados Unidos hay mucho espacio? Todo el mundo se muda a otra parte. Las madres no saben en qué andan sus hijas.

—No creo que las madres fuesen tan duras con las hijas si los padres no existieran. Creo que las mujeres hacen el trabajo sucio de los hombres.

—Aun así. Te marcan si no encajas. Ni siquiera el día de mi primera comunión las mujeres me dejaron pensar que iba guapa. Mi padre esa mañana estaba malo y salimos tarde para la iglesia y todas las niñas ya estaban allí arriba, cogidas de las manos. Yo tuve que subir al final después de todos los niños, sola. Nadie más estuvo solo. Todo el mundo se rio de mí.

—Lo recordarás hasta que te mueras.

Se me calentaron hasta las plantas de los pies por la ternura con la que me sonrió.

—Pero las mujeres son buenas entre ellas también —añadí—. Min no tendría vida ninguna si no fuese por la vecina, Reeny. Y

—continué, ruborizándome—… Y mira cómo tú lo has compartido todo conmigo aquí.

—Sí —respondió, y luego, mitad con ironía, mitad con orgullo, dijo—: Sí, hermana.

Cualquiera habría jurado que a veces me quería tanto como yo a ella.

Por supuesto, nunca puede volver a haber una primera vez. El primer orgullo que sientes por ti misma. Las primeras ideas que son tuyas y propias y de nadie más. La primera amistad que adoras.

Durante una época, mientras trabajaba en Sídney, me pasé tres años sin poder volver a casa. Min le pidió a Monty que la acercase al aeropuerto de Dublín para recogerme; fue la única vez que lo hizo. De camino a casa me puso al día de las noticias locales, que eran siempre apasionantes, sobre todo tal y como ella las contaba. Fue más o menos entonces, por ejemplo, cuando el recién enviudado señor Colfer desarrolló su pasión por la rechoncha y joven esposa que Enzo, el del *fish and chips* Sorrento, se había traído tras un viaje a su país. La mujer, que limpiaba la comisaría de policía, había escuchado al sargento decirle al señor Colfer que no podía acercarse a la Sorrento, y al señor Colfer llamar al sargento «fascista» e «inglesito» y decirle que debía darle vergüenza ir con la cabeza alta en una Irlanda

independiente.

Yo estaba sentada en el sillón, acariciando a Christabel, la gata de entonces, y deseosa por escuchar más. Min se sentó en la silla que teníamos para sujetar la persiana bajada y se estudió el dorso de las manos.

—Llegó un mensaje de la escuela —me dijo—. Estaban pendientes de recibir una llamada de teléfono del sitio ese en el que estuviste en Bélgica. Una monja de allí quería llamar a la hermana Cecilia.

—Roubaix está en…

—Es igual, la hermana Cecilia ya no vive en el convento, está en un piso de protección oficial en la ciudad con lo peor de lo peor y sin teléfono, así que tuvieron que ir corriendo a buscarla desde la tienda que hay allí y le gritaron que había alguien del extranjero al teléfono. Les costaría una fortuna la espera, a larga distancia. —Esperé. Min se alisó el delantal—. Según parece, habla muy bien nuestro idioma. La otra monja —siguió diciéndome.

—¿Y qué? ¿Qué pasa? —empecé a preguntar.

—Pues parece que la otra dijo, oye, ¿la muchacha irlandesa (esa eras tú) sabe lo de Lalla? Y la hermana Cecilia le dijo que qué de Lalla. Y la monja le contó que Lalla y su marido estaban en un hotel en algún sitio en unas montañas y que Lalla, bueno, que a lo mejor se resbaló, pero que se había caído por el balcón. —Tras una pausa, añadió—: En fin, salió en el periódico del sitio aquel y el periódico decía que se había tirado.

—¿Por qué?

Me era imposible apartar los ojos de la boca de Min.

—El periódico decía que la habían cremado y que las cenizas se las habían devuelto a la familia. —Debí estar mirándola fijamente y con pura hostilidad. Siguió hablando con amargura—: Mi madre salió en la barca a Milbay envuelta en una manta y ni siquiera nos devolvieron la manta. Unos años después, pensé que vería a mi hermana, solo para decirle adiós aunque fuera, pero cuando fui a recogerte mandaron su cuerpo de vuelta al sanatorio y nadie dijo nada de llevarme allí para verla. ¡Y tu padre! Yo era todavía muy joven, al menos en mi cabeza, cuando tu padre enfermó. No hay forma de contar con nadie en este mundo. Ya viste tú misma lo malo que se puso. Fue una liberación misericordiosa cuando se marchó. Tu preciado Markey, que era tu mejor amigo, se fue a Estados Unidos. Tu Lalla está muerta. Todo es lo mismo. No confíes en nadie, Rosie Barry, porque te digo que no hay ni un ser sobre la faz de la Tierra que lo merezca. La

muchacha estaría tan hundida en la miseria que no pudo salir de ahí. Es una cosa terrible, sin duda, aunque por aquí eso no se ve mucho. Si las mujeres de aquí tuvieran la oportunidad de alojarse en un hotel no la desperdiciarían saltando por un balcón. —No podía dejar de mirarla. Desesperada, añadió—: La gente muere, señorita.

Y me subí a mi habitación.

De RosieB a MarkC

Una idea… sobre la amistad

Tu corazón no se mantiene fuerte por sí solo. Tienes que actuar para que siga funcionando. La amistad es lo que lo conserva ágil. *La amistad es la actividad normal y cotidiana del corazón.*

La mala amistad mata. El pueblo de Okinawa vive más, en mejores condiciones físicas y mentales, que cualquier otro de la tierra. Creen que debes identificar, incluso entre la gente más cercana, a las personas tóxicas. Y dejarlas ir.

Quiere a tus amistades. Cuida de una amistad verdadera tal y como querrías que cuidasen de ti, incluso cuando la amistad no sea esa cosa tan cálida y fácil que pretende tu yo más perezoso. Mantén la amistad activa, como los músicos que tocan y tocan hasta que el cantante regresa, aunque parezca que ha desaparecido.

Conviértete en Okinawa. Cuanto más generosa sea tu respuesta a las exigencias de la amistad, más fuerte te latirá el corazón.

(150 palabras)

De MarkC a RosieB

Tengo problemas con este, Rosie. Quizá deberías empezar con algo como: «Aunque ya tengas más amigos de los que puedas manejar, podrías ampliar tu círculo si…». La gente necesita que se le asegure que tiene amistades.

El problema con el tema de Okinawa es que equivale a decirle a la gente que se desprenda de otras personas, lo que significa que seguramente alguien esté dispuesto a desprenderse de ellos.

Por otro lado, he pensado en «gente tóxica» y he dejado a mi mecánico, que lleva años menospreciándome, y he empezado a ir a uno nuevo y no te imaginas lo feliz que me ha hecho.

¿Cómo le va a Min? ¿Y cómo te va a ti? No quedarán ya muchas «ideas» pendientes… Me mata pensar que nuestro pequeño proyecto se esté acabando.

14

El lunes llovía a mares desde un cielo bajo y plomizo, y los canalones del patio borboteaban y chorreaban, y tuve que encender todas las luces de la cocina para poder ver y hacerme un té. Bell estaba en el alféizar de la ventana y miraba el agua caer como una pantalla por el cristal con unos ojos que no paraban de cerrarse por puro aburrimiento. Yo me sentía igual. Parecía que Estados Unidos había alargado la mano y nos había tocado: un huracán que había pasado de largo por la costa de Florida había girado en nuestra dirección y aquel aluvión era la cola.

Así aprenderás, me dije, así aprenderás a no tener fantasías de vida mediterránea en una isla baja del Atlántico norte.

Pero mi imaginación no abandonaba Stoneytown. Me dispuse a alterar los detalles de la imagen. No estaba tumbada ya sobre unas baldosas de piedra calientes en un patio bañado por el sol; estaba tumbada, en un ambiente en cierto modo cálido y acogedor y en cierto modo confortable, bajo un techo satinado de lluvia, en un arca que navegaba entre un mar blanco de espuma y un prado de hierba pulida por las gotas.

Busqué un paraguas en el armario de mi padre. Él fue la última persona meticulosa en vivir en esta casa.

Una vez, en las escaleras exteriores del piso de la abuela Barry en Milbay, un día que fuimos allí a tomar el té, mi padre sacó el peine y con el cuerpo bloqueó a Min para que no se moviese y le cepilló la parte delantera del pelo, y Min se pasó toda la tarde-noche enrojecida de la furia. Aunque en cualquier caso ella siempre se soliviantaba cuando íbamos a casa de la abuela Barry. No se me habían olvidado muchos de los comentarios que mi abuela hacía con una risita, para demostrar que eran bromas. «Min parece que acabara de escapar de las ruinas de Berlín», era uno. O: «A Min solo le falta un buen palo para ponerse a arrear ganado».

Mi abuela me llevaba a su habitación y me enseñaba modales: a cruzar las piernas a la altura de los tobillos y a no hablar hasta que no me hablasen,

o a dejar siempre algo en el plato. Yo lo vivía con amargura hasta que podía escurrirme para ir a sentarme en la casita que me había hecho bajo la mesa, junto a los pies de Min, detrás del mantel de chenilla con el borde de borlas que llegaba al suelo. Fingía tener una lámpara de gas ahí abajo (imitaba el ruido agitado que hacía la camisa de la lámpara de mi abuela cuando la llama estaba azul) y ajustaba un regulador imaginario. Me llevaba allí el recogedor en miniatura y un cepillo a juego y limpiaba migas imaginarias de una mesa imaginaria. Una vez tuve problemas con mi abuela. El espejo del tocador estaba suelto y mi abuela lo había dejado así, colgando hacia delante, y lo único que veías reflejado era el suelo. A un lado estaba calzado con una copia de *El mensajero del Sagrado Corazón*, una revistilla que era la única cosa impresa de aquella casa. *El mensajero* tenía una cubierta color escarlata y yo lo saqué de su sitio y me lo escondí bajo la mesa, y lamí la cubierta hasta que el tinte rojo se corrió y me puse los labios rojos, como una mujer.

Min no decía nada si me metía en follones ni tampoco cuando recibía elogios en casa de la abuela. Era como si no me conociese de nada.

Los adultos se tomaban su cena a base de muslos de pollo color beis sobre hojas de lechuga con montículos de patatas blancas troceadas y bañadas en salsa amarilla de ensaladas, y luego retiraban las sillas y quitaban el mantel. Mi abuela siempre tenía botellas variadas, y las dejaba caer todas, medio llenas, sobre la mesa.

—¿Lo de siempre? —preguntaba, y le servía a Min un vasito de jerez.

Aquel fue el único alcohol que le vi tocar a Min hasta que murió mi padre.

Después se ponían a cantar un poco. La ventana que mi abuela tenía detrás de la cabeza estaba siempre abierta de par en par para dejar pasar la noche del verano y unos pájaros que se parecían mucho a golondrinas daban vueltas y bajaban en picado en mitad del anochecer sobre el patio de fuera. Mi abuela cantaba canciones antiguas como *I dreamt that I dwelt* o *Roses are blooming in picardy*, y Min era capaz de murmurarlas con solo oírlas una vez, aunque a ella no le interesaban las canciones antiguas. En una ocasión, mientras veíamos a Enya en televisión, me dijo que cuando era niña muchas de las canciones que cantaban las mujeres mayores eran en irlandés. La gente de Stoneytown había llegado allí desde un sitio de Waterford en el que había minas de cobre y donde todo el mundo hablaba irlandés. Pero ella no sabía lo que significaban las palabras.

A Min le gustaban las canciones que eran populares en la época en la que se vino a Dublín. *I'm all yours in my buttons and bows!*, entonaba. O, cuando la noche avanzaba, *Jealous heart*.

«Jealous heart, oh jealous heart stop beating!», cantaba, y mi padre asentía y se señalaba el pecho como diciendo que esos eran exactamente sus sentimientos.

Yo escuchaba desde mi escondrijo bajo la mesa, o miraba desde las profundidades del sofá rojo, al otro lado de la habitación.

Voy a hacer un poco de investigación a cubierto, pensé, así que subí al coche con rumbo sur en mitad de la lluvia para ver si había algo sobre Stoneytown en cualquier documento de historia local que pudieran guardar en la biblioteca de Milbay. No tenía intención de llegarme al cabo. Sin embargo, en cuanto salí de la ciudad, la lluvia se detuvo. Y me moría por saber hasta las cosas más mínimas, como el color que tenían las losas de piedra del techo después de la lluvia, o el aspecto del arroyo que brotaba del monte y pasaba bajo el muro del patio hasta llegar a la orilla cuando iba lleno. Iría solo hasta la cresta y miraría desde allí, decidí. No me llevaría mucho más de media hora.

Aparqué donde la cabina de teléfono, en el área de descanso del bosque, volví caminando por la carretera que empezaba a secarse hasta la entrada principal del campamento y subí el sendero, esquivando los charcos que relucían bajo una luz preciosa y clara consecuencia de la lluvia. Seguí la pista que describía el perímetro y conducía más allá de la cueva en la que solía dejar el coche, hasta llegar al monte, en la parte de atrás de la casa; subí el monte inclinada hacia la hierba corta, y cada vez que aguantaba la respiración escuchaba cómo esta le respondía al sol posterior a la lluvia, crujiendo y contrayéndose en mil gestos sigilosos.

Me enderecé al llegar a la cresta. Todo estaba bien allí abajo. La marea llegaba a los peñascos de delante de la casa, pero el lugar no corría peligro. Las hojas cerosas de color verde oscuro de los setos frondosos que rodeaban el patio brillaban más que nunca. Había charcos de agua bajo los aleros de los cobertizos porque los canalones estaban destruidos; la lluvia había caído en cascada al patio. Sí, la cubierta del pozo estaba en perfecto estado. La mirada se me desplazó. Un fardo pequeño y negro estaba tendido ante la puerta trasera…

No. No era un fardo.

Lo que ocurrió a continuación se lo describí a Andy cuando vino a verme desde casa de Reeny esa noche.

Planteé el escenario:

—Más allá del abrigo de los cobertizos de piedra, el mar estaba tan calmado con la lluvia que por una vez no hacía ruido, y las aves silenciosas se dejaban llevar en franjas pálidas hacia la oscuridad del bosque, como remolinos de papel…

—¡Sé a lo que te refieres! —me interrumpió Andy—. ¡Lo has descrito perfectamente! A mí nunca se me habría ocurrido decir que los pájaros se parecían a eso.

—Sí —mascullé; no recibía tantos cumplidos como para permitirme ser quisquillosa—. La cosa es que aquel fardo se movió.

—¡Cómo! —gritó Andy.

Andy no tenía el mejor aspecto del mundo con aquella hebra de espagueti que le salía de la boca, abierta por la sorpresa. Me incliné sobre la mesa de la cocina, tiré de la hebra y la mecí delante de su cara.

—Era la perrita —le susurré. Y entonces me puse a dar saltos y gritos de alegría por la cocina, rezumando dicha—. ¡Era la perrita negra que vi hace un par de días! Me estaba esperando.

Silbé, no con uno de esos silbidos auténticos y nítidos, sino con un silbido leve más de mujer, quebrado por la emoción. Y vi a la perra levantarse y darse la vuelta y, sin ni siquiera mirarme a lo lejos, empezar a subir rápidamente hacia donde yo estaba. Remontó el pasto hacia mí, mucho más delgada, parecía, que la última vez que la había visto, quizá porque tenía el pelaje húmedo.

No le pedí que viniera conmigo; de hecho, apenas la miré. ¿Quién sabía dónde vivía en realidad y cuándo tendría que volver allí? Pero me siguió por propia iniciativa, cruzando el prado y hacia el bosque, donde parecía que aún estaba lloviendo por las salpicaduras y ráfagas de gotas sueltas. Me acordé de que llevaba el paraguas de mi padre y lo abrí, pero los árboles estaban más cerca de lo que me había parecido a ambos lados del camino, así que lo guardé en un tronco hueco que estaba convenientemente colocado como si fuese la puerta de un restaurante.

—¡Hala! Ya estoy amueblando el lugar —le dije a la perra.

Y ella saltó muy atenta, mirando vivamente al paraguas y a mí, por turnos.

Me siguió por el hueco del seto de detrás de la cabina de teléfono. Tenía

un bocadillo para mí en el coche y me observó desenvolverlo con gran atención y, cuando se lo ofrecí, lo agarró delicadamente con la boca. Luego corrió a meterse tras la cabina para comer en privado. Volvió y sorbió agua de lluvia del canalón, y yo me senté de lado en la parte de atrás del coche, con las piernas fuera, sobre la hierba, y la cara levantada al sol de la tarde, mientras ella echaba una cabezada medio atravesada en mis pies, con las patas delanteras perfectamente entrecruzadas.

La noche anterior estuve comparándome con Peg y, aunque me reí a medias de mí misma por ser tan malhumorada, había decidido que si no me querían tanto como a ella era porque yo misma no me había querido bien. Había abierto el cuaderno rosa y había escrito:

> 10. *No te ofendas porque la vida sea injusta contigo. La justicia no existe.*

Pero ¿no era eso amor, esa calidez que sentía hacia la perra que tenía a mis pies? Desde luego que era amor, aunque la perra fuese solo una perra, ¿no? El deseo de protegerla que brotaba de mí como una inundación casi me dolía. ¿Qué era eso si no amor? Un animalito enjuto corría hacia mí y en mi interior se abrían unas compuertas enormes y pesadas y mi presa empezaba a desaguar. Incluso mis pies, en los que no pensaba nunca, me parecían preciosos entonces porque la perrita, que confiaba en mí, se había dormido encima de ellos.

Quería estar cerca de mí.

¿Y dónde estaba la justicia en el hecho de que me eligiese a mí? ¡En ninguna parte! Yo aparecí por casualidad y por casualidad ella me necesitaba.

¡Era una cosa maravillosa que la justicia no existiese!

Cuando volviera a la ciudad escribiría el siguiente consejo:

> *No puedes ganártelos a todos; aunque tampoco puedes perderlos a todos.*

Pero al coche no consentía subir. Cuando la cogí en brazos se revolvió de inmediato para escaparse, corrió tras la cabina de teléfono y se adentró en el bosque. Me asoló la tristeza. Entonces oí un ladrido breve e incierto. Estaba al otro lado de la verja y a seis metros de mí, pero seguía mirándome;

quería que la viese. Abrí las puertas del coche y le hice señas para que volviese y se subiera. Me agaché hacia la verja y le imploré: «¡Ven, bonita, ven!». Y me puse en pie y lo repetí imperiosamente. Luego silbé. Subí al asiento del conductor y volví a salir sin dejar de mirarla en ningún momento. Seguía sentada en el verdor denso, con la hermosa cabecita muy alta, observándome.

A continuación desapareció, y no pude hacer nada para remediarlo.

Una vez vi la fotografía de un hombre moribundo en un hospital de paliativos. Tenía el perfil demacrado, tumbado en una cama alta bajo un cuadrado de sábana, con el cuerpo pálido bajo ese paño pálido, con una pared también pálida y desnuda de fondo. Pero el brazo derecho le colgaba hacia abajo de tal forma que la mano llegaba a apoyarla en la cabeza del precioso perro que estaba acoplado junto a la cama: cuerpo calmado, cabeza inteligente y alerta, manso. El hombre se moría envuelto en un aura del amor más puro.

Hablaría con Markey sobre el tema, solo que en la costa oeste estadounidense eran las siete de la mañana y no estaba bien llamarlo a casa para hablar de perros. De todos modos, sí me arriesgué a llamar a Portland.

—Aquí también está el tiempo lluvioso —me dijo Min cuando se despertó lo suficiente para hablar—. Aunque lo gracioso es que a Luz no le importaría irse a un sitio de más lluvias. Es por algo del pecho, que necesita tener los conductos de dentro con humedad. Aunque por ahora le va perfecto.

En realidad no tuvo una conversación conmigo. Más bien emitió uno de sus resúmenes vertiginosos.

—Aquí hay gente que ha vivido en caravanas toda la vida y que permanece junta siempre, como pasaba en Kilbride hace años. El hombre de al lado me acerca al trabajo por las tardes porque es cuando se va él también (hay que tirar de él para que se aparte del río, está loco con la pesca), y después del turno me traen a casa en un coche. Me conozco a todos los conductores, y no se van hasta que estoy en mi puerta con las luces encendidas, son los mejores. Y hay un gato que me espera siempre en la puerta de la caravana, todas las noches. Una belleza, precioso. Alguien se lo dejó allí, para matarlo. Edward se llama el minino, y le pega mucho. ¿Reeny ha vuelto? Dile que me lo estoy pasando de maravilla, que se coma su España con patatas si quiere.

—Pero ¿y si hay alguna urgencia? Sería mejor que me dieses tu número

de teléfono y el nombre del sitio ese del tipo de Galway.

—Yo nunca he sabido dónde estabas tú —me dijo amablemente—. Durante años. Muchas veces no tenía ni un número al que poder pedirle a Reeny que te llamara si me caía por las escaleras o algo.

El teléfono lanzó una advertencia. Eché otra moneda de dos euros.

—La pobre Bell no entraría en el mismo lote que Edward, en absoluto. Edward es un gato con mucha clase, deberías ver el pelo que tiene. Y en el trabajo me dan la cena, así que ¿qué más dinero puedo pedir? Incluso los fines de semana. El fin de semana que viene vamos a una especie de fiesta irlandesa.

—No había nada que te impidiese ir a fiestas irlandesas aquí —le dije de mal humor—. Stoneytown es lo más irlandés que hay en el mundo.

—¿Ahí es donde estás?

—Bueno, acabo de venir a echar un vistazo. Estaba lloviendo. Ahora no sé lo que hacer porque hay una perrita encantadora que me está siguiendo y no quiere entrar en el coche. —Piii. Piii. Piii. Otros dos euros—. Min, si te doy el número de este teléfono, que ya sabes dónde está, en la carretera principal a mitad de camino por el bosque, ¿me llamarías? Es unas diez veces más barato llamar desde un teléfono particular de Estados Unidos que desde uno público de Irlanda y no nos interrumpirían todo el rato. Podríamos concertar citas. Los sábados, por ejemplo, más o menos a la hora de levantarte. Solo quedan unos pocos sábados ya, pero estaría bien…

—Lo apunto por aquí. Dánoslo. Pero no vas estar mucho tiempo ahí en el cabo, ¿no? ¿Qué vas a andar haciendo ahí?

—Tengo que solucionar lo de la perra.

—Mira, Rosie. Búscate un perro que sea tuyo. Déjate de mezclarte con perros callejeros.

—Gracias, Min. ¿Con los gatos se aplica la misma lógica?

—¿Sabes a lo que no doy crédito? —Ni siquiera me estaba escuchando —. No logro entender cómo las mujeres aquí se conservan todas tan bien. La señora de enfrente me llamó para que fuera a su casa a que me hicieran las uñas mientras se las hacían a ella también, y a esa señora los ochenta ya le han quedado atrás. Es además una mujer muy amable, me pagó las uñas y pagó las suyas, deberías verlas, las tengo espléndidas.

—¿Cómo es que…?

—Pero la cosa es que, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que las mujeres que vivían en el cabo (así es como lo llamábamos, nunca lo

llamábamos Stoneytown) eran viejas antes de tiempo. Parecían tener dos veces la edad que tienen las de aquí. No le quedaba ni un diente a la mayoría. Por cierto que en el trabajo hay una muchacha que va a llevarme a su vecino, que es dentista.

—Pero tú nunca has mencionado nada sobre los dientes —grité—. ¿Por qué no…? —Otra advertencia—. ¿Cuándo vamos a…?

Se cortó. No tenía más monedas, y Min no me devolvió la llamada.

Al final me di por vencida, dejé de llamar a la perra y me fui a Milbay, al cuartel que tenía la policía en el muelle. El aparcamiento quedaba por encima del embarcadero en el que debían amarrar los barcos de Stoneytown cuando la cantera estaba en activo. Una lluvia ligera y a rachas había vuelto y veteaba el río, aunque aún veía con bastante claridad la hilera de casas sin techo en las que habían vivido los trabajadores. Me encantaba no poder ver mi casa ni un poco y solo imaginarla al otro lado de la punta de tierra, frente al mar.

Un policía joven me miró impasible, entró a una oficina trasera y salió de nuevo con otro más mayor, un sargento. Les volví a explicar que quería que la policía supiera que iba a estar yendo y viniendo por la zona, más allá del campamento, porque mi familia tenía una propiedad allí. Empecé a buscar en el bolso la carta del Ministerio de Defensa, pero el sargento hizo un gesto referido a mi cara y a mi aspecto que indicaba que no había necesidad de que una mujer respetable de mi edad aportara pruebas.

En realidad él no era de por allí, me dijo, pero sí que había oído hablar de la gente de Stoneytown. Se alejó y llamó a un hombre mayor que había sentado tras una mesa en la esquina opuesta, que parecía estar viendo danza sobre hielo en un televisor pequeñito.

—Paddy fue policía aquí muchos años y sigue echándonos una mano para responder al teléfono. ¡Paddy! ¿Sabes algo de Stoneytown?

—Desde luego que sí —dijo el hombre, y se acercó con entusiasmo—. ¡Desde luego que me acuerdo de Stoneytown! ¿Es usted quien pregunta, señorita? Yo acababa de empezar aquí cuando a la gente de allí la trasladaron a la ciudad. Fue cerca del final de la guerra y todo el mundo tenía miedo de que los alemanes llegaran con los submarinos, o los ingleses o los japoneses, o cualquier otra calamidad. Así que desahuciaron a todo el mundo y los llevaron a cabañas detrás de la iglesia, unas juntas malísimas, el viento silbaba por todas partes. Pero, claro, la comida entonces estaba racionada y no había carbón por ningún lado y todos ellos se habrían

muerto si no hubieran salido de donde estaban.

—¿Y siguen allí? —pregunté.

Apenas podía hablar de la emoción. Min y yo quizá…

—No, qué va. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Se marcharon a Gales y a Yorkshire y sitios así. ¿Y sabe usted cuánto tiempo tardó Martin Blake en echar abajo esas cabañas? ¿La hilera entera? ¡Venga, adivine! Medio día tardó. Así de malas eran.

—Pero ¿podría haber descendientes?

—No hay descendientes. Los hijos se fueron con los padres. No iban a dejar a ninguno de los suyos atrás, ni por asomo. Escoria ladrona, eso es lo que eran. No había trabajo ni un solo *pub* que los dejase pasar de la puerta. Los mandaron por ahí en cuanto volvieron a funcionar los trenes y los barcos. Mi sargento por entonces estaba preparándose para arrestar al último que quedaba aquí, el tipo que era su líder cuando trabajaban. El jefe, por así decirlo. No podían echarlo de la isla porque se había construido su propia casa. No había nadie que le pudiera decir lo que hacer.

—Ese era mi abuelo —dije.

—¡No puede ser verdad! —Me miró boquiabierto—. Era un hombre decente, según dicen —se apresuró a añadir—. Nunca se supo nada malo de él. No consintió irse cuando el Gobierno le dijo que lo hiciera. Decía que no había ninguna ley que dictara que tuviera que marcharse una vez que la guerra había acabado. Pero al final se hizo esa ley y se marchó, y aquel sitio entero quedó excluido de todo.

—¿Y cuándo se fue? —le pregunté.

—¡Jimmy! —le gritó a alguien que había tras un tabique—. ¿En qué año Roscommon derrotó a Cavan?

—En 1948, viejo chocho, ¿es que no sabes nada?

—Eso es. 1948. Recuerdo a la gente en la puerta de los *pubs* intentando escuchar el partido por las ventanas. Y ese abuelo suyo, señorita, estuvo ahí como un año, porque yo ya trabajaba aquí en 1947 cuando el sargento iba a salir a arrestarlo. Pero entonces el Gobierno mandó a unos hombres a ese sitio y arreglaron las cosas legalmente y luego su abuelo se marchó. Así que en la isla estuvo él solo por su cuenta más o menos un año.

Necesitaba sentarme. Fui al Harbour Coffee Nook, un sitio que no había cambiado nada desde que mi padre me llevaba por allí cuando estábamos de vacaciones en la Cabaña. Para mí entonces era el colmo del glamur. Al

verlo pasado el tiempo, me recordó a los barecillos que servían comidas en ciudades perdidas del interior de Australia, o a salones de té de ciudades como Gdansk o Ereván, lugares que tenían mesas con manteles de hule y jarrones de flores de plástico polvorientas, y estanterías pintadas y escasamente decoradas con pirámides de latas vacías. Me tomé un *cupcake* con glaseado de limón en memoria de mi querido padre. Y de Min. Mi padre y yo nunca entramos en el Harbour, pero él siempre le llevaba a Min un *cupcake*.

La oficina de la compañía de electricidad estaba justo al lado, así que entré para consultarles la posibilidad de hacer llegar la luz a la casa.

—No —me dijo el supervisor incluso antes de añadir—: Ya sé a qué sitio se refiere.

Era un hombre apuesto con ojos limpios de color castaño y una boca poderosa, y un pelo gris y ondulado muy bien peinado.

—Vi Stoneytown muchas veces de pequeño —siguió—. Los isleños, como los llamaba la gente mayor aunque aquel sitio no sea exactamente una isla, montaban hogueras en la orilla para celebrar el solsticio de verano, y la gente de Milbay cruzaba en barcas. Yo mismo crucé cuando era muy pequeño. Los isleños nos tiraban piedras pero no nos daban. No. Allí no hay electricidad. Ni está planeado poner el cableado hasta esa zona.

Se calló de golpe como para indicar que no iba a perder el tiempo hablando con una mujer de aspecto normal, demasiado vieja para que mereciese la pena el esfuerzo de ser encantador. ¿O era una paranoia mía, porque lo veía muy atractivo? Debíamos ser de la misma edad más o menos, pero ¿desde cuándo eso nos hacía iguales?

Con la mirada baja, mis ojos se iban hacia sus brazos y manos nervudos. Tenía que mirar ahí o afrontar el ceño fruncido que el hombre no sabía que se había apoderado de su rostro.

—La casa la construyó mi abuelo —dije.

Se negó a pronunciar una exclamación educada ante mi comentario.

En mi cabeza yo estaba siendo desafiante. No es mi culpa que te esté aburriendo por no ser lo bastante joven para flirtear conmigo, le espeté en silencio. Pero todas las veces que sus ojos me echaban un vistazo, descontentos, mi cabeza se hundía un poco más.

Aun así, al hombre le interesó el tema.

—No amarrábamos las barcas. Sencillamente soltábamos los remos y observábamos a la gente de Stoneytown allí sentada en torno a los fuegos.

Era además un hombre con una presencia potente. Habría sido un ligue formidable.

Lo empecé a persuadir con sonrisas y con un humilde lenguaje corporal. ¡Y pensar que, en vez de hacerme más sincera con la edad, tenía que ponerme a fingir! Necesitaba esconder, más que la peor de las vergüenzas, el hecho de que me pareciese muy atractivo. Yo no me veía tan mal; vale, un pelín más gruesa y arrugada en comparación con mi yo más joven, pero apetecible y tierna todavía. Sin embargo, sabía que ese hombre se habría enfurecido ante la mera sugerencia de que yo fuese digna de que él me apeteciese. Y nunca íbamos a estar en igualdad de condiciones. Quién sabe por qué, el dentista tenía una revista de Harvard Alumni en su sala de espera, y los profesores jubilados que salían en las páginas de contactos, con ochenta y ocho años algunos de ellos, mencionaban buscar específicamente a mujeres de sesenta.

—Todo el mundo le tenía miedo a la gente de la cantera —estaba diciendo el hombre—. Gente muy ruda, y que le daba mucho al poitín, además. Mujeres y hombres por igual. Y ese tramo de costa en el que el río se cruza con el mar se suponía que lo custodiaban también las criaturas del bosque, aunque esa es la historia que siempre se cuenta en todos los sitios en los que hay contrabando. —Adopté un aire de afectado interés. ¿Fantasear con lo que la boca de ese hombre podría…? ¿Quién, yo? Siguió hablando—: No. Eso no se va a arreglar. Las casas esas viejas son montones de piedras y punto. Cuando salgo a pescar echo algún que otro vistazo con los prismáticos. No se les puede poner el cableado. La gente de las canteras habría vivido en cuevas tranquilamente, viendo la importancia que le daban a las casas. Trabajaban como mulos y las juergas las montaban al mismo nivel.

—Los hombres quizá. Las mujeres seguro que solo trabajaban —comenté.

—Debería usted tener cuidado —me dijo, mirándome con desagrado—. Ahí fuera, sola… Nunca se sabe quién puede haber por ahí bebiendo sidra.

—La casa de mi abuelo no es ningún montón de piedras —respondí con frialdad—. Está hecha para resistir a las inclemencias del tiempo y hay una barra de madera fuerte que encaja en unas muescas detrás de la puerta principal, y otra detrás de la puerta trasera. Y tengo un contrato para un libro, y para hacer mi trabajo necesito electricidad.

—Pues electricidad no va a tener. Lo siento. A no ser que por casualidad

sea usted millonaria, y ni siquiera con esas la compañía eléctrica iba a consentir conectar con cables unas ruinas que cualquier día desaparecerán, cuando los promotores le echen mano al viejo campamento. Eso pondrá fin a las fiestas de la sidra, cuando entre el dinero.

—¿Por qué iba alguien a recorrer quince kilómetros en coche hasta el portón del campamento del Cuerpo Aéreo y luego buscar la manera de saltar la verja y después caminar casi un kilómetro para llegar a una casa abandonada en la que sería muy complicado colarse solo para beber sidra?

—Le sorprenderían las cosas que hace la gente.

Y esbozó una sonrisa avergonzada.

Aún quedaba una media hora para que cerrase la biblioteca, así que fui corriendo para recuperarme del tipo de la eléctrica. Aunque ¿qué registros escritos habría ahí? La gente de Milbay le tenía miedo a la gente de la cantera y además la despreciaba; respecto a ellos mismos, ¿quiénes de entre esas personas borrachas y conflictivas habrían dejado de partir piedras para ponerse a escribir?

Y sin embargo, tuve suerte.

Lo que había, sujeto con una cinta de tela entre unas cartulinas, era un libro grueso y marrón llamado *Notas sobre Milbay y alrededores*, de C. Ó Conchubhair, de 1956, «publicado en el *Milbay Herald*, con el patrocinio de M. J. Bailey y familia».

Fui al índice y de algún modo las palabras «Cabo Milbay» me asaltaron entre kilómetros de letra pequeña. Estaban dentro de la entrada «Idioma: el irlandés».

> *Lingüistas del Instituto de Enseñanza Superior se interesaron en cierto momento por el* patois *del pueblo seminómada que estaba asentado en la orilla sur de Milbay, en el cabo Milbay, y que trabajaba una cantera de granito allí (c. 1920-1946). Ese* patois, *según varios maestros aún con vida de la escuela nacional Saint Jude (a la que esporádicamente asistían niños de la isla), estaba repleto de palabras procedentes del irlandés y del galés. Durante la Emergencia,*[8] *el Departamento del Gaeltacht ayudó al reasentamiento de todas las familias que quedaban allí. Los cimientos de sus casas, aunque temporales en un principio, aún pueden verse tras la antigua capilla metodista y la sede de la Sociedad por la Templanza.*
>
> *Se cuenta que los últimos miembros del pueblo de la cantera se*

trasladaron a Estados Unidos cuando se reanudaron los viajes trasatlánticos al término de la guerra, debido a la fortuita supervivencia del piloto de un avión ligero que se estrelló cerca de la cantera en 1944. El Milbay Herald *informó de que el piloto había invitado a sus rescatadores a visitar su ciudad natal. No obstante, quien aquí escribe es de la opinión de que esa invitación nunca llegó a aceptarse, dado que no existe ningún registro de solicitudes de pasaportes, algo que desde luego habría estado fuera del alcance de unas personas en la situación de indigencia a la que se vieron reducidos los trabajadores de la cantera tras varios años de ausencia de su único lugar de trabajo posible.*

Llamé a Bell nada más entrar por la puerta, como siempre. Cuando al medio minuto no había saltado al alféizar de la ventana, salí y miré por encima del muro, al patio de Reeny. ¡Música! ¡Sí! ¡Por fin nuestra Reeny había vuelto de España!

Corrí hacia ella y la abracé una y otra vez, reacia a dejarla ir. Ella por supuesto sabía lo que le estaba diciendo: «¿No es horrible que Min no esté aquí?».

Cumplimos con el ritual de admirar sus piernas limpias y bronceadas, su pelo más rubio y su figura tonificada por la natación. A continuación abrió un litro del rioja que siempre se traía en cantidades ingentes.

—Nadie ha sabido nunca qué tiene esta mujer en la cabeza —comentó, mientras se acomodaba para hablar—. Ya se lo dije a Pearl cuando me enteré de lo que había hecho. Así es Min. Ha salido disparada en cuanto ha tenido oportunidad. ¿Te acuerdas de cuando iba a hacerse cantante de ópera?

Yo debía tener unos doce años. Mi padre ya había pasado mucho tiempo en la cama adaptada en el rincón de la cocina porque no podía manejarse con las escaleras, pero aún estaba bien para incorporarse y sentarse. Incluso intentaba ayudarme con la bestia negra de mi vida, las matemáticas, cuando Min llegó del cine. Podía ir cualquier noche que quisiera porque mi padre conocía a todos los gerentes de cines de Dublín y todos sabían que Min me estaba criando.

Entró y nos miró como si apenas pudiera vernos. Entonces, mientras se quitaba el abrigo, dijo:

—Voy a ser cantante.

—Pero, Min…

En esos últimos tiempos había cantado un poco; la hermana Cecilia la había mandado a cantar con el coro del convento, y Min había logrado hacerlo porque la monja le había anotado la letra del *Panis angelicus* y del *O salutaris hostia* en una tarjeta, bueno, no la letra de verdad, sino una versión maquillada que sonaba a latín. Pero fue la película que acababa de ver la que la cautivó. Reeny estuvo esa misma semana en el cine y nos contó que la película iba sobre una cantante de ópera que si cantaba se moría, y cantó y se murió. Se llamaba *Los cuentos de Hoffmann*. Según Reeny, las cosas podían haber sido peores: Min podría haber ido a ver *El rock de la cárcel* y haber vuelto a casa con ganas de ser estrella del *rock*.

Por supuesto, Min no tenía ni idea de cómo ni dónde formarse como cantante. Así que lo único que ocurrió fue que, cada vez que la enfadaba (es decir siempre, y no durante días, sino durante semanas), amenazaba con abandonarnos a mi padre y a mí y con irse a Inglaterra a buscar trabajo en el teatro mientras probaba suerte en el negocio de la ópera.

—¡Aunque sea fregando suelos! —solía decir.

Y yo le respondía:

—Bueno, es que iba a ser fregando suelos.

Mi padre volvía a la vida y decía:

—A tu tía no le hables así, señorita.

Pero le temblaba la voz. Min lo estaba poniendo de los nervios.

—Reeny, ¿te acuerdas de que estuvo sacando durante siglos los mismos dos libros de la biblioteca? *Historias de la ópera*, volumen uno y volumen cuatro. Y yo le decía que no se preocupara si le faltaban unos volúmenes, porque, total, nunca se leía los que tenía.

—Tu padre le daba cuerda al gramófono viejo para que ella lo usara —dijo Reeny.

—Ay, sí…

Min tenía una gramófono de cuerda que había comprado en una tienda de segunda mano, con un calado y un afelpado descolorido en la parte frontal y una trompeta grande y deslustrada. Monty, el de Reeny, y Andy Sutton, que entonces eran adolescentes, cargaron con él hasta casa y lo dejaron en la cocina. Aún conservábamos algunas de las cosas de la abuela Barry y una de ellas era un bolso de viaje lleno de discos de 78, muy pesados, todos con sus fundas de papel marrón: *The great voices collection*.

Durante un tiempo, Min estuvo poniendo esas voces frágiles y

exquisitas mientras planchaba. Cuando estaba ocupada, quizá rociando las sábanas con gotitas de agua que siseaban, no le quedaba ninguna mano libre para manejar la manivela, así que la dama Nellie Melba o Gigli o Rosa Ponselle empezaban a temblar y a titubear hacia un gemido lento y grave. Pero mi padre, sentado con el pijama a su lado en una silla de la cocina, le daba cuerda al aparato y le devolvía el tono apropiado a la voz, como un creador que insuflara vida a su creación.

—Voy a aprender a ser cantante para estar en una ópera —decía Min, mientras daba golpes con la plancha arriba y abajo—. En cuanto tenga oportunidad.

Yo ya no miraba a mi padre cuando la oía decir eso. Él no podía hacer nada al respecto, fuera lo que fuese lo que le pasaba a Min. Pero no era divertido. Min sabía leer y escribir muy bien para alguien que solo había ido a la escuela de forma esporádica y había dejado de estudiar con catorce años; pero nadie se la podía imaginar afrontando una partitura. No sabía decir ni una palabra en otro idioma. No teníamos dinero. Ni siquiera teníamos en propiedad la casa; pagábamos el alquiler todas las semanas, y el hombre aquel lo anotaba en un cuadernillo.

Y, sobre todo, Min no sabía lo que era una ópera. Yo sí, aunque nunca hubiese estado en una.

—Min, ¿te das cuenta de que en una ópera no hay solo canciones? Hay partes entre las canciones en las que hablan y nada más. Te morirías de aburrimiento —le dije varias veces.

Ella me miraba como si yo no supiera nada.

Al final fui a hablar con la hermana Cecilia y le dije que Min estaba convirtiendo nuestra casa en un sitio horrible, y todo para nada.

—Tenía que hacerlo, nos estaba volviendo locos —le dije a Reeny.

—Me acuerdo, sí. Vi a la monja ir a vuestra casa.

Salí y me quedé por la calle mientras la monja estaba dentro. Tenía mucho miedo. ¿Y si Min le decía a la hermana Cecilia que iba a hacerlo y que no había más que hablar? ¿Qué haríamos mi padre y yo?

La hermana Cecilia me indicó que la acompañase mientras volvía corriendo al convento. Se limitó a decirme: «Esperad y pasará. Tu tía no está enferma».

Y por fin, todo ese tiempo después, entendí que la monja no podía decirme: «Tu tía tiene veintisiete años y no tiene vida propia. Está viendo cómo te conviertes en una niña preciosa y que su infancia ha quedado en

nada». No podía decirme: «Por esas razones, y otras más, tu tía es infeliz». La infelicidad no era una enfermedad reconocida en el Kilbride de aquellos tiempos.

—¿Qué opinas tú, Reeny? A ver, yo entiendo que en aquella época Min no tenía mucha vida, conmigo en el colegio y mi padre malo. Pero ¿ahora? ¡Tiene sesenta y nueve años! ¡Y se pone a esconderse en el lavabo de señoras del aeropuerto! ¿Por qué iba a hacer esas cosas ahora? ¿Cuando en todos estos años ni siquiera se ha ido a unas vacaciones organizadas? Yo la habría llevado a cualquier sitio al que hubiese querido ir, pero ni siquiera tuvo pasaporte hasta la excursión de Bernardita de Lourdes.

—Ya se lo dije a Pearl —comentó Reeny juiciosamente—. Ha sido porque era Estados Unidos. Seguro que pensó que era su última oportunidad de ir allí.

—Pero yo la habría llevado a Estados Unidos si me hubiese dicho…

—Me refiero a Estados Unidos tal y como habría sido la cosa si se hubiese ido allí cuando se suponía que tenía que haberlo hecho. A su aire. ¿Alguna vez te contó que allí era adonde tenía que haberse ido? Pensó que nada podría detenerla. La guerra había terminado e incluso su padre le había dado permiso. Tenía el dinero para irse. Y en esas el cura recibió el mensaje de que tu madre no iba a durar mucho y de que no había nadie que se ocupara de ti. Y todos estos años que tú has estado yendo y viniendo ella en realidad no tenía dinero. No el suficiente para irse a Estados Unidos. Nadie aquí lo tenía. Pero ahora lo tiene otra vez. Me lo ha dicho muchas veces: desde que volviste a casa nunca ha necesitado echar mano al bolsillo.

—No creo que fuera cuestión de dinero —respondí, mientras me levantaba para volver a casa.

Estaba pensando en la manera en la que Min escuchaba la colección de discos de las grandes voces. Nuestra vida en Kilbride era inocente, pero aun así ella debía anhelar la inocencia más perfecta de esas cantantes. Era una persona que sabía anhelar muy bien.

No encendí la luz al regresar a casa. Me limité a sentarme a la mesa en la habitación en sombras. Durante un momento pensé en ponerme a trabajar en la siguiente «idea», pero la profusión de cosas que tenía en la cabeza, como los sueños que Min había tenido en otros tiempos, el ingeniero eléctrico de Milbay y el trasfondo de la conversación con él, y la preocupación sobre dónde podría estar la perra y si volvería a verla alguna vez, todo eso me quitó por completo la inspiración.

Esa debe de ser la razón principal por la que los libros de autoayuda están tan muertos, pensé. Nunca hablan de las cosas normales que llenan cada segundo de tu vida. No captan la densidad de estar viva. Y no prestan atención a los contextos de las experiencias personales, si eres un hombre o una mujer o joven o vieja o irlandesa o estadounidense o pobre o rica o tienes formación o no. O si te has criado en una casa en condiciones a cargo de una gente que te consideraba muy preciada o en alguna otra situación. Los libros de autoayuda que yo había estudiado estaban repletos de pequeñas parábolas sobre personas de mentira que flotaban por ahí en alguna dimensión en la que no existían los lugares ni ningún momento temporal concreto en la historia.

Y una pensaría que todos los personajes de esos libros, Brad, Carol, Marty, Rachel, todos equipados con unos cuantos atributos (como un trabajo en publicidad, relaciones públicas o diseño web), una pensaría que eran la voluntad hecha persona. Solo necesitaban que les dijeran cómo mejorar las cosas y, *presto!* Las cosas mejoraban. Era como si la gente que tenía problemas no fuese real para la gente que escribía esos libros. Los consejos que ofrecían eran reales, pero no la gente a la que se los ofrecían.

Una música sentimental de baile se colaba por la habitación en sombras. ¡Ay, ya estaba otra vez Reeny! Había noches en las que ponía a Chris de Burgh cantando *Lady in red* una y otra vez. Diez veces a lo mejor. Estaría bailando sola, lo sabía. Arriba y abajo, por toda la cocina.

«*Lady in red* —entonaría Reeny junto a la canción—, *I'm dancing with you, cheek to cheek*

And I hardly know

How beautiful you are…».

La había visto hacerlo. Los brazos curvados por delante como si estuviese agarrando a una pareja; la cabeza inclinada a un lado como si hubiese otra cabeza cerca de la suya; los ojos entrecerrados.

«*Lady in red…*»

Si Monty entraba en ese momento y la pillaba, rugía: «¡Por Dios bendito, mamá!» y sacaba el CD del reproductor de golpe.

Le silbé suavemente a Bell y me senté un último rato con ella en el regazo delante de los rescoldos del fuego.

Estaba pensando en otra cosa que había dicho Reeny.

—Pero, Reeny, si quería irse a Estados Unidos o a cualquier otra parte, ¿por qué ha esperado tanto? —le comenté yo.

—Bueno, Rosie —me respondió—. Todos nos dejamos llevar por la misma rutina, sin fijarnos siquiera en lo que hacemos, ¿no? Y de pronto un día llega el momento de hacer un cambio. Es decir, ella no ha estado aquí más tiempo del que has estado tú fuera. ¿Por qué tardaste tú tanto en volver a casa? ¿Por qué ha tardado ella tanto en irse de casa? Lo mismo es, ¿no?

15

Salí hacia el centro con el cuaderno rosa en el bolso para anotar cosas sobre una «idea» relacionada con el arte, si me venía la inspiración. El tema me ponía nerviosa, pero cada vez que recordaba la emoción al aprender de Markey cuando era joven, y cómo eso conformó mi vida después, decidía que no podía dejar el arte fuera.

«El crítico George Steiner comentó una vez —empecé a escribir mientras el autobús se calentaba en la estación de Kilbride— que "somos un animal cuyo aliento de vida es el de los sueños hablados, pintados, esculpidos y cantados". ¿Y qué es el sueño, sino apuntalar el objeto de arte eterno frente a la disolución del cuerpo individual?

»Y aun así, la mayoría…».

¿La mayoría qué? La mayoría no sabemos en realidad dónde estamos en relación con el arte. Me pregunto si George Steiner cogería autobuses. Seguramente sí, viviendo en Ginebra. Pero ¿escuchaba a las señoras mayores hablar sobre las gangas de las rebajas? ¿Lograba sacar alguna idea aunque el hombre de al lado no parase de preguntarle ansioso qué creía que pasaría en el derbi? «La brecha entre el gusto popular y el arte elevado…».

El autobús estaba parado en un atasco en Talbot Street. El hombre que tenía al lado dijo que siempre pasaba igual, joder. «Una de las grandes oportunidades de la vida madura es que todos nosotros tenemos al fin tiempo libre para permitir que se exprese el artista que llevamos dentro…».

El autobús avanzó a trompicones y volvió a pararse.

¿Todos? ¿Monty? ¿Enzo, el del *fish and chips*? No. «Muchos de nosotros». No. «Algunos de nosotros».

Estábamos pasando por Marlborough Street donde, en los tiempos en los que los discos eran de 33 y de 45, había una tienda regentada por un señor agradable. Soy como Nora Joyce, me decía a mí misma después de leer en algún sitio que, cuando Joyce estaba escribiendo *Finnegans Wake*, Nora acostumbraba a salir a las tiendas de discos de París a escuchar ópera.

Era algo en lo que pensaba a menudo: la soledad de la esposa saliendo a escuchar música romántica. Para mí Markey era un genio al mismo nivel que para Nora lo era su esposo, pero conocerlo no me hizo dejar de ansiar el arrebatamiento. En todo caso, empeoró esas ansias.

La música era el único arte en el que Markey cojeaba. Salvo si eran madrigales; el día que descubrió los madrigales trepó por el muro del patio de mi casa, se sentó allí y trató de cantar una armonía a cuatro partes él solo.

Tuve la suerte de que, poco después de la muerte de mi padre, la hermana Cecilia llegó al convento y entró a zancadas en el salón de actos con sus botas pulcras, y nos supervisó en un silencio que duró hasta que apenas podíamos respirar, para luego abrir rápidamente el piano y hacer que todo el mundo subiera al cielo con sus excepcionales acordes. Una tarde lluviosa tocó una balada de Chopin solo para mí, la que está compuesta en la. Al terminar, mientras yo seguía completamente pasmada por la experiencia, se marchó apresurada de allí como si hubiese hecho algo malo. Conseguí que Markey viniese al centro, a la tienda de discos, y escuchó a Rubinstein tocar esa balada. No se movió, y aun así no estuvo tan quieto como Leo cuando la escucha.

El autobús paró en el puente O'Connell, donde saludé la orilla de fango y guijarros, río arriba, que debió ser el lugar exacto al que los dublineses medievales, con sus capas con capucha, arrastraron los barcos de los vikingos. Yo no veía más que a hombres altos con unas barbas espléndidas y doradas trepar por la orilla y abrirse paso por los callejones desordenados y llenos de humo.

—¿Es un cuaderno de notas lo que tiene usted ahí? —me preguntó el hombre de al lado.

—Sí —respondí con firmeza, y me bajé de un salto.

En la librería situada frente al Trinity encontré el primer tesoro del día… Un libro de retratos en litografías de un artista alemán, retratos no de caras enteras, sino de ojos. Cada par de ojos iba acompañado de un poema tipo haiku de W. G. Sebald. No entendí la relación entre las palabras y las imágenes, a no ser que fuese algo tonal. Pero un par de ojos pertenecía al perro de Sebald y mostraba la misma pesadumbre que los de su dueño. Compré el libro y seguí caminando hasta la Biblioteca Nacional mientras componía una defensa en mi cabeza.

«Una de las ventajas de hacerse mayor es ganar confianza respecto a tus

propias reacciones. Por ejemplo, los eruditos dirán que una respuesta estética pura ha de estar exenta de sentimentalismo. Reaccionar a representaciones de perros, por decir algo, no tiene nada que ver con las cuestiones de color o forma que siempre han ocupado lo visual…».

Llegaba tarde a mi cita con Tessa pero aun así hice una pausa, al entrar a la biblioteca, para ir de una columna de granito a otra y tocarlas todas con disimulo, porque James Joyce se había apoyado en esas mismas columnas y mi yo de joven había hecho lo propio, y también el de Markey. Solíamos hablar en los escalones que las separaban durante mi día libre en la librería de Boody, igual que hacían los jóvenes de *Retrato del artista adolescente*, y hablábamos más o menos de las mismas cosas que ellos. Luego yo subía de vuelta a la sala de lectura y me sentaba ante mi mesa, y echaba la cabeza hacia atrás y miraba distraída las plantas de las patas de las gaviotas que caminaban sobre el cristal del techo abovedado. A continuación me guardaba el libro bajo el jersey, me sentaba en un cubículo del vetusto baño de señoras y me ponía a leer y a fumar.

Recurrí a Min para pedirle que firmara el formulario de solicitud del pase como lectora para la biblioteca.

—¿Qué es esto? —me preguntó, como si nunca hubiera visto un formulario antes.

—Es para la Biblioteca Nacional.

—¿No le tienes que pedir a un hombre que lo firme?

—No, solo dice «tutor».

—Esa vieja bruja de la biblioteca de Milbay no consentía darme ningún pase —respondió con amargura—. Me dijo que tenía que pedirle a un hombre que lo firmase. —Casi me caigo al suelo redonda de la estupefacción—. Yo pensaba que cualquiera podía entrar en una biblioteca y sacar un libro. Creía que era como en la oficina de correos, que tenías ese derecho. Entonces no había televisión y en invierno te aburrías tanto que la cabeza se te ponía como un bombo. Lo único que había en casa era una radio con una batería de plomo que mi padre llevó a recargar al garaje de Milbay, pero se la olvidó allí, aunque de todas maneras era complicado sujetarla en la barca. Y tenías que conseguir que la cosa esa la firmara alguien que votase en las elecciones, y los hombres de la isla nunca ponían sus nombres en nada ni votaban jamás sobre nada. Si alguien quería saber algo de ellos, la única persona con la que podías hablar era el cura.

—¿Pero sabían leer?

—¡Pues claro que sabían leer! —dijo enfadada—. Teníamos que ir a la escuela, quisiera la escuela o no. Unas cuantas mujeres sabían leer también. Oraciones, leían. Las tenían en tarjetitas, con palabras de verdad, antiguas. Palabras fuertes. Y todo lo que estuviese relacionado con los remedios. Y revistas de estrellas de cine; traían a menudo unas magníficas de Gales.

—¿Por qué no me habías contado nada de eso antes?

—Se me había olvidado.

—No.

Me acordé también de haberle dicho un día:

—En *Dublineses* la muerte está por todas partes.

Yo trabajaba en los grandes almacenes Pillar y leía, bajo el mostrador de la sección de regalos y recuerdos irlandeses, los libros de bolsillo de Joyce que teníamos allí a la venta.

—Hay todo tipo de muertes en el mejor de los relatos, que hasta se llama *Los muertos* —continué—. Va sobre un marido que está deprimido porque en realidad no entiende a su mujer…

—¡Qué pena de hombre! —me interrumpió Min con repentina brutalidad. Estaba en la puerta de la trascocina y me echó toda la caballería encima—. Cuando el marido de Reeny salió a por tabaco y no volvió nunca, Reeny tenía un niño pequeño y tuvo que seguir adelante con depresión o sin ella. Tu padre no estuvo bien para trabajar ¿durante cuánto tiempo antes de morir? ¿Cuánto? Dos años. Dos años, ¿me oyes? Y aquí no entraba nada más que la pensión por incapacidad. Tú tienes un buen trabajo y solo dieciséis años y estás alimentada y vestida, mejor que quieres, ¡así que no me vengas más con la cosa esa de la depresión!

En otras palabras: no quería que yo fuese distinta de ella ni de las demás mujeres de nuestro entorno. Y en cierto modo yo no era distinta, mucho menos entonces, cuando empezaba a leer en serio. Estaba conociendo el mundo gracias a las personas reales y a las personas de los libros, y para mí eran en buena parte lo mismo. Dilly Dedalus era igual que la muchacha cuya madre estuvo ingresada en el mismo sanatorio que mi padre, y que andaba siempre esperando a su padre en la puerta del Kilbride Inn para poder conseguir unos chelines y comprar comida para los niños. Min diciendo: «¿Qué palabra es esa? ¿Qué clase de palabra es esa?» (la palabra era «mercería» y tuve que ir a buscarla a la biblioteca porque eso ocurrió antes de Google) no se diferenciaba de Molly Bloom preguntándole a Poldy

sobre metempsicosis, salvo porque Min me miraba a la defensiva mientras lo preguntaba, como si me fuese a burlar de ella por querer saber.

Quizá incluso se mostrara hostil frente a mis lecturas porque a mí nada me había impedido poder leer, y a ella se lo había impedido todo.

—¡Rosie!

Cuando liberé a Tessa de nuestro abrazo de saludo traté de empujarla un poco para colocarla delante de mí en la cola del autoservicio y que así no pudiera ver lo que había elegido.

Sin éxito.

—Quiche y también tarta no, eso son dos tipos de hojaldre.

Tess siseaba para que los funcionarios que comían en las mesas de alrededor no la escuchasen.

—¿Y a ti qué más te da, mandona? —le respondí con el mismo siseo y en tono agresivo.

Pero no me llevé la tarta. De haberlo hecho habría recibido la típica charla sobre autodisciplina junto al apéndice sobre salud y forma física que Tessa le había añadido en la década de 1980, además del otro apéndice sobre los escasos recursos de la tierra que había incorporado hacía poco.

En una ocasión utilizó la expresión «comida de consuelo» y me escoció tanto lo que eso implicaba que le espeté: «Un poco de consuelo te iría bien, sí», y se puso colorada de la impresión. No obstante, seguía siendo incapaz de dejar de hablar de recuentos de carbohidratos, a veces con una risita tintineante, como si el tema se le hubiese ocurrido así de repente, sin motivo.

—Tessie, para un poco, ¿vale? Esta noche cenaré una ensalada, te doy mi palabra de honor. En fin, cuéntame, ¿cuál es tu forma de arte favorita? ¿Qué arte significa más para ti en tus años dorados?

Me dejó distraerla.

—Sí, dorados sobre todo… Pero en fin, ¿qué diferencia hay, salvo que ahora podemos permitirnos comprar las entradas?

—Bueno…

—Antes mi arte favorito era la ópera —siguió, y una sonrisa preciosa le cubrió lentamente la cara. Supe sin duda que estaba recordando algo de su época con Hugh Boody—. Ahora nunca escucho cosas tan largas —añadió, cuando se dio cuenta de que se había quedado a mitad de una frase—. Qué horror, ¿no? Si te digo la verdad, tengo la televisión puesta la mayoría del

tiempo. ¿Viste el documental de… cómo se llama ese que su mujer estaba siempre en la bañera?

—Bonnard. No. Apenas me acuerdo de poner la tele. Solo si hay alguna guerra. ¿Quieres un café?

—Bueno, guerra hay. Varias, además. No, gracias, últimamente hasta el descafeinado me sienta fatal.

—¿Te gusta Yeats?

—Lo leí en la escuela —me dijo seria—. «Aléjate, oh, niño humano».

—Ese es el Yeats en pañales. Antes de que brotase el genio. Hadas. ¡Ya me dirás! ¡Hadas! Un hombre adulto… Hay una exposición suya ahí al lado, podemos ir después de comer…

—Hablando de hombres, ¿qué ha pasado con el Doctor Muerte?

—Tessie, ¿estás por algún casual refiriéndote a mi distinguido amante?

Tess era la única persona de mi círculo que había conocido a Leo. Una vez, en la primera época de locura, reservé unas vacaciones en un club mediterráneo cerca de Ajaccio, donde sabía que Leo iba a estar en una conferencia, y le pedí a Tess que me acompañase porque de todas maneras iba a pagar una habitación doble. En realidad no le hablé de Leo; después de todo, quizá ni siquiera apareciese. Pero sí que apareció, y me pasé los tres días que estuvo allí en la cama con él o sentada en silencio con una Tess furiosa, a punto de explotar. No volví a verla durante seis meses o así, pero supe lo que pensaba de Leo cuando intencionadamente no se refirió a él de ningún modo. Aun así, unos años después, cuando Leo estaba en Dublín y por tanto yo también, Tessa me dejó la casa recia y burguesa de ladrillo rojo que había heredado de sus difuntos padres. Mi idea era que Leo y yo fuésemos como una pareja casada, y por una vez no quedarnos en un hotel. Min pensaba que yo estaba en algún curso relacionado con la biblioteca de Kilbride esos días que llegaba a medianoche y salía a las ocho de la mañana. O creo yo que eso era lo que pensaba.

—Mira, voy a decirte una cosa —me soltó Tess—. Cuando estaba intentando decidir si formarme para ser asesora psicológica, una de las cosas que tenía en mente era que quería saber cómo ayudarte a escapar de ese bicho raro.

—¿Bicho raro? —murmuré, como si no estuviese familiarizada con el término.

En cualquier caso, me conmovió pensar que se preocupaba por mí.

—Pero bueno, todas nos conformaríamos con cualquiera si

estuviéramos desesperadas —añadió generosa.

—No había nada de desesperación en lo mío con Leo —dije con frialdad —. Leo era lo que yo quería. Me da pena cualquier mujer que no sepa cómo es un hombre como Leo.

—¿Y dónde está ese hombre ahora? —me preguntó, con un tono de desdén.

Q.E.D. era lo que en realidad quería decir.

—Pues está en Italia —respondí con ligereza—. Le encanta Italia. Pero va a venir para mi cumpleaños, espero. —Eso era un invento absoluto—. Tú también vendrás a la fiesta, ¿no, Tess? El 5 de septiembre, el día de la muerte de Flaubert.

No sé cómo se me vino a la cabeza aquello, pero funcionó.

—Ay, no sabía que siguieras con él —me dijo Tess, humildemente para ser ella.

—¡Míranos! —respondí mientras me ponía en pie—. ¡Somos una desgracia para las mujeres! ¡Venimos aquí por W. B. Yeats y al minuto estamos hablando de amantes!

Lo dije en voz demasiado alta. Un hombre menudo y calvo que había en la mesa de al lado se sorprendió tanto que las manos le dieron un respingo y el periódico se le cayó de la botella de agua en la que lo había apoyado cuidadosamente.

Esa noche le mandé a Markey un mensaje de correo mientras cenaba. Había acercado la mesa de la cocina al fuego y tenía todo lo que necesitaba a unos centímetros de la silla, como si viviera en una yurta y a mi alrededor todo fuese una tundra sin caminos. Incluso Bell consintió acoplarse en su cesta a mis pies y observar el fuego con tanta persistencia como si las llamas fuesen a hacer algo si relajaba la mirada.

Le dije a Markey que había intentado redactar un fragmento sobre el arte y la edad en su honor, pero que no había podido, que había demasiadas cosas que decir.

«Si tienes la bendición de ser artista, envejecer es una bendición aún mayor —escribí—. Lo he visto hoy con Yeats, que tuvo una vejez magnífica, y lo mismo podría decirse de Tiziano y de Wallace Stevens, de Verdi y de Beethoven. El arte se intensifica. E incluso gente como tú y como yo, que no somos artistas pero sí nos interesamos por el arte, crecemos en conocimiento. Quizá solo avancemos a trompicones tras el profesional, pero vamos en la misma dirección. Cada vez significa más para nosotros: leer,

escuchar y mirar. Y es que ¿en qué otro espacio una persona normal y corriente tiene acceso a algo que está pensado para ser más grande que el individuo y durar más que una vida? El arte nos aleja del dinero y de la riqueza y de todo eso. Porque el arte no puede comprarse. No puedes instruir a las artes para que cobren importancia. Ellas eligen su momento para asaltarte con dicha importancia».

No puedo hacerlo, Markey, no en ciento cincuenta palabras ni en un número fijo de palabras.

Ya en la cama, antes de dormir, me disculpé con W. B. Yeats.

«¿Quién puede asegurar que no haya hadas por todas partes?», le dije.

Entonces me imaginé el canto de los pájaros que se oiría en el hayedo de Milbay cuando al fin llegase el buen tiempo. La luz bajaría en motas por entre las hojas y habría palomas torcaces con sus cantos de súplica, y allí donde los árboles se dispersaban y surgían claros cerca de la linde del campamento, estarían las mariposas afanadas por encima de la hierba sedosa. Quizá hubiese libélulas, con sus alas dobles de color negro y plata.

Solía pedirle a mi padre que atrapara una libélula para poder verle la carita diminuta, porque sus rostros aparecían entre las ilustraciones de un libro infantil que vi en la escuela. Hacia el final de la vida de mi padre, cuando la cabeza a veces le divagaba, Min me contó que una mañana se despertó y le dijo que acababa de volver del parque Phoenix donde había estado cogiendo libélulas, y le pidió que les diese de comer.

—Están ahí —le dijo mi padre—. En el bolsillo de mi abrigo bueno.

De MarkC a RosieB

Querida Rosie, es lo mejor que he leído nunca sobre el arte en ciento cincuenta palabras. Una reflexión enorme en poco espacio.

Sin embargo, pensando en la ciudadanía más sencilla del Medio Oeste, que es la que compra minilibros cuquis con cubiertas de brocado, estaría bien que las últimas tres «ideas» fuesen sobre temas más sencillos. Viajes, comida y… ¡Se me ha olvidado la última! Pero ya casi estamos.

Eres una tía genial y siempre lo has sido.

[8] El Gobierno de Irlanda declaró un estado de emergencia en el país durante la segunda guerra mundial, en la que el Estado irlandés fue oficialmente neutral. Esa situación de «Emergencia» concedía mayores poderes al Gobierno en materia de censura, economía y seguridad, entre otras cosas.

16

—¿Te vienes al cine esta tarde? —me gritó Andy por el pasillo—. Tiene que ser temprano, para poder estar esta noche de vuelta en el campo, porque el fin de semana me voy a Inglaterra. *Ocean's Eleven*. Tú puedes mirar a George Clooney mientras yo disfruto de la peli. Te llamé al timbre anoche, pero no abriste la puerta.

—Qué me dices, Andy. Había cerrado con llave por una vez, pero estaba aquí.

—Voy a echarle un vistazo rápido —dijo, y empezó a repasar todo el rodapié—. ¿Por qué no haces un té? Cuando Min está tiene el hervidor de agua puesto antes de que entre por la puerta. Bueno, si ese día está de humor, claro.

—Ahora está siempre de buen humor —respondí—. Viajar le sienta bien. Como a tu Pearl… Pearl está siempre en orden de marcha.

—Mi madre en realidad no viaja. Este cable está todo carcomido. Deberías ver la maleta que lleva. Mete bocadillos de huevo y cebolla, un cargamento, por si acaso la comida no es la misma que aquí. Y yo le digo que cómo va a ser en España la comida igual. Lleva bolsitas de té de Lyons y patatas fritas Tayto. Y tampoco es que sea la peor. En el viaje a Fátima había una señora, me contó Tess, con una maleta que casi no podían moverla de lo que pesaba, y lo que llevaba dentro eran solo dos garrafas de agua de dos litros que había llenado en su casa, del grifo.

—¿Cómo está Tess?

Era su oportunidad de contarme la noticia.

—Está genial —me dijo muy animado—. Se ha ido a Belfast a por su nuevo suelo. Va a remodelar la casa entera, el suelo es solo lo primero.

¡Ay, Tess, pobre! Peg y yo tendríamos que fingir que nunca nos había dicho nada.

Andy seguía parloteando.

—Me estuvo diciendo que tú también deberías poner un suelo nuevo.

—Típico de Tess —comenté—. Siempre sabe lo que los demás deberían hacer. Pero esta casa no es mía, es de Min. Y de todos modos yo no viviría aquí si pudiera elegir. Sé dónde me gustaría vivir…

Y de nuevo puse mi corazón y mi alma en describirle Stoneytown. Empecé por contarle cómo era la pista de tierra que iba por detrás de los barracones del Cuerpo Aéreo hasta el prado grande. Luego subí hasta la parte alta de la cresta y le dibujé toda la imagen: a mi izquierda, la hilera de casas en ruinas que daban a los muelles de Milbay, al otro lado del ancho río, y a mi derecha, mirando al mar, la casa solitaria de mi abuelo, con su patio y un antiguo huerto amurallado, y un granero y un henil, y dos campos de cultivo pequeños que se extendían hasta el bosque. Le conté lo que el hombre mayor de la comisaría y el supervisor de la compañía eléctrica de Milbay me habían dicho sobre el pasado de aquel lugar.

—Te reconozco una cosa, Andy —terminé por fin—. Tú sí que sabes escuchar, la verdad.

Y es que mientras hablaba me había fijado en que Andy hacía una cosa concreta cuando algo le interesaba y creía que nadie lo estaba mirando: los ojos, que por lo general se mostraban borrosos y reservados, se le abrían de par en par. Y eso le asentaba la cara. Las facciones se le perfilaban alrededor de la mirada. Lo conocía desde que vestía pantalones cortos y no me daba ni una pizca de vergüenza nada con él, así que estaba a punto de contarle lo que andaba pensando cuando me sorprendió diciéndome algo muy similar sobre mí.

—¿Sabes qué, Rosie? ¡Eres otra persona cuando te pones a hablar de ese sitio! Bueno, no otra, sino más parecida a como eras cuando trabajabas en la librería de Boody y estabas siempre por ahí corriendo entusiasmada, como loca. Parecías una niña, aunque no eras ninguna niña, claro.

—¡No, no lo era! —exclamé—. ¡Ya había estado fuera! ¡Había estado en Roubaix con mi amiga Lalla! Min no paraba de insistirme en que volviese al Pillar para conocer a un buen hombre, y yo quería demostrarle que eso eran cosas del pasado, y que lo que iba a hacer era leer todos los libros del mundo, que mi vida entera había cambiado.

—Lo sé. —Andy me estaba sonriendo—. A mí me pasó igual. Me fui a hacer un viaje benéfico de senderismo por Tanzania con la gente de la Asociación Atlética Gaélica, y no llevaba ni un día allí cuando ya estaba intentando averiguar qué hacer al volver aquí.

—Bueno, no es lo mismo. La gente de SinNecesidad ayudáis a otras

personas. Yo no ayudo a nadie. Solo quiero lo mejor para mí misma.

—¿Y qué te crees que hago yo? —Se estaba riendo y buscando la chaqueta—. Yo estoy en esto por mí también. Venga. Sube a la habitación que llamo al timbre y me dices si lo escuchas.

Mientras esperaba a que Andy volviese, saqué el portátil. Estar allí sentada mirándolo era ligeramente más productivo que estar allí sentada sin mirarlo. En la cocina hacía demasiado calor, pero si me subía arriba sabía que me tiraría en la cama y pasado un rato me habría quedado dormida y luego llegaría el gris despertar. Me sobrevendría de nuevo esa misma sensación que me había producido la casa en los días posteriores a la muerte de mi padre. Me resultaba asombroso que el concepto de desolación que vivía en mi interior no desapareciese nunca, y solo se mostrase si me dormía por la tarde y me despertaba al anochecer.

¡Y vaya otra cosa había estado ahí enterrada! El juicio de un hombre posándose sobre mí.

Me había olvidado de cómo era eso. Cómo de «otro» es un hombre, incluso uno totalmente domesticado como Andy. La distancia desde la que viajó su mirada en cierto modo despertó una antigua reacción. No me sorprendía que incluso mujeres que estaban satisfechas con la vida que se habían construido, que sabían perfectamente que lo que las mantenía en pie eran sus amigas, quisieran tener a un hombre. Aunque solo fuese por el sabor.

«Viajar. Un borrador», escribí.

¿Se habría fijado Andy siempre en mí? ¿O solo cuando era joven y trabajaba en la librería de Boody? En la fiesta de jubilación de Tessa del sindicato, mis tacones altos eran los únicos tacones del lugar. Eso sí, la semana pasada me había visto en el patio con la bata, que parecía toda vomitada de cuando le derramé lejía encima. Lo llamé al móvil porque Bell se había subido al árbol de la señora Beckett y no consentía bajar y, por supuesto, quién lo iba a decir, ya se había bajado para cuando Andy apareció.

En fin. Aquello no me estaba llevando a ninguna parte.

«Ya desde que el evangelizador san Brandán partió en su barca de cuero en busca de América, los irlandeses han sido nómadas».

Había sido el escalofrío más diminuto, pero había sido un escalofrío. ¿Significaba eso que estaba irremediablemente necesitada? ¿Sin saberlo?

Margaret Mead decía que una mujer necesitaba a tres hombres en su vida: uno que le diese sexo apasionado e hijos, otro que la protegiese y la alimentase, a ella y a sus hijos, y otro que fuese el amigo y compañero de sus años de declive. Bueno, yo no estaba en declive, físicamente. A decir verdad, nunca me había sentido mejor. Y obviamente no tenía hijos, ni un protector para ellos. Solo me quedaba la cuestión del sexo apasionado.

Eché un vistazo por la cocina. Sexo apasionado. ¿Aquí? ¿En casa? Ah, no, no, la última persona que había jadeado y gritado en esa habitación había sido mi padre. Y de todos modos una no mantiene relaciones sexuales en la casa de su infancia, en la que la madera del bajo de las puertas está marcada por las garras de los gatos que has querido más que a nada en el mundo. No si eres una romántica. Eso es una fruta exuberante que crece en lugares exóticos. Una muchacha camina tranquilamente junto a un estadounidense atractivo subiendo las amplias escaleras del hotel Gresham (va temblando por muchas razones, y una de ellas es que el portero les llame la atención) y avanzan por un pasillo silencioso, y el hombre se inclina para abrir la puerta de su habitación y de repente la luz del sol la ciega desde unas ventanas altas cuyas cortinas blancas se inflan con la corriente de aire, y desde la calle, más abajo, suben los amables ruidos del tráfico y de la gente, y el joven se acerca a ella y la estrecha entre sus brazos. O un hombre en un avión rumbo a un sitio nuevo dice: «Me encantaría que nos viésemos mañana para ayudarte a ubicarte un poco». O la silueta que tienes al lado en el acuario bajo una tenue iluminación resulta ser un hombre que sonríe y pregunta: «¿Cuál es tu favorito?».

La posibilidad de la pasión está en otras partes. Te hace señas para que acudas y la encuentres.

Igual que hacen los lugares.

¿Sería eso lo que todo el mundo pensaba en el fondo cuando le preguntabas qué deseo seguía sin cumplir y te respondía: «Me gustaría viajar»? Qué curioso que nadie dijera nunca: «Me gustaría hincharme a sexo».

«Ya desde que san Brandán partió en su barca de cuero en busca de América, los irlandeses han sido nómadas. El arrastrar de las maletas al aeropuerto, el hacer cola, los riesgos del vuelo, los efectos secundarios, y luego, por supuesto, el reajuste del cuerpo y de la mente a la nueva experiencia: todo eso explota los recursos de pragmatismo y flexibilidad que habrás acumulado con los años.

»Pero viajar no tiene que ser…».

En una ocasión, estaba en el lado albanés del lago de Ocrida, en un pueblo maltrecho que había sido el destino vacacional de la élite de Hoxha, pero que se había convertido ya en un sitio sucio y destrozado. Los bloques de viviendas de los trabajadores estaban deteriorados y volvían a ser algo premoderno, con los balcones repletos de leña porque los sistemas de calefacción de los edificios estaban rotos y vandalizados desde hacía mucho. En el hotel olía a podrido, las tuberías de agua estaban en su mayoría arrancadas de las paredes, y la de nuestro baño chorreaba agua hirviendo. Yo iba con una mujer que trabajaba conmigo en Luxemburgo y que en su época había estado en todas partes, pero incluso ella perdió los nervios cuando intentamos dar una vuelta por lo que en otros tiempos había sido un paseo sobre una orilla pedregosa, repleta entonces de basura y bordeada por fortines antibombardeos que apestaban a excremento humano, y unos chiquillos nos asaltaron. Niños salvajes que se acercaron sigilosamente por detrás para pegarnos, porque no llevábamos nada que pudieran robar.

«Por un lado está la logística. Por el otro, la riqueza de la experiencia que solo puede darte el viajar. Y la madurez abre a la persona a ese almacén de riqueza. Por fin hay tiempo disponible, y algo de dinero y conocimiento, y un oportunismo experimentado…».

Pero una mujer mayor nos susurró una bienvenida, en francés, desde detrás de la puerta de su casa de campo. Y mientras nos aferrábamos la una a la otra para caldearnos en la cama húmeda, la cadencia de una banda de música subió desde el salón de baile que teníamos debajo en el hotel, y subieron también las risas de gente que bailaba. Y por la mañana caminamos bajo un sol reluciente hasta la frontera, a kilómetro y medio de distancia, y cuando cruzamos a Macedonia y empezamos a andar hasta el municipio más próximo, apareció de la nada por aquella carretera rural un autobús de dos plantas vacío. Le hicimos señas de que parase, en broma, pero paró, y el conductor nos llevó, atropelladamente, hasta el centro mismo del pueblo. Cogimos una habitación para pasar la noche, el dormitorio del hijo de alguien, decorado con pósteres de fútbol, y por fin comimos algo en una terraza sobre el lago cristalino. Tomamos salchichas con la piel crujiente y patatas y vasos de cerveza rubia, y mi amiga sonrió por primera vez desde que habíamos salido de Grecia unos días antes. Yo le devolví la sonrisa y pedí otra cerveza y me relajé en la silla, y llegaron los gorriones y empezaron a trajinar alrededor de nuestros pies.

Entendí, en aquellas circunstancias aparatosas, por qué siempre me estaba moviendo de un sitio a otro: lo que buscaba en un viaje era lograr hacerlo. La cuestión era avanzar resolviendo problemas hasta alcanzar la calma. Esquivar aquello que amenazara el estado ideal, que me atraía hacia sí. Luchar por abrirme paso hacia hogares temporales en los que no había más que felicidad.

Desde antes de empezar, yo sabía que había hecho un sacrificio para poder viajar.

En mi maletín viejo de documentos en el que guardaba las cosas importantes y los tesoros estaba el obituario del periódico de Hugh Boody (gastado ya en las arrugas de los pliegues) que Min me había guardado. Nadie sabía que estaba ahí.

Para mí era valioso.

Cuando tenía veinticinco años y estaba en el último curso en la universidad me concedieron la beca y no tuve que trabajar en la librería de Boody salvo los jueves por la noche. Un jueves, el señor Boody entró cuando iba de camino a recoger a la señora Boody de una cena con su grupo de golf. Me pidió, como si fuera la cosa más normal del mundo, que nos viéramos a las cuatro de la tarde el domingo en el bar de atrás de un hotel próximo a la estación de trenes de Heuston. Aquel no era un hotel del todo lúgubre: Markey, en la introducción simplificada que quiso hacerme a la filosofía de Wittgenstein, y de la que no entendí ni una palabra, me había contado que Wittgenstein se había alojado allí. Pero yo nunca había estado dentro.

Llegó el domingo y el camarero, después de servirnos, se marchó al salón en el que un comentarista de fútbol bramaba desde una televisión. No había absolutamente nadie más en el bar.

Las manos de Hugh Boody tenían unos dedos largos y finos. Me sirvió el refresco de limón en el vaso y me lo acercó, y estaba allí al otro lado de la mesa detrás de su vasito de *whisky*, en absoluta calma. Yo me sentía desconcertada, pero nada preocupada. Lo conocía desde hacía años y era un jefe muy agradable.

—Rosie, quiero que seas mi amiga —me dijo, con una cara amable y cándida—. Sé perfectamente que no podríamos llevarnos mejor con ninguna otra persona, ninguno de los dos, no solo yo. Me refiero a algo constante, Rosie, como un acuerdo, como se hacía antiguamente, pero en

secreto, claro. Desde hace ya mucho tiempo estoy convencido de que encajaríamos a las mil maravillas, así que espero que te lo pienses. Eres una persona honrada. Se te ve en la cara. Por eso me estoy arriesgando a decirte la verdad sin tapujos. Te buscaría un sitio bonito. Y te abriría una cuenta bancaria, por supuesto.

No creo que le respondiese con palabras. Me limité a negar con la cabeza, una y otra vez.

—Si estás segura del no, aquí se acaba la cosa —añadió, y se había sonrojado—. No hay ningún problema. Olvídate de lo que he dicho.

Mientras me ponía en pie para irme, le dije:

—Quiero ver mundo. Quiero viajar.

Levantó la mirada y nuestros ojos se cruzaron un instante y, sí, tenía razón en lo de que encajábamos. Estando ya alerta como estaba respecto a él, la excitación me inundaba.

—Y es que me marcharé pronto —alcancé a decir, y me fui del bar.

Desde aquel momento en adelante pensé lo mínimo posible en su proposición. No me preguntaba a mí misma: «¿Qué clase de hombre hace eso?». No me decía: «¿Por qué yo?». No me imaginaba cómo sería hacer el amor con él. No dejé que esas cuestiones prácticas entrasen en mi cabeza, como plantearme qué habría pensado hacer con su esposa y con Tessa.

Porque Boody me había hecho daño. Me dolía mucho darme cuenta de que allí, con toda la vida por delante, ya existía un camino que no había cogido. Lo que intentas hacer cuando viajas, el motivo por el que sigues planificando, moviéndote y aprendiendo ávidamente, es alcanzar de un modo artero la plenitud de la experiencia. Pero por culpa de la oferta de Hugh yo ya era consciente desde el principio de que no había manera de tenerlo todo.

Muy ocasionalmente me había permitido a mí misma mirar atrás. Qué relajado habría sido, pensaba. Como vivir con mi padre en paz y orden… Habría podido lograr cualquier cosa…

¡No! Y volvía a apartar de mí el recuerdo de aquella tarde.

En ese momento lo aparté de nuevo volviendo al trabajo, y una hora después fui capaz de conectarme y hacer un envío a Seattle.

De RosieB a MarkC

Markey:

Aquí va un borrador de «Viajar». No ha sido tan fácil como parecía: tengo

ciento cincuenta palabras para hablar de todo lo que he viajado.

Esta es la número 7, ¿verdad? Tenemos:

El milagro de la madurez

El cuerpo

La decepción y sus trampas

Dinero

Amistad

Arte

Sí, la número 7. Y estoy haciendo un borrador de «Animales» y «Comida».

¿Vale? Recuerdo que me dijiste que tenías una tortuga en Seattle que esperaba junto a la puerta a que volvieras a casa y hacía ruiditos cuando le rascabas la cabecilla. Intentaré buscarles un hueco a las tortugas.

¿Te he hablado del guacamayo que conocí en Londres, en un *bed and breakfast*? Un pájaro enorme, de color escarlata y azul. La dueña me contó que en primavera seguía a las huéspedes jóvenes por todo el lugar y que subía lentamente las escaleras y las esperaba a la puerta de sus habitaciones, como si tuviera mal de amores. Pero con las mujeres mayores ni se molestaba.

¿No es aterrador?

Adjunto: borrador, viajar

Ya desde que san Brandán partió en su barca de cuero en busca de América, los irlandeses fueron nómadas. Y no es cómoda la vocación del nómada. La maleta, el aeropuerto, la cola, los riesgos, los reajustes de cuerpo y mente: todo ello explota al máximo las reservas de paciencia y flexibilidad, y a veces las agota.

Sentados bajo la sombrilla de un café en una piazza*, proclamamos las glorias del mundo. Soportamos la disrupción para alcanzar la riqueza condensada de la experiencia que solo se obtiene al viajar. Y esa riqueza, que es sensorial e intelectual, crece en sabor conforme envejecemos. Por fin hay tiempo, dinero, destreza y autoconocimiento para conformar la experiencia del viaje.*

Da igual lo lujoso o puramente turístico que sea un viaje: todos radican siempre en la creatividad. Celebra nuestra capacidad para sentir, ver y pensar de nuevas maneras, para abrirnos al mundo siempre sorprendente.

Piii piii de una furgoneta en la calle. La de Andy. ¡Pam! La puerta de la calle. La cara sonriente de Andy se asomó a la puerta de la cocina.

—Ve a por el abrigo, Rosie, George Clooney te espera.

—Andy, sé que siempre estás haciéndome favores, pero esta vez quiero

que me hagas un favor enorme, muy grande…

—Suéltalo. ¿Cuándo te he dicho que no a algo?

Así que le pedí que anulara el cine y viniese conmigo a Stoneytown de camino a su granja. Bueno, su granja estaba en Carlow, así que, estrictamente hablando, Milbay no le pillaba de camino, pero campo traviesa quedaba medio cerca.

—Y agárrate, Andy: quiero que me lleves la cama, la de arriba. Por favor, por favor. Quiero dormir en la casa si reúno el valor suficiente, pero no puedo dormir en el suelo por si hay ratones. Tengo las sábanas ya guardadas en el coche. Porque sé que me vas a decir que sí. Porque no tengo más opciones, Andy. Ninguna empresa va a llevar una cama a un sitio en el que no hay carreteras y donde hay que subir un monte. Pero es una cama pequeña y yo te ayudaré y luego compraré una cama para aquí. ¿Me haces el favor entonces? ¿Lo vas a hacer, cariño de mi vida?

—¿Y qué pasa con mi comida?

Andy Sutton tenía fama de estar siempre hambriento.

—Tengo dos hamburguesas aquí, unas hamburguesas magníficas y muy jugosas, Andy, con kétchup y todo, ya listas. Con los panecillos calentados en la plancha. Puedo tenerlas listas en la mesa en cosa de un minuto. Y puedo comprar todas las cosas para hacer un pícnic en Milbay. No vas a pasar hambre. Por favor, Andy, es mi única oportunidad, y luego te vas. Por favor.

—¿Tienes llave inglesa? ¿Y las hamburguesas llevan mostaza? ¿Y dónde está Bell? ¿Qué pasa con Bell? ¿Nos llevamos a Bell?

—Está en la cama de Min, dónde si no.

—¡Eh, Bella, Bella, Bella! —la llamó Andy desde los pies de la escalera —. Ven, cosita. Ven a comer hamburguesita.

La gata bajó las escaleras lentamente y Andy se la colocó en el regazo y la besó y empezó a acariciarla bajo la barbilla.

—No nos la podemos llevar —le dije—. Había una perra y quizá siga por allí. A lo mejor no se llevan bien. Vas a irte a la casa de al lado con Monty y vas a portarte bien, ¿verdad, Isabella?

Bell me lanzó una mirada penetrante y bostezó.

No paré de mirar al cielo mientras zigzagueaba por la calle principal de Milbay para añadir el periódico y una tarta de ruibarbo y tomates y manzanas al pan y la mermelada. La misma comida de la Cabaña, e incluso

las mismas tiendas que entonces. Era un día normal y gris, y me daba miedo que pudiese llover. Andy había ido a la tienda de herramientas a comprar una carretilla para cargar las cosas desde la furgoneta a la casa. Le indiqué que le dijera al dueño de la tienda que era para la reina de Francia.

Crucé los dedos para que el tiempo mejorase y el lugar tuviese un aspecto encantador cuando llegásemos, y el deseo se me concedió. El bosque y el prado lucían un verde aún más delicado del que recordaba. Los dos cargamos el armazón de la cama subiendo el pasto mullido hasta la cresta y nos paramos allí al fresco para supervisar las vistas del mar y del río, todo suave, nacarado y sencillo. Me moría por mirar a Andy, aunque sabía que su cara nunca dejaba ver la emoción si podía evitarlo; pero sabía también que estaba impresionado, porque lo notaba callado de más. A continuación bajamos de nuevo al coche y cogimos el colchón y cargamos con él monte arriba sobre nuestras cabezas, como un ataúd. Luego Andy llevó las últimas piezas en la carretilla y montó la cama en la buhardilla, mientras yo encendía el fuego y cogía agua del pozo. Andy recorrió los campos de cultivo, el granero y los cobertizos, y fue merodeando por la casa, dando golpecitos en las paredes y tirando de las vigas y mirando de cerca suelos y techos; sin hablar, haciendo solo los gruñiditos que hacen los hombres cuando están en modo inspección.

Empecé a disponer nuestro pícnic en el alféizar de la ventana que había usado de mesa hasta entonces, pero Andy me dijo que esperase un momento y se acercó un segundo a la hilera de casas y volvió con una puerta de aspecto antiguo. Apoyó un extremo en el alféizar y el otro lo dejó en equilibrio sobre un pedestal magnífico que hizo con unas piedras grandes que encontró en la orilla. Luego extendió las alfombrillas de coche para cubrir el suelo y nos sentamos uno junto al otro, como hace la gente sobre las alfombras de las casas árabes, y comimos con satisfacción, con la puerta de la casa a nuestro lado, abierta a un mar y a un cielo del azul más pálido y delicado.

Sin hacer un ruido, la perra negra se coló entre nosotros. Ni siquiera me di cuenta hasta que sentí una nariz fría olisqueándome el brazo camino de la mano en la que tenía el bocadillo de mermelada.

—¡Eh! —exclamé, y me caí de espaldas de la sorpresa y de la risa.

La perrita creía que era un juego, así que se me subió a la barriga de un salto, mientras Andy decía algo como «vaya, vaya, vaya, ¡mira quién está aquí!» y le hacía cosquillas, y la perra me lamía la cara y yo seguía tratando

de comerme el bocadillo y los tres éramos una masa alegre sobre el suelo, con la perra fingiendo gruñir y saltándonos por encima y la mesa improvisada en grave peligro de desplomarse.

—Ven aquí, señorita —dijo Andy, calmando al fin al animal—. Te vamos a dar tu propia comida.

Luego los tres acabamos de comer. Con toda tranquilidad. Aun así, el corazón se me agitaba cada vez que percibía de nuevo el aspecto enfermizo de la perrita y la apatía que mostraba tras el exuberante recibimiento. Daba la sensación de que lo único que quería era sorber un cuenco de agua tras otro. Así que no salimos a pasear. Andy limpió las persianas viejas de las dos ventanitas y logró convencerlas para funcionar de nuevo, y estuvo arreglando la puerta de la cocina de atrás, que chirriaba. La perra y yo nos limitamos a descansar.

Por último, Andy hizo una visita rápida a Milbay otra vez para comprarme un par de sillas plegables y una lámpara de aceite y un saco de comida de perro, y para hacer una copia de la llave de la cancela. Me dijo que no podía estar pidiéndome la llave cada vez que fuese a ir a poner un clavo. Me di la vuelta para que no viese cuánto me emocioné al escuchar esas palabras.

Me trajo además un pollo asado de la tienda, una botella de vino y un abridor.

—¿Sabes qué, Andy? Las mujeres de tu vida han sido una influencia magnífica para ti.

Conforme iba llegando su hora de marchar, Andy se fue poniendo nervioso.

—¡Si al menos hubiese cobertura de móvil aquí! —no paraba de decir—. O si te vinieras conmigo a la granja…

Pero yo sabía que la perra no iba a subirse a su furgoneta, como no había subido a mi coche. Le dije que había un atajo por el bosque hasta una cabina de teléfono y que si pasaba algo lo llamaría. No iba a hacerlo. ¿De qué me iba a servir él, a setenta u ochenta kilómetros de distancia?

—¿Y tienes euros para el teléfono? Enséñamelos. Cuéntalos. ¿Y tienes anotado el número de Carlow?

Antes de irse vio que la perra empezaba a revivir. No es que se comiese el pollo, pero sí se acercó a la bandeja en la que estaba y colocó las patas a cada lado, custodiándolo muy seria. No le hizo gracia abandonarlo cuando Andy se la llevó a dar un paseo corto hasta la orilla, como despedida, pero él

insistió. Los observé desde la puerta. Andy avanzaba lentamente por entre las rocas y lo único que distinguía de ella mientras lo seguía era la cola negra.

Corrí bordeando el lado del huerto para hacer un pis rápido entre los árboles raquíticos. Las luces de Milbay empezaban a parpadear en el incipiente anochecer, y las últimas horas de la tarde estaban frías.

—Nos meteremos en la casa cuando te vayas —dije—. Esto es extraño todavía. Pero, bueno, ¡gracias!

Nos abrazamos como habíamos hecho siempre.

Entré y coloqué las barras de madera en las puertas. Andy las empujó para mostrarme que nadie podría forzarlas y se despidió, pidiéndome que fuese a la cabina a primera hora de la mañana, que estaría esperando.

Empecé a aprender rápido de la perra. Se quedó muy quieta y yo hice casi lo mismo. Se durmió apoyada en mis muslos y no se movió ni siquiera cuando tuve que levantarme para echar un poco más de madera a la hornilla, que ardía con una llama baja pero vívida. Normalmente no tenía paciencia para estar sentada sin hacer nada, pero por ella retrasé las tareas hasta que el cielo de la ventanita adquirió el azul más oscuro. Entonces lavé los platos en una palangana de la trascocina a la luz del par de velas que Andy había metido en una lata llena de tierra. Hice la cama, arriba, subiendo los cuatro escalones de la buhardilla, con más luz de velas y con la iluminación de la hornilla abierta que bailaba en el techo bajo. Eché un chorro de limpiacristales en el espejo de encima de la cama, lo abrillanté con papel de cocina y me miré solemne en su nueva limpidez.

La última cara que ese espejo había visto pudo haber sido fácilmente la de mi madre.

Encendí la lámpara de parafina, calculando que tenía unos cuarenta minutos aún de batería en el portátil, y tecleé una «idea» para Markey en la mesa nueva. La perra se había movido a la sombra de debajo de las escaleras. Vi que se había incorporado con los ojos abiertos y relucientes, pero no se movía y la dejé tranquila.

Idea 8: Animales

Quizá no haya quien responda con amor a tu amoroso corazón. Quizá tu corazón no pueda obviar la aridez que se le ha instalado encima con los años.

Pero podrás olvidar lo complicado que es amar al sonreír a un animal, al admirarlo y alabar la inventiva de la naturaleza por esos coloridos, esos abrigos sedosos, esos hocicos suaves, esos lustrosos ojos, esas colas peludas, esa gracia al moverse y sentarse y dormir, esa desnudez de sentimientos, ese exquisito instinto, esa riqueza de personalidad y carácter. Sin afán de cambiarlos, sino adorándolos por lo que son, los amamos.

Siente cómo el corazón se relaja cuando una cosita viva deja su desvalimiento a tu cargo: un perro, un gato, un loro, una iguana, una tortuga, un burro, un caballo viejo. Crecerá así un amor tan purgado de la necesidad de recompensa, tan atento a la otredad del otro, que el amor humano parecerá burdo.

Los animales son regalos de la creación para el animal humano.

(164 palabras)

Lo mandaría desde Milbay por la mañana.

Agarré todas las alfombrillas de coche, las apilé en el suelo de la buhardilla y coloqué encima una toalla: si la perra quería un sitio propio pero cerca de mí podría dormir ahí. O podía quedarse donde estaba. Mientras subía los escalones me agaché junto a ella un minuto largo y le coloqué la mano ligeramente en la cabeza, pero luego la dejé en las sombras y me fui a la cama. La buhardilla era de lo más acogedora. Por el punto en el que faltaba el suelo, en la esquina opuesta, veía el brillo del fuego y oía el mar. Hacía el mismo ruido que Bell cuando estaba muy feliz: un murmullo hondo, lento y constante.

Ni siquiera las marcas de la pared, en el yeso bajo la cama, me parecían ya trágicas. Había voluntad en ellas, ¿no? Y energía. Mi abuela había hecho lo que había podido para controlar su destino, ¿no? Como estaba haciendo su hija Min. Como estaba haciendo yo…

Y justo cuando estaba empezando a entrar en la espiral del sueño, la perra subió a la buhardilla. Oí el ligero clic de sus garras en los escalones anchos de madera. Saltó a la cama y, después de estudiar las posibilidades que tenía, se me arremolinó donde se acaba la espalda. Al principio no se quedó tranquila. Unos temblores le agitaban el cuerpo. La oía jadear bajito. Sentía cómo la boca no se le estaba quieta. ¡Ay, lo que deben pasar los bebés, pensé, si una perrita que está totalmente a salvo se pone así de nerviosa!

Entonces acabó con el movimiento de las mandíbulas y, con un último suspiro largo que me hizo sonreír, porque fue como los suspiros que daba

Min cuando se sentía saturadísima de trabajo, la perra cayó en un profundo y silencioso sueño.

CUARTA PARTE

LA FIESTA EN EL CABO

17

Las semanas siguientes fueron una vida dentro de la vida. Me serené, y la perra también. A los pocos días empezó a dormir sin los ladriditos y temblores de las pesadillas, aunque la noche seguía teniendo algo que le pesaba en la conciencia, y a menudo me despertaba y me daba cuenta de que ella también estaba despierta, sentada inmóvil, mirando la oscuridad. En esas ocasiones, por la mañana se la notaba gruñona como un ser humano y trataba de aferrarse al sueño cuando yo me levantaba. Pero la hacía venir conmigo. La necesitaba. Hacía un tiempo agradable de agosto y había encontrado una calita de arena oscura a apenas tres minutos de la casa en la que, si dejaba los zapatos en una roca concreta, podía meterme en el agua sin encontrarme una sola piedra. La mayoría de las mañanas agarraba una toalla y bajaba allí, y la perra tenía que venir también.

Si hubiese tenido correo electrónico le habría contado a alguien lo que había descubierto: que puedes hacer casi de todo en la tierra por tu cuenta y no percatarte de que estás sola, salvo salir a nadar. Es imposible salpicar y chapotear en el agua fría, y luego aullar cuando te sumerges y después nadar un poco tragando aire y luego ya calentarte y esparcirte y descubrir que se está de maravilla sin notar la ausencia de alguien que lo esté presenciando todo.

Con Leo era una auténtica pena. Ya no nadaba nunca. Una vez, hacía años, me había alojado en una aldea del lago de Lucerna una semana porque él vivía cerca de allí, y solía reunirse conmigo en el muelle por la mañana, tan temprano que el cielo aún estaba pálido y la neblina era densa; nadábamos hasta que era pleno día y el cielo estaba azul. Luego Leo se montaba en su coche con su bata de baño para volver a casa y yo subía el sendero hasta la pensión que olía a café recién hecho.

En fin… Era un hombre magnífico en muchos aspectos, pero no tenía sentido del humor. Cuando le conté que Joyce decía que un muelle era un puente que había quedado decepcionado, ni siquiera se rio. El humor

seguro que lo ayudaría. Envejecer debe ser tan malo para un hombre vanidoso como para una mujer normal, para cualquiera que, principalmente, haya sido objeto de miradas. Siendo yo, ya resultaba lo bastante malo eso de ver cómo unas grietecitas se me acentuaban en la piel suelta del labio superior, pero ¿y si en mis tiempos hubiese sido Marilyn Monroe?

Nadaba desnuda, como hacía siempre que podía. Al fin y al cabo, había vivido en una choza en la playa al sur de Kalamata, la primera vez que leí a Proust. Y en esos momentos, entre Cardiganshire y yo no había otra cosa que el mar; y además, no tenía bañador.

En casa había uno, aunque no era muy probable que me estuviese bien: el traje de baño de lunares que Min había tenido toda la vida, aunque nunca había intentado siquiera aprender a nadar. La corsetería y el tejido grueso de la prenda seguían en unas condiciones sorprendentemente buenas; me había fijado cuando había abierto la maleta de Min en la residencia Sunshine. Sonreí al verlo. Se me había olvidado que lo llevaba a todas partes, incluso a Nevers, cuando las Damas Peregrinas fueron a la tumba de Bernardita de Lourdes en pleno corazón de la Francia interior. Para ella significaba algo «extraordinario» ese bañador. Y para mí. Antes de que mi padre se pusiera enfermo, la aparición del bañador indicaba que la Cabaña se acercaba. Los vecinos empezaban a hacer excursiones en autobús a la playa de Dollymount, con sus hornillos portátiles y sus bocadillos envueltos en papel de horno hechos con pan de molde, y Min bajaba de la balda del armario la bolsa de papel marrón, gastada y muy fina ya, en la que guardaba el bañador, protegido por una bola de naftalina granulosa cuya acrimonia decaía con cada año que pasaba.

Nunca recibí una respuesta directa sobre su origen.

—Es un modelo *bandeau* —me respondió Min una vez.

Así que pensé que lo habría pedido a una revista o por catálogo, porque *bandeau* era un palabra que en nuestra casa provocaba asombro. El bañador tenía los costados fruncidos y unos dos centímetros de cortinilla plana bordeando la parte alta de los muslos.

—Le vi el mismo a Esther Williams en el cine —me contó.

—Pero Esther Williams siempre nada —le respondí.

Min no se dio por enterada.

Con los años, los grandes lunares blancos se pusieron amarillos y el culo acartonado pasó a tener vida propia, mientras Min adelgazaba más y más en

su interior. Pero la objeción de mi padre a esa prenda nunca cambió.

—No irás a salir con eso puesto, ¿no? —le decía siempre—. ¿Verdad, cariño?

La llamaba «cariño» cuando se enfadaba con ella, todo lo que mi padre era capaz de enfadarse con Min.

Y entonces ella lo provocaba, todo lo que la vi ser capaz de provocarlo.

—¿Y por qué no?

Y sacaba la silla de mimbre de la Cabaña y se sentaba ostentosamente allí fuera, con el bañador puesto.

Ese mágico mes de agosto, volvía una mañana caminando a zancadas después de mi baño, con la toalla atada a la cintura y los pechos secándose al sol matutino, cuando la perra vino hacia mí corriendo y se alejó otra vez, ladrando como loca. Al levantar la mirada vi que, a un metro más o menos, en el banco de arena pasado el filo de peñascos, en la parte alta de la orilla, Andy se estaba dando la vuelta y apartando los ojos de mí.

—¡Voy a poner el hervidor! —gritó por encima del hombro, y se apresuró hacia la casa.

Mientras tanto, yo me desaté la toalla y volví a atármela bajo los brazos. Un sonrojo se me había extendido por todo el cuerpo, pero al mismo tiempo me decía a mí misma, obligada: «¡Da igual! ¡No es nada! ¡Esto no va a estropear nada!».

Y es que a veces, en los últimos tiempos, había sentido (tímidamente, conteniendo el aliento) que era del todo feliz. Por primera vez en mi vida, quizá. Todas las noches repasaba las cosas que tenía que agradecer, empezando por la cama limpia y cómoda, y rociaba mi eufórico agradecimiento a quien fuera o a lo que fuera que estuviese ahí arriba con frases sacadas de todas las oraciones que se me ocurrían. Tenía aquel lugar exquisito. Tenía a la perra, salida de la nada. Tenía a mis amistades cerca. Tenía a Andy para ayudarme. Pronto recibiría noticias de Markey, y aunque las «ideas» nunca viesen la luz del día, habían servido para retomar nuestra relación. Mi Min estaba de aventura, pero pronto volvería a casa. Y, joder, estaba en Irlanda, que, por malo que fuese, y por especialmente malo que hubiera sido, no era un sitio tan horrible para que una persona no pudiera vivir en él.

Cosa que, a decir verdad, no había sido capaz de hacer en muchos países. En Mali, porque la medicación para la malaria me sentaba fatal; en

Osaka, porque el distrito en el que estaba la escuela era increíblemente ruidoso; en Managua, por el predominio del machismo. No pude soportar la violencia contra las mujeres que sabía que me rodeaba por toda Ciudad del Cabo, aunque los hombres con los que yo trabajase fueran encantadores. Habría podido vivir en la villa palatina de Lahora y haber ganado muy buen dinero escribiendo un informe sobre un proyecto de aprendizaje a distancia para Unicef, pero una vez vi el distrito de los burdeles en el que niñas de diez y once años llevaban la cara maquillada y tenían los pobres brazos y piernas llenos de llagas, y decliné el trabajo.

Los países en los que el desprecio por las mujeres estaba institucionalizado quedaban por completo descartados; me daba por saco que me prohibieran conducir o beber alcohol o que me hicieran caminar tres pasos por detrás de alguien solo porque ese alguien tenía pene. Y tampoco soportaba la tristeza de los países que disfrutaban de la ebriedad desenfrenada; ya no aguantaba más nada de eso. Y quería estar donde pudiera hablar mi lengua materna. Incluso en Italia, donde encajaba muy bien cuando era delgada y espectacular y fumaba todo el rato y me teñía el pelo con *henna*, me sentía sola anhelando mi idioma. Y la paz y la tranquilidad. Como la paz que tenía en ese momento. Esa maravillosa paz.

Irlanda era genial. Incluso aunque el hombre irlandés mayor fuera un compendio perfecto de timidez y represión.

—Una mañana preciosa, ¿verdad, Andy? —exclamé habladora al entrar en la casa. —Andy estaba en la trascocina dándome la espalda, cogiendo las tazas y los platos para el desayuno—. Anoche me llegué a la cabina de teléfono y hablé con Min, porque ahora tiene teléfono fijo y puede llamarme por nada de dinero —seguí, mientras subía a la buhardilla—. Le estuve recordando cuando íbamos de vacaciones a una cabaña más allá del muelle de Milbay y solíamos salir corriendo y colarnos en un campo deportivo a darnos una ducha. —Estaba ya seca, colocándome el chándal harapiento—. Porque nadando no te limpias nada, Andy, ¿te has fijado alguna vez en eso? Ahora mismo estoy asquerosa. Tengo arena y tierrilla entre los dedos de los pies todo el rato. Y es que me cuesta lavarme incluso la cara, no hablemos ya del resto del cuerpo. Un cubo entero de agua pesa demasiado para mí. Min estará en casa para mi fiesta de cumpleaños —añadí, acercándome a la puerta apuntalada que aún usábamos de mesa—. ¿Tú vas a estar en Irlanda entonces? ¡Ay, di que sí! ¡Sin ti sería un rollo!

Al mirarlo de un vistazo rápido, me fijé en que todavía tenía un leve

rubor en ambas mejillas. Me di cuenta de que había exagerado mi actuación. ¿Desde cuándo Andy Sutton había sido esencial en una fiesta? Es más, ¿desde cuándo había sido tan increíblemente bueno y servicial? Eso me recordó…

—¿Por qué has venido, Andy? A ver, yo, encantada de verte, pero… —Ay, Dios, no debería haber empezado la frase así. Seguí farfullando—: Min está distinta, Andy. Hablamos entre nosotras de manera diferente ahora. Ya no se pone tan quisquillosa, ni yo actúo con ella como si me creyese superior. Espero que dure. Pero no será así, ¿verdad? Cuando regrese a su casa, esa volverá a ser su casa. Sus petunias, su gata, su sillón azul, su sobrina. —Andy estaba intentando hacer tostadas, con las rebanadas grandes de pan sostenidas sobre las barras de la hornilla, pero el fuego no tenía suficiente fuerza tan temprano por la mañana—. Y sobre este sitio no nos ponemos de acuerdo. Tuve que colgar sin discutir con ella, porque me da miedo estar en esa cabina, ya me entiendes, con los árboles crujiendo alrededor, que te piensas que hay alguien por ahí rompiendo ramas. Aunque antes de colgar me dejó claro y meridiano que lo de Stoneytown se iba a acabar. Hice que fuera a por el billete en papel y a por el pasaporte para leérmelos al teléfono. Tiene prevista la salida de Estados Unidos para el 4 de septiembre y así estará en casa el día 5, mi cumpleaños. Y el día 6, me dijo, y cito textualmente, «incluso aunque no haya dormido ni una pizca voy a ir al centro, a quien sea que tenga las oficinas más grandes de compra de casas, y voy a tirarle la carta del Gobierno en la mesa y a decirle: "¡Oiga, señor! ¿Cuánto me da por esto?"». Eso me dijo. —Llevaba hablando una cantidad de tiempo absurda. Tenía que parar—. Así que le respondí que no podía irme de aquí porque la perra no se sube a ninguna cosa que tenga motor y que me encanta este sitio. Pero me dijo que con el dinero que sacaría por esto podría llevar una vida magnífica. Me dijo que si tuviese dinero podría viajar. Le pregunté que qué le pasaba a la gente últimamente que no era capaz de quedarse quieta. Y entonces me recordó que cada vez que yo volvía a casa ella miraba todos los sellos de mi pasaporte y me iba preguntando por cada uno de esos lugares.

—Rosie, tengo una sorpresa para ti —empezó a decir Andy.

Actuaba completamente normal. Había tenido tiempo de recuperarse. En cualquier caso, yo no habría estado muy excitante con el pelo pegado a la cabeza y la piel morada del agua fría. Seguro que no me parecía demasiado a Ursula Andress saliendo del agua en *Doctor No*.

La gran sorpresa de Andy era que había traído a Bell desde Dublín. La estaba cepillando para ayudarla a superar la experiencia del trayecto, aunque después se relajó mientras me contaba cómo Bell se le había sentado en el regazo, había puesto las patas en el volante y había intentado conducir.

—La he traído por si hay ratones. Porque estoy preocupado por ti, Rosie. Ya solo las velas son un peligro de incendio. Y podrías destrozarte la espalda con los cubos. Pearl se hizo daño en la espalda al bajarse de un tren. Estaba pensando que no habría problema en montar una bomba de agua pequeña. En África lo hago cada dos por tres. Pero, claro, necesito electricidad. Y la cosa es que en la última reunión de SinNecesidad surgió una cuestión por el tema del puerto de Rosslare. Hay un problema allí con el ganado que los veterinarios rechazan o que suponen una sobrecarga de peso. No tenemos sitio donde guardar a esos animales hasta que yo vuelvo de Gatwick con la furgoneta y puedo recogerlos y llevármelos a Carlow. Teníamos una zona de establos, pero el ayuntamiento la ha reclamado para aparcamientos porque el puerto tiene mucho tráfico. Y aunque van a tener que darnos otro espacio, eso tardará tiempo en solucionarse.

—¡Yo podría ayudar! —salté—. ¡Tengo dos campos! Es decir, Min tiene dos campos.

—Esa no es la cosa.

Me apagué.

—Pues me habría encantado.

—No. Te explico. Es cierto que tienes lo necesario para montar unos establos. Pero la cosa es que existe una normativa para la estabulación. Hace falta electricidad.

—Ah, vale…

—Así que si aquí se montan unos establos, la compañía eléctrica tiene que hacer la instalación. Por ley. Y no debería haber problema para hacerlo. Lo he comprobado y hay una línea de suministro activa aquí mismo, en el aeródromo. —Debí mirarlo como una actriz joven y devota miraría a un gran productor que acabara de darle un papel principal. Me había dejado sin palabras, pero de verdad—. He estado hablando con los de la sección de agricultura de la compañía eléctrica y me han dicho que va a venir un equipo mañana a primera hora. —Estaba a punto de darle unas gracias muy sentidas cuando añadió—: Así que será mejor que estés vestida.

Me eché sobre la mesa y le di un beso sonoro en la boca, despejando con risas las últimas vergüenzas. ¡Bueno, quién habría dicho que nuestro Andy

pudiera soltar una broma! Sobre todo cuando (lo noté) el pequeño incidente le había resultado de verdad incómodo. Verás cuando se lo cuente… Bueno, no. No era la mejor anécdota que contarle a Tess.

La mesa empezó a inclinarse y los platos se deslizaron hacia el suelo.

—Muebles. Ya entiendo por qué se inventaron.

A ese agosto le quedaban tres sábados, y Min y yo teníamos una cita en firme para hablar a las nueve de la noche todos los sábados. Me moría de ganas de que llegara esa cita para contarle lo increíble que había sido el cambio al encender un interruptor y ver las paredes gastadas de la habitación salir de la penumbra y distinguir la suciedad en los filos del suelo y la podredumbre en la base de la cama banco.

Corrimos por el prado hacia el teléfono, la perra y yo. Era ella en todo su ser. Menuda maravilla ver lo reluciente que se le había puesto el pelo, similar a una piel de seda gruesa y negra. Las costillas le habían desaparecido bajo un cuerpo fino y redondo de salchicha. Los ojos negros le brillaban como el ónice. Tenía una oreja desplomada sobre un ojo y la otra muy erguida, a juego con el latiguillo delgado y tieso que era su cola y que yo veía todo el día rondando por ahí, como marchando solo, mientras ella iba de exploración con la nariz en el suelo y la cola en el aire.

La hierba del prado era más alta que ella, así que la adiestré para correr detrás de mí por el camino que yo iba abriendo; de esa forma, le expliqué, hacíamos el mínimo daño posible a flores y matas. Y de ahí al hayedo, donde unas esbeltas columnas de luz del sol se colaban brillando entre los árboles con un polvo dorado y los pájaros armaban alboroto con sus cantos muy por encima de nosotras. La perra se quedó rezagada en la verja a la altura de la carretera porque tenía miedo de que fuésemos a algún sitio donde hubiese un coche, pero la convencí para seguir, pasito a pasito. Aunque estaba aterrada, me miraba con confianza. Me entraron ganas de llorar. Ay, ¿cómo alguien podía recibir una mirada así de una cosa tan pequeña e inofensiva y elegir hacerle daño?

Min estaba entusiasmada con la primera partida de póker de su vida.

—Así que le di la vuelta a la carta, Rosie… —El final de un relato largo y disperso—… Y no te lo vas a creer, pero ¡era el siete de espadas! ¡Los demás tuvieron que soltar el dinero allí mismito!

—El otro día leí que a los árboles les cuesta echar raíces cuando se hacen

mayores, que lo de enraizar es una cosa de los jóvenes. Pero tú no estás teniendo ningún problema de raíces, ¿eh? Tampoco es que seas un árbol, desde luego.

—¿Por qué no te vas de vacaciones a algún sitio bonito en vez de hacer comentarios ingeniosos? Estás ahí mano sobre mano.

Pero yo solo había estado esperando para dejarla boquiabierta.

—No puedo irme a ninguna parte. Me llegan cuatro cabras el viernes para que me haga cargo de ellas.

—¿Que qué? —me respondió incrédula.

—Y un cerdo que el veterinario no dio por válido la última vez. Por falta de peso. Un cerdo deprimido. Es la organización para la que trabaja Andy Sutton: llevan animales irlandeses a familias del tercer mundo que no tienen nada. Así la familia puede sacar dinero y mandar a sus hijos a la escuela. Estos animales están esperando para salir.

—¿Los envían de dos en dos?

—A los conejos sí, pero conejos no voy a tener, los conejos no necesitan establos. Y eso es ahora tu terreno: se ha convertido oficialmente en un área de estabulación. Andy dice que Stoneytown es el sitio ideal. Está a solo tres cuartos de hora del puerto de Rosslare y aquí no hay otros animales que puedan contagiarles nada. Y hay pasto de sobra. Él lo ha organizado todo.

—¡Jamás lo habría dicho! ¡Andy! ¿Te van a pagar?

—¡No, claro que no! —dije enfadada—. Es una organización benéfica, Min. Pero está genial. Me gustan los animales, opino que el Creador tuvo una ocurrencia magnífica al inventarlos. Si es que hay un Creador.

—El Creador también creó a la gente, Rosie. Sabes muy bien que no eres san Francisco. No tienes que pasarte todo el tiempo con animales. Y aquello no es un sitio seguro, no para una mujer de tu edad.

—¡Esa es la cosa! —respondí triunfante—. ¡Por eso Andy ha hecho esto! Así me han puesto electricidad, una cosa temporal, pero qué más da. Ahora hay un cable desde el campamento hasta la casa, que sube por el carril y llega al bosque. En la casa hay tres interruptores. Recibo el agua con una bomba. Y tengo tostador.

—¡Dios de mi vida! —dijo, fascinada—. ¡Un tostador en la casa vieja! ¿Dónde lo has puesto? No hay sitio para ponerlo.

—¿Dónde lo pondrías tú? —Era muy consciente de que no quedaba mucho para que Min estuviese de vuelta, criticando todo lo que viese—. Hay un estante junto a…

—¿Dónde está Tessa estos días? —me interrumpió en tono seco.

—Tessa está en Dublín con su tema de la asesoría psicológica. Va a venir pronto.

—¿Y Andy?

—Ahora mismo Andy está en el pozo colocando la bomba. Pero iba de camino a Dublín también.

Min no es la única persona de esta familia que no le dice necesariamente a la otra persona lo que quiere saber.

No me importaría echar una partida de póker, pensé después de hablar con Min. El camino desde la cabina hasta la casa se hizo muy largo porque evité pasar por el bosque, donde ya estaba oscureciendo, y di un rodeo por el viejo campamento para luego subir a la cresta por encima del estuario de Milbay. La perra husmeaba aquí y allá por aquel paraíso de olores de conejo y yo no iba a meterle prisa. Eché la cabeza hacia atrás para contemplar el espectáculo que se desarrollaba en la gran bóveda celestial sobre nosotras. Las primeras estrellas estaban ya fuera, aunque eran pequeñas; unas nubes decididas iban colocándose en posición, como si las hubiesen enviado para extinguir los astros, y para cuando llegué al final de la pendiente y estaba a punto de atravesar el patio ya habían hecho su trabajo. Se quedaron para sí el alto empíreo y su luz blanca helada, y nos dejaron selladas en la tierra bajo un techo de nubes blandas. Luego las nubes se extendieron y se levantó una ligera brisa. En silencio, comenzó a caer una lluvia suave.

Hacía una buena noche en la casa, aunque la luz eléctrica tenía intranquila a la perra. Habría que comprar pantallas para las lámparas.

—El ambiente se ha vuelto bastante urbano de repente —le comenté—. ¿Y percibes los ruidos nuevos? ¿El hervidor de agua generando vapor? ¿El clic de la polilla dando contra la bombilla?

Comí con una pulcritud desconocida, dado que ya podía ver lo que estaba haciendo. Y para acabar, herví agua y saqué la palangana para ponerla delante de la hornilla y lavarme.

Pero fue entonces cuando estalló el dolor que había tratado de obviar.

Apagué todos los interruptores y comprobé los cuencos de la perra. Luego subí y me metí con toda la pesadez en la cama y me tumbé de lado con los puños tapándome la cara, e intenté, con mayor voluntad que nunca, aceptar las cosas.

¿Es que ya nunca iba a volver a ocurrir? ¿Se había acabado? ¿Por qué se había acabado para mí? ¿Por qué? ¿Cómo podía ser que se hubiese acabado:

la succión y el susurro, la carnosa languidez que lentamente tomaba velocidad, la boca hambrienta sobre la piel, el hueso de los hombros, las caderas, la forma corpórea oscura alzándose sobre mí, a contraluz? ¿Cómo podría soportarlo si no ocurría nunca más? Y quizá así fuera. A lo mejor no volvía a haber nadie. Quizá eso había sido todo. Un destello. Un calor repentino de inmediato sofocado. Nunca más abrirse sobre una sábana arrugada, sin ninguna vergüenza, dando besos de disfrute y gratitud.

¡Y todo por la edad! Salté de la cama y pegué la cara manchada por las lágrimas al espejo, y me agarré el pelo y me lo aparté de la frente de un tirón. ¡Ahí! ¡Ahí! Gris en las raíces. ¿Es solo por eso? ¿Solo por eso?

El martes Andy trajo las cabras. Lo primero que pensé de ellas fue que si el viento cambiaba al oeste, el olor llegaría a la casa y eso sería el fin de toda vida afable. Eran las criaturas vivas de aspecto más antiguo que había tenido cerca en toda mi vida. Me impresionó que seres tan distantes hicieran algo por los humanos. Y aun así salieron de la furgoneta y entraron en el campo sin dar un ruido. Andy se pasó todo el día ahí fuera colocando una cerca de alambre de espino, salvo por el momento que entró para almorzar y nos comimos los bocadillos con la puerta abierta para oír las llamadas de las aves que vadeaban el agua y cuyas patas dejaban unos jeroglíficos delicados sobre las llanuras de marea. Las gaviotas flotaban en un viento lo bastante fuerte para mantenerlas inmóviles sobre el cielo azul. A unos centímetros del umbral, las delicadas lavanderas iban de acá para allá, y más allá un par de petirrojos buscaban migas con los ojos brillantes. Se los señalé a Andy. ¿No eran esos ojos como los de Min?

Andy me dijo que las cabras eran los animales más bien recibidos que SinNecesidad enviaba fuera, porque además de suministrar leche y carne limpiaban la maleza. Le respondí con un dato poco conocido: que el alambre de espino lo había inventado una monja. Me dijo que esa monja seguro que estaba intentando guardar a unas cabras.

Después se marchó y volvió, esta vez con una caja en la parte trasera de la furgoneta y un cerdo dentro. Mi primer cerdo.

Ni siquiera era un cerdo muy grande —una cerda en realidad—, pero de inmediato lo llamé Madre Irlanda, aunque sabía que en mi círculo nadie pillaría la gracia.

Andy me pidió que le echara un ojo, pese a que la cerda no parecía en ningún modo perturbada por haber llegado a su nuevo hogar. En cualquier

caso, en vez de hacer alguna de las tareas que tenía que hacer, me pasé la tarde entera merodeando por el patio, observando a la perra temblar a conciencia mientras se agachaba sobre las baldosas a la altura de la esquina del patio que había quedado bloqueada con unos tablones montados para hacerle una especie de chiquero a la cerda. En el chiquero, Madre Irlanda estaba tumbada de costado, resoplando apacible. A su alrededor se afanaban las lavanderas, asintiendo firmes y rápidas como diplomáticos. Al fin, la perra saltó al muro y, tras unos pasos rápidos, bajó de un salto al chiquero. Yo me acerqué corriendo para separar a los animales, pero, para mi asombro, lo que la perra estaba haciendo era tumbarse en el costado rosa y sucio de la cerda. La cerda emitió unos cuantos oincs de sorpresa. Luego, las dos se quedaron dormidas.

¡Ay, si un hombre y una mujer pudieran tumbarse juntos así de fácil!

Yo seguía un pelín turbada por el momento de la orilla. La cosa tenía cierto punto tragicómico: el destello de la verdad animal, negada de inmediato. ¿Y si hubiese sido su pene lo avistado, y no mis pechos? De ninguna manera se me habría olvidado. Automáticamente habría «situado» a Andy, es decir, habría pensado: guau, qué pequeño, o guau, qué grande, o guau, qué torcido. Habría pensado algo. Algo. Y él tuvo que seguir esa misma secuencia. Seguro que comparó y contrastó mis pechos. Y no puedo decir que me importase. Lo cierto era que caminar con la toalla tapándome la peor parte de la barriga y el resto de mi cuerpo reluciendo por el agua seguramente fuese la mejor versión posible de mí. Es decir, si hubiese estado seca y Andy me hubiese examinado habría visto las manchas de pigmento negruzco que empezaban a acumularse entre mis pechos y en la piel de debajo del cuello. Por no mencionar la horrible marca transparente y pequeña, como esas cosas que crecen en los techos de las cuevas, que me había aparecido hacía poco en el cuello mismo.

Lo que me perturbaba era tener alguna referencia a la sexualidad en mi relación con Andy, por mínima que fuese. Eso no estaba bien. Nunca lo había pensado antes, pero al hacerlo tuve que reconocer que en el improbable caso de estar desnuda con Andy Sutton me encontraría con muchos problemas para excitarme. El primero serían los sofocos. Ya eran lo bastante malos de por sí, empezando por el doloroso hormigueo de las plantas de los pies, que aumentaba y subía hasta engullir todo mi ser en un tsunami de calor sudoroso, pero además necesitaba recuperarme de ellos. Circulaban por el interior de mi cabeza y la dejaban convertida en un

espacio vacío y amarillo, o eso me parecía a mí. Consumían tiempo. Bastante. Pasado un rato, y si él me acariciaba, podría llegar a estar cálida y viscosa por dentro; el Creador había sido bueno en ese sentido. Incluso las pelis porno de hotel tenían su efecto. Pero nunca iba a poder derretirme si no sabía que lo estaba derritiendo yo a él.

¿Y cómo puñetas podría tomarme a un Andy derretido con la seriedad necesaria para hacer el amor? Me daría vergüenza por él. Se me quitarían todas las ganas. No me gustaba cuando la cara se le quedaba floja tras unas cuantas copas, no hablemos ya de algo más. ¿Y si se ponía a hablar? ¿A decir cosas supuestamente eróticas y a indicarme que le hiciera esto o aquello? Me moriría.

Y aun así… Qué manos tan hábiles con la bomba de agua…

¿Y dónde iba a encontrar un hombre con el que hacer el amor si no lo encontraba en casa? ¿Cómo de alto podía poner el listón? Cuando volví de Macerata después de la horrible visita a Leo, juré que nunca más estaría con un hombre a no ser que supiera con seguridad que él quería estar conmigo. Pero ¿de dónde se suponía que iba a llegar un amante nuevo, mágicamente perfecto? Yo era una mujer de edad madura, que vivía en Dublín con su tía. Siendo realista, no debía esperar poder ponerle condiciones a ningún amante.

18

En la tienda de herramientas de Milbay, el hombre intentaba averiguar cuántos metros de luces LED me hacían falta. Mi intención era sacar las luces por la ventana que había encima del fregadero en Kilbride, que de todos modos siempre estaba abierta para Bell, y enrollarlas entre las últimas petunias, y luego pegarlas en la pared del patio con cinta aislante de forma que se leyera: BIENVENIDA A CASA, MIN.

—No creo que pueda complacer a Su Majestad. Su humilde servidor no tiene nada que dé para tanto —me dijo el hombre (los dos seguíamos partiéndonos de risa con la broma).

La puerta se abrió de golpe y entró un señor mayor, el mismo señor mayor que me había hablado sobre Stoneytown en el cuartel de la policía unos meses antes, según me percaté cuando se dirigió a nosotros.

—Menudo cabronazo el tipo que instaló el colector de aguas en este pueblo —dijo—. El puñetero sistema se ha vuelto a atascar otra vez.

—Seguro que lo hizo Bailey's —respondió el hombre de la tienda.

—¿Bailey's? —intervine—. ¿Se acuerdan de Bailey's? Mi abuela fue durante años la contable de la empresa, la señora Barry.

—¡La mismísima señorona Barry! —respondió el señor mayor.

Al mismo tiempo, el hombre de la tienda dijo:

—Pues claro que me acuerdo de Bailey's, si estuvo funcionando hasta los sesenta.

El señor mayor me miró más fijamente.

—¿No es usted la mujer que estuvo en comisaría hace poco? —me preguntó—. ¿La que dijo que el loco de Stoneytown era su abuelo?

—¡Eso es! —respondí, sonriéndole.

—Vamos a ver, señorita, ¿a cuántos abuelos está usted buscando? ¿Es que busca a un abuelo en cada sitio al que llega?

—Haz el favor, Paddy —empezó a decir el hombre de la tienda.

—El hijo de la señora Barry era mi padre, que se casó con mi madre. Se

conocieron en el hospital Peamount. Los dos contrajeron tuberculosis, solo que nadie sabía que ella la tenía. Mi madre trabajaba allí en la lavandería.

—¿Me está usted diciendo —continuó el señor mayor, asombrado— que el hijo de la señora Barry se casó con una muchacha de Stoneytown, ni más ni menos? ¿Es eso lo que está tratando de decirme?

El hombre de la tienda intentó disimular.

—Eran gente viajera, la verdad, la gente de Stoneytown. Eso escuché decir siempre. Y nunca se oía que se casaran con nadie que no fuera de los suyos.

—¡Esta sí que es buena! —El señor mayor seguía sorprendido—. Nunca he oído nada igual. ¡La señora Barry, que miraba por encima del hombro a todo el que entraba en Bailey's! ¡La señora Barry tuvo un hijo casado con una gitana!

De camino a la sala de ordenadores de la biblioteca me consolé por mi aparente estatus desclasado con un trozo de tarta de albaricoque y nata del Nook; y me conecté para hablar con Markey.

De RosieB a MarkC

Idea 9: Comida.

Todo el mundo debería comer alimentos lo más saludables y frescos posible, y no demasiado de ninguno. Eso siempre.

Sin embargo, la comida en sí ofrece a la persona mayor (que quizá haya tenido que adaptarse durante años a los gustos y horarios de otras personas) un nuevo placer: el placer de comer sola. Podrá comer lo que se le antoje y, sobre todo, cuando se le antoje: queso brie *y uvas en mitad de la noche, beicon y huevos en la merienda, una ensalada a media mañana…*

Pero existe una regla de oro.

No bajes el listón.

Monta una mesa en condiciones.

Toma un entrante o postre además del plato principal, ¡o dos postres y ningún entrante!

Bebe una copa de vino.

Come cuando haya algo que quieras ver en la tele. O guarda el periódico del día para poder leerlo con la cena.

¡Sé consciente! ¡Saborea tu libertad!

(150 palabras)

A continuación, busqué en Google la previsión del tiempo, la de los pescadores, que estaba segura de que los meteorólogos trataban de afinar más y revisaban al menos dos veces al día; según esta, el sábado de mi pícnic iba a ser perfecto en todos los sentidos. Empecé a ponerme nerviosa. Fui a casa y me negué a permitir que el nerviosismo creciese.

No supe nada de Markey durante unos días. Al fin llegó un mensaje:

De MarkC a RosieB

Disculpa que haya tardado tanto en responderte a la idea «Comida», Rosie. Hubo una pequeña crisis económica y profesional aquí hace una semana. Los inquilinos del apartamento de encima de la librería desaparecieron y se dejaron un grifo abierto en el baño, lo que provocó que se cayese escayola húmeda sobre algunos libros de valor considerable, etcétera, etcétera. Además, el fin de semana pasado llevé a los nietos a Disneyworld y les prometí no ir con el portátil. Por supuesto, les engañé y pasé un montón de tiempo en el salón de negocios del hotel. Tú te habrías encerrado allí todo el día.

Pero, Rosie, tengo que decirte que estás recayendo.

Esa historia de comer a solas es algo muy ajeno al estadounidense medio. El sitio web solodining.com, por ejemplo, es una de las muchas webs para solteros que ofrecen asistencia cuando tienes que comer sin compañía porque dan por hecho que si estás solo o sola es que necesitas ayuda.

¿Sabías además que la Comida Virtual en Familia será una realidad en muchas cocinas dentro de tres o cinco años? La tecnología está casi lista. En este mismo momento (lo he visto en la revista de la American Association of Retired People, que es para gente mayor) tienen prácticamente perfeccionado un sistema a través del que un ordenador, cuando ve que una madre empieza a servir comida, «repasa de forma automática un directorio de familiares, busca a alguien que esté disponible para hablar y proyecta la imagen a tamaño natural de esa persona en la pantalla…».

Lo que tienes que decir es algo como: «¡Prueba este Plan de Alimentación para mantenerte joven!». Lo que quiere la gente no es tanto comida como momentos de conversación *gourmet*. Muchos de nuestros vecinos, por ejemplo, están con lo de las semillas de lino. Eso no es comida, ni por casualidad. Además no leerían nada mientras comen porque (a) no les gusta mucho leer y (b) tienen que acordarse de masticar cada bocado treinta veces para no comer demasiado y así no echar su vida a perder por ponerse g*rd*s.

Estar g*rd* es lo que importa. No puedes recomendar postres. Sé que la gente

toma postre, pero desearían no hacerlo.

De RosieB a MarkC

SI TAN LISTO ERES, MONTA UNA *LISTERÍA*. ME DA IGUAL TODO, NO NOS HAN MANDADO NI EL CONTRATO. Y TENGO UNA FIESTA DE CUMPLEAÑOS QUE PREPARAR.

Y NO QUIERO QUE PAREZCA QUE APOYO NI DE LEJOS A LOS FASCISTAS DE LA GORDURA QUE CONTROLAN AL PUEBLO DE ESTADOS UNIDOS.

Así que buuu fuera para ti.

Rosie

Cuando Min y yo hablamos el segundo sábado (el año entraba ya en su recta final y estaba oscureciendo cuando llegué a la cabina), abordé con mucho tacto el tema de la clase social, tal y como había surgido de pasada, por decir algo, en la tienda de herramientas. Pero no le interesó. Quería hablar de sus nuevas amistades. Estaban Luz, claro, y Bud, el vecino de al lado, que siempre llevaba a Luz en coche cuando tenía que ir al hospital por lo de su respiración, y estaban Helen y Lou, y Maya, que era «hispana» (una palabra que nunca había oído salir de boca de Min) y su «pareja» (otra palabra nueva), Tuk, aunque la familia de Tuk eran inuits y él pasaba la mayoría del tiempo fuera en su barco de pesca; de niño, Tuk había cultivado tomates, pese a que el clima era horrible en el sitio del que venía. Y estaban también sus amistades de la iglesia católica, y las del *pub*.

Min hablaba y hablaba, y entonces me puse a pensar en toda la gente de todo el mundo a la que había conocido y querido y amado y que ya no conocía, aunque yo había sido la que, hasta el distanciamiento definitivo, había seguido enviando tarjetas de cumpleaños y mandando mensajes de correo electrónico. Una noche, en un *pub* de Sídney, por fin comprendí el precio que hay que pagar por no unirse a la mayoría. Una pareja de amigos que hice allí cuando estuve dando clases durante cinco años había tenido un hijo desde la última vez que nos habíamos visto, así que se fueron a casa temprano (aunque tenían canguro y aunque yo había reservado una cena especial para celebrar que volvíamos a estar juntos).

Si hubiese puesto más cuidado en pensar en ellos y en su vida de entonces, me dije, habría sabido que toda una noche entera apartados del niño era demasiado pedir. Pero ellos tampoco se dignaron a imaginar mi situación. No se les ocurrió que no había nada que yo pudiera hacer una vez

que se hubiesen ido, más que quedarme sentada en el *pub* y lamentarme.

—Pero tus amistades estadounidenses no son amistades de verdad —la interrumpí, porque me daba envidia y porque me parecía peligroso que fuese tan confiada—. No van a ser como Reeny. No tienen ni casa. Cada cual lleva su propia vida, y tú no puedes depender de ellos.

—Lo sé. ¿No volviste tú a casa? Es lógico pensar que no habrías vuelto si hubiese habido otro sitio en el que hubieses estado disfrutando más.

Me contuve para no lloriquear y decirle: «¿Es que no te alegras de que volviera a casa? ¿No lo agradeces?».

—Eres mi tía —respondí con la mayor ligereza de la que fui capaz—. Eres mi único familiar con vida. Se supone que tienes que pensar bien de mí. Que yo no tenga tantos amigos no es porque no sea tan popular. Mucha gente me tenía mucho cariño. Hay gente que me tiene cariño en todo el mundo. Solo que nunca senté la cabeza…

De repente, Min me habló con la voz del amor y del consuelo que escuché la noche que me curó el dolor de oídos.

—Todo está por llegarte, Rosaleen. Espera a tener mi edad y también tendrás una pandilla como la mía. Solo eres una cría.

Adoptó una posición superior respecto a mi existencia a lo Robinson Crusoe.

—¿El pozo? —gritó—. ¡A mí dame un grifo! Aun así, agua como esa no existe ya en ningún sitio. Es un pozo sagrado además, que lo sepas, aunque he olvidado de qué santo. Las mujeres mayores pensaban (ya sabes cómo son las mujeres mayores con sus tonterías, no es que fuera su culpa, es que nunca habían salido de allí) que el agua del pozo evitaba que se muriesen los bebés, aunque muchos morían, una cantidad horrible.

Pasó un coche con las luces encendidas. Los árboles estaban muy oscuros y esa noche se retorcían con un viento frío.

Para mantenerla al otro lado, le dije:

—¿Crees que hace demasiado viento para que cultive tomates?

—¿Cómo lo voy a saber? ¡A mí no me preguntes! Nunca le eché mano a un tomate hasta los quince años. Teníamos que comer algas, ¿te lo puedes creer? Trabajábamos más que esclavos. ¿Alguna vez has recogido algas con un par de botas rotas de tu padre, resbalándote y patinando y destrozándote las manos y las rodillas y los tobillos en las rocas bajo la lluvia? *Sleabhcan*, se llamaba el alga. Era la cosecha que teníamos. Algas. Tengo que contárselo a Luz. Gracias a Dios llevaba años sin pensar en eso. Sé dos cosas sobre

cosechar *sleabhcan*: cómo hacerlo y cómo olvidar que lo he hecho.

Empezó a despedirse. Iba a ir con Luz a una feria de artesanía donde lo hacían todo en madera.

—De madera o de ballenas —dijo en tono de importancia—. Todo piezas únicas.

—¿Cómo que «de ballenas»?

—No sé seguro de qué parte de la ballena —respondió, perdiendo un poco de confianza.

—Bueno, espero que las ballenas no huelan. Al lado del coche hay un tejón muerto, en el sitio en el que lo dejo, en ese trocito de cantera que está justo al otro lado del monte desde la casa.

—Conozco esa cueva; era donde dejábamos los sacos —me dijo Min—. Todas las mujeres llenábamos nuestros sacos de heno o trozos de brezo para sentarnos ahí mientras partíamos las piedras.

—Qué buena idea —empecé a decir.

—Si cogías el saco de otra mujer, ella iba a por ti. Había mujeres horribles allí. Las vi arañarse la cara con las uñas unas a otras, y darse patadas, ponerse zancadillas, empujarse por las rocas y pisotearse.

—Vaya.

—Una vez, en invierno, vi a algunas de las mujeres empaparle el saco a otra con el agua de un charco y durante la noche se congeló y cuando la mujer fue a la cantera por la mañana le pegaron con él en la cabeza hasta que empezó a correr la sangre. —Y añadió, como si fuera lo más natural—: Les encantaba una pelea. A veces, aunque no hubiese problemas con los sacos, se peleaban como demonias y los hombres las jaleaban.

—¡Min, por favor!

La perra estaba apretada contra el lateral de la cabina, deseando que saliese de allí.

—Ya, ya. No eran buenos tiempos aquellos. Pero cuando eres de un sitio… Cuando todo el mundo conoce a tu gente… Como las mujeres de allí, que eran todas muy duras pero conocían a mi madre y a la madre de mi madre. Tenían buenísima memoria, además, la mayoría. Eran capaces de decirte todas las palabras de una película aunque solo la vieran dos veces. Siempre esperábamos para ver las películas dos veces. El hombre del cine se ponía furioso, pero un día llamó a la policía y le dijeron que no podía echarnos. No había ninguna ley que prohibiese estar allí el día entero.

Se echó a reír recordando aquello cuando me dio las buenas noches.

—¡Ven, bonita! —llamé a la perra—. ¡Quédate cerca, anda!

Nos colamos por la verja y recorrimos el bosque al trote, lo más rápido que pudimos.

¿Se pelearía mi abuela con otras mujeres y se quedaría ahí jadeando con la cara cubierta de barro y esquirlas de hielo y sangre?

¿Y mi madre?

El tercer y último sábado, no paraba de moverme impaciente, esperando la llamada de Min. Era una noche cálida, pero de nuevo los tonos rosas y azules infantiles del cielo de verano sucumbían a montículos oscuros de nubes. Las golondrinas cruzaban la carretera veloces, derrapando. ¿Por qué el ayuntamiento ponía una cabina en un sitio tan solitario, tras una media luna de hierba venida a menos, bajo un seto de espino blanco plagado de susurros? Imaginé que los pájaros se preparaban para meter la cabeza bajo las alas y dormir. Yo misma estaba cansada: había corrido todo el tramo por el monte y la pista de tierra, a través del prado y por el hayedo, con un pánico repentino ante la idea de que Min pudiese llamar antes de tiempo.

La perra se alejó para intentar morder las abejas que seguían trabajando entre la maleza, y yo abrí la puerta de la cabina y miré la campana (una campana redonda y metálica enganchada al techo con un cable) porque vibraba durante una décima de segundo antes de que empezara el sonido. Ferruginoso: así denominó el traductor de Proust el sonido de la campana que anunciaba la llegada de Swann. ¿Se puede utilizar esa palabra para cualquier metal o tiene que ser hierro?

La campana se movió. Agarré el teléfono.

—Hola, ¿Min? ¡Min! ¡Tengo algo increíble que contarte sobre el cabo!

Pero la hice esperar. Le hablé con todo lujo de detalles sobre cómo había ido a Milbay y en la puerta del supermercado Spar, que está donde antes estaba Bailey's (el piso de la abuela Barry había desaparecido también), un niño con aspecto de tener que estar en la escuela me había dicho que como los niños estaban todos en clase iba a poder conectarme a uno de los ordenadores de la biblioteca, y eso hice.

—¿Eso era lo que tenías que contarme?

—No. Espera.

¿Dónde estaba la biblioteca?

Al lado de la compañía eléctrica.

Cuando pasé por delante de la ventana de la oficina de la eléctrica me

paré y puse una cara fea y les saqué la lengua a las planchas, las lámparas y los frigoríficos, porque de ninguna manera me había olvidado del ingeniero que no había querido ponerme electricidad. Ojalá me hubiese visto.

—¿Te acuerdas de que te conté que estaba leyendo sobre Stoneytown en la biblioteca? Y que había descubierto que a la gente la trasladaron a Milbay y luego poco a poco desaparecieron, y que quizá se marchasen a Estados Unidos porque el tipo que se estrelló con su avión era estadounidense y los había invitado.

—¡Claro que me acuerdo! ¿Para contarme eso estabas haciendo tanta fiesta?

—Espera, ¿vale? Según mis investigaciones, salió una fotografía en el *Milbay Herald*. El problema es que hace un porrón de tiempo que ese periódico no existe. Bueno, ¡pues he encontrado los archivos del *Herald*! La mujer del mostrador ha terminado por conocerme, de todo el tiempo que me he pasado aquí, y me ha dejado bajar al sótano a buscar por mi cuenta. ¡Y Min, hay una foto! ¡Nunca pensé que fuese a ver una foto de Stoneytown! Aparece un tipo con el pelo muy recortado y un traje de aviador y tiene en la mano un casco y está con una sonrisa de oreja a oreja. Y el fondo está muy borroso aunque se ve a un montón de gente, pero delante de él, entre las piernas, tiene a unos niños colgados. No los distingo muy bien, son niños descalzos con las caras borrosas y manchas negras por ojos, pero diría que uno de ellos eres tú.

—¡Vaya! —dijo Min. Parecía totalmente perdida—. ¡Vaya! ¡Dios mío! ¡El hombre del avión!

—En el periódico real hay un pie de foto debajo de la imagen. ¿Me estás escuchando?

—¡Claro que te estoy escuchando!

—Dice: «El señor Charles Novitzky, de Duluth, Estados Unidos, apodado el Pelirrojo, ha sido un invitado muy bienvenido en Milbay esta semana, si bien inesperado. Su aeroplano, procedente de Prestwick, sufrió un problema en el motor durante un vuelo de entrenamiento y el intrépido aviador se vio obligado a aterrizar el aparato sobre los pastizales situados al este del bosque de Trumbull, una maniobra observada con el mayor de los intereses por la multitud congregada en el muelle de Milbay». Así que he presentado una solicitud para intentar ubicar la fotografía original y buscar una copia en condiciones —terminé, orgullosa.

—Léemelo otra vez —me pidió Min tras una pausa.

Creo que le temblaba la voz, pero era imposible estar segura a casi diez mil kilómetros de distancia.

Volví a leerlo.

—Eso es —dijo lentamente—. El Pelirrojo. Eso es. Tu madre y yo dormimos en la cama de nuestro padre y el aviador durmió en la cama banco y nuestro padre durmió en la silla. Aunque no durmieron mucho: mi padre sacó el poitín y los oí hablar todo el rato. Hablar de la guerra. ¿Estaba tu madre en la foto? A tu madre le parecía que era un hombre como salido de las películas…

—No sé, Min. Ya me lo dirás tú cuando vengas a casa. No sé qué aspecto tenía mi madre.

—Léemelo otra vez.

Lo hice.

Y, de repente, me contó la historia que nunca me había contado.

—A tu madre se le metió Estados Unidos en la cabeza y creo que fue por ese muchacho. Por cómo llegó del cielo. Ella tenía que escaparse porque había oído a una de las mujeres decir que quien pillase a Noreen Barry heredaría una buena casa, así que sabía que pronto empezarían a buscarle un apaño. Robaba monedas de los abrigos de los hombres que jugaban a las cartas en la casa de nuestro padre, una o dos cada vez, y las guardaba en una caja de cigarros que tenía en la tapa la imagen de un río. Le llevó un año o más y entonces pensó que ya tenía suficiente para irse a Estados Unidos. Y ese día huyó. Acabábamos de ver *El secreto de vivir* y ella estaba loca por irse. La cosa es que yo la ayudé. Le llevé su falda buena y el sombrero y una hogaza de pan al bosque, y ella tenía una bolsa escondida allí en el hueco del tronco de un árbol y se subió al autobús para Dublín, sin ningún incidente. Yo pensaba que desde entonces había vivido en Estados Unidos. Hasta que mi padre me dijo que tenía que subir a Dublín a cuidar de ella, no supe que no era así. Que nunca llegó a estar allí.

Las dos nos quedamos calladas. Fuera estaba oscuro y yo quería llorar.

Pasado un momento, Min me preguntó cómo les iba a las cabras y cómo estaba la perra, pero lo hizo sin prestar atención. Me dijo que hablaríamos a la misma hora el sábado siguiente y yo le contesté que no habría sábado siguiente: al sábado siguiente estaría en casa porque era el día de la fiesta. Entonces nos dimos las buenas noches y nos dijimos adiós y cuídate y ve con Dios, y ya está.

Volví caminando junto a la carretera y la pista de tierra. Nubes finas

como el humo de la madera se movían evasivas a la deriva dejando la luna atrás y se acumulaban en los bordes del cielo silencioso pese a dejar desnudo el entorno lunar. Vi que había salido el lucero de la tarde, un punto solitario de luz en el filo de la bóveda. Esa estrella siempre me parecía estar enviando una señal universal: ¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguna estrella por ahí que me haga compañía? Pobre Keats. «Estrella luminosa, si fuese yo tan constante como tú eres…». Se arrepentía amargamente de no haber hecho el amor con aquella muchacha antes de enfermar. Y el arrepentimiento es permanente, por supuesto, aunque no mueras joven.

La perra se restregó contra mi pierna; algo debió asustarla. Si Leo hubiese tenido un perro al menos… Pero no tenía nada más que el interior de su cabeza y no tenía a nadie salvo a sus hijos, a quienes apenas veía.

Traté de poner a la humanidad en perspectiva. Miré hacia arriba solemnemente para intentar observar desde el punto de vista de las estrellas y concebir mi falta de importancia, y la falta de importancia de Leo y la de todo el mundo, en comparación con las frías e inmensas distancias del espacio. Pero aunque sabía que el universo era indiferente a mi persona, no podía obligarme a sentir esa indiferencia. No podía evitar sentir la calidez del mundo natural, aunque estuviese frío. Me gustaba que la perra buscase mi protección. Me gustaba la silueta oscura del bosque. Me gustaba que las formas que me rodeaban fuesen formas familiares. Me resultaba placentero cómo las líneas de espuma blanca, allí donde las olas rodaban hacia la orilla, parecían deliberadas porque eran cosas brillantes que se movían con regularidad en la oscuridad.

Y no podía creer que lo que yo hiciera o dejara de hacer no tuviese consecuencia alguna, aunque supiera que al universo le daba totalmente igual. Lo que hice con Leo tuvo que importar. No podía estar bien dejar a una persona pudrirse sola en la costa adriática de Italia. Las personas se ponen en contacto unas con otras constantemente. Pronto sería invierno.

El lunes por la mañana se presentaron Andy y el veterinario para echarle un vistazo a Madre Irlanda.

—No le pasa nada de nada —dijo el veterinario mientras se tomaba una taza de té—. Va a hacer feliz a mucha más gente cuando esté muerta que estando viva.

—Ah, no —respondí—. A mí me hace feliz. Y a la perra y a la gata las hace felices.

El veterinario me miró. Lo vi contemplar a una mujer de mediana edad con raíces canosas de un mes, con unos zapatos de loneta gastados por el dedo gordo, diciendo algo sentimental. Lo vi decidir no molestarse en responder. Eso me hizo apreciar a Andy, que me sonrió y habló con ternura.

—Todos tienen que irse antes del invierno, Rosie. Lo que no se envíe en el último cargamento tendrá que ir al matadero.

—¿Cuándo es el último cargamento?

Pensaba que sería en octubre. Noviembre, incluso. Sabía que Andy iba a África con SinNecesidad durante el invierno para enseñar a la gente que recibía el ganado a manejarlo. Sabía que Pearl y él tenían su celebración de Navidad, cuando él la llevaba a cenar al sitio más elegante de Dublín y abrían los regalos, cierto tiempo antes de la Navidad de verdad.

Sin embargo, me llevé un disgusto cuando me respondió:

—Más o menos a principios de octubre. Quizá antes.

Lo miré, pero tenía la vista apartada, fija en el mar.

—¡No te la lleves antes de eso! —supliqué, aunque sabía que el veterinario estaba ahí de pie, con gesto despectivo.

Hubo una pausa. El veterinario cerró su maletín con brusquedad.

—Vale. No pasa nada por dejarla si está tan bien —dijo Andy. Entonces me explicó el motivo de su indulgencia—. Han invitado a SinNecesidad a ir a Laos. Allí un par de conejos pueden conseguir que toda una familia de niños vaya a la escuela. Tengo que vacunarme la semana que viene.

Laos.

—Venga, Rose. —Andy rompió el silencio después de que el veterinario se marchara como un rayo—. Sígueme hasta Milbay y nos tomamos un café en el Nook antes de que me vaya.

Nos levantamos para salir. Vi que la cabecita de la perra desaparecía de la ranura de la jamba de la puerta desde la que había estado observando ansiosa en busca de pistas respecto a quién se quedaba y quién se iba. Odiaba que alguien supiera que estaba observando y creyó que no podía verla; no entendía que yo pudiese verle una pata o la cola o el cuerpo entero aunque no le viese la cara.

—En cualquier caso, no sé qué pasará con el terreno de Min —dijo Andy en la cafetería—. Todo lo que rodea mi casa está previsto que sea para viviendas, ¿por qué no iba a pasar lo mismo donde Min? Aunque quizá ella quiera quedarse la casa cuando la vea, ¿no?

—Min odia Stoneytown —respondí—. Odia la historia, en realidad. Cree que el pasado no debería existir. Me apuesto a que no sabe que Estados Unidos fue propiedad de Inglaterra durante un tiempo ni nada más de ese país, y le parece perfecto. Solo espero que se asiente cuando venga a casa después de tanto deambular. Espero que no vuelva a caer enferma.

—¿A qué te refieres con enferma?

—No comía. No se levantaba de la cama.

—A lo mejor no estaba bien… —Lo miré hasta que bajó los ojos. De mala gana, añadió—: Vale. Además, se estaba encariñando mucho con la bebida.

—¡Ni siquiera me hablaba! —exclamé.

Me sorprendió agarrándome de la mano y llevándose mi palma con suavidad a la mejilla un segundo.

—Mi pobre Rosie —murmuró—. Seguro que no tenía nada que no hubiera podido arreglarse. Min es una mujer magnífica, lo es, y tú también lo eres, y la mejor sobrina posible, solo es que te preocupas demasiado. Y haz caso de lo que estoy diciendo por una vez en tu vida, porque yo de mujeres sé mucho.

Lo observé alejarse, un hombre delgado, rápido y normal, que no desentonaba nada con la gente que iba y venía por aquel pueblecito irlandés. Un hombre esencialmente misterioso, aunque a veces me parecía un libro abierto. Me di cuenta, por ejemplo, de que había organizado la visita del veterinario para hacerla coincidir con la noticia de Laos; así, fuera cual fuese mi reacción, iba a tener que contenerme. Me di cuenta también de que había algo más que le rondaba la cabeza. No me había pedido que lo siguiera hasta Milbay para charlar así en general. Pero, fuese lo que fuese, finalmente había decidido no decírmelo.

Y ahí estaba, empezando a subir las escaleras hacia el aparcamiento. Llevaba la misma ropa fácil de olvidar que todo el mundo y se estaba quedando calvo, como todos los otros hombres de mediana edad de por allí. ¿Cómo era que tantos hombres estadounidenses de esa misma edad tenían la cabeza llena de pelo? Todos esos senadores, con sus cabelleras esplendorosas de pelo blanco. No sería por la leche, ¿no?

Por impulso subí a la biblioteca y me quedé de pie justo detrás de una niña que estaba mirando el sitio web de *Friends* y respiraba muy fuerte hasta que renunció al ordenador y conseguí imprimir una nota que le escribí a Leo. La mujer de detrás del mostrador me dio un sobre marrón y

colé la carta con el correo urgente de la biblioteca, mientras echaba un euro en la caja de donaciones que tenían allí. Para la gente sin hogar. Leo era uno de ellos, desde luego.

Milbay/Kilbride. Teléfono 1-387-3896.

Querido Leo:

Te envié un mensaje en junio para hablarte del sitio en el que he estado de camping *este verano: la casa antigua que construyó mi abuelo en la punta de una península en la costa sureste, donde trabajaba como supervisor de una cantera. He sido más feliz aquí que en ningún otro sitio en mi vida (aunque ¿te acuerdas de esa casita en las dunas de arena cerca de Ostende? Ese también fue un sitio feliz, ¿verdad?). El idilio llega a su final. Este sitio es propiedad de mi tía y ella no tiene ningún interés en él, y lo que quiere sobre todo es el dinero que sin duda podría reportarle.*

Pero para celebrar que mi tía vuelve de Estados Unidos y para expresar mi gratitud por el magnífico verano que he pasado, y para reunir a mis amistades (y festejar un cumpleaños, aunque no sea uno señalado), voy a organizar un pequeño almuerzo en plan pícnic en la casa el 5 de septiembre (la muerte de Flaubert): una fête champêtre *hibernesa.*

Leo, ¿hay alguna posibilidad de que estés libre y te encuentres lo bastante bien para venir? En esta época del año hay vuelos directos Ancona-Dublín, y acabo de mirarlos y hay uno con un montón de plazas libres el día 3. Son baratísimos, así que te he comprado un billete Ancona-Dublín, a tu nombre (detalles adjuntos). Pero si no lo usas NO PASA NADA.

Sé lo poco que te mueves últimamente, y me pone nerviosa tan solo pedirte que te lo plantees. Pero significaría mucho para mí tenerte aquí. Malinterpreté muchas cosas cuando nos vimos en Macerata; no me había dado cuenta de que había llegado la hora de que tuviésemos otro tipo de amistad distinta a la que habíamos disfrutado hasta entonces. Pero quiero una amistad, si tú tienes las mismas sensaciones. Y podría alojarte en Kilbride, en la casa de mi tía, que no llega hasta el mismo día del pícnic.

Si vienes, trae ombrello, piove sempre, *como dijiste la vez que estuviste en Dublín cuando cogimos prestada la casa de Tessa.*

Llama a mi número en Dublín y recuperaré el mensaje en una cabina que hay aquí (en Stoneytown no hay línea telefónica).

Te deseo todo lo mejor, decidas lo que decidas.

Rosie

19

El martes por la mañana, lo primero que hice fue llamar a Tessa y pedirle humildemente que me ayudase con la fiesta. Tessa era doña Eficiente, después de todo. Y había unos cuantos aspectos para los que necesitaba sus comentarios. Mi culo, por ejemplo, estaba empezando a repuntar, y si no paraba iba a terminar pareciéndome a la Venus de Willendorf. ¿Había algo que pudiera hacer al respecto? ¿Y qué pasaba con el chocolate? Nunca en mi vida me había obsesionado mucho el chocolate, pero últimamente iba caminando hasta el coche en la oscuridad solo para acercarme a la gasolinera a comprar. Si Tess llegaba a usar las palabras «sobrepeso» o «dieta», la mataría.

Reaccionó como era ella.

—Claro, me pasaré por allí. Las fiestas nunca han sido tu punto fuerte —me dijo.

—Tiene que ser perfecta, Tess. Quiero que Min se quede encantada e impresionada con Stoneytown, para que no la venda. Y quiero que sea como el final de *Las bodas de Fígaro*.

—¿Quién viene, para empezar?

—Bueno, Leo a lo mejor viene.

—Pues ya no necesitamos nada más para pasarlo de lujo. El mismísimo Doctor Muerte en persona.

Me controlé respirando hondo.

—Y quiero que ocurra algo bonito y bueno en el mismo sitio en el que nuestros pobres antepasados tuvieron que llevar una vida tan horrible. Quiero que este sitio sea diferente a cuando Min era joven, incluso a cuando la perra era joven, porque seguramente la perra sea descendiente de algún perro de la cantera y…

—¿Tienes frigorífico ahí abajo? Por ir más al grano.

—Pero incluso dejando fuera a los trabajadores de la cantera, quiero que el tema de mi celebración sea el mismo que en las comedias de Mozart.

Tess intentó dejar pasar eso último, pero la curiosidad pudo con ella.

—Ah, ¿sí? —dijo vagamente.

—El perdón.

Así pues, tres días antes del pícnic, estando fuera en el patio para darle a Madre Irlanda algunas hojas de diente de león, oí un grito procedente las alturas y ahí estaba ella, abriéndose paso cresta abajo con sus botas de punta fina y tacón alto, cargada de bolsas y cajas suficientes para montar una tienda.

—Andy me dio las indicaciones y la llave de la cancela —me dijo sonriente—. ¡Guau!

Aquel día era propio del Mediterráneo, y Tess seguro que estaba pensando en eso mientras contemplaba el patio iluminado por el sol, y las hojitas de los viejos manzanos nudosos como remolinos de papel crepé de color verde, y el azul del mar en el horizonte.

—Mil veces mejor que Córcega —añadió—. Sin duda. Y este sitio es perfecto para una fiesta. Pero ¿a Leo para qué lo has invitado? ¿Es que Andy no va a estar? Siempre está aquí cuando lo busco para algo.

—No es así. Pero si lo fuera, ¿qué?

Me encanta lo transparente que es el rostro de Tessa. En esos momentos había en él una batalla entre el disgusto y la diversión, y era como ver esos dos estados en su forma más pura.

—Quiero saber cómo lo soportas, si está coqueteando contigo —me dijo. Debí mirarla boquiabierta—. Quiero saber cómo lidias con el aburrimiento, Rosie —añadió, sonrojándose un poco, pero decidida—. Yo no soy ningún ratón de biblioteca como tú, pero ni siquiera conmigo sabe de qué le estoy hablando. Nunca ha leído un libro, por lo que yo sé, salvo cosas autodidactas de veterinaria. No ha oído hablar de Mitterrand ni de Lou Reed ni de Solzhenitsyn. Bueno, vale, lo de Solzhenitsyn no es justo. Pero no ha oído hablar de Andy Warhol ni de James Connolly, ni de Seamus Heaney ni de Billy Joel. No le gusta la tele. Dice que está siempre en África o que tiene cosas que hacer por la casa o en la granja y que no tiene tiempo que desperdiciar, y que solo lee un periódico los domingos. Pero eso nos deja sin nada de lo que hablar. Es que, a ver, a mí me encantaría ir a la Toscana y me encantaría ir con un hombre, pero cuando se lo comenté a Andy me respondió: «¿Y dónde está la Toscana esa?». —Tess hablaba a borbotones, con distintos tipos de tensión—. Andy era la única perspectiva

que me quedaba por delante, y le tengo mucho cariño y siempre se lo he tenido y encajamos muy bien para todo salvo para hablar. Pero ahora te está rondando a ti, y es que no me lo puedo creer. ¡A ti! Es decir, yo te resulto aburrida, y tampoco estoy tan mal. Pero Andy no sabría ni por dónde le vienen los tiros. A ver, que tú has disfrutado de más hombres que yo de desayunos calientes. Has estado en…

—¡Para un momento! —le grité—. Son las diez de la mañana, así que no podemos empezar a beber todavía, pero vamos a hacernos un té fuertecito. Tenemos que calmarnos un poco.

Así que preparamos un té y nos lo llevamos fuera y abrimos los pastelitos que estaban pensados para la fiesta. Bell salió a hurtadillas de la rendija en la que había estado escondida y bebió un poco de un platillo con leche.

—¿Por qué te gustaría ir con un hombre? —le pregunté a Tess.

—¿Ir adónde?

—Lo acabas de decir. A la Toscana, por ejemplo.

—Ah. —Desaceleró un poco y me miró con gesto incierto—. Bueno, nada, lo típico. Por lo que viene después de una buena comida y eso. —Y rápidamente añadió, para disimular—: Y por cómo te mira la gente si vas con otra mujer. Dos pájaras viejas, eso es lo que piensan.

—Pero Andy querría… ¿Comer, no comer..?.

—Pensaba que eso lo sabrías tú.

Pese a que la miré con recelo, no vi que mostrara desprecio ninguno.

—Nunca he intercambiado más que un beso en la mejilla con tu primo —le dije altiva.

—Sí —respondió, y me miró fijamente con sus ojos sinceros—. Pero ¿qué piensas tú?

Era mi amiga leal, así que no me molesté en recurrir al «qué pienso de qué».

—Creo que tiene una ternura maravillosa para ser un hombre, solo hay que verlo con un gato o con un perro. Pero no sé si es ternura lo que tú buscas.

—¿Es lo que buscas tú?

—¿Lo que yo busco? —Miré a mi alrededor. Le di un buen sorbo al té. Respiré hondo y dije—: Lo que yo busco es un amante que sea un buen hombre, un hombre al que le importe yo, y que le guste y que disfrute de mí y que Min le caiga bien y también tú y Peg y que le gusten los perros y los

gatos y que le encante Irlanda, y quiero que además sea un poco distante y muy muy bueno gestionando su vida, y esencialmente independiente para que nunca vaya a creerme yo que me pertenece, y que esté obnubilado por lo que sea que haga pero abierto a nuevas experiencias, y que encaje tanto con mi forma de ver las cosas que hablemos hasta que nos quedemos dormidos y nos despertemos entre risas y besos. Más que besos.

—¿Por algún casual quieres que además sea bien parecido? —me preguntó Tess tras una pausa.

—¡Sí! —exclamé—. Y que sea vigorosa pero sensiblemente heterosexual, y que no haya tenido en su vida a ninguna otra mujer antes, madre incluida, ahora que lo pienso; y por supuesto sin hijos.

—¿Dinero?

—El dinero no me preocupa tanto.

—Perfecto entonces. No deberías tener ningún problema para encontrar a alguien.

Nos reímos tanto que empezamos a rodar por las baldosas, y Bell volvió a marcharse, hastiada.

Formamos un equipo magnífico limpiando la casa. Por supuesto, el mejor consejo cuando las cosas iban mal era: «Dale una buena limpieza a algo». Dejé a Tessa trabajando sola mientras yo iba a por el cuaderno rosa para anotarlo. De hecho, estaba tan motivada ante la inmediatez con la que las tareas domésticas habían tenido un efecto psicológico que guardé todas las cosas de limpieza en una caja para hacer un repaso a fondo en la casa de Kilbride cuando al día siguiente subiera a Dublín.

Nos acostamos temprano, y la perra husmeaba extasiada entre nuestras espaldas, y Bell se echó en la almohada a mi lado y me metió la cola prácticamente en la nariz. Habíamos limpiado hasta el último rincón de la casa y del patio, así que estábamos agotadas, y a Tess casi no le dio tiempo de decir buenas noches antes de dormirse. Yo dije un «proclama mi alma la grandeza del Señor» para agradecer, a quien o a lo que hubiese por ahí, la grandísima buena suerte de dormir junto a una amiga y a unos animales queridos al son del mar sereno. Muchas veces en mi vida, muchas, me habría parecido increíble pensar que algún día pudiera tener tanta suerte.

No obstante, hubo una cosa que me mantuvo más tiempo despierta.

Mientras estábamos limpiando todos los huecos de la hornilla de hierro nos pusimos a hablar sobre el trabajo doméstico que habían tenido que

hacer las mujeres de generaciones anteriores, y eso nos llevó a hablar de la devoción que Andy sentía por su madre. Tessa comentó por casualidad (y yo me quedé impactada, porque normalmente ella se negaba a admitir que alguna acción pudiera someterse a análisis) que, pese a todo, Andy nunca dejaba hablar a su madre.

—Pearl habla todo lo que tiene que hablar cuando él no está. Fíjate, Rosie, la próxima vez que estés con los dos. Sabes que es una mujer muy sentida y que exagera un poco, lo que pasa es que a nadie le importa porque es un alma pura y decente. Pero a Andy sí le importa, y la tiene atemorizada para que no abra la boca mientras esté él delante.

—¿A qué te refieres con atemorizada? Si es el hombre más blando que he conocido en la vida…

—Con nosotras sí. Pero a la madre le gruñe cada vez que ella le pregunta algo, y no le responde si le dice alguna cosa referente a cómo se siente o le pregunta cómo se siente él. Lo que más hace es gruñirle. Así que la madre capta la indirecta y se calla la boca, o lo deja hablar sobre el kilometraje que debería estar haciendo el coche o sobre el tiempo que hará al día siguiente.

—Pero a una esposa no la trataría así, ¿no? —Yo había tenido jefes por todo el mundo que no consentían que las mujeres usaran su propio lenguaje y les quitaban toda la confianza arrebatándoles la fluidez en el discurso y haciéndolas hablar como hombres—. Seguro que no, si es una mujer que tenga ya su propia vida.

—Dependerá, ¿no? —dijo Tess—. ¿No dependerá de si se cree que la mujer es de su propiedad? Eso podría hundir a cualquiera —concluyó, pensativa.

—Sí. Eso haría que cualquiera se sintiera más sola que la otra persona que no sabe quién es Salman Rushdie.

—¿Quién es Salman Rushdie?

Y volvimos a echarnos a reír.

A la mañana siguiente salimos a nadar, Tessa con un bañador en condiciones, yo en bragas y camiseta. Después cocimos un par de huevos para el desayuno en el hervidor de agua. A continuación, Tess le dio un repaso a la *mousse* de salmón y la dejó en la despensa bajo una bandeja con piedras para sujetarla bien, y yo le eché un vistazo al cuenco grande de pudin de frutos rojos que había preparado.

—Frambuesas para una salsa —le dije a Tess—. Recuérdamelo. Congeladas servirán. Y nata. El domingo será un buen día para empezar a

adelgazar.

Después le dejamos comida y agua a la perra y metimos a Bell en su trasportín (para ella iba a ser todo un regalo hacer el viaje de ida y vuelta a la ciudad fingiendo que conducía) y emprendimos el camino por la cresta.

—Solo nos faltan las faldas *dirndl* para ser las niñas Von Trapp —comenté.

Tess dijo que aquellos montes parecían vivos de verdad con el sonido de la música, porque la mañana estaba tan quieta que se escuchaba una canción de los Beatles sonando en algún sitio de Milbay. *I wanna hold your hand…*

—Muy potente todavía, ¿eh? —le dije, pero no me estaba prestando atención.

—No sé qué le ves —me soltó, y entendí a quién se refería—. Aunque al fin y al cabo nadie sabe lo que ve nadie en nadie.

—Yo sí sé lo que la gente ve en George Clooney.

—Bien jugado.

Observé a Leo caminar lentamente hacia la zona de llegadas con un precioso traje de lino que de inmediato lo señalaba como no irlandés. El corazón se me encogió de la pena al ver cómo un hombre tan imponente hasta hacía tan poco tiempo se había vuelto tan frágil con tal rapidez. ¡Y solo tenía cinco años más que yo! No llevaba nada más que un bolso de viaje y un maletín, pero de todos modos parecía que le pesaba, así que me escurrí bajo la barrera para correr a ayudarlo. Me mantuvo un segundo apartada de él para estudiarme. Seguidamente, se inclinó y me dijo en voz baja: «Estoy encantado, como siempre, de ver tu cara tan luminosa».

No podía devolverle el cumplido, pero sí me puse de puntillas y apoyé mis labios en los suyos. Su atractivo nunca había tenido nada que ver con la vitalidad; sin embargo, quizá por ser tan inexpresivo en los demás aspectos, llevaba una discreta vida erótica de una concentración y una intensidad asombrosas. No obstante, a mí siempre me había parecido guapo de un modo anticuado; siempre había pensado que tenía el mismo estilo distinguido del marido de Ingrid Bergman en *Casablanca*, cosa que nunca le había dicho, en primer lugar porque era muy posible que no hubiese visto la película, y segundo porque nunca decíamos nada personal el uno del otro. Éramos igual de educados que un par de colegas, como si lo que desvelábamos sobre cada uno en la cama hiciese redundante cualquier otro

tipo de declaración.

Pero los años de cama se habían acabado ya. Y de cerca volví a ver lo que había visto antes en Macerata: que aunque la piel de Leo estuviese bronceada y llevara ese pelo tan fino peinado a la perfección, y aunque sonreía y murmuraba como siempre, las medias lunas de debajo de los ojos las tenía hinchadas y teñidas de azul. Ese hombre no estaba bien.

—¡Qué alegría que hayas venido! —le dije, mientras lo llevaba hacia la salida, y mis palabras no podían ser más sinceras.

A menudo, durante las noches lánguidas de Stoneytown, había vuelto a las habitaciones en las que había vivido y a la gente a la que había conocido y a los amantes con los que había temblado y que ya estaban fuera de mi vida por completo, tan fuera como si se hubiesen hundido bajo las olas con la Atlántida. Que hubiese una buena oportunidad de que eso no nos ocurriese a Leo y a mí era algo muy valioso, incluso aunque la pasión se hubiera escurrido de nuestra relación. Tenía ante mí la posibilidad de sacar algo de lo que hasta entonces siempre había acabado en nada.

—¿Cuántos años hace que estuve aquí? —me preguntó Leo, levantando la cabeza y sonriendo al ruidoso viento irlandés y al cielo lleno de nubes apresuradas—. Una de mis pequeñas capitales favoritas, pese a las idiosincrasias de vuestros músicos de viento metal…

El comentario se refería a aquella vez, cuando tres años atrás Tess nos había dejado la casa que llevaba vacía desde la muerte de sus padres, en la que habíamos ido al único concierto que había ese fin de semana en la ciudad: una interpretación de la Novena de Beethoven. En el recital, la trompa no había tocado su solo, sino que más bien lo había tirado por el suelo y lo había molido a patadas. Leo se había quedado fascinado de que algo así pudiese ocurrir, aunque él era tan ordenado que sentía un aprecio desmesurado por el desorden.

—¿Tienes hambre? —le pregunté, mientras lo ayudaba a subir al coche y le guardaba el bolso de viaje—. Podríamos ir al norte, a Skerries. Hay un sitio pequeñito y sencillo en el puerto en el que cocinan el pescado recién sacado de las barcas.

—¿Quizá a un sitio que no suponga conducir mucho?

—Estás cansado, cielo, te lo noto en la voz, pero es hora de cenar y yo vengo directa del campo y no hay nada de comer en la casa de Kilbride. Oye, hay un sitio, en una antigua escuela reformada, a no más de diez minutos de aquí, donde cocinan muy muy bien. ¿Probamos?

Sin embargo, cuando estábamos en la cola para entrar al aparcamiento del iluminadísimo Old Schoolhouse Restaurant, Leo me tocó la mano y me dijo:

—Mejor lo dejamos, Rosie. He comido algo en Zúrich. Podríamos apañarnos un picoteo y ya está, ¿no?

—Vamos a hacer una cosa. Vamos a pasar por el Sorrento de camino a casa y vamos a pedir *fish and chips*. ¿Qué te parece? Entras tú y lo encargas, porque las patatas recién hechas llevan diez minutos, y yo mientras tanto aparco y luego voy a buscarte.

Para cuando había aparcado el coche, había dejado el equipaje en la cocina, había echado una cerilla al fuego y había ido andando hasta el local, Leo estaba apoyado en la barra, enfrascado en una conversación con Enzo. Me paré a pensarlo entonces y me di cuenta de que Enzo era una especie de italo-suizo, de algún sitio cercano a Lugano. Los dos tenían una copa del espantoso vino tinto de Enzo en la mano y estaban discutiendo seriamente sobre sus propiedades, mientras la joven esposa de Enzo, que en su día había inspirado la imprudente devoción del señor Colfer, atendía al gentío de adolescentes de siempre.

Médicos, habían pasado a los médicos. La espalda de Enzo. La espalda de Enzo y el dolor de espalda. La espalda de Enzo y el ungüento que le pedía a su esposa que le frotase todas las noches.

—Comida —le susurré a Leo—. ¡Me muero de hambre!

Enzo lo escuchó y empezó a envolver dos trozos grandes de bacalao ahumado y rebozado y a echar patatas en unas bolsas.

Hubo *arrivedercis* por todas partes. Leo iba a pasarse en algún momento a probar el blanco. La señora Enzo los estaba fulminando con la mirada, pero los dos hombres, que se despedían con un efusivo apretón de manos, ni siquiera se habían dado cuenta.

Me gustó ir andando por la calle con él, agarrados del brazo salvo cuando alguno de los dos echaba mano de la bolsa en busca de otra patata. Noté que Leo tenía tanta hambre como yo. Aquel sitio me parecía deliciosamente poblado y bullicioso después de estar en Stoneytown, y todas las ventanas por las que pasamos dejaban ver lo que ocurría en la habitación frontal de las casas, como un retablo espectacular tras otro. La gente me saludaba y asentía a Leo. La señora Beckett, que le habría estado dando al vodka, me gritó desde su puerta: «¿Quién es el mozo, Rosie? ¿Va vestido con el pijama?». Pero no tenía la dentadura puesta, así que Leo

seguramente no la entendiese. Aunque las luces estaban encendidas en casa de Reeny, yo sabía que estaba en España, y menos mal, porque si no habría tenido que lidiar también con sus comentarios.

—Buena gente —dijo Leo en tono de aprobación—. Y esta Irlanda… Se me había olvidado. Está tan al oeste que la luz es muy distinta. Qué raro es que haya luz en el cielo hasta tan tarde.

Le encantó la casa de Min. Saqué el *fish and chips* y lo puse en unos platos y cogí la sal y el vinagre, y mientras comíamos Leo estuvo mirándolo todo a su alrededor, murmurando «perfecto, perfecto»: las orejas de oso púrpuras en su maceta de cerámica, el sillón pequeño y azul, la alfombra de delante de la chimenea, el aparador color hojalata, las cortinas amarillas… Sin embargo, lo vi volver a mirar sin sonreír una cosa en concreto, varias veces, y me di cuenta de que eran las escaleras, que subían empinadas junto a la chimenea.

En un momento de inspiración, corrí a la puerta de al lado y fui a por Monty, y bajamos mi cama recién comprada por las escaleras y la pusimos bajo la ventana de atrás, por donde entraría un montón de aire si Leo quería aire.

—Y espera y verás… —Subí las escaleras y volví con las magníficas sábanas que había comprado en Manhattan bajo la influencia de la ropa de cama de lino del Harmony Suites—. ¡Mira! ¡Y mira esto también! —Y abrí la puerta de atrás. El cielo tenía un turquesa rico y moteado que profundizaba hacia un azul marino—. Hay un baño ahí que volvimos a instalar para mi padre un par de años después de que el ayuntamiento lo quitase por afán de modernidad. ¿No es muy práctico? Y, lo que es mejor, no está lloviendo. *Non piove sempre*.

Bell entró a hurtadillas desde el patio y me pasó junto a las piernas.

—Gatito, gatito —le dijo Leo educadamente.

Bell miró a Leo y luego a mí. Después, de mí volvió a Leo. A continuación regresó fuera, sigilosa, y cerré la puerta tras ella de un golpe para que supiera que de todos modos no era bienvenida si no iba a mostrarse agradable con un invitado.

Leo lavó los platos e incluso preparó café instantáneo, aunque prácticamente se tapó la nariz para tomárselo, y yo le bajé unas perchas para el traje y el otro traje de repuesto y los colgó del gancho de detrás de la puerta; se puso el pijama y se lavó los dientes en el fregadero, y luego limpió el fregadero escrupulosamente y se metió en la cama. Yo me senté a leer el

periódico delante del fuego. Estábamos tan a gusto como un matrimonio viejo.

Me estaba levantando para irme ya a la cama cuando me acordé de un runrún que se me había quedado en la cabeza.

—Leo, ¿tú has pagado el *fish and chips*? Porque yo no.

Se hizo un silencio tan largo que me volví para mirarlo. Estaba incorporado en la cama, apoyado en las almohadas que le había buscado, y tenía los ojos sombríos fijos en mí.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No tengo dinero, Rosie.

—¿No tienes dinero? —repetí como una estúpida. ¡Mi señor con clase! ¡Con tres hijos estudiando en el internado de Downside! ¡Asesor del Consejo de Ministros de la Unión Europea en materia de cultura!—. ¿No tienes dinero para pagar un *fish and chips*?

—No. No tengo nada. Si no me hubieses pagado el billete…

—¡Ay, Dios! —grité de dolor.

Y no fue por el dinero, sino por pensar que había venido solo por mi culpa.

—¡No, Rosie! —Se dio cuenta del porqué de mi exclamación—. Habría pedido el dinero prestado, pero habría venido para tu cumpleaños de todos modos, ¡mi niña! No te imaginas lo que significó para mí recibir tu carta. —Se vio entonces con total claridad cómo tuvo que reunir fuerzas para seguir hablando. En un susurro, dijo—: No podía traer una maleta. Hubo un problema con la dueña de la casa en la que tenía alquilada una habitación. Lo único que podía llevarme era lo que cupiera en el bolso de viaje, así que cogí mis notas y el texto escrito y unos CD, porque si no la *signora* se habría dado cuenta. Quizá la ropa sí me la guarde, aunque no creo, porque estaba muy enfadada. Además, ahora mismo no sé todavía cómo voy a encontrar el dinero para pagarle.

—Pero, Leo…

Se me vino una idea horrible a la cabeza. ¡Todas las comidas y las habitaciones! ¡Todos los martinis y los capuchinos! Ay, Dios mío, la factura de teléfono de aquella Navidad en Ancona… Tenía intención de pagárselo, pero nunca lo hice.

—¿Cuánto tiempo llevas así? ¿Desde hace cuánto tienes este… este problema?

—Al principio no iba tan mal la cosa —empezó a decir. Entonces debió

entender el rubor de mi cara—. No, Rosa. Decidí no explicártelo. Fue mi decisión.

—¿Por eso no querías ir al Old Schoolhouse a comer? Pero ¿qué vas a hacer? —dije, y me llevé las manos a los labios.

—Mi mujer es muy buena madre, y creo que quizá pronto se dé cuenta de que debería hablar con el padre de sus hijos, y cuando hablemos llegaremos a algún acuerdo. Ella siempre ha sido rica, y lo sigue siendo, aunque hay muchas cosas de valor en la casa de Lucerna que son de mi familia y que tengo derecho a vender. Pero tendré que esperar a que ella hable conmigo. Como marido, soy culpable de todo.

—Pero ¡no estás bien!

—Estoy cansado. Nada más.

—¡Bueno, pues quédate aquí! Mira lo cómodo que estás ahora. Min, mi tía, ¿te acuerdas? Ella vuelve mañana y cuando le explique que necesitas descansar será la hospitalidad hecha persona. Y mientras tanto… —Rebusqué el monedero en mi bolso—. Mientras tanto, Leo, este es todo el dinero que tengo encima y mañana sacaré más…

Se le estaban cerrando los ojos. Lo último que murmuró fue algo sobre el padre de Mozart. En realidad, se estaba riendo cuando se quedó dormido, así que adiviné en un golpe de ingenio que estaba pensando en la música que Leopold escribió para la trompa, y en lo que habría hecho con ella el músico que habíamos oído masacrar el solo de la Novena.

De MarkC a RosieB

Me ha llamado Chico. Creo que se está echando atrás. Me ha dicho que el momento celta ha pasado por ahora, que el momento internacional ha pasado también, y que ahora es el momento latinoamericano.

Le he dicho que tendremos las 10x150 palabras para él dentro de muy poco tiempo. Me ha respondido que las palabras no importaban, que lo que importa es una sinopsis que pueda darles a los de ventas. Que esos no leen nada más.

¿Alguna posibilidad de que me mandes una sinopsis?

De RosieB a MarkC

«*Diez ideas para la mitad del viaje* explora, usando un formato íntimo y de fácil lectura, ese momento de tránsito, en el viaje de la vida, en el que las preguntas de la juventud ya no son relevantes y las respuestas de la edad aún quedan en el futuro.

Has llegado a la rica y fértil llanura de la madurez.

¡Ahora es TU momento!

¿Quieres aprovechar para prosperar en sabiduría y disfrute? Pues deja que estas diez ideas falsamente sencillas te acompañen.

¡Lee!

¡Piensa!

¡Goza!».

De MarkC a RosieB

Eres una genia. Se lo he mandado a Chico.

A la espera de fama y fortuna.

Markey

20

A la mañana siguiente, el día antes del pícnic, preparé unas tazas de té para los dos y me senté junto a la cama de Leo mientras él se bebía la suya, con Bell mirándonos fijamente desde el otro lado de la habitación. Me besó la mano cuando le llevé una tostada.

Nada mal para empezar la víspera de tu celebración de cumpleaños, pensé. A ver, es un experto mundial en Brahms lo que tenemos aquí, no el parroquiano cervecero del bar de la esquina.

—Ay, gracias —le dije—. Bueno, ¿cómo estás hoy? ¿Serías capaz de hacerme el favor de ir a la tienda?

Le expliqué cómo tenía que pedir el pan para que le pusieran una hogaza del día con corteza crujiente y al momento salió camino del Xpress. Tardó tanto que estaba ya duchada y vestida cuando volvió con los ojos relucientes, farfullando feliz que aquello había sido como ir a llenar el cántaro al pozo de un oasis, con tanta gente como había por ahí charlando. Además, todo el mundo había sido muy amable con él, y le había preguntado dónde se alojaba y cómo estaba yo y cómo le iba a Min en Estados Unidos.

Ajá, pensé. Doy por hundida la reputación que me quedaba.

Mientras Leo lavaba los platos fui a mirar el portátil y me acomodé para recibir más elogios de Markey.

De MarkC a RosieB

¡¡¡URGENTE!!!

Rosie, amiga, espero que estés sentada.

Le envié a Chico el mensaje con tu brillante sinopsis y recibí una respuesta de que estaba fuera de la oficina y en la que no mencionaba cuándo iba a volver.

Así que llamé a Louis en persona.

Me contó que «Chico ya no está en la familia Louisbooks». Lo dijo en un tono de voz tan imponente que de inmediato entendí por qué es multimillonario y yo

no. En fin, que Chico se ha ido.

Respiré hondo y le dije que qué pena, que tú habías hecho un trabajo increíble reuniendo algunas ideas que exploran, usando un formato íntimo y de fácil lectura, ese momento de paso en el viaje de la vida en el que las preguntas de la juventud ya no son relevantes y las respuestas de la edad aún quedan en el futuro.

Me respondió que desde luego era todo un logro y que te felicita por ello. Me dijo que su gente le ha contado que hay cierta saturación en el sector de los libros de crecimiento personal. Lo inteligente ahora es centrarse en los coleccionables.

Trapos de cocina, por ejemplo, me dijo. Las tiendas de regalos están locas por vender trapos coleccionables. ¿Tendríamos nosotros alguna idea para trapos que quisiéramos venderle?

Le dije que lo llamaría.

Pasa un buen día, Louis, le dije.

Yo sabía que en Seattle solo eran las tres de la madrugada, pero no pude contenerme.

—¡Markey! —grité al teléfono, tan alto que Bell saltó del sillón por la ventana sin tocar el alféizar—. ¡Markey, cómo han podido hacernos esto! ¡Cerdos capitalistas, eso es lo que son! Deberíamos haber tenido un abogado.

—¡Rosie!

Me habló casi igual de alto. Imposible que hubiese estado durmiendo.

—¿Qué?

—¡Cálmate!

—¿Cómo voy a calmarme? Cuando el mayor…

—Rosie, eso puede esperar. Para. ¿Te has calmado? ¿Sí? Bueno, tengo noticias relacionadas con Min. Nada de lo que preocuparse en absoluto, y pensaba contártelo por la mañana, pero ya que has llamado… La policía de Portland encontró mi tarjeta al lado de la cama de Min, en su caravana, y me llamó hace como una hora, y les aseguré que conozco a Min de toda la vida, por supuesto, y que es una señora jubilada y respetable, etcétera, etcétera.

—¿Y qué estaba haciendo la policía en la caravana de Min?

—Al parecer se pasaron a hacer una visita al parque de caravanas (nada de redada, más como la visita de un pastor) porque había habido varios pequeños disturbios allí dado que, según los policías, aquello es más o

menos una guarida de alcohólicos; parece que hay unos cuantos inuits bebedores por allí, y algunos mexicanos y guatemaltecos que han estado también por la zona, y hay una especie de fiesta permanente todo el día, todos los días, aunque la edad media de los fiesteros supera los setenta años. Pero no iban para acusar a nadie de nada, ni siquiera a los ilegales. Fue la Oficina de Salud y Seguridad la que le pidió a la policía entrar porque la gente mayor no prestaba atención a las advertencias sobre incendios y cosas así. Pero cuando la batida llegó a la caravana de Min, les dio la impresión de que había desaparecido. No hay ningún motivo para que esté desaparecida, ¿verdad? Tiene el visado de turista perfectamente en orden, ¿no? De todos modos, no había rastro ni de ella ni de Luz. El pasaporte de Min tampoco estaba, ni su dinero. La policía lo comprobó y Min acababa de recibir el sueldo de un mes del Galway Bay Saloon y se había despedido.

—¡Ay, no te preocupes, Markey! —Me reí aliviada—. Sé dónde está. ¡Viene de camino a casa! Viene a mi pícnic de cumpleaños, que es mañana. Estoy rezando para que la comida no se estropee, hace un tiempo espléndido. Pero lo de la rata de Chico y su…

—¡Rosie Barry! Podemos hablar de eso mañana. Mi pareja, que tiene la desgracia de dormir en la parte de la cama en la que está el teléfono y que nunca ha conocido a ningún Barry, se ha despertado ya dos veces esta noche a cuenta de los asuntos de las Barry…

—¡Ay, lo siento, Markey! ¡Dormid bien! Llámame cuando puedas, ¿vale?

Intenté explicárselo a Leo: lo de mi viejo amigo Markey, lo del gancho de venta de la sabiduría celta, la promesa de un cuadernillo inspirador con los bordes recortados para venderlo junto a las cajas registradoras a compradores compulsivos, ¿me sigues, Leo? No me seguía. Así que lo mandé otra vez al XPress a por materia prima para hacer unos espaguetis carbonara de almuerzo, aunque al volver me dijo que no sabía si iba a encontrar las palabras adecuadas para expresar su desprecio hacia el paquetito de queso gratinado conocido en Kilbride como «parmesano». Por no hablar de la curiosa textura de la pasta irlandesa. Ante el olor del beicon friéndose, Bell, a su pesar, no logró controlar su glotonería y entró deslizándose veloz por la ventana. Eso me recordó que a Monty a lo mejor le apetecía comer con nosotros, así que fui y le llamé a la puerta, y cuando me respondió le dije que se viniera a comer espaguetis. Sabía que si lo llamaba por el muro de atrás le iba a dar demasiada vergüenza.

Observé a Monty con cariño. Toda su vida se había mirado a sí mismo

siempre que existía la posibilidad de un reflejo, y en esos momentos estaba de pie ansioso delante del espejo del pasillo de su casa. El cuerpo atlético, que antaño había lucido magnífico con unos vaqueros, se le había convertido en un pecho palomo ceñido a la cintura. El pelo le raleaba, y sacó el peine que siempre llevaba en el bolsillo de atrás y le dio un tiento rápido.

—¿Qué tal tu madre? —le pregunté.

Era Reeny la que conseguía que Monty siguiera adelante, aunque Peg fuese su novia.

—Mi madre tiene un novio español —me dijo lastimero.

Logré responderle «Ah, ¿sí?» en vez de: «Ya lo sé, y creo que es genial y es lo mínimo que se merece, y ojalá sea un tío medio decente y hable inglés, pero aunque no sea así son buenas noticias, y tú tienes cuarenta y tantos años y ya es hora de que los dos soltéis amarras mutuamente».

Una vez iba de vuelta a mi asiento en un avión lleno de señores de negocios que esperaban el servicio de cena y algunos de ellos tenían las servilletas sujetas bajo la barbilla; fue como caminar por un jardín de infancia entre hileras de bebés expectantes e inocentes. Monty era así. Siempre vi en él al crío rechoncho que miraba impasible la televisión en nuestra casa mientras su madre lloraba con desesperación en la suya. En los hombres es mucho más fácil distinguir a los niños que llevan dentro que en las mujeres.

—¿Qué tal la cama? —le preguntó con entusiasmo Monty a Leo, que parecía bastante sorprendido por la afabilidad.

—¡Perfecta! —respondió Leo, e hizo un gestito con el pulgar y el índice que denotaba perfección, y del que habrían hecho considerable escarnio los tipos que se apoyaban en la barra del Kilbride Inn—. ¡Comodísima! ¡Y el silencio, magnífico!

—¿Hay mucho ruido entonces en el sitio del que vienes? —le dijo Monty, haciendo todo un esfuerzo conversatorio.

—En los últimos años he estado viviendo en ciudades italianas y nunca ha habido silencio ni un solo instante. Pero confío en regresar a la casa de mi familia, en Suiza…

—¡Suiza! —comentó Monty entusiasmado—. ¡Estuve por allí no hace mucho, en el Open! ¡Nunca había visto un campo como ese!

—¿Y eres más de madera o de metal? —quiso saber Leo.

De pronto pensé que estaba hablando de instrumentos musicales, pero

resultó que el hijo de Leo, el de quince años, en el que Leo confiaba para ablandar a su esposa en cierto sentido, era capitán de golf en su escuela privada inglesa.

Eso bastó para que Monty acogiese a Leo bajo su ala como compinche deportivo. Antes de darme cuenta, Monty iba camino de la puerta de al lado a recoger sus palos y unos abrigos para los dos y llevar a Leo a Portmarnock para enseñarle un campo de golf típico irlandés.

—Es ideal para alguien que está en horas bajas —me aseguró Monty—. No hace falta ni que ponga un pie fuera del carrito de golf: solo tiene que respirar la brisa marina mientras yo hago una ronda de práctica.

Miré a Leo con gesto de impotencia: las mangas de una chaqueta con capucha morada de poliéster con la palabra «Equipo» estampada le llegaban hasta las puntas de los dedos.

—Rosie, esto para mí es magnífico porque la próxima vez que vea a mi hijo tendré muchas cosas de las que hablar con él —me dijo.

—Pero ¡estarás fuera horas! —me quejé—. ¡Y tengo mucho que hacer en Stoneytown!

—Bueno, pues tú vete allí y deja de meternos presión —respondió Monty—. Yo cuidaré de Leo y le presentaré a algunos de los muchachos y me ocuparé de que coma. En Portmarnock hacen unos filetes magníficos. Unas pintas y a la cama tempranito. Y luego mañana se viene al pícnic conmigo.

—¿Y qué pasa con Peg?

—Peg va a ir con Tess.

—¡*Va bene*, Rosie! —dijo Leo—. Para mí es un plan más que satisfactorio.

Monty sonrió orgulloso como si fuese personalmente responsable de que Leo hablase otro idioma.

Corrí tras ellos. Leo se estaba subiendo con cuidado al coche de Monty.

—¿Llevas dinero suficiente? —le susurré con urgencia—. Tienes que pagar la ronda que te toque…

—*Qu'est-ce que c'est?*

—¡Monty! Explícale aquí a nuestro *ami* cómo va el sistema de rondas irlandés, ¿vale? Y cuida de él. Y…

—¡Nos vemos mañana!

—¡Hasta mañana!

Pasé la tarde limpiando la casa de Min, le di un manguerazo al patio y dejé el fuego dispuesto con una caja de cerillas al lado, mientras caminaba feliz por entre las formas mantecosas que el sol creaba en el suelo. En la radio empezó a sonar la canción que yo consideraba mi sintonía de apertura personal, porque la ponía siempre que decidía que había llegado la hora de irme de algún sitio. Me senté en el umbral de la puerta escuchando, encantada como siempre. Era la última canción que había compuesto Schubert, y la conocía muy bien porque la tenía en cinta, en la época en la que la gente usaba cintas. *El pastor en la roca*, se llamaba. Por algún motivo, la parte del pastor siempre la canta una soprano, que le dice al mundo que está consumida por una pena honda, que su alegría ha acabado, y que toda esperanza se ha perdido en la tierra.

«Qué sola estoy aquí», se lamenta, y el clarinete se lamenta con ella.

Y entonces (me abalancé sobre la radio y subí el volumen), en un vertiginoso y magnífico cambio de tornas, motivado por absolutamente nada, un cambio que siempre que lo escuchaba me hacía sonreír sin remedio, suelta: «Se acerca la primavera». «¡Primavera, mi alegría! Ahora me prepararé para la travesía».

Solía ponerla siempre que iba a emprender mi propia travesía…

Salí al patio trasero de Min y allí mismo en ese momento hice una promesa: todo aquello se había acabado. En mi interior se había instalado una decisión en firme cuando ni siquiera había estado planteándomelo. Seguiría con mis travesías, pero volvería siempre a un hogar.

Esa cosa que me había hecho apartarme de Hugh Boody, esa cosa que me granjeaba amigos en todas partes y en ninguna, esa cosa que pagué voluntariamente con soledad, esa cosa era la libertad para perseguir la maravilla, y la había seguido por todo el mundo. Eran las cataratas de Iguazú y la catedral de Colonia, y el submundo coralino de la Gran Barrera de Coral, y todos los sitios en los que aún no había estado. Era convertirme de repente en una escritora de miniensayos de sabiduría por los que unos desconocidos me pagarían una gran suma de dinero y que otros aún más desconocidos leerían y sopesarían.

Sin embargo, en ese momento lo normal y corriente me causaba la misma excitación. Por ejemplo, me había encantado, en Stoneytown, sacar las cosas del desayuno la noche antes, solo una taza y un plato y un cuchillo y una cuchara, pero colocarlas junto al hervidor, preparadas, me había resultado de lo más placentero. Me encantaba recoger la ropa del tendedero

y llevarla a la casa y vestir la cama de limpio, las sábanas con esa sutil capa de frío de las brisas que las habían secado. Me encantaba, justo antes de irme a dormir, comprobar los cerrojos del granero y de los cobertizos acompañada por la perra, y luego colocar la barra en el interior de la puerta de atrás. La perra fanfarroneaba correteando por delante de mí hacia la siguiente tarea. Me encantaba que hiciéramos lo mismo todas las noches, y a ella también, lo sabía.

A los demás, cuando brindasen por mí en el pícnic, les diría: no he vuelto tal y como me habéis visto volver muchas veces. Ahora estoy en casa. Si me marcho de nuevo, no será más que de excursión.

¡Genial! ¡Bueno, en marcha! Sí, había estado en el supermercado, sí, había embalado los platos y los vasos, sí, había agarrado a Bell, que estaba enfurruñada en su cesta en el asiento del copiloto, y sí, había colocado sobre el asiento trasero el vestido recto y blanco que me había comprado en Miconos, y que calculaba que a los cinco minutos de estar en Stoneytown ya le habría pasado algo. El segundo traje de lino de Leo estaba colgado en la parte de atrás de la puerta, largo y fino como él. ¿No era el encaprichamiento la cosa más parecida al mal tiempo? Algo que lo arruinaba todo cuando hacía acto de presencia y que ni se notaba cuando no.

Sonó el teléfono.

—¡Ay, Min! Esto es perfecto. ¡Me pillas saliendo por la puerta! Estaba un poco preocupada porque Markey me contó anoche que la policía de Portland se había puesto en contacto con él (habían encontrado su tarjeta en tu caravana) y me daba miedo que te fueras a llevar una sorpresilla si veías a un desconocido en tu casa, pero ¿te acuerdas de que tenía un amigo, un hombre, que me llamaba de vez en cuando y tú siempre decías que hablaba como si estuviese leyendo las noticias? ¿Te acuerdas?

—¿Que la policía llamó a Markey? ¿Por qué tenían que hacer eso, por el amor de Dios? ¿Qué tendrá que ver Markey con nada?

—Bueno, ¡qué tendrá la policía que ver con nada! Es decir, ¿por qué no le dijiste a nadie que te marchabas de la caravana? ¿Por qué no me contaste…?

—¡Vamos, Rosie! —me interrumpió con brusquedad—. Tú no te has matado nunca precisamente por contarme cuándo ibas de un lado al otro.

—Pero yo nunca he tenido ningún tema con la policía…

—¡Ni yo tampoco! ¡Por eso me fui de allí! No quería acabar en ninguna

comisaría y recibir una reprimenda de unos hombres lo bastante jóvenes para ser mis nietos. ¿Qué había hecho yo? ¡Nada! Y el alquiler estaba ya pagado y tenía el sueldo en el bolsillo, así que me fui. ¿Por qué no iba a hacerlo? Si se me permite la pregunta. Y Luz no se mete en los asuntos de nadie. Luz no quiere tener nada que ver con ningún policía.

—Pero ¿por qué ha tenido que estar la policía metida de por medio en nada?

—¡Porque esto es un país de locos! Toda la gente rica está delgada y mala de los nervios y tiene miedo hasta de su sombra, y toda la gente pobre está gorda y todo el mundo intenta evitar que disfrute de algo. ¿Sabías que si compras una botella de vodka aquí (que es una cosa baratísima, te lo digo, en comparación con esos delincuentes de la tienda de licores del barrio) tienes que dejarla metida en una bolsa de papel? ¿Y que no puedes abrirla dentro de un coche? ¡De un coche! No le estábamos haciendo nada a nadie y de pronto nos encontramos con que los propietarios del parque de caravanas les presentan a Tuk y a Maya una lista de cosas malas que se suponía que habíamos hecho, más larga que tu brazo. Estoy indignada con Estados Unidos, vamos si lo estoy. Aquí solo es buena la gente, las leyes son indignantes.

—Bueno, ya estás camino de casa. Ya no importa. —No podía seguir regañándola. Además, tenía tantas cosas acumuladas que enseñarle y tanto que preguntarle que no era conveniente andar peleándome con ella. Y Leo estaba viviendo en su cocina—. ¿Dónde estás, por cierto?

De repente se me ocurrió pensar que quizá no hubiese llegado aún a Nueva York.

—Estoy en Duluth.

—¿Qué? ¿Dónde? —Entonces me acordé. El aviador. El aviador que estrelló el avión. Era de Duluth—. Pero…

—Estoy llamando con una tarjeta y la voz acaba de decir que solo quedan cincuenta céntimos, y Rosie, no veo yo claro lo de ir hasta Nueva York para coger el avión a Dublín. —La voz le sonaba más nerviosa que nunca—. Tenemos una habitación en un sitio para gente sin hogar respetable, temporales nos llaman, y tenemos nuestro propio baño y todo, deberías ver los azulejos, son mejores que los que Reeny trajo de España. Pero hemos tardado bastante en encontrar este sitio y tengo que enterarme de dónde está la emisora de radio, y Luz y yo estábamos tomándonos una copa al cruzar la carretera y el tipo del local nos preguntó si alguna de las

dos quería hacer un turno en la cocina esta noche y le dije que yo, porque Luz todavía no está…

—Pero mañana es mi cumpleaños —empecé a decir. Casi noté cómo se me enfriaba la sangre—. ¡Y tu visado! ¡Tu visado, Min! ¿Tu visado no caduca pasado mañana? ¡Por eso tienes que venir a casa! Tienes que venirte. Tienes que salir de Estados Unidos antes de la medianoche de mañana. ¿No está Duluth cerca de Canadá? ¡Vete a Canadá! Llama a Markey y pregúntale qué hacer, venga, Markey te ayudará. Min, compra un billete en clase *business* si hace falta. —Le estaba gritando mientras ella gritaba también—. Llámame mañana, Min, si no consigues llegar a Stoneytown —le grité.

—Te llamo mañana, Rosie —me gritó en respuesta—. En la cabina, cuando sean las nueve de la noche donde tú estás. Me enteraré de cuándo es eso donde estoy yo. Tengo el número escrito en la funda de las gafas.

—¡Llama a Markey! Mark Cuffe, en Seattle.

—Lo sé. Lo haré si lo necesito.

Entonces me dijo la cosa más sorprendente que me había dicho en la vida, y nunca había sido una mujer predecible:

—Pensé que mi padre a lo mejor se había venido aquí. El aviador invitó a todo el mundo.

—Pero ¡tu padre tendría ahora ciento y pico de años!

—Me da igual. Iba a preguntar por la radio. Quizá alguien se acuerde de él.

21

Fue una mañana de muchos y muy sentidos «proclama mi alma la grandeza del Señor». ¿Desde cuándo tenía yo tanta suerte?

Estaba sentada fuera, en el banco situado sobre la orilla, con un jersey puesto encima de mi vestido recto de lino de Miconos, haciendo acopio de algunas páginas de la visita de Marcel a Gilberte, cuando escuché un grito procedente de la cresta. ¡Un cartero! La perra no podía creerse su suerte y corrió pendiente arriba para agacharse a sus pies.

—¿Cree usted que el tiempo va a quedarse así? —le pregunté en un grito.

—¡Sin ninguna duda! Tome, envío de entrega inmediata. Firme aquí. Hay una borrasca sobre Vizcaya, por eso es, así que durará semanas.

Un sobrecito grueso. ¿Quién habría pensado en mí?

—Bueno, con hoy ya me basta —respondí, y el cartero le dio a la perra una caricia amable y volvió sobre sus pasos.

—Está bien ver que la casa vieja vuelve a tener vida —me gritó.

Los sellos eran estadounidenses y la dirección del remite era de Seattle. El regalo era una imitación de un librito, una tarjeta de cumpleaños con los bordes recortados y el texto de mis nueve «ideas» impreso en unas páginas diminutas. ¿Cómo lo había programado Markey para que llegase el día de mi cumpleaños? ¡Menuda confianza en el servicio de correos! Fácil, a la vista de que no había pasado su vida adulta en Irlanda.

Aquella cosita tenía un aspecto encantador, inacabada como estaba. Bueno, aunque eso fuese lo único que sacara de mi gran proyecto, ya era algo.

La perra no había acabado de recuperarse del cartero cuando se oyó el ruido de otro coche. Se encariñó con Leo desde el momento en que lo vio caminar lentamente bajando la pista de tierra, mientras Monty lo seguía de cerca con gesto protector. Serían las sandalias, comenté, porque Leo no era una persona que se congraciase así con un perro, y no hizo mucho más que

asentir en respuesta al entusiasmo del animal. Eran unas sandalias italianas preciosas con los dedos cubiertos, y cuando Monty se las elogió Leo dijo con grandilocuencia que le enviaría un par nada más volver, que le anotase el número y el color (dinero quizá no tuviese, pero lo que sin duda no tenía era mentalidad de persona empobrecida). Se quedó prendado de Madre Irlanda y le dedicó algunos cumplidos en italiano, y la cerda empezó a hacer oinc como loca ante aquellas atenciones, y la perra tuvo que subirse al muro del chiquero para supervisarlo todo. Luego se alejó de golpe de la pocilga para investigar el ruido de otro coche más, y observó, alerta e inmóvil, cómo aparecía Andy con la caja de una tarta sujeta por una cuerda que tenía agarrada con los dientes y una botella de champán en cada mano. La perra subió la pendiente seguida de Bell, que adoraba a Andy. Luego hubo más ruidos de otro coche y al par de minutos aparecieron en el horizonte Tess y Peg.

La perra empezó a corretear en círculos. Claramente estaba pensando: esta situación requiere preparación máxima para la batalla.

Bell en cambio perdió el interés, saltó al caballete del tejado y se arrebujó allí como si no tuviese intención de volver a bajar nunca.

El sol brillaba y aquel sitio parecía el paraíso mientras se lo iba enseñando a todo el mundo. Exclamaban por todo. El pequeño y perfecto hogar digno del mejor escenario que me había montado dentro del cascarón de la casa y su magnífico elemento distintivo: la electricidad. Los platos que brillaban a la luz vacilante reflejada por el mar. Los escalones fregados que subían a la semibuhardilla, con sus velas metidas en pantallas de cristal junto a la cama. Mi pulcro retrete portátil en el cobertizo de piedra encalada, con la puerta de madera flanqueada por unos geranios de color rojo cereza en unas viejas macetas de hierro. El granero, donde la cesta de la perra, sobre el suelo de piedra, quedaba protegida de la brisa del mar por unas balas de paja. Los muros gruesos y cubiertos de musgo del huerto y los manzanos envejecidos, con las copas aplanadas a la perfección por el viento, y las hojas aún del color de un caramelo verde. El sendero de losas que hice para bajar a la orilla, con sus bordes de piedrecitas blancas. La mesa de caballete que Andy había montado en el patio, en la parte trasera de la casa, alejada del mar, donde disfrutar de la ausencia de viento. El banco que arrastré hasta allí, y las sillas de madera de fabricación casera que encontré en las otras casas en ruinas, y las mantas viejas con las que las había

acolchado.

La perra se acopló para presidir el pícnic como poseída por el espíritu de una anfitriona, supervisándonos desde la hierba de la pendiente, con la cola enrollada en sí misma a modo de paréntesis y los ojos brillantes de interés.

Monty había tenido la gran idea de llevar un cubo lleno de hielo, donde metimos el vino y el champán mientras hacíamos la visita. Le veía muy buen aspecto a Monty ese día, lo pensé mientras lo observaba aflojar los corchos: el ligero bronceado y la ropa clara y los náuticos en los pies le hacían sentirse mejor consigo mismo. Y estaba envuelto en sonrisas tímidas. Leo y él habían formado una sociedad de admiración mutua basada, por lo que yo alcanzaba a distinguir, en la incomprensión mutua.

¡Crrriiic op! ¡Plop plop!

—¡Para eso están los hombres! —dije—. ¡Para abrir botellas de champán! Para abrir cremalleras. Para abrir…

—Qué pena tan grande que Min no esté aquí —comentó Peg—. ¿Por qué nunca nos contó que se había criado en un sitio tan bonito?

—Pero todavía puede llegar —respondí—. Es temprano. E incluso aunque no pase de Dublín, me va a llamar esta noche a las nueve.

Peg no solía beber, pero ese día se estaba tomando unas cuantas. Tampoco se le conocía un gran interés por los animales, y sin embargo se estaba poniendo de lo más emotiva con la perrita negra. La llamó para que bajase de su puesto en la hierba y le agarró la cabeza para demostrarnos que tenía las pestañas curvadas hacia arriba como una estrella de cine. La perra la miraba desde abajo con adoración. Aunque cuando hubo cierto retraso porque la *tarte flambée* de Tess no se ponía crujiente en el horno, y Tess no nos dejaba empezar con ninguna otra cosa, la perra se marchó con Monty y con Andy. Monty, huelga decir, quiso comprobar el potencial de Stoneytown como campo de *pitch and putt*.

Leo se había puesto una de mis camisetas en vez de su preciosa camisa blanca y entró a la cocina a preparar una ensalada, mientras las tres mujeres poníamos la mesa.

Peg empezó a contarnos a Tessa y a mí las últimas correrías de su padre. Se había bajado los pantalones delante de la cola del autobús y el conductor había llamado por radio a la policía. Había entrado en el supermercado Londis y había cogido un paquete de galletas de chocolate de un estante y se había quedado allí plantado comiéndoselo entero.

Nos estábamos riendo a carcajadas cuando me di cuenta de que Peg estaba blanca de la tensión.

—En el centro de día no quieren que vuelva —dijo, empezando a sollozar—. ¿Qué voy a hacer?

Para darle oportunidad de recomponerse, le pregunté a Tessa:

—¿Y tú? ¿Cómo está tu gran persona mayor?

—La tía Pearl está bien. Pero no le menciones Laos. Está haciendo una novena para que no pase. Aunque no se lo digas a Andy porque Pearl no quiere que él sepa que está destrozada. Hacen falta dos para fingir que todo va sobre ruedas. —Peg se estaba sirviendo otra copa de vino—. Se suponía que iba a ir otra vez al peregrinaje diocesano a Fátima, pero no ha podido porque está ocupándose de las flores para la boda de la hija de unos vecinos. Veinte mil euros se va a gastar la tonta de la novia en una boda abominable.

—¿Cuál era el tercer secreto de Fátima? —dijo Peg, un poco mareada ya —. ¡Ahí tenéis tarea!

—Que Dios no existe —respondió Tess—. Entonces abrieron el sobre y había un papel que decía: «Ja, ja, ja».

—No es eso —añadí yo—. Era una cosa que se hizo realidad cuando el búlgaro ese, como se llame, intentó matar al papa. El secreto era que alguien intentaría matar al papa.

—¿Sí? —dijo Peg con la boca abierta—. ¿Y especificaba un búlgaro?

Le costó un poco decir «especificaba».

—Creí que había sido un turco —comentó Tess.

—A ver si vuelven ya los muchachos y podemos comer —dije—. Te estás despeinando un poco, ¿lo sabías?

—Da igual. A tomar por saco —me respondió Tess.

—¿Quién vivía en esta zona? —preguntó Peg—. Eso es lo que no entiendo. Es decir, ¿esta casa por qué está aquí? Si no hay carretera…

—Investigué un montón en la biblioteca de Milbay mientras esperaba a que los puñeteros adolescentes se hartaran de intentar ver porno en los ordenadores, y parece que la hilera de casas, las que están juntas, la construyeron para trabajadores del campo en algún momento a principios del siglo XIX, y luego los trabajadores abandonaron este sitio y no quedó más que contrabando. Después, la primera guerra mundial acabó con el contrabando y luego llegaron mi abuelo y la otra gente, como en la década de 1920. Venían del oeste de Waterford, y los más mayores hablaban irlandés. Pero no eran artesanos. Eran más bien, aparentemente, como

nómadas, una familia muy amplia quizá, o una pequeña tribu dentro de los nómadas, y solo estaban aquí porque había casas en las que podían pasar el invierno. Y luego se pusieron a trabajar las canteras porque en la zona los repudiaban demasiado para poder dedicarse a reparar cosas como solían hacer los hombres itinerantes, o a vender esto o aquello, en el caso de las mujeres. Pero cuanto más he intentado averiguar, más he visto que no tengo la formación adecuada sobre Irlanda, no sé si me explico.

—No, no te explicas —me interrumpió Peg, bastante agresiva—. Todo eso ha sonado mucho a formación, la verdad.

—¿A ti qué te pasa, Peg? —le pregunté, asombrada.

—Sí, te explicas —dijo Tess—. Que no tienes las cualificaciones correctas. Yo estoy pensando en buscarme algún título de administración de empresas. La asesoría psicológica no da dinero, y lo que las mujeres necesitamos es eso, dinero.

—No era eso lo que quería decir —empecé a responder.

—O un hombre con dinero —dijo Peg.

—No —empezó a replicar Tess.

—Bueno, Rosie —la interrumpió Peg—, ¿qué ha pasado con el libro que ibas a escribir? *Pasos fáciles para ir riéndote a la tumba*.

—¿Por qué has tenido que recordármelo? No ha salido bien. De los dos estadounidenses que iban a sacarlo, uno desapareció y el otro no quiere. Ahora lo que quiere es un trapo de cocina.

—Yo tengo un trapo de cocina genial que compré en Canadá —dijo Peg —. De este tío, que lo mismo es búlgaro también, que se llama Khal, Khal no sé qué, que empieza por G. Son frases muy profundas, lo guardo con la plata buena, nunca he secado nada con él.

—Yo tengo el *Si* —comentó Tessa—. El poema de Kipling. «Si logras mantener la cordura cuando todos a tu alrededor…». Lo tengo puesto en la pared. Y tengo otro con una receta de pan de soda irlandés que compré en Texas. Y tengo *Ve plácidamente entre el ruido y la prisa*.

—¡Ese me lo voy a comprar! —exclamó Peg—. ¡Lo vi en casa de mi cuñada! Se llama *Desideralgo*. Es genial también.

—*Desiderata* —dijo Tessa.

—Oye, ¿dónde se ha ido el francés, Rosie? —Peg estaba cansada del tema—. Es todo un caballero, ¿eh? Pero ¿está cultivando las cosas de la ensalada o qué?

—No es…

—Nunca había visto a un hombre tan mejorado —comentó Tess—. Antes miraba por encima del hombro a todo el mundo, pero ahora tiene los modales y las pintas de Hugh Boody. ¿Os acordáis de Hugh Boody? ¡Eso sí que era un caballero! ¡Un hombre entre un millón! Y ni una palabra, Rosie Barry, ni una palabra de compasión recibí de tu parte cuando mi Hugh murió. Peg vino al funeral, ¿verdad, Peg? Aunque sabe Dios que era lo mínimo que podías hacer. Pero tú, Rosie… No te culpo por lo del funeral porque estabas en Australia. Pero cuando volviste a casa, cuando volviste a casa y yo, no tú, yo saqué el tema, ni una palabra, ni una sola palabra…

—No sabía qué decir…

—Por Dios bendito, Tess, ¡eso fue hace tropecientos años! —dijo Peg—. ¿Qué tiene de especial estar muerto? ¡Todos vamos a estar muertos en cualquier momento! —Se puso en pie un poco aturdida—. ¡Venga, vamos a echarnos una siestecilla! ¿Diez minutos? Y luego ya comemos, y si los muchachos no han vuelto entonces, problema suyo.

—Vale. Buena idea —respondió Tessa.

Las dos entraron a la casa y las escuché subir entre risitas la escalera hasta la buhardilla.

Leo se animó a salir de la trascocina.

—Hablan mucho, tus amigas. La gente irlandesa habla mucho —me dijo.

Nos sentamos como un matrimonio feliz en la calidez del patio trasero con la cara levantada al sol, y Leo me informó de que mi transistor de radio no era lo que se entendía en general por un «aparato para la reproducción de sonido» y que el ruido que emanaba de él «no tenía nada que ver con la música».

—Que me guste la música clásica ya es un milagro, señorito —le respondí—. Mira a tu alrededor. De aquí es de donde viene mi familia, aquí es donde se criaron mi madre y Min. Aquí. En Stoneytown. No en el centro de Milán. Repara en la ausencia de orquestas sinfónicas.

Todo estaba tan tranquilo que ni siquiera reñí a la perra, que había vuelto de su paseo y estaba subida al brazo de una silla, con una pata delicadamente extendida hacia la mesa, agenciándose con mucha calma algo de *brie*. Me serví media copa de vino. No, un cuarto. Quedaba mucho día por delante aún. *Consejos para malos momentos, o cómo sobrevivir a la vida*: no le des mucho a la botella en tus propias fiestas.

Leo había sacado el precioso bloc de notas que utilizaba cuando

escuchaba música. Vi que en todas las páginas había hecho un dibujito: la fachada de la casa desde la orilla; la cocina con la hornilla; la parte de atrás, con los patios y los cobertizos alrededor; y el extremo del gablete que estaba casi oculto por el muro alto del huerto.

—Le haría muy poco a esta casa —me dijo en confianza—. Es casi perfecta como está. Pero mira, Rosa. —Hizo una marca rápida en el tejado inclinado a la altura de la puerta principal—. Aquí, dado que estas losas del tejado hay que volver a colocarlas de todas maneras, aprovecharía la oportunidad para empotrar un balcón en saliente, casi invisible desde el frontal pero en ángulo para compartir la luz, que entraría al dormitorio a través de una pared de cristal.

—Pero, Leo…

—Y aquí… —Pasó al boceto del muro del gablete vacío—. Creo que podrías hacer otra entrada aquí, alejada del viento imperante. Podrías trasladar los refugios de los animales aquí y, además, el sitio para los cerdos podría esparcirse entre nuevos manzanos. Me temo que los árboles que hay son demasiado viejos para salvarlos.

—¡Leo, esta casa no es mía! Y Min quiere venderla. ¡Así que para!

—Ay, lo siento, cariño. Se me había olvidado lo de la propiedad. Es solo que la reforma de esta casa supone un reto que uno no puede resistirse a considerar.

—Me alegro mucho de que hayas venido a Irlanda, Leo —le dije en tono cálido—. ¿Te lo he dejado ya claro? Algún día…

—Pero, Rosa —me interrumpió—, ¿no dijiste ayer que unos estadounidenses que debían estar locos iban a darte dinero? ¿Por qué no compras la casa con eso? Es un ingreso inesperado, ¿no?

Le di un susto cuando me puse en pie de un salto tirando la silla vieja y gritando a pleno pulmón:

—¡Monty! ¡Andy! Uno de los dos. ¡Venid! ¡Rápido! ¡Rápido!

Y cuando Monty respondió desde lo alto del monte ni siquiera me paré a explicar lo que estaba haciendo.

—Monty, ¿tienes monedas de euro? Acércame a la cabina de teléfono de la carretera principal, ¿vale?

Cuando llegamos a la cabina yo fui a lo mío mientras Monty le daba la vuelta al coche.

Llamé a la oficina de Markey, porque si lo despertaba otra vez en su casa era mujer muerta.

«Markey, querido, este es un mensaje para ti como agente mío que eres, un mensaje de negocios, urgente, ¡urgente! ¿Le respondes a Louis y le preguntas cuánto pagaría por el texto para un trapo de cocina? No me había dado cuenta de que en realidad esos trapos pueden significar mucho para la gente. No es una idea tan descabellada escribir alguno. Si nos sale una cuantía razonable, podría ofrecerle ese dinero a Min como anticipo por la casa vieja y luego pagarle el resto conforme vaya recibiendo el sueldo de mi próximo empleo. ¿Podrías hablar con Louis hoy? Porque Min viene de vuelta ¡y sería magnífico solucionar esto el día de mi cumpleaños! No es que no sea ya un día magnífico: nuestro cuadernito ha quedado precioso y recibirlo ha sido el mejor regalo de mi vida, aunque solo haya nueve ideas y aunque Louis no lo quiera. Me has alegrado el día y está siendo maravilloso. Lo dejo en tus manos, Markey…».

El teléfono murió. Los euros se habían acabado.

Bueno, había dicho todo lo importante.

—¡Eh! ¿Dónde están las chicas?

Andy nos saludó feliz con la mano a Monty y a mí desde donde estaba sentado a la mesa, con la perra a los pies. Parecía estar obviando a Leo un poco adrede, pero resultó que Leo se había quedado dormido tras las gafas de sol, con los dedos largos perfectamente entrecruzados sobre el regazo. Un hombre de su elegancia… ¡Haber tenido que escabullirse de su casera y dejar su ropa atrás! ¡Estando mal y cansado, y tener que hacer eso!

—Está agotado, el pobre hombre —dijo Andy.

Tessa irrumpió por la puerta de atrás.

—Esta tarta está lista para que le metan mano, como dijo la otra —canturreó—. ¡Que alguien vaya a por los platos!

Leo se levantó y se sirvió algo de *mousse*, ensalada y espárragos. Cuando empezó a quedarse dormido otra vez, le dije:

—¿Has oído hablar alguna vez de la merienda del Sombrerero Loco? ¿Te acuerdas del lirón? El lirón estaba siempre dormido y los demás lo metían en la tetera. Si no te andas con cuidado, voy a meterte en la tetera.

—Tú déjame tranquilo —me respondió apaciblemente—. No sé de qué está hablando nadie aquí y no puedo gritarte como tus amigos hacen. Y estoy más que dispuesto a meterme en la tetera. No sabía cómo contar lo de mi situación económica, pero ahora que te lo he dicho soy un hombre feliz.

Se colocó el sombrero panamá tapándole la cara, dobló otra manta para

ponérsela entre la espalda y la silla y cayó en un nuevo sueño.

El ruido del resto aumentó aún más.

Me oí a mí misma decir, mientras troceaba una pera:

—La verdad es que se me rompería el alma si perdiese a mi Min.

—Pero no la estás perdiendo, solo…

—Sí la estoy perdiendo. Va a ser una persona distinta cuando vuelva de su aventura.

—¡Pero que tienes cincuenta y cinco años, madre del amor hermoso!

—La edad que tengas no supone ninguna diferencia. La mujer que lleva la residencia Sunshine me contaba que todo el mundo llora llamando a su madre. Cuanto más mayores, más lloran por ellas.

—¿Y qué quieren? —dijo Peg antes de echarse a reír—. Si mi madre estuviera viva, le preguntaría a mi padre si le parecería bien que contestase. —Entonces se dirigió a Monty—: ¿Y tú qué?

Todos percibimos el inconfundible desprecio en su voz.

—Mi madre iba a traerme unos retoños de alcornoque de Fátima —dijo Andy—. Pero al final no fue. Los alcornoques son muy interesantes. —El envite conversatorio no se dirigía a nadie en particular y nadie respondió, pero le sonreí para agradecerle el intento de disimular la tensión—. Ahora me va a tocar llamarla por teléfono —continuó. Se había tomado un par de copas de vino y tenía la cara más colorada que nunca—. Esta mañana he dado una vuelta con ella. El Renault ese viejo que tiene le está fallando y tenía que enviar unas flores.

—Ya le advertí sobre el Renault —empezó a decir Monty.

—Y me he tomado un té con ella al acabar, y la mano le temblaba un poco, y de pronto ha sido como… ¿La gente mayor sufre? Me he llevado una impresión gorda cuando la he visto así. Está en muy buena forma, pero tiene ya ochenta años. No sé si debería llevármela a Laos conmigo. Dice que no quiere venir, pero ¿cómo lo veis? ¿Estaría mejor allí que aquí? —Nadie aventuró una opinión. Andy acabó de hablar desamparado pero orgulloso —. Lo es todo para mí. Como dice la gente, el mejor amigo de un hombre es su madre.

—¡Pobre Pearl! —le murmuré a Tessa—. A las madres con hijos que las quieren más les valdría estar presas.

Pero Tessa de repente estaba desolada.

—A mí no me importaría ser ella —me respondió, también en un murmullo.

El plan era tomar un segundo postre de plátano frito en la hornilla con azúcar moreno, nata y ron, pero no había plátanos suficientes porque resultó que Peg se los había dado a Madre Irlanda para consentirla. Aunque dijo que nos lo compensaría más adelante con una sorpresa. Así que nos tomamos cada uno un cuenco de cereales para seguir en pie y recobrar la sobriedad. Seguidamente nos fuimos a dar un paseo breve, al ritmo de Leo.

Hubo una efusión de oincs de Madre Irlanda cuando pasamos por el chiquero, sin duda como reclamo de más plátanos.

—Una *cadenza* —le dije a Leo.

Y eso lo hizo reír, y fue maravilloso escucharlo. Nunca se había reído, apenas sonreído, en Macerata.

Las cabras estaban en el primer campo de siembra, incluidas tres crías, de un blanco puro, con unos ojos salvajes y dorados. De repente se me hundió el ánimo y un frío gélido me atravesó el corazón. Desde el instante en que las vi, esas preciosas crías me habían recordado a los hijos que nunca había tenido. Cada vez que veía a alguna tenía que combatir el deseo de apretarla contra mi vientre y sentir el pulso vivo de su cuerpo en mi carne.

Me quedé ante la valla con el resto y esperé a que el dolor pasara.

Nadie sabe lo que siento, pensé. Lo que significa que yo no sé lo que sienten ellos. Eso da aún más valor al hecho de que nos rompamos los cuernos para estar juntos.

La primera brisa de la noche que se acercaba levantó el pelo rubio y fino de Peg.

—Leo está cansado —dijo—. Vamos a volvernos. Mi sorpresa es que he traído salchichas y bollos, por si a alguien le interesa. Y mostaza. De la buena, de la aguada.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Monty.

Peg le lanzó una mirada tan desesperada que deseé no haberla visto.

—Se ve la luna aunque todavía sea totalmente de día —dijo Tess—. ¿Por qué pasa eso? Debería haber ido a la universidad.

—Mataría por un perrito caliente —dijo Andy, y la perra se puso a bailar alrededor y a mirarnos inquisitiva porque había oído la palabra «perrito».

Agarré a Peg de la mano y eché a correr con ella por la pista de tierra como si fuéramos niñas pequeñas, aunque no pude evitar darme cuenta de que corríamos raro.

—Se ha estado viendo con otra —me susurró de inmediato—. Ella se

cree que él es Dios todopoderoso y eso es lo que él busca. Veintiocho años tiene, la niña…

Cuando le sostuve la cabeza para darle un beso fugaz le noté el sudor del pelo.

Leo caminaba tan lento que se había quedado rezagado y lo esperé en casa.

—¿Te apetece volverte a Kilbride con Monty? —le pregunté en voz baja —. Son solo las cinco de la tarde y ya has llegado al tope, creo. ¿Te las apañarás bien en la casa tú solo? Podrías ir donde Enzo a por la cena.

—Pues claro que me las apañaré. Estoy contentísimo en esa casa —me respondió.

—La llave está en la puerta. Ya sabes: metes la mano y buscas la cuerda. Pero primero llama porque a lo mejor Min está dentro. Si es así, dile que esta noche a las nueve clavadas estaré en la cabina de teléfono para que me cuente. Y a ti te veo en Dublín por la mañana, Leo. Desayunaremos algo rico.

Estábamos cruzando el patio hacia la puerta trasera, abierta. Yo avanzaba lentamente recogiendo vasos y platos, saboreando la tarde-noche, y me quedé ante el extremo del gablete un momento mirando la marea que subía. Me gustaba el modo en que el festón de espuma al borde del agua se derramaba hacia delante y luego, lánguido, a los lados. Después me uní a los demás, que habían encendido un fuego resplandeciente en la hornilla, y me comí una salchicha que Peg pescó de la olla de agua hirviendo. Con las puertas trasera y principal abiertas, la brisa se colaba desde el mar hasta el monte de atrás como si estuviéramos en un templo.

—Min nunca ha vuelto a ver esta habitación desde que tenía quince años —dije—. Vino aquí una vez con mi padre en la moto de él, pero no pudieron llegar a la casa. Tuvieron que dormir en el granero.

—¡En los graneros siempre hay ratones! —dijo Peg temblando—. ¡Dios mío! Probablemente haya ratones aquí ¡y podrían haberme saltado encima mientras me echaba la siesta! Creo que es una locura dormir en este sitio, Rosie.

—No hay ratones, creo. Espero.

—No creo que Rosie esté loca para nada —dijo Tessa con lealtad—. Este sitio es tranquilísimo.

Monty cantaba para sí:

«You-ou-ou may say I'm a dreamer,
but I'm not the only one…».

Para acabar, me llevé a Leo a un aparte y le expliqué paso a paso cómo conseguir que el mando a distancia sintonizara France-Inter en la televisión y dónde encontrar el chocolate negro que me había escondido a mí misma para no comérmelo, en las *Obras completas de Shakespeare*. A la mañana siguiente le llevaría pan recién hecho.

A continuación, la perra y yo (y Bell, caminando veinte pasos atrás, fingiendo ser también un perro) acompañamos al resto por la cresta, de camino a los coches. Aquel sitio nunca había tenido un aspecto más bonito. Detrás de nosotros, el horizonte entero estaba repleto del mar reluciente y por debajo de nuestras voces, mientras hablábamos y nos reíamos, quedaba el sonido de los guijarros peinados por las olas, arrastrados lentamente hacia arriba y luego liberados en diversas exhalaciones.

—Es una península, esto… —empecé a decir.

—Sí, lo sé —respondió Monty alegre—. Justo se lo estaba diciendo a Leo. Y eso es lo que marca la diferencia, que pasa la carretera. Olvídate del *pitch and putt*, en este sitio podría estar uno de los mejores campos de golf de Irlanda.

—Escuché a Min usar la palabra «isla» hace muy poco cuando me contaba la huida de mi madre. Me dijo que mi madre salió de la isla cuando tenía quince años. Y cuando lo busqué, Min tenía razón. El nombre de este trocito saliente de tierra en irlandés es *oilean aoife*, la isla de Eva. Según el diccionario, *oilean* puede significar isla o también sitio aislado.

—Correcto —dijo Monty—. Castleisland, la isla castillo, está en Kerry y no tiene mar por ningún sitio.

—Por Dios, Monty, estás hoy llenito de información —intervino Peg.

—La isla de Eva es un nombre genial para un campo de golf —siguió Monty.

—¿Es que todo tiene que ser golf? —respondió Peg casi a gritos.

Estábamos todos en silencio. El golpe y el siseo del agua contra la roca subía desde la orilla. Palomas torcaces etéreas, blancas y grises como el aire, planeaban hacia el bosque.

—Tu madre se largó, y al final no pasó nada —me dijo Monty pensativo.

—Depende de a qué te refieras con «nada» —contesté.

Entonces cubrí los metros que quedaban hasta la cima de la cresta

corriendo por delante de los demás y allí me di la vuelta y extendí los brazos como un héroe conquistador y di unos pasitos de baile, mirándolos y riéndome.

—¿Yo soy nada? —grité.

Y todos gritaron:

—¡No!

La brisa sopló el pelo de las cinco cabezas en la misma dirección de tal modo que, al mirarlas, cualquiera habría pensado que formaban una piña, que todos estaban en la misma pandilla. Pero yo sabía cuántas dudas y recelos había entre ellos, y cuántas entre ellos y yo misma. Y eso me hizo apreciarlos aún más: saber que a todos les costaba seguir adelante con la vida, y que aun así estaban dispuestos a celebrar, que aun así eran generosos. Tres hombres, dos de ellos perdiendo pelo. Dos mujeres que ya habían superado la edad de tener hijos. Y yo, que la había pasado hacía mucho. Nuestras versiones de edad madura me conmovieron mucho más que si hubiéramos sido jóvenes. Resultaba maravilloso que hubiéramos salido de nuestras vidas independientes y nos hubiéramos reunido allí, en la cima de una cresta, por ningún motivo práctico más allá de ser amigos.

Y, por supuesto, lloriqueé de felicidad cuando me cantaron el *Cumpleaños feliz*.

Lo recogí y lo limpié todo y me preparé un té fuerte, y salí temprano camino de la cabina de teléfono para asegurarme de estar allí a las nueve en punto.

Un espectacular atardecer carmesí bañaba ya el oeste. Grandes penachos de nubes moradas y doradas se extendían uniformes por aquel horizonte mientras fuera, en el mar, al este, el cielo se había resignado a un gris también uniforme. La brisa había caído al anochecer. Nunca antes había visto un mar tan calmo. Se expandía como una serigrafía en tonos de gris, plata y negro; en el cielo, nubes solitarias duplicadas por sus brillantes reflejos; al borde de la orilla, las rocas replicadas en el agua como los dos lados de un recorte de papel; el muelle roto que resaltaba en negro sobre un segundo muelle negro y, al otro lado de la desembocadura del río, la masa lejana de Milbay titilando ligeramente bajo su propio ser inmóvil. Incluso las aves que vadeaban el agua al borde de la playa de guijarros, que nunca solían parar de canturrear, se habían quedado en silencio.

A lo lejos tocaba una banda. Debía de haber una boda en el hotel,

remontando el estuario.

Subí la pista de tierra caminando y la perra, medio invisible en el ocaso, era una presencia líquida en torno a mis pies. Cuando una paloma torcaz voló bajo por encima de mi cabeza, la perra dio un salto y soltó un gruñido amenazante.

Me estás protegiendo, bonita, le dije en voz queda, y quiero que sepas que lo sé.

Pero no se quedó para que le acariciase la sedosa coronilla. Se fundió con la noche incipiente.

Por delante de mí, en la oscuridad del bosque, algo blanco parecía moverse. ¿Era una cabeza de pelo blanquecino, mirando de lado? ¿O era un rostro? Se adentraba cada vez más en los árboles oscuros. ¡No! Venía bajando por el camino. ¡Venía hacia la casa!

¡El corazón se me disparó! ¡Los oídos me trinaban! ¿No era eso una persona?

Empecé a avanzar a trompicones. ¡Sí! ¡Lo consiguió! Habría cogido un taxi a la estación y luego el tren a Milbay…

Una cabra. Inquieta. Blanca grisácea, moviéndose por entre la hierba oscura. Empecé a escuchar ya sus balidos tenues.

La observé. Fantasmal y con pies ligeros, venía por la pista de tierra, pero en cuanto me vio saltó a la orilla del prado y desapareció entre las sombras.

Esperé en la hierba del área de descanso por última vez. Cuando cogiese el teléfono sería un momento solemne. Seguramente Min y yo habíamos cambiado con nuestras llamadas telefónicas, ¿no? Aquella vieja cabina era más de lo que parecía; entrabas en ella siendo tu yo normal pero salías siendo más capaz de entender a la otra persona. No iba a reprocharle todas las preocupaciones que me había causado por volver a casa pasando por Duluth. No le diría que me había hecho daño perdiéndose mi cumpleaños. Podía mostrarme generosa…

Pero cuando dijo «hola» exactamente con la misma voz de siempre, sin un ápice de disculpa, fui incapaz de contenerme:

—¿Dónde estás? —le espeté—. ¿Dónde? ¿Estás en casa? Si estás en casa, ese hombre de acento extranjero es mi amigo Leo, al que antes iba a ver con frecuencia…

—¿Y qué está haciendo ese tipo en casa, por el amor de Dios?

—Entonces ¿no estás allí? —Se hizo un silencio—. ¿No estás en casa?

No dijo nada, y noté cómo el vientre se me tensaba y me subía una oleada de náuseas.

—Ay, Rose… —dijo.

Eso fue todo. Pero con una voz que era una caricia.

Me tocó a mí decirlo:

—¿Sigues en Estados Unidos?

—Sí.

—Pero ¡tienes tiempo! Allí todavía es por la tarde. Puedes salir antes de que te caduque el visado. Puedes ir a cualquier parte.

—Lo sé, Rosaleen. Lo entiendo todo. Pero no puedo irme a casa todavía.

—Si no vienes vas a incumplir la ley —respondí en tono imperioso—. Te meterás en unos problemas horribles. Y si te expulsan, nunca podrás volver a entrar al país. Nunca volverás a ver a Luz ni a Maya ni a Tuk ni a nadie. Ha cambiado todo desde el 11-S, no les importan tus excusas, no podrás volver a entrar si no te ciñes a las fechas que te han dado. Estarás en la lista del Gobierno estadounidense. A la gente de inmigración le da igual que seas mayor, no paran de detener a gente mayor por terroristas porque la gente mayor paga los billetes en efectivo…

—Todo eso lo sé. Es el problema que tiene Luz, que llegó de México hace años y años y no puede volver a salir porque entonces no podría volver a entrar. Está atrapada aquí. Pero por eso principalmente no puedo irme y dejarla. Anoche estuvo en el hospital y tuvimos que pagar y ya está de vuelta en la habitación, pero no se encuentra nada bien y casi todo el dinero se nos ha ido. Ni siquiera habría comprado esta tarjeta de teléfono, pero es tu cumpleaños. Tengo que quedarme en Estados Unidos y conseguir un trabajo. ¿Sabes que Luz fuma? Por eso ha sido.

Y me contó la historia.

Habían vuelto a recurrir a la red católica en Duluth. Le habían preguntado a la gerente de un motel dónde había un sacerdote decente, habían ido a buscarlo y el hombre les había encontrado un estudio con cocina para las dos, en un albergue para temporales. Se lo habían pasado de maravilla viendo la tele en el salón común y jugando a las cartas. La intención de Min era llegarse a la radio local a buscar a gente de Stoneytown. Todo el mundo creía que era una gran idea porque todos estaban deseosos de buscar a su gente. Min hizo un turno de ayudante de cocina en el bar de enfrente y trabajó hasta las once de la noche, cuando dejaban de servir comida, y se llevó veinte dólares.

Al volver al albergue había habido quejas por olor a humo, pero todos los apartamentos tenían una pesada puerta antiincendios y un sistema por el que saltaba una alarma en la oficina de gerencia si había humo en algún sitio. No se había encendido ninguna luz.

Sin embargo, Min no lograba abrir la puerta de su habitación.

Cuando el gerente la abrió con la llave maestra, el sitio estaba repleto de humo negro. Vieron a Luz apoyada contra la puerta, inconsciente.

Llegaron los bomberos y el médico del equipo llamó a urgencias para que se preparasen, y Min lo escuchó decir que las constantes vitales de Luz estaban bien pero que tenía quemaduras superficiales en varias zonas.

—Y Rosie, yo la traje aquí. Duluth fue idea mía. Y para ella ha sido una experiencia horrible. Porque ¿sabes qué otra cosa dijo el médico? —La voz se le estaba quebrando en sollozos—. Lo escuché decirles a los de urgencias que le mirasen las manos, que había marcas de manos en la puerta y que tenía las uñas rotas y las manos muy lastimadas. Y les dijo también… Esto nunca, nunca, se lo voy a contar a Luz, pero nunca me voy a recuperar de haberlo escuchado… Cuando estaba dando el informe, lo último que les dijo al teléfono fue: «Parece que tiene marcas de lágrimas secas en la cara».

22

Probé a llamar a Markey de inmediato, pero no obtuve respuesta ni en su casa ni en el trabajo, así que solo pude dejarle unos mensajes. Luego volví corriendo por el bosque, tropezándome y soltando sapos y culebras, metí unas cuantas cosas en una bolsa y cerré la casa. Le supliqué a la perra que viniese conmigo. Me caían lágrimas por la cara. Le dije que la necesitaba. Pero no consintió subir al coche, era incapaz. Conduje hasta Dublín escuchando con mucha atención un programa sobre ranas y negándome a pensar en otra cosa, y para cuando llegué a Kilbride estaba bastante recompuesta.

No era Luz la causa de la catarata de lágrimas (cercana a la inundación), aunque apenas me resultaba soportable pensar en el miedo y el pánico de esa mujer tan alegre. El motivo fue que, independientemente de lo que ocurriese a largo plazo con una posible apelación al servicio de inmigración y demás, ese día Min no iba a volver a casa. Nada más.

De MarkC a RosieB

NO TE PREOCUPES POR NADA.

Voy de camino. Billy tiene conocimientos médicos y viene conmigo para ocuparse de Luz.

Si Luz está bien, las llevaremos a las dos al apartamento que hay encima de Medical Rare Books. Si no, se vendrán a casa con nosotros.

¡No me des las gracias! Lo hago porque lo siento. Tu tía fue muy buena con mi madre. Estoy encantado de devolverle el favor.

Con cariño,

Markey.

Me quedé junto al teléfono dos días y medio mientras el susto y sus efectos secundarios recibían la atención pertinente. Traté de no pensar en mi propia situación, porque cuando lo hacía se apoderaba de mí el miedo de haber estado fuera tanto tiempo que la perra se hubiese marchado.

Se lo expliqué a Leo y regresé a Stoneytown con unas palpitaciones tan fuertes que iba al borde del mareo. Aparqué el coche en el hueco de la pequeña cantera y subí la cresta a rastras, con los ojos clavados en el suelo. Llegué hasta la entrada al patio antes de atreverme a levantar la vista. Y allí estaba, devolviéndome la mirada. Esperando en la puerta de atrás. Mostrábamos la timidez de unos amantes recientes.

A continuación me fui con ella a caminar por el cabo, observando cómo el otoño invadía el verano, igual que alguien a quien van a ahorcar miraría el calendario. Aún había madejas de rosales silvestres en los setos que bordeaban la pista de tierra, pero las zarzamoras verdes se estaban poniendo de color escarlata en su camino hacia el negro, y el follaje en los márgenes se enredaba y se hundía por su propio peso, mientras que en la linde del bosque las hojas caídas quedaban atrapadas entre los matorrales y los retoños las teñían de marrón. Unas vívidas lanzas de crocosmias delineaban todos los setos y muros; los niños la llamaban «la flor de la vuelta al cole», y a la mañana siguiente, que fue muy calmada, escuché desde el otro lado del río a toda una clase de niños cantando, en irlandés, una canción sobre las notas musicales.

Intenté ver mi cuerpo que envejecía como algo que me unía al mundo natural. Hojas de color dorado y escarlata se esparcían por el prado ajado. ¿Acaso no podía ver mi propio otoño como una época de colores ricos? Por la pista de tierra, las cabras de SinNecesidad tenían metida la cabeza entre la verja y se atiborraban de moras y escaramujos. ¿No habría alguna cosecha para mí también, en algún sitio? ¿Cuál era el sentido de lamentarse por estados que nunca volvería a vivir: juventud, pasión, entusiasmo sin fisuras, esperanza boyante? ¿No podía aceptar que merecía la pena disfrutar de al menos cierta dosis de todo eso, aunque no tuviese el lote completo? ¿No podía imaginar un estado de bienestar que no necesitase de esas cosas?

De MarkC a RosieB

¿Qué ocurre? Me ha cogido esta mañana el teléfono un tipo que dice que estás de vuelta en Stoneytown. ¿Quién era? Sé que en Irlanda hay inmigrantes ahora, pero no sabía que hablasen inglés perfecto con acento de Oxford.

Da igual, Rose, tus oraciones han dado fruto. Billy dice que tus dos señoras estarán bien en el apartamento del centro mientras él tenga bajo control el problema de pecho de Luz. Necesita hacerle pruebas de laboratorio y radiografías. Luz tiene prohibido fumar ahora mismo, aunque tampoco quiere; se ha llevado el

susto de su vida. Si vuelve a fumar tendremos que buscarle otro sitio donde vivir, por razones obvias: los libros han sufrido ya bastante.

De todos modos, creo que las dos han recibido un buen golpe. Billy dice que curarse de algo así lleva tiempo, quizá meses en el caso de Luz. Pero por nuestra parte no hay problema.

Min está muy callada, aunque físicamente se encuentra bien. Todavía no he hablado con Louis del tema de los paños de cocina porque hemos estado demasiado ocupados. Cuando lo haga, volveremos a hablar tú y yo sobre la posibilidad de hacerle una oferta a Min. Pero Billy dice que no hagas nada durante un tiempo, que la tranquilidad ahora es muy importante.

Me quedé en la casa vieja. Era un último y precioso día de verano de finales de septiembre y recorrí la cresta entera paseando con la perra. En el extremo situado justo enfrente de Milbay, el pasto mullido daba paso a una ranura profunda en el monte, una sima ancha y frondosa, el lugar favorito de unas mariposas grandes y blancas, como pañuelos que se agitaran lánguidos en un saludo. Me puse de cuclillas y al otro lado vi la roca manchada de guano donde un par de halcones peregrinos tenían su guarida; a menudo escuchaba sus gritos ásperos, como de otro mundo. Más abajo había siete u ocho coches aparcados en el suelo de la cantera. Un grupito, una madre, tres niños y un perro pequeño, avanzaban lentamente hacia un coche. No se dieron cuenta de que los estaba observando, yo y quizá también los halcones peregrinos, arriba, a una altura inmensa, flotando allí desde donde podían divisarlo todo: el pueblo y el río y el mar, el prado y los campos, y más abajo, entre la hierba del prado, las diminutas musarañas y los topos.

Al día siguiente, las temperaturas cayeron y no había más mariposas. Fui a Milbay y compré dos jerséis de caballero, y llamé a Leo para indicarle que encendiera la calefacción central en Kilbride y que no tuviese miedo de dejarla puesta; si me lo encontraba allí sin la calefacción encendida, lo desahuciaría.

Pero, claro, Leo había vivido con holgura hasta hacía muy poco tiempo. Nunca se había preocupado por las facturas de la calefacción. Pensó que mi comportamiento era un poco raro.

De MarkC a RosieB

Llámame, ¿vale, Rosie? Leo (hemos estado hablando y le he dicho que me crie

en la calle de atrás, ¡y me ha contado que pasa por ahí para ir a enseñar al coro de señoras!) dice que ha tenido noticias tuyas así que sé que estás bien, pero me tranquilizaría oír tu voz.

Tengo que decirte que las cosas están yendo bien por ahora. No sé lo que Min te cuenta por teléfono, pero estamos encantados con nuestras señoras invitadas. Luz sigue muy débil, aunque se levanta todas las tardes unas cuantas horas y cocina la comida mexicana más rica que existe. Cada pocos días comemos con ellas y nos llevamos sobras para congelar. Tenemos que volver en taxi a casa porque a estas señoras les gustan mucho, pero que mucho, el tequila y el vino, y sacan botellas y botellas y la mayoría de las noches acabamos cantando. Billy descarga canciones de internet para impresionarnos a los tres.

Min tiene que ocuparse de las tareas de la casa, pero dice que está harta de tareas domésticas, que lo que a ella le gusta son los negocios. Intelectuales que vienen a comprar libros de todo el mundo no paran de preguntarme quién es esa señora irlandesa que cuida de la tienda, que es un personaje único. Y me está cambiando la vida, te lo digo. Lo anota todo y basta una llamada de diez minutos todas las mañanas para organizar las cosas del día entero. Puedo dejarlo todo en sus manos, salvo el tema de la compra de libros y la negociación de precios.

Esta mañana le he dicho a Min que ella es la mejor prueba que he encontrado de la existencia de una deidad cariñosa y se ha pasado el día riéndose por lo bajini.

Una tarde había unos grafitis recién hechos en la puerta de la casa central de la hilera en ruinas. Sabía que pronto alguien descubriría que se podía llegar al cabo de Milbay por tierra, que allí donde acababa la pista de tierra, a mitad de camino por el borde del gran prado, podías trepar por la cresta hasta la casa de abajo. O que era posible salir del bosque y bajar por la pista de tierra junto a los campos de siembra y llegar a mi patio. Algún día, pronto, alguien desafiaría los carteles de «No pasar» y recorrería ese kilómetro y medio, pasando por detrás del pueblo desierto, y al final se plantaría en la cima de la cresta y me saludaría.

Confiaba en que quien hiciera eso fuese una madre con sus hijos y no unos niños con latas de cerveza.

De MarkC a Rosie B

¡Louis me ha llamado esta mañana! Era para interesarse por una carta enviada por Delia Bacon a Emerson hablando de Melville, pero yo he virado la

conversación (de forma muy sofisticada, creo) hacia los paños de cocina.

«¿Qué tenéis en mente tú y tu escritora?», me ha preguntado.

Le he dicho que nos pondríamos en contacto con él para presentarle una breve propuesta, que queríamos tener un contrato antes de avanzar, que aquel era un entorno muy competitivo y que los buenos textos para los paños de cocina son vulnerables a la piratería.

¡Qué te parece!

Firmado: tu agente, SONRIENDO DE OREJA A OREJA.

Lo llamé para felicitarlo por pensar tan rápido y nos tiramos al suelo de la risa por primera vez en años.

Piii piii piii.

Cayeron mis últimos euros.

—Es que la vida vuelve a la gente muy insegura —le dije—. Parece que lo único que hace falta para convertir un comentario banal en un valioso consejo es sonar completamente seguro. Sentenciar. Pero ¿cómo va a estar nadie seguro de nada? De entre todo lo que recomendaba en mis «ideas», lo único de lo que estoy segura es de que es importante disfrutar de la comida y querer a un perro.

—Y de que todo el mundo necesita amistades —respondió Markey.

—Ah, sí, eso también.

—Amistades de toda la vida.

—Lo que tú quieres es arrimarte al sol que más calienta, que ahora soy yo —le dije.

Estaba empezando a reírse de nuevo, a casi diez mil kilómetros de distancia, cuando la llamada se cortó.

Al día siguiente le respondí indirectamente a Louis.

De RosieB a MarkC

Privado y confidencial

Estimado señor Cuffe:

He hecho una prueba sobre el terreno con lo que le muestro a continuación y me alegra comunicarle que las valoraciones lo han catalogado de «ocurrente» e «inteligente». Estoy abierta a ofertas de producción según (a) el nivel de calidad concebido para el producto (no me interesa nada que esté por debajo de la excelencia); (b) el plan de *marketing* y el presupuesto; y (c) el tamaño y el prestigio de las tiendas que lo van a comercializar.

Por favor, especifíquele a su superior que se aplican las leyes de protección del *copyright*.

Consejos de una mujer sabia para malos momentos
o
Cómo sobrevivir a la vida

1. Agradece todo lo bueno que tengas.
2. Arréglate el pelo.
3. Limpia y ordena el bolso (o el coche, o el camión).
4. Define lo mejor que puedas tu situación económica, aunque sea horrible.
5. Haz una buena acción por otra persona.
6. Sonríe a todas las personas que te cruces: no sabrán que es una sonrisa forzada.
7. No te ofendas porque la vida sea injusta contigo. Así son las cosas.
8. No escuches arias románticas/no empines el codo/no llames a tu ex/no hagas nada que te altere emocionalmente. En caso de alterarte, no te sientes. Mantente en activo.
9. Busca a un bebé.
10. Pide permiso para hacer reír al bebé. Haz reír al bebé.

De MarkC a RosieB; cc Louis Austen

Estimada señora Barry:

Mi superior quiere saber cuántos textos como el anterior podría proporcionar. Tiene en mente un contrato por tres paños.

De RosieB a MarkC

¡Dile que sí, por Dios bendito, Markey! ¡Rápido! Dile que no habría problema con futuros textos. ¿Acaso no tengo a mano *Diez ideas para la mitad del viaje*? Podría adaptarlas perfectamente a «cinco ideas» para distintas partes del viaje, para el principio o para el fin (o para ningún viaje, si el momento de los viajes ha pasado. ¡Lo que Louis quiera!).

Pero no te olvides de lo que dijo Yeats cuando lo llamaron para contarle que había ganado el premio Nobel de Literatura…

De MarkC a RosieB

Vale, ¿qué dijo?

De RosieB a MarkC

«¿Cuánto? ¿Cuánto?».

De MarkC a RosieB

¿ESTÁS SENTADA?

Diez mil dólares cada uno por tres. Tanto alzado, sin derechos.

30 mil dólares = 22 mil euros actuales.

Descuenta mis honorarios de agente y tienes 20 mil euros contantes y sonantes.

¡Que pida por esa boca!

De RosieB a MarkC

¡Se ve que quiere esa carta a Emerson a toda costa!

No, en serio, es genial. ¡UEEEO!

Me fui hasta Dublín con el coche para llamar a Min porque aquella no era una conversación para tenerla con el teléfono pitando y pidiendo euros cada pocos minutos.

—¡Bueno! ¿Qué te parece? —le dije, rebosante de emoción.

—Ah, ¿te ha llegado la noticia entonces? ¿Qué te parece a ti?

—Pues yo creo que es maravilloso. Estaba…

—Maravilloso será para algunos —me dijo en tono amenazante—. Y nada maravilloso para otros.

—¿Estás hablando de mí? Porque si es así te estás yendo por un lado que no es. Yo…

—¡No, no me refiero a ti! Aunque tendrás que echar una mano y ayudar.

A continuación, el nombre de Peg entró en la conversación y todo fue desesperadamente confuso hasta que quedó establecido que Min estaba hablando de Monty, que había puesto fecha para casarse con su novia secreta, una madre soltera de veintiocho años con un hijo pequeño.

Era una noticia tan importante que tuve que esforzarme para captar la atención de Min y centrarla en la oferta de veinte mil euros como anticipo por la casa de Stoneytown.

—Podríamos pedirle a una inmobiliaria que la tasara —le dije, cuando de primeras no me respondió nada—. Aunque no sé cómo alguien va a valorar una casa sin valor en un sitio de valor incalculable.

No obstante, aquella Min era una mujer distinta a la Min de antes del incendio. Se había quedado callada porque estaba encantadísima. Estaba

encantada de principio a fin de venderlo todo por un total de treinta mil euros. De hecho, me ofreció un descuento del diez por ciento, por si acaso.

—¡Y buena suerte con la choza esa! Podrías haberla conseguido por nada, pero es que Luz y yo a lo mejor nos compramos algo pequeño. Luz podría comprarse una casa en su ciudad natal cerca de su hija con lo que me vas a dar. Aunque no quiero irme a México hasta que averigüe cómo puedo volver a entrar aquí. Estoy trabajando en el negocio de los libros antiguos de medicina y me está yendo muy bien.

—Pero, Min, ¡qué pasa con Dublín! ¡Qué pasa con Kilbride! No puedes empezar una vida laboral y una vida en México con setenta años que cumples el mes que viene.

—¿Por qué no? Mira Monty. Está empezando justo donde lo abandonó el bastardo de su padre, ¿no? El niño tiene casi la misma edad que tenía él cuando su padre se largó. Bueno, ¿por qué no puedo empezar yo justo donde me quedé cuando me separé de mi padre? Se suponía que iba a irme a Estados Unidos. Y me habría ido si tú no hubieses llegado al mundo.

—Lo siento, Min.

—Pues no lo sientas, porque no cambiaría ni una sola cosa de mi vida, Rosie. Ni siquiera las miserias. Te lo digo de corazón. Ni una sola cosa, Rosie.

QUINTA PARTE

INVIERNO

23

Todo iba bien. Todo el mundo estaba bien. Cualquiera me habría imaginado feliz.

Sin embargo, una oscuridad mucho peor que cualquier otra que hubiese conocido hasta entonces se cernió sobre mí conforme el otoño fue enfriándose.

Me daba igual todo. No quería que me molestasen con nada. Dormía hasta muy entrada la mañana. Durante el día paseaba con la perra por la orilla para ver qué habían arrastrado las tormentas equinocciales, pero incluso cuando había algo bonito o útil por allí lo dejaba sin más. Había un delfín descomponiéndose en la ensenada en la que había quedado atrapado, por encima de la señal de la marea alta. Aunque olía mal, pasaba por su lado a diario, porque esa era mi ruta. A veces me cruzaba con gente. Habían empezado a llegar personas desde Milbay en barcas para llevarse piedras y losas de los tejados, y cerrojos de hierro y dinteles de piedra labrada, y cualquier cosa que pudiera alguien llevarse de las casas de Stoneytown. Desaparecieron incluso un par de hornillas; lo supe porque estaban tirando ya los muros enteros de las fachadas.

Diría que mi aspecto era bastante normal cuando me cruzaba con esos chatarreros. En todo caso, les sonreía y asentía, y pasaba de largo con la perra. No había nada que les impidiese hacer lo que estaban haciendo y era más o menos legal; el ayuntamiento, en apariencia, iba a hacer un parque litoral desde la carretera principal hasta el cabo, así que podía decirse que Stoneytown pertenecía a la gente del pueblo.

Me daba igual, mientras no se acercaran a mí. Eso era lo único que me importaba. Mientras nadie trepase por las casas derribadas hacia la orilla ni recorriese todo el camino por la parte de atrás y se acercase a mí, bien. Nadie podría culparme por lo que fuese capaz de hacer o decir si se aproximaban mínimamente a mi casa. Y nadie se acercó antes de que empezara el mal tiempo, y después de eso recibí con los brazos abiertos

todos los días de viento y lluvia. Cuanto peor el clima, más posibilidades tenía de pasar de la mañana a la noche sin ni siquiera tener que decir «hola».

El invierno se acerca de un modo muy severo en esa costa oriental. Varios hombres estaban demoliendo los edificios del campamento del Cuerpo Aéreo y tenían ocupada la antigua pista, y sabían que yo estaba en la casa y me saludaban cuando entraba y salía con el coche para ir a Milbay. Durante el día contaba con la compañía del ruido de sus máquinas. La perra les hacía visitas y al volver olía al jamón de sus bocadillos. Sin embargo, al empezar noviembre oscurecía ya sobre las cuatro de la tarde, y a esa hora se iban a casa y el viento parecía alzarse por la hostil orilla.

El Creador puso en la tierra a los zarapitos para enseñarles a los seres humanos cómo suena la desolación, pensé.

—Bueno, vale —dije cuando Andy bajó a la casa para anunciarme que su madre y él se iban a Laos—. Ahora mismo no sé lo que vale y lo que no, aparte de que me has metido el frío en la casa.

El flujo de aire helado que entró al abrirle la puerta casi bastó para que su visita me resultara molesta. ¡Mira lo que ha hecho este ahora! ¡Ha ayudado a mi enemigo! La hornilla apenas parecía irradiar calidez en el ambiente. Después de llenar el hogar con carbón y madera, la temperatura, tal y como estaba, caía antes de que aquello empezara a arder. Me escurría escaleras arriba a la cama, que Andy me había ayudado a mover por la buhardilla hasta el punto del suelo por el que subía el tubo de la estufa. Me metía bajo el edredón y la perra ocupaba su puesto a mi lado, y se quedaba ahí, con la noble cabecita alerta y vigilante, mientras yo escuchaba la lluvia salpicar en el techo, o el viento aullar en torno a la casa y golpear las olas contra las rocas. Me calentaba pronto. Pero justo cuando entraba en calor recordaba que estaba más sola de lo que nunca había pensado que una persona tan inquieta como yo pudiera estar. Y me preguntaba: ¿qué le ha pasado a la Rosie que se hacía la maleta y se metía en un taxi para irse al aeropuerto? Antes sabía levantarme temprano en verano y encender un fuego en noches lluviosas, y abrir una botella de vino y leer a Henry James cuando tenía que esperar en la puerta de la oficina de quienes emitían permisos de trabajo y de quienes debían concederme una devolución de impuestos y de quienes ponían el sello en el documento que me permitiría entrar o salir de aquí o allá. Sabía cómo escabullirme de habitaciones al amanecer, cerrando la puerta sin hacer ruido al salir. Era capaz de caminar

mucho rato por el borde de una carretera sin levantar nunca la vista cuando los coches aminoraban. Antes sabía apañármelas sola.

Llamé a mi situación «soledad», pero era más bien pena. Miraba fijamente la oscuridad intentando pensar en el futuro, pero el pasado se colaba siempre y bañaba ese futuro en arrepentimiento. ¿Por qué la hermana Cecilia había muerto antes de poder conocerla bien? Recordaba cosas como que cuando venía a casa estando yo enferma para enseñarme la letra que me tocaba cantar en *El Mikado*, se sentaba junto a la cama y me agarraba una mano entre las suyas, y durante un minuto me acariciaba el pelo. Y Lalla. Si saltas de un balcón alto a unas rocas, ¿cuánto tiempo tienes para decirte a ti misma: «Esto es el fin»? Y mi padre. Recordaba su cara, el último verano que estuvimos en la Cabaña, cuando subí al Harbour Nook a por tres *cupcakes* glaseados para acompañar el té y salí de debajo del viaducto por el que el tren cruzaba la carretera. Él estaba allí vigilándome, sentado en un bolardo porque ya se cansaba demasiado para quedarse de pie. Su cara al mirarme, antes de que le diese tiempo a componerla, era de desolación.

¡No dejes que Min se muera! Le decía a la oscuridad. Soportaría casi cualquier cosa que pudiera ocurrir, pero que Min no se muera.

A ver, ¡Min es más feliz y está mejor que nunca desde que la conoces! ¿A qué viene todo eso de la muerte?

Min lloró a mi padre durante mucho tiempo. Incluso después de los primeros meses (y un año, y dos y tres años después), dejaba de pronto lo que estuviese haciendo para sentarse y fijar una mirada ausente en la televisión, indiferente a lo que apareciese en la pantalla. Me sorprendía lo callada que era sin mi padre, ella que siempre había sido tan briosa con él, y tan poco sentimental. No me había dado cuenta de que la locuacidad de ella necesitaba de los silencios de él. La energía de ella estaba basada en la debilidad de él. Las seguridades de ella necesitaban las dudas de él. Había pensado en ella y en mi padre como entidades separadas, sin darme cuenta nunca de que, además, cada uno era la mitad de una pareja.

Quizá, pensé, aunque no seamos hombre y mujer, ni madre e hija, ella y yo también seamos una pareja. Y por eso añoro verla: sus manos menudas en el asa del bolso de viaje, sus ojos negros y su nube de pelo blanquecino, su manera de caminar, ligera, extraña, casi adolescente. Ella y yo conformamos un todo. O si no, somos partes del mismo todo.

Min seguía llamando a la cabina todos los sábados, pero a las cuatro en

hora mía, por el anochecer temprano.

En una ocasión me habló de la fiesta de celebración del vigesimoquinto aniversario de Markey y Billy. Min no era consciente de que nadie me había descrito nunca a Billy, así que, por mucho que lo mencionasen, yo no tenía ninguna imagen de la persona a la que Markey había conseguido amar.

—Fue en un salón de baile de una isla, así que tuvimos que montarnos todos en el ferri. Deberías haber visto lo que el viento les hizo a las que habían pagado una fortuna para que les arreglasen el pelo. Unas pocas llevaban cosas de plata en el peinado porque eran las bodas de plata, claro, los veinticinco años, pero buena parte de los adornos salieron volando al mar. Hubo una señora que se cayó por las escaleras intentando mantenerse alejada del viento, aunque por suerte era doctora. Pero ¿sabes lo que hice yo? ¡Adivina! Bueno, no, no te molestes, que no lo vas a adivinar nunca. ¡Le pegué unos cristales al andador de Luz! El *superglue* ese es magnífico. Parecía que estaba cubierto de diamantes. Se veía en la oscuridad. Luz se manejó muy bien con el andador. A lo mejor bajamos a México por Navidad, ahora que puede moverse.

Me quedé tan de piedra que no dije nada, pero Min no se percató y siguió a lo suyo. ¿Qué iba a decirle de todos modos? ¿Que hasta cierto punto confiaba en ir a visitarla para que eso me ayudase a salir de este hoyo? ¿Que tenía una copia impresa que había sacado del ordenador de la biblioteca con vuelos a Seattle y estaba esperando para hablarlo con ella?

Seguro que entonces me comentaba que había habido decenas de Navidades en las que yo no había vuelto a Dublín y que nunca había pensado en preguntarle a ella si le iba bien o no, ni me había interesado por lo que iba a hacer. ¿No estaba todavía muy reciente esa vez que me marché para verme con Leo en el deprimente hotelito cerca de los muelles de Ancona donde no habíamos conseguido hacer el amor y donde me había quedado sin cosas que leer pasadas veinticuatro horas, y no había podido encontrar nada en inglés en ninguna parte más allá de un libro condensado de Reader's Digest sobre un jugador de béisbol que sobrevivió a un ataque al corazón?

Había confiado en ella, pero había tomado todas mis decisiones sin contar con ella.

Y entonces lo entendí, como si lo hubiese sabido siempre: ¿quién estaba siendo Min, sino yo misma? ¿Dónde había aprendido a hacer lo que estaba haciendo, sino de mí? Era como si hubiésemos sido hermanas y yo hubiese

salido primero al mundo; cuando ella estuvo lista, me siguió. Eso significaba que yo seguía aún con ella porque era su principal ejemplo.

La echaba tanto de menos que me pareció una idea reconfortante.

¿Tendría mi corazón algún problema físico? ¿Podía una persona sufrir cáncer de corazón? ¿Por qué no? Me llevé los puños al pecho y apreté para intentar desviar el dolor. ¿Cómo pueden las emociones, unas cosas que no se ven ni se tocan ni siquiera se nombran, tener una presencia tan física? ¿Y cuál era en todo caso ese problema? No había ningún problema. Min nunca se saltaba una llamada. Leo seguía en Kilbride y parecía estar muy bien. La última vez que llamé a Tess me contó que Andy y Pearl estaban casi listos para marcharse al Lejano Oriente y que ninguno de los dos decía nada sobre lo que en realidad pensaban al respecto, y que llevaba tiempo sin ver a Peg porque el señor Colfer andaba regular, aún peor que de costumbre. Y que ella misma nunca había estado mejor.

—¿Y tú qué tal, muchacha? —me preguntó.

—Yo, bien.

No le dije: tengo miedo de que pase algo malo. Tengo miedo de que alguien muera. Si me despierto con dolor de cadera, de inmediato pienso que es un síntoma de leucemia, o si meo más de lo normal pienso, bueno, ya está, soy diabética.

Traté de contraatacar con mi viejo yo. Me contaba chistes a mí misma. Un caracol entra en un bar y el camarero lo echa. Dos semanas después, el caracol entra en el bar y dice: «¿Por qué has hecho eso?». Un hombre entra en un bar con un trozo de carretera bajo el brazo. «Póngame una cerveza, y otra para el camino». Recité todos los poemas que me sabía de memoria, y eran muchos, desde el primero, cuando dejé a Markey impresionado por haberme aprendido *Retrato de una dama* y *Marina* en la primera semana de nuestra fase de T. S. Eliot.

Sin embargo, cada vez me notaba más debilitada por el frío y por los días de lluvia gris, y por las noches repletas de los choques y aullidos y gemidos de la naturaleza asalvajada en la oscuridad, una vez olvidada toda humanidad. No podía escapar del frío durante mucho tiempo seguido. Tenía que enfrentarme a él para bajar y avivar el fuego. Necesitaba ir a por combustible. Disponía de luz y agua corriente, pero aquel mínimo suministro eléctrico no me permitía usar una estufa, ni una manta eléctrica siquiera, y desde luego ni hablar de hornillas eléctricas, así que seguía

cocinando en el *camping* gas o en la tapa de la hornilla de carbón. Me freía un huevo para meterlo entre dos rebanadas de pan porque esa era la comida caliente más rápida que sabía hacer. Salía corriendo con la perra por la puerta de atrás y hacíamos nuestras cosas lo más rápido que podíamos, pero entonces el frío me arrebataba la comodidad que había logrado reunir bajo las bragas y los leotardos, y cuando la perra volvía conmigo, tiritando, yo también tiritaba mientras intentaba subirme las capas de ropa con los dedos entumecidos.

De nuevo en la buhardilla notaba que el frío seguía saliendo del abrigo de la perra. Pensé muy a menudo en los hombres, las mujeres y los niños que habían trabajado en las canteras en esa estación del año. ¡Mi pobre madre! Ellos ni siquiera contaban con luz eléctrica. Empezaba a llorar de nuevo. La perra debía pensar que tenía un cubo de agua detrás de los ojos.

En un momento dado, intenté sacarme a mí misma de la ciénaga del desánimo.

Le pedí al veterinario que viniese a la casa y engañé a la perra para que le permitiese cogerla, y la sedó. Me la llevé a Kilbride y traté de ayudarla a reconciliarse con la vida allí.

Me centré tanto en ella que apenas reparé en Leo. Solo me fijé en que la casa tenía muy buen aspecto aunque estaba en cierto modo cambiada, y en que el teléfono no paraba de sonar y era siempre para él, y en que tenía un buen trozo de auténtico parmesano del tamaño de un ladrillo para gratinarlo con la pasta que su amigo Enzo le había traído de Italia.

Sin embargo, después de cuatro días, incluso Leo, que practicaba el desapego de cualquier cosa relacionada con los animales, estaba consternado. Y yo nunca, nunca, quería volver a ver a una criatura tan infeliz como lo era aquella perrita en la ciudad. Se arrastraba apoyada en el vientre por el patio hasta el muro del cobertizo y no se movía de allí ni comía ni hacía siquiera caca. La cuarta noche aún saltaba de miedo ante el ruido de la puerta de un coche o de cualquier cosa que tuviese motor y pasara al otro lado del muro. Bell le tenía miedo, aunque en Stoneytown hubiesen convivido sin problemas.

Volví a sedarla y regresamos a Milbay, y durante unos días después de eso casi no la perdí de vista en ningún momento. Estaba amargamente enfadada conmigo misma por haberla hecho pasar por ese mal trago.

Pero no podíamos seguir así para siempre. Llamé de nuevo al veterinario para que llevase a la perra a la perrera de Milbay, y una hora

después ya había saltado un muro que la mujer de allí me aseguró que ningún perro había saltado en veinte años, ni siquiera uno de los perros grandes. La mujer y yo tardamos medio día en encontrar a mi pequeña compañera. Estaba debajo de un seto, temblando.

La mujer me dijo que no era una perra apta para la vida en la perrera. Me explicó que seguramente fuera un caso de los que hubiese que sacrificar.

No poco después de escuchar esas palabras, y cuando no pensaba con claridad por culpa de las pastillas para dormir y la ansiedad, de repente se me ocurrió que podría haber alguien que cuidase de la perra en la zona de los muelles de Milbay, donde antes estaba la Cabaña. Quizá alguien de allí me dijera: «Ay, déjala aquí, estará bien, ¡este sitio es feliz y seguro!». Me fui directa allí en el coche desde Stoneytown bajo una lluvia densa y gris. El vigilante me dejó pasar a los muelles. Fui conduciendo por carriles estrechos entre montones de contenedores de transporte altos como casas hasta el lugar donde había estado la Cabaña. No quedaba nada de hierba. No había orilla, sino un dique de hormigón en su lugar. No había nadie en ninguna parte salvo el vigilante, y era joven y le daba igual que yo estuviese muerta o viva, mucho más igual le daría un perro.

Así que la perra y yo regresamos al cabo y reanudamos nuestra vida allí. El tiempo seguía siendo frío, pero pasó a estar calmado y luminoso. Algunos días hacía más calor fuera que dentro de la casa, por lo que me envolvía en jerséis y bufandas, me ponía dos pares de calcetines bajo las botas y me sentaba a leer en el banco, delante de la puerta principal, por las tardes. Estar ahí fuera era como ir a Las Vegas después de la cama de la buhardilla. Muchas veces la banda estaba tocando en el hotel, río arriba; parecía que en las bodas de invierno el baile empezaba sobre las tres. Me encantaba el tipo de música que tocaban: el *Tennessee waltz* y *San Antone Rose* y *24 hours from Tulsa*. ¡Ay, Estados Unidos en canciones! ¡Qué lugar tan perfecto para el desamor!

Podía estar escuchando y al mismo tiempo leer a Proust, y reír y llorar con la gente del libro como si fuese una más de ellos, como si, de entrar yo de pronto en una de sus veladas, el narrador fuese a recordarme. Leía con auténtica credulidad. Por ejemplo, me quedé consternada, en nombre del narrador, cuando este descubre que Albertine, según Andrée, había sentido «deseos furibundos» por otras mujeres, aunque fuera la tercera vez que llegaba a ese punto de la trama y aunque el lesbianismo no me causara ninguna impresión.

Quizá lo que de verdad me perturbe, pensé, sea la idea en sí de descubrir algo sorprendente de una persona después de su muerte. Y aun así, una de las cosas que me resultaban más naturales, sabiendo lo que sabía del mundo, era que incluso las vidas traslúcidas acaban por tener algún secreto.

Corría al interior de la casa en cuanto las bodas del otro lado del estuario entraban en su apogeo. El momento en que el sol se hundía bajo el horizonte y la vida salía del escenario era como una revelación de la desolación, y yo estaba mejor sin revelaciones de ese tipo.

Cuando el clima empezó a hacerse invernal y yo seguía allí en el cabo, Tessa se acercó con el coche a verme. Por casualidad comenté que iba a estar en Milbay ese miércoles, así que me esperó en el Harbour Nook hasta que me vio pasar. Pero no me rendí al hecho consumado. Me tomé un café con ella y le pedí que no viniera a la casa. Le dije que si era mi amiga tenía que escucharme, que no quería estar con nadie, que no quería hablar ni sonreír. No podía. Y le pedí que no usara su vitalidad superior para desautorizarme. Que tenía que confiar en mí y dejarme sola.

—Pero estás enferma…

—No estoy enferma —le dije.

Y escuché el eco de la voz de la hermana Cecilia diciéndome que Min no estaba enferma, aquella vez que vino a casa a hablar con ella cuando mi padre y yo nos asustamos por su fantasía de abandonarnos para hacerse cantante de ópera.

Entonces, como aquella vez, la hermana Cecilia me ayudó. Porque empecé a pensar en esa otra ocasión y traté de aprender de ella. ¿Sabía yo qué era lo que echaba de menos, igual que lo había sabido el inconsciente de Min? Recordé que, por la misma época que ocurrió aquello, me encontré con la noticia de que Maria Callas había abandonado una actuación en Roma, y se la leí en voz alta a Min porque a las dos nos encantaba escucharla por la radio. Le dije que nadie escribía nunca nada sobre Callas salvo cosas malas, pero ¿qué pasaba con todos los idiomas que hablaba y con su conocimiento de la música y del teatro? Min sabía por tanto que en el mundo había trabajos duros que no se parecían al trabajo duro que hacía ella porque apuntalaban cosas hermosas y emocionalmente persuasivas. Una gran cantante contribuía a la gloria del mundo.

Y si había algo que Min no había conocido nunca y nunca conocería era la gloria.

—No estoy desesperada —le dije a Tessa cuando la acompañé al coche —. Solo tengo que quedarme aquí hasta saber qué me falta… —Me lanzó una mirada exasperada—. Vas a ser la peor asesora psicológica del mundo. ¿Eres consciente?

—Es probable —me respondió sombría.

Pero Tess estaba siendo increíblemente sensible, o casi, dado el historial que nos había llevado a Peg y a mí a apodarla Pol Pot. Siguió mandándome sin falta mensajes de correo electrónico, mensajes que yo leía cuando iba a la biblioteca. Me hablaba de cosas que yo podía gestionar, como que había llevado a arreglar sus tacones de Prada y que apenas podía caminar con ellos, y que quizá estuviesen hechos para gente tan rica que nunca tenía que arreglar nada; o que Leo era la sensación del siglo en Kilbride, y que desde que había empezado a enseñar al coro de señoras siempre había mujeres llamando a la puerta para llevarle regalillos, como un bizcocho recién hecho o unas cuantas flores del jardín o unos CD o libros. Se lo había contado Reeny. Reeny lo veía todo.

«Lo que Reeny quiere saber es por qué Leo sigue llevando los trajes de lino. ¿No tiene frío o es que tiene la piel como el cuero?», me escribió.

Le contesté en un mensaje que no esperase respuestas por mi parte salvo de vez en cuando: «Por aquí nunca hay noticias». Aunque eso no era verdad. Yo también tenía mis propias noticias: si, por ejemplo, la hornilla se había portado bien ese día o había decidido echar humo; o si, cuando la perra había salido a visitar a los hombres que trabajaban en la demolición del campamento, yo había decidido subirme a la cama y volver a salir al escucharla arañar la puerta, o esperar abajo.

Mira todo lo que tengo, me decía a mí misma. Tengo a una muy buena amiga en Tessa, y tengo otras amistades. Tengo a mi querida perra. Tengo dinero suficiente para apañarme hasta que encuentre un trabajo, y cuando encuentre un trabajo tengo esta casa en la que gastar mis ganancias. Estoy muy bien más allá de los dolores en las manos. A Leo le va mejor; cada vez que hablamos le noto la voz más fuerte y más cálida. Min está disfrutando como nunca. ¿Qué más puede pedir una persona?

¡Ay, una persona puede pedir más que eso!, parecía gritar todo mi ser. Puede pedir estar genial. Estar bien. Que le vaya bien. Que la deseen. Puede pedir que se llene el vacío de su interior. Puede pedir que su madre regrese, que su padre regrese, su tía… Que alguien la quiera y la conozca y la cuide y la ayude en la última parte del viaje…

Entonces me volvía a la cabeza la forma que había tenido Markey de reírse de mí con mucho tacto, y me calmaba.

«¿Qué es esto?», me dijo cuando le conté muy triste en una conversación que aún no estaba lista para sumirme con suavidad en el último sueño.

«¡Santo Cielo! —me gritó al teléfono—. ¡Rosie! Eres una persona relativamente joven y con la salud perfecta. No vas a sumirte en nada. ¡Dame un respiro!».

24

El hecho es que en el mar no hay marea que no revierta. Y dentro de mí empezó a producirse un cambio. Ocurrieron algunas cosas que me hicieron sentir que ya no me estaba dirigiendo hacia un horizonte que se alejaba sin cesar. Iba hacia la orilla.

Un día se oyó un silbido procedente de la cresta y allí, de nuevo, estaba el cartero.

—Tiene usted correo, señorita —gritó.

La perra estaba emocionada de recibir visita y se lanzó a dar vueltas y vueltas y yo corrí por la pendiente sin pararme a respirar.

—Hace buen día hoy —me dijo el hombre.

—Mejor que ayer, en cualquier caso —le respondí.

Y me alegré de intercambiar un saludo en condiciones.

El correo era una tarjeta del dentista y una carta de la compañía eléctrica diciéndome que el suministro me lo cortarían a final de mes; lo mío era una conexión especial para el mantenimiento de unos establos y no podía utilizarse para nada más. Caminé hasta la cabina de teléfono por el bosque invernal para contárselo a Andy. En montículos y rincones y bajo arbustos a los que no llegaba la luz había hojas de hayas caídas aún congeladas por la helada nocturna: recopilaciones de formas precisas y hermosas con el centro ocre y los bordes blancos y nítidos.

¿Qué iba a hacer? ¿Podía poner un anuncio buscando casa para la perra y dejarla donde fuese? ¿Había alguna manera de volver a trabajar y seguir con ella?

Andy se acercó al día siguiente.

—De todos modos tenía que verte para despedirme —me dijo—. Y para traerte algunas cosas que Pearl ha pensado que te apetecerían, por si no estás comiendo mucho…

—No pasa nada. Como de sobra —le respondí.

Continuó hablando y diciéndome que debía irme de allí y volver a la

casa de Min para que Leo me alimentase a base de pasta. Pero le dije la verdad: que la idea de ir a otro sitio seguía siendo imposible.

—Bueno. Pero come —me contestó—. No dejamos de comer un día porque no sepamos lo que vamos a hacer al siguiente.

—Pues deberíamos.

—¿Deberíamos qué? ¿Dejar de comer?

—Deberíamos tener miedo —grité.

—Rosie, no te quedes aquí. Arregla este sitio si tanto te gusta, pero vete de aquí, Rosie. Ya. Hay albañiles que podrían empezar antes de Navidad porque no hay mucho trabajo exterior que hacer. Déjalo Rosie. Déjalo estar.

—Quiero quedarme aquí —dije obcecada.

—¿Es porque Leo está en Kilbride? Porque si es…

—¡No! ¡No, qué va, Andy, no! Esa es una de las cosas buenas, que Leo esté ahí. Es bueno para él y para mí, y para Bell y para la casa. Solo quiero quedarme aquí hasta que piense qué otra cosa hacer.

Y al final lo convencí para que fuese a Milbay a ver a la gente de la eléctrica y para intentar pedir *Jean Santeuil* en préstamo interbibliotecario, por si acaso me terminaba el *Tiempo perdido* y me quedaba sin nada que leer.

La marea se había retirado, y todo quedaba bañado por un sol bajo en una tarde quieta y fría, cuando de nuevo le abrí la puerta a Andy, que entró tambaleante con un saco de carbón en los brazos y, encima, una caja llena de comida.

—Enciende el hervidor —me pidió—. Biblioteca a media jornada. El tipo de la eléctrica viene de camino. Va a echar un vistazo, como un favor. Le he dicho que no lograba sacarte de aquí y que tampoco podías quedarte sin electricidad, y dice que quizá pueda hacer un apaño, en plan prestación social temporal.

Esperaba que se pusiera a trajinar por allí como siempre, pero me di cuenta de que era consciente de que solo nos quedaban unos minutos a solas. Así que soltó la caja y se quedó allí de pie, mirándome. Estuve a punto de pedirle que no hablase, por lo tensa que le vi la cara del esfuerzo.

—Sé que a lo mejor no debería llevarme a Pearl tan lejos —empezó a decir.

—Es probable que alguna gente piense eso, sí —murmuré.

—El resto no me importa —me dijo, y tenía una expresión de lo más cándida en el rostro—. Pero tú…

¡Pom! ¡Pom!

El hombre de la compañía eléctrica ocupaba la puerta entera, sonriente y con aspecto elegante gracias a un abrigo voluminoso de piel de oveja: el ingeniero, el mismo hombre, el tipo de ojos castaños con el pelo perfectamente peinado, que me había rechazado en primavera.

—¡Dios mío! ¡Las mejores vistas de Irlanda están aquí! —dijo. Yo no me había lavado la cara desde el día anterior y el pelo desde ni me acordaba—. ¡Miren! ¡Ahí!

Algo se movía en la orilla rocosa, abajo. Ah, focas. Había tres focas en las rocas negras junto al arroyo que venía de la ladera del monte, pasaba por debajo del muro y llegaba al mar a través de una playa de guijarros. Habían salido a tumbarse incluso con un sol tan débil, una grande y otra mediana y una cría en su propia roca plana. Con mucha calma, la foca giraba su rostro blanco del padre a la madre, de la madre al padre, y durante un instante me atravesó la visión de una familia, en la que el pequeño está protegido a la perfección por los grandes.

La perra estaba en el umbral de la puerta estremeciéndose por el agobio, observando las focas con absoluta desconfianza pero sin ganas de dejar a los humanos desatendidos.

—Las focas dan buena suerte —dijo Andy—. Aidan, ¿verdad?

—Cierto y sí. Aidan, eso es. Encantado. —Se dio la vuelta y me estrechó la mano amablemente—. Aunque ya nos conocíamos, ¿no? ¿No es usted la nieta del hombre de la cantera? Creo que recuerdo que vino usted a la oficina para hablar de este lugar, aunque eso fue antes de que instalaran el cable para los animales. ¡Bueno! ¿Quién me hace la visita guiada?

Los dos salieron a echarle un vistazo a la bomba de agua mientras yo me quedaba de pie un momento ante la puerta. Un último reflejo de luz llegaba desde debajo del horizonte, pero las rocas donde habían estado las focas se habían convertido ya en una masa ensombrecida. Cerré la puerta, tiritando, y fui a poner el hervidor.

El hombre, Aidan, estaba chasqueando la lengua ante algo.

—Eso se va a helar —le decía a Andy.

La perra se movía entre los dos hombres sin hacer ruido, feliz, mientras ellos examinaban todos los interruptores y enchufes, por dentro y por fuera, desde la buhardilla hasta el granero, y al poco el polvo del suelo de delante de la hornilla era una masa de huellas de pezuñas y zapatos.

Aidan se quitó el abrigo para sentarse a tomar el té ante la mesa hecha

con una puerta. Les ofrecí también bizcocho de frutas que tenía, obsequio de Pearl.

El cuerpo lo es todo, pensé de nuevo. Los dos hombres se movían y hablaban y me miraban de manera totalmente distinta porque estaban hechos de manera muy distinta y se percibían a sí mismos de manera muy distinta. Andy, con toda su delicadeza y amabilidad, se desvaneció, y la presencia de Aidan llenó la habitación.

—Le estaba diciendo aquí a Andy que podríamos hacer mucho por usted —comentó Aidan—. De todos modos, es eso o meterla en la cárcel por fingir ser una cabra a la que no le hacía gracia subirse a un barco en Rosslare.

—Encantada de ir a la cárcel si puedo llevarme a la perra. En las cárceles no hace frío —respondí.

—La perra tiene mejor aspecto de salud que usted —me dijo.

—¿Y quién le ha pedido opinión?

Soltó una carcajada ante mi respuesta.

Me considera tan vieja que no puedo malinterpretarlo de ninguna manera, pensé. Y tiene razón, no puedo. Si aún fuese lo bastante joven para gustarle, en la habitación habría un ambiente de musical. Pero mira lo afables que son las cosas entre nosotros solo porque no hay ninguna posibilidad de que quiera algo conmigo. Nunca lo había pensado. Eso es un punto positivo de hacerse mayor: las mujeres y los hombres se recuperan unos a otros. Las cosas vuelven adonde estaban antes de que todo el mundo se volviese loco con las suspicacias a los trece o catorce años.

—¿Puede acompañarme al pueblo? —le dijo a Andy—. Tendrá que firmar el cambio de uso.

—Sin problema —respondió Andy, aunque parecía muy triste.

—Vuelvo dentro de un momento —añadió Aidan—. Tengo que ir a por una cosa a la furgoneta.

Andy se estaba plegando la bufanda bajo la barbilla, con cuidado, ajustándola de forma que una parte se cruzase con la otra en perfecta simetría.

—Iba a decirte que… —Le seguía costando mucho sacar las palabras—. Que tengo que llevarme a Pearl a Laos porque es mayor ya y no puedo ir a ninguna parte sin ella. No podría aceptar el trabajo pensando que iba a estar sola y que a lo mejor se ponía mala y preguntaba por mí, y ese sitio está apartado de todo, el sitio al que voy, y quizá no me diese tiempo de volver. Y

es que tengo que ir. Quien sepa lo que SinNecesidad puede hacer por aquel lugar sabrá que hay que ir.

—Lo entiendo —respondí.

Estuve a punto de decir: «Te entiendo, Andy», pero la aliteración me habría hecho sonreír y Andy estaba demasiado tenso para sonrisas.

Me miró directamente por primera y única vez en la conversación.

—¿Es un país que te interese? ¿Laos? ¿A una gran viajera como tú?

—Estaba pensando más bien en Myanmar. Si esa es la dirección que tomo cuando consiga ponerme en marcha.

Lo dije en tono muy práctico. No me atreví a ser dulce. No me había quedado del todo claro si lo suyo había sido una invitación o no.

Aidan estaba ajetreado con algo en la puerta principal.

Andy bajó la vista y susurró:

—Cuéntaselo a Tess.

Ah. Así que Tess había dicho algo.

—Tome, aquí tiene una manta eléctrica —comentó Aidan—. La mejor del mercado. Seguramente le hayan dicho que no podía usar mantas eléctricas, pero sí, tiene un margen de seguridad importante ahí. Dentro de unos días le pediré a alguno de los muchachos que eche un vistazo mejor del que yo acabo de dar.

—Señor… —empecé a decir.

—Es un regalo, nada más. Milbay no estaría ahí si no hubiera sido por la cantera de su abuelo.

Me envolví la cabeza en una bufanda y los acompañé a sus respectivos coches.

Aidan se asomó por la ventanilla.

—Podremos cuidar mejor de usted ahora que sabemos que es una persona, ¡no un cargamento de ovejas enfermas! —me dijo, y se alejó saltando en los baches, encantado con su propia ocurrencia.

Andy me abrazó durante un minuto largo, y nuestros rostros se tocaron de lado, en un punto de calidez, con el aliento de ambos visible en el aire oscuro.

—Te deseo toda la suerte y la felicidad del mundo, Andy. No te imaginas cuánto. —Lo dije desde el fondo de mi corazón—. Y a tu magnífica madre también. Volved enteros.

No me dijo ni una palabra. Creo que no podía. Y se marchó.

Volví por la cresta hacia un mundo nuevo.

El mar estaba inundado de una luz pálida espectacular procedente de una luna que se cernía enorme y baja en el horizonte. Los tejados que tenía por debajo de mí —la casa, el granero, los cobertizos— brillaban con esa misma luz. Del otro lado del agua plateada llegaba música. ¿Era la banda? ¿Era noche de baile? No, alguien estaba poniendo un disco antiguo de, ¡ay!, era una de las grandes canciones de Min para las noches de los sábados en el salón de la abuela Barry. Con nueve o diez años yo gesticulaba con la boca lo que distinguía de aquella fabulosa letra:

«*When they begin the beguine*
It brings back a night of tropical splendour… ».

La perra y yo nos quedamos en la puerta principal un minuto, mirando más allá de la orilla. Destellos blancos de gaviotas se movían sin hacer ruido, entrando y saliendo de la oscuridad.

«*So don't let them begin the beguine.*
Let the love that was once a fire remain an ember.
Let it sleep like the dead desire I only remember…»[9].

No pude evitarlo: el corazón me dio un vuelco de dolor. Echaba de menos a Min. Echaba de menos a mi padre. Echaba de menos esas noches en las que las mujeres cantaban a la mesa y las golondrinas cruzaban en picado el cielo nocturno al otro lado de las ventanas abiertas por detrás de sus cabezas. Echaba de menos el pasado. Echaba de menos mi infancia. Echaba de menos mi juventud. Echaba de menos tener compañía. Me dolía la añoranza.

El dorado de las luces del pueblo se empezó a manchar y a deslumbrar como si la lluvia hubiese salido de la nada.

No mucho después, y tras pararme a pensar un poco (y reconocer en esos pensamientos la virtud de que no versaran sobre mí), invité a Tessa a un *brunch*.

—¿Un *brunch*? —me dijo—. ¿En el *château* Miseria? Podría llevar cruasanes, supongo, pero ¿tienes café aunque sea?

—El café no sale muy bueno en la hornilla. Y el té con los cruasanes no pega. ¿Unos huevos revueltos con beicon crujiente no te convencen lo suficiente?

—Demasiadas calorías. Se me chafaría el día entero.

—Podría hacer tortitas de patata.

—Ah, bueno, eso es otra cosa. Las tortitas de patata lo merecen.

—Pero trae fruta, Tessie. Ya solo hay en las ciudades, y me muero de ganas de comer algo de fruta.

Tessa vino un día de viento fuerte y tonificante, bajó corriendo la pista de tierra desde su coche menudo, como una atleta, y me barrió en un abrazo que nos llevó dando vueltas hasta la casa.

—¡No vuelvas a hacer esto nunca más! —me dijo, medio riéndose, medio en serio—. Desaparecer. Irte así del mundo tú sola…

—Estoy ya en el camino de vuelta.

Y así era. No porque hubiese habido ningún punto de inflexión. Varias pequeñas cosas, reunidas, parecían haber formado una senda de piedras para salir de la oscuridad. El regalo de la manta eléctrica de alguien con quien había estado enfadada; la oferta de Andy que quizá fuese una oferta o quizá no; el *brunch* y todo lo relacionado con él: sugerirlo, hacer la compra, cocinar, poner la mesa y barrer la habitación, y disponer unas ramas de serbal de bayas rojas en una jarra y encender el fuego en la hornilla para crear ambiente.

Estaba abriendo las bolsas que habíamos sacado del coche de Tessa.

—Esta es la primera comida que he esperado con ganas desde hace no sé cuánto tiempo —le dije—. Tenía miedo de que nunca me volviese a importar nada. Pero estos últimos días he estado pensando en melones.

—En la primera bolsa de ahí. De piel lisa y Galia. Y albaricoques de Siria y fresas de Zimbabue y manzanas Cox's Pippin de Nueva Zelanda.

—Yo he rallado patatas irlandesas crudas en el puré de patatas irlandés para mezclarlo todo con harina de Irlanda y hacer las tortitas de patata, que estarán nadando en mantequilla baja en grasa para que podamos comer el doble que si no fuese baja en grasa.

—¿Te importaría explicarme cómo estás tan delgada, si esa es tu…?

—El pícnic fue la última vez que noté hambre, creo. Sé que he perdido peso. Los vaqueros me quedan sueltos. Pero voy a decirte una cosa, Tessie, y me apuesto lo que sea a que nunca has escuchado a una mujer decir esto antes: no me alegro. Estoy deseando recuperar todos los kilos que tenía, y más, si eso significa que vuelvo a ser la glotona de siempre. Porque he divisado en este último par de meses cómo es eso de perder el interés por la vida y no me ha gustado nada. Será un peligro específico de la madurez: que

cuando te distancias del mundo en el que le gustabas a la gente y la gente te gustaba, te vuelves indiferente a toda una serie de cosas. Hace falta esforzarse por mantener los vínculos con la sensualidad y…

—¡Rosie Barry! —me interrumpió Tess, indignada—. ¿Hay algo en este mundo que no te lleve a pensar en el sexo?

—Ay, por favor, no seas tan bruta. La sensualidad no es sexo. Es sentimiento. Es disfrutar de ciertas sensaciones lo suficiente para querer buscarlas.

—¿Y eso lo sacas todo de unas tortitas de patata?

—El sarcasmo barato no va a llevarte a ningún lado —dije con altivez—. Además, seguro que es un vínculo magnífico entre una pareja, la glotonería, digo. Las parejas en las que las dos personas son glotonas tienen comidas que planear y restaurantes de los que hablar. Es que hay parejas que no tienen ningún tema de conversación en absoluto.

—Yo no sé nada de eso. A Peg y a Monty les encantaba comer y eso no ha evitado que él se largue con una jovencita que parece no haberse terminado una comida entera en su vida.

—¿Cómo está Peg?

—Está muy mal. Si no sois una sois la otra.

La estaba observando empezar a comerse los huevos, que estaban condimentados con acedera y un pelín de tomillo silvestre.

—Estos —dijo subrayando mucho la palabra— son los mejores huevos revueltos que me he comido en la vida.

—Lo que te decía. Algunas parejas no tienen nada de lo que hablar, salvo de comida —repetí con mucho énfasis.

Tess levantó la vista inocente.

—¿A ti qué te pasa? ¿Por qué estás hablando así?

—Andy estuvo aquí el otro día.

Se puso colorada.

—¡Ah, por eso estás hablando tú de parejas! Sabía que había algo entre vosotros.

—No había nada. Te lo dije. Nunca lo ha habido. Es todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario qué es?

Alargué la mano sobre la mesa, le agarré la suya y se la sostuve en alto.

—Me dijo que te lo contara —respondí muy seria—. Que te contara que tiene que irse a Laos porque allí lo necesitan, y que tiene que llevarse a Pearl porque le da miedo dejarla aquí. Fue lo único que dijo con palabras. Pero la

forma en la que me pidió: «Cuéntaselo a Tess»… Había algo más. No sé decirte exactamente el qué. Estaba intentando expresar otra cosa. Pero ya conoces a Andy, es incapaz de sacar las cosas fuera.

—¿Qué cosas?

Para entonces, la cara se le había cubierto entera del sonrojo.

—No lo sé.

No quería decirle una mentira como tal. Por un lado, si Andy y ella acababan juntos, lo descubrirían solos. Pero me apetecía mucho entrar en insinuaciones.

Durante toda mi vida me había guardado la propuesta de Hugh Boody de convertirme en su amante oculta en el fondo de mis recuerdos. Sabía que aunque pudiera decir que yo no tenía culpa de nada, que yo no había hecho nada para provocarla y que la había rechazado, sí tenía culpa en parte. Había algo en la persona que yo era que, para empezar, había atraído a Boody, y que además le había dado la seguridad de que no me enfadaría. Por otro lado, quizá debería habérselo contado a Tessa. No estaba segura. Pero sabía que, si en ese momento la ayudaba a ir detrás de Andy, de algún modo estaría compensando lo que solo yo sabía de Hugh.

No por primera vez, Tess percibió, en cierto modo, lo que me pasaba por la cabeza.

—Hasta ahora me había bastado —me dijo—. Siempre pensé que Hugh Boody sería suficiente para toda mi vida, porque fuimos muy felices juntos. Pero ahora daría lo que fuese por tener a alguien con quien envejecer.

—Lo sé. Yo también.

Dejé la cabeza sobre la mesa y Tessa me agarró la mano y la apretó y me dijo:

—Ay, no.

Nosotras estábamos en silencio, pero la habitación no. Fuera, el viento azotaba la marea hacia la orilla y el carbón del fuego se movía, y la perra, dormida en el suelo delante de las llamas, hacía un ruido suave y regular al respirar.

—¿Laos cuál es? —me preguntó Tess.

—Es el que está junto a Vietnam y un poco arriba. Acuérdate de que Kissinger y Nixon y esa panda de mentirosos lo bombardearon cuando estaban desesperados.

—Pero yo soy asesora psicológica cualificada. Me gradúo el mes que viene.

—La gente también tiene problemas en Laos, diría yo. Es decir, la gente de Laos que solo habla inglés seguramente tenga muchos problemas.

—Pero ¿Andy se refería a ir allí? —Se estaba echando atrás—. ¿Cómo dijo lo de «cuéntaselo a Tess»?

—Lo dijo y ya, en tono raro. A cualquier otra persona le habría parecido normal, pero yo sé que fue raro.

—¿A qué te refieres concretamente con raro?

—Pues eso: raro.

Nos miramos.

—Mira, Tess —le dije muy vigorosa—, normalmente cuando alguien pregunta: «¿Y qué tienes que perder?» resulta que hay un montón de cosas que perder. Pero en este caso, de verdad creo que deberías irte, por vivir la experiencia aunque sea. Si la cosa no sale bien entre vosotros, ¿qué más da? ¿Qué habrás perdido? Vete y sé tú, maravillosa, enérgica, y a ver qué pasa. No intentes vivir según los dictados del amor, que si lo quieres, bla, bla, bla, que si él te quiere, bla, bla, bla. El amor es demasiado complicado. —El sonrojo le volvió—. A tomar viento. Eres su prima y la pobre Pearl es tu tía y tienes todo el derecho a presentarte en la selva para ayudarla a instalarse allí; de hecho, seguramente Pearl se tire a besar el suelo que pises. Y cuando estés allí, ya verás cómo consigues que algo pase. Llévate los pantalones cortos. Te sientan de lujo.

—Pero ¿qué voy a decir que estoy haciendo allí? ¿Qué explicaciones voy a dar?

—Nada, di que te pillaba de camino y se te ocurrió pasar a hacerles una visita —le sugerí, y las dos nos partimos de la risa.

[9] La canción *Begin the beguine,* compuesta por Cole Porter en 1935 y popularizada más adelante, en una versión con arreglos de Artie Shaw, acabó convirtiéndose en uno de los grandes clásicos de la música estadounidense. Los versos aquí recogidos podrían traducirse como: «Cuando el *beguine* empieza a sonar / viene a la memoria una noche de esplendor tropical […] Así que no dejes que empiece el *beguine* a sonar. / Deja que el amor que fue llama quede en brasas. / Déjalo dormir como el deseo muerto que solo yo recuerdo ya...».

25

¡En la gloria está ya! —gritó Peg al teléfono.

Sonaba tan desconsolada que por una milésima de segundo pensé que había matado a Monty. Eso fue cuando yo todavía estaba en la casa del cabo. El señor Colfer, ni más ni menos, terminó siendo el Orfeo que me sacó por fin de aquel inframundo. El difunto señor Colfer, ni más ni menos.

Uno de los trabajadores de la pista aérea me gritó desde la cresta que tenía que llamar a Peg Colfer, daba igual la hora, día o noche. Y que su padre estaba ya en la gloria fue la manera que tuvo Peg de anunciarme su muerte. No quería decir la palabra «muerto».

—Me dijo: «No me encuentro muy bien», y nada más. Y cuando volví a mirar estaba tumbado de nuevo, en una postura tan incómoda que lo supe. ¡Lo supe, Rosie!

Y se echó a llorar amargamente.

Hice lo que pude para tranquilizarla, y le dije que por supuesto subiría a la ciudad a tiempo de estar cuando se llevaran el cuerpo de la casa, y que por supuesto asistiría al funeral a la mañana siguiente. La notaba tan agobiada que quería estar allí para acompañarla, más allá del hecho de que no habría perdón ninguno, jamás, para alguien que se perdiese alguna de las ceremonias. Aunque no me sentía preparada. Estaba nerviosa ante la idea de dejar a la perra. Estaba nerviosa por todo.

Paré en Milbay para que me plancharan el abrigo gris mientras iba a que me hicieran un lavado y secado de emergencia en el pelo. Me temblaban las piernas, pero poco a poco todo me fue volviendo: cómo comprar un ramo de flores, cómo comprar un par de guantes, cómo aceptar que gracias a Dios aquel no era otro mal día más. Me maquillé en la peluquería y al final acabé con un aspecto tan espléndido y pulcro, y había perdido tanto peso, que no pude resistirme a asomar la cabeza por la puerta de la oficina de la compañía eléctrica y preguntar si estaba Aidan.

No estaba.

De camino a Dublín hablé conmigo misma muy en serio: ¡Ya basta! Me dije. ¡Para con todo esto! Aparte, ¿qué pretendías?

¡Quería que pensara que soy atractiva!

¿Por qué? ¿Por qué?

¡Sabes muy bien por qué!

Resultó que el funeral era en la iglesia de Gardiner Street, y de camino me quedé parada en los semáforos de enfrente del hotel Gresham. Sabía bien cuál era la ventana de la habitación en la que había perdido mi virginidad con Dan, el profesor estadounidense; la conseguí localizar en los meses posteriores, cuando todavía esperaba recibir una carta suya. Pensaba en él como «el profesor», me parecía que tenía un poco pinta de Beach Boy, con el pelo rubio y la piel bronceada. Si hubiese sido un hombre más mayor habría sido más amable conmigo. Me habría escrito algunas cartas sentimentales. Muchos profesores lo hacían. Aun así, dado que perder la virginidad debe ser casi por definición una experiencia impactante, tuve suerte: Dan fue lo bastante amable, y tuvo cuidado.

Y lo cierto era que la que estuvo en aquella cama fui yo solo en parte, la joven Rosie Barry, con todos sus problemas para conseguir bajarse los vaqueros más allá de las caderas. *Los muertos*, al menos para mí, era algo tan real como la realidad misma, y yo era Gretta, aunque en vez de alejarme de Gabriel, preocupada, le cubrí la cara de besos.

Con esa edad tenía mis defensas. Lalla y yo a menudo nos habíamos jactado, por ejemplo, de que nunca le entregaríamos nuestra felicidad a un hombre, y yo estaba convencida de que nunca iba a hacerlo. Y aunque visitaba una iglesia tras otra rezando para que Dan me escribiese, no creía en un Dios que fuese a escucharme, dado que mi padre había muerto a pesar de todas mis súplicas y sacrificios. Tampoco creía en él porque ni Markey ni Flaubert creían. Y aunque deseaba las cartas de Dan, no podía recibirlas en casa sin correr un riesgo terrible, ni podía recibirlas donde Boody porque las otras chicas habrían visto los sellos estadounidenses y me habrían echado la bronca. Así que no me sentía completamente devastada por su silencio.

Sin embargo, con frecuencia me preguntaba si aquella hora con él habría afectado a toda mi vida. ¿Por qué, por ejemplo, no me había casado cuando era joven, como la mayoría de la gente? ¿Me habría casado si hubiera sido virgen?

Por favor, ¿cuándo iba a superar lo del sexo? Estaba impaciente por que el semáforo cambiase para cambiar de calle. ¿Cuándo? Habían pasado treinta y cinco años desde que había corrido por esa acera para encontrarme con Dan, y tanto tiempo después de nuevo se apoderó de mí la misma excitación que me hacía respirar superficialmente, mientras caminaba desde la peluquería hasta la oficina de la compañía eléctrica con la esperanza de que el ingeniero estuviese allí.

¡Dile a mi cuerpo que lo supere! Me gruñí a mí misma. No soy yo. Es mi cuerpo, que no quiere. Que no puede.

Quizá nunca fuese a ser libre hasta que, como al señor Colfer (allí metido en el ataúd que habían llevado a los pies de las escaleras del altar), se me cayese la crisálida de carne. Intenté, como hacía siempre y con el mismo poco éxito que de costumbre, imaginar dónde estaría a esas alturas la «señorcolfernidad» del señor Colfer, dado que en su cuerpo vacío no estaba. Cuando murió mi padre lo imaginé flotando por encima de mí; muy arriba, aunque no tanto para no seguir en contacto el uno con el otro. Pero ¿y si el espíritu iba hacia abajo? ¿Y si excavaba la tierra porque no podía soportar estar desencarnado? ¿O y si se quedaba en el mismo plano que los vivos, y cuando caminábamos por ahí íbamos abriéndonos paso entre densas masas de espíritus? Quizá mi madre estuviese caminando junto a mí y yo no lo sabía. ¿Y qué pasaba con los elementos del espíritu que conformaban la personalidad, que cualificaban a una persona para vivir en un cuerpo humano entre la gente? ¿Adónde iban? ¿Se desperdiciaban sin más? Yo conocía al señor Colfer como podía conocer a cualquier otra persona; de hecho, el día que no hice caso de Min, que me amenazaba con no dejarme ir a la escuela, y corrí hasta su tienda e irrumpí allí, y le anuncié que sabía leer, él me dio amablemente una naranja. ¿Dónde había ido la singularidad del señor Colfer? ¿Era solo una floritura de la creación, como los millones y millones de diseños distintos que tenían las alas de las aves?

Peg estaba devastada por la pena. Sus sollozos al pronunciar todas las oraciones eran tan sentidos que yo también me puse a llorar, por pura empatía, hasta que Tess me lanzó una mirada hastiada. Al final, cuando el cura bajó hasta el ataúd para rociarlo con agua bendita y agitar el incensario a su alrededor y pedir que brillara para él la luz perpetua, los sollozos se volvieron histéricos. Peg, cegada por las lágrimas, tuvo que recorrer el pasillo apoyada en su hermano, que había vuelto de Canadá.

Nos apiñamos contra el muro de la iglesia bajo el paraguas de Tessa

mientras esperábamos a que la familia estrechase la mano de todos los asistentes y se marchase. Tess se había sacudido de encima el abrigo un segundo para enseñarme la costra impresionante que tenía en el brazo donde le habían pinchado las vacunas para Laos. Pero, tal y como le indiqué, yo tenía la mente en otros asuntos más elevados.

—¿No es extraordinario que todos tratemos este tipo de cosas como si fuesen ordinarias? Esto es un acto público, y sin embargo ¡fíjate hasta qué punto demuestra lo privada que es una familia! No tenemos ni idea de lo que se cocía dentro de esa familia, de por qué todos los hijos querían tanto al señor Colfer. Lo que digo es que, por lo que sabe la mayoría de la gente, ese hombre tenía amedrentada a la madre de Peg y montó un tremendo espectáculo con la mujer de Enzo, además de que tardaba diez minutos en venderle una caja de cerillas a cualquiera. ¿Por qué Peg se dedicó en cuerpo y alma a cuidarlo? Ahora él ya no está y Peg es demasiado mayor para tener hijos, a no ser que se vaya a Italia en busca del ginecólogo ese loco como se llame. Porque, bueno, esa es la manera más sencilla de encontrarle sentido a haber nacido: tener hijos. Ser una más. ¿No te has dado cuenta, cuando iban camino de tomar la comunión, de que las generaciones se van alineando como saltadores de trampolín que hacen cola para pasar a la plataforma? El año pasado y este año y el año que viene les ha llegado la hora al señor Colfer y a tus padres. Esa generación está saltando al más allá, y luego irá Min, y después iremos tú, yo, Andy y toda nuestra quinta. La cosa es que nosotras no tenemos hijos, Tessie, ni tú ni yo, así que a no ser que seamos unas genias, que no lo somos, lo nuestro no tiene mucho sentido. Avanzas, te pones en cola para la muerte y saltas y dejas a tus hijos atrás para que crezcan y se hagan mayores y salgan a la plataforma de salto. Si no tienes hijos, no dejas nada atrás. Eres una pieza suelta.

—Por Dios bendito —se quejó Tess—. ¡El mundo está lleno de niños! Si quieres uno, ¿por qué no sales por ahí y ayudas a alguno que ya exista? Sería un cambio con respecto a la perra. Ni tú ni yo hemos querido tener hijos nunca, por lo que yo sé, porque si así hubiera sido, ¿qué nos lo hubiese impedido? Y además, Rosie, ¿qué puñetas quieres que hagamos al respecto a estas alturas? ¿Pasarnos el resto de la vida disculpándonos?

—Bueno —añadí encabezonada—. Es que creo que en eso consiste la humanidad: en equipos de personas que hacen cola para saltar a la muerte. Así que tienes que distraerte. Si es que logras pensar en algo con lo que distraerte, cosa que yo por el momento no consigo hacer.

—Pero a lo mejor hay algo al otro lado, ¿no? E incluso aunque no lo haya, incluso aunque esta vida sea todo y punto, ¿no es eso razón de más para disfrutar de cada segundo de ella, y no al revés?

Me tomé lo que dijo al pie de la letra y las dos pasamos un día estupendo, y al final volví a casa de Min después de tomarme un millón de copas con toda la población de Kilbride en el *pub* de la plaza, cerca del cementerio de Glasnevin.

¡Vaya, menuda diferencia entre entrar a una casa vacía y hacerlo a una que estaba viva!

Deslumbrada como estaba, vi que Leo había hecho suyo aquel lugar con mucha destreza. Todos los adornos pequeñitos de Min habían desaparecido, y había quitado la alfombra negra lisa de al lado de la cama de mi padre y la había bajado para sustituir a la alfombra de paño. Tenía sujetas las cortinas amarillas de tal manera que no eran más que unas franjas estrechas a ambos lados de las ventanas, pero había mimado las orejas de oso, que lucían brillantes entre esas dos franjas en un tono rojo coral. Todo era de lo más lineal y sencillo, salvo por el fuego, que se movía glorioso en resplandores que se encendían y atenuaban y vuelta a empezar. El aire estaba perfumado por algún plato suizo a base de patatas, queso y jamón. Bell (que, según Leo, dormía a los pies de su cama pero por lo demás no tenía tratos con él) se giró y se puso bocarriba pidiendo que le rascaran la panza, y cuando me senté a la mesa saltó a mi regazo.

Leo estaba escuchando un cuarteto de Schubert cuando entré por la puerta con la cara roja y muy parlanchina, y enseguida volvió a él para aplacarme un poco, mientras me tomaba la cena que me había servido.

«Ahora escucha el violonchelo», me decía. O: «Ahora, Rosie, aquí es donde recupera la introducción…».

—Eres maravilloso —le dije, y era en serio—. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que te mudes aquí para siempre?

Me sonrió, sereno.

—Me temo que no estoy disponible, querida. Mi querido hijo, mi Benjamin, le ha estado resaltando a mi esposa todas mis virtudes, y he iniciado una conversación con ella en un tono relativamente amigable sobre la posibilidad de que reforme los establos de la casa de Lucerna para mi uso personal. He estado estudiando cuestiones de insonorización en la biblioteca de Kilbride.

¡Vaya!

—Me alegro mucho por ti —respondí con sinceridad—. Aunque podrías haber abierto el primer hotel *boutique* de Kilbride y haber sacado una fortuna.

Me dejó agua mineral fría junto a la cama y un ramillete de fresias que, diminuto como era, perfumaba ligeramente el aire, e incluso me había planchado las sábanas.

¡Bueno! Su esposa y él eran personas sensatas y estaban aprovechando el tiempo que tenían de la mejor manera. Todo el mundo debería ser así de sensato. Y tener tanto dinero, claro.

Estaba deseando irme a dormir, pero no pude evitar conectarme a internet, aprovechando que no tenía una cola de adolescentes excitados detrás a la espera de usar el ordenador. Y además, echaba de menos las conversaciones con mi amigo de juventud.

De RosieB a MarkC

¿Cómo estás, mi querido Markey, y cómo va tu Arca de Noé? Acabo de estar en el velatorio del señor Colfer y en el funeral de después, y he bebido un poco de más. Pero Leo y yo no hemos estado ociosos. Hemos rebuscado en la cocina de Min y ha aparecido un trapo con una «oración» de trescientas palabras sobre la madre irlandesa; otro con un mapa de la travesía de Paul Revere; un relato del Motín del Té con una receta de un guiso de judías de Boston; y otro más con el reglamento entero para jugar al Texas Hold'Em en el póker. Min tiene también guantes de horno con fragmentos de textos de Beatrix Potter en los anversos. Nunca me había fijado en esta curiosa modalidad de lectura.

Leo ha preparado un café fortísimo que ha conseguido reponerme. Así que allá van siete «ideas» en miniatura. Son para la mitad del viaje, pero curiosamente no son nada melancólicas. ¿Qué es lo que me ha pasado? No me ha costado nada encontrar estas cosas positivas que decir. De hecho, las defiendo totalmente.

En la mitad del viaje

1. Las vertiginosas subidas y las terribles bajadas dejan de consumirte la energía. Descubres lo empoderante del terreno llano.

2. Afrontas las dos caras de la moneda: puedes echar mano del vigor y mirar de frente a la sabiduría.

3. Seguramente estés en la cima de tu poder adquisitivo, por lo que los temas prácticos de la vida van como la seda. Es una libertad nueva.

4. Sabes lo que quieres. Sabes además que solo porque quieras algo no tienes

que intentar conseguirlo.

5. Tienes la perspectiva que da la experiencia, que puede enseñarte la importancia y la belleza allí donde no las percibías antes.

6. Tu yo carente de iniciativa ha quedado en el pasado. Ahora decides tú.

7. Las batallas innecesarias menguan. La batalla contra tu propio ser ha acabado. Al fin, tú y tu propio ser podéis ser amigos.

Me despido por ahora. Tengo que acostarme a descansar en paz, como el señor Colfer.

26

Me habría quedado en Kilbride por la comodidad, pero estaba ansiosa por regresar al cabo. Sabía que la perra estaría esperando. La veía en mi mente, agachada expectante en cuanto escuchase el coche, con la cabeza ladeada ansiosa hasta que identificara a la persona que llegaba por la cresta. No obstante, antes de dirigirme a Stoneytown tuve que esperar a que acabara el bufé en el *pub* y a que todo el mundo abrazase a Peg para apañármelas y estar un rato a solas con ella. No había tenido oportunidad de comunicarme con mi amiga hasta ese momento, más allá de apretarle la mano y quitarle algunas pelusas del abrigo negro.

—Ven a la casa nueva —me dijo—. Tengo que acercarme al cementerio con mi hermano para ocuparme de las flores pero le diré que me estás esperando, y así no tendremos tiempo de hablar de la herencia.

El chalé, que Monty le había cedido a Peg, estaba recién pintado, pero el terreno de alrededor seguía sin arreglar y tuve que abrirme paso por una parte de campo asilvestrado para llegar al porche. Peg, aún con el vestido negro que le quedaba genial con el pelo rubio, guio el camino hasta la zona de porche techado, donde un par de sillones de la casa de su padre parecían muebles para niños en aquella enorme extensión de baldosas. La abracé un momento y murmuró: «Es que lo voy a echar muchísimo de menos».

Pero ya había llorado todo lo que podía llorar, me dijo. Necesitaba un descanso. Nos sirvió dos vasos llenos de champán.

—No puedo emborracharme porque esta noche hay cena familiar y necesito tener todos los sentidos al cien por cien, aunque en realidad el champán no emborracha.

—Me acordaré de decirle eso a la poli si me paran —respondí.

Chocamos entonces los vasos en un brindis por su padre que estaba en el cielo y por nosotras que estábamos en la tierra, para que todos tuviéramos días felices.

—Joder, Peg, que Dios me perdone por decir esto pero el luto te sienta…

Estás magnífica, fabulosa. Y el negro es tu color…

—Lo sé —me dijo engreída—. Diez kilos menos. El secreto es sufrir.

—Incluso las sombras oscuras que tienes bajo los ojos, ¡qué elegantes te quedan con la piel tan clara! El mobiliario, sin embargo…

—Sí. Tiene un aspecto horrible. Pero me lo traje para que los demás no se lo quedaran, una vez que supe que mi padre no mencionaba nada de eso en el testamento. Los demás se van a llevar más de lo que merecen, de todos modos. ¿Sabes que nos ha dejado la casa a todos? He encargado un sofá de piel. Monty siempre decía que lo pondríamos de piel porque a lo mejor teníamos mascotas.

—¿Has hablado con él en el funeral?

—Sí, he hablado. Le he dicho «hola, cariño» y le he guiñado cuando ha pasado merodeando con su niña novia.

—Parece que tú y yo afrontamos las cosas de maneras opuestas —le dije con suavidad—. Yo estoy atascada buscando algo que hacer que me anime, mientras que tú… Bueno, ¡solo puedo decir que la fiera ha despertado! Vas con la escopeta cargadísima, si es que las fieras pueden llevar escopetas.

—Estoy cambiando. No me sentía satisfecha con cómo eran las cosas, aunque tú dijeras que sí aquella noche que fuimos a ver *Babe* con Tess. Creía que lo estaba, pero no. Me alegro ahora de que la rata de Monty se haya largado. De tal palo, tal astilla asquerosa. La única diferencia entre tú y yo ahora es que me llevas ventaja en la vida. Yo estoy aprendiendo a conducir, y tú ya sabes conducir. Y sabes cómo vestirte, y yo estoy empezando. Quiero saber dónde te has comprado esas medias negras, no te creas que no me he fijado en ellas. Y voy a apuntarme a *bridge* en cuanto monten una clase nueva, pero tú ya juegas al *bridge* o se supone que juegas. Incluso estoy pensando en comprarme un perro.

—¡Peg! —le dije, y la levanté en volandas y bailé con ella en un gran abrazo cursi y volví a dejarla en su sillón otra vez—. ¡Peg! ¡No busques más perros! ¡Puedes quedarte con la mía en préstamo! Practica lo de tener un perro con ella, y si se te da muy bien te dejo que la compartas a ratos conmigo. Puedes cuidarla hasta que llegue la primavera, hasta que la casa de Stoneytown tenga suelos y techos y pueda volver a ser mi base de operaciones.

—¿La perrita negra? ¡Eh! No es mala idea. Nada mala. ¿Te acuerdas de cómo me quiso en cuanto me conoció? Aunque en ningún momento escuché el nombre. ¿Cómo se llama?

—Es secreto. Aunque no necesita nombre, lo mismo que no necesita alma. Ya es ella, ella mismísima, pura y sencilla.

—La llamaré «Miss Mísima» entonces —dijo Peg—. Dile a Miss Mísima que va a tener una gran vida aquí. Va a tener lo que Monty habría tenido, el puerco asqueroso: una sirvienta personal y privada.

—Tú mantenla alejada de los de veintiocho.

Fue el impulso de la cháchara lo que me llevó a decir lo que no debería haber dicho. La cara de Peg se torció de dolor, y tuvo que controlarla para poder mirarme. Le devolví una sonrisa. Pero nuestra mueca divertida era solo una pose. ¿Qué había de gracioso en la ventaja de los veinte años de esa nueva mujer? Nada. Era una ventaja, pura y simple. La naturaleza estaba toda de su lado. Quizá la mujer mayor pudiera romperle el corazón, pero no había nada que hacer para cambiar esa realidad o debilitar su poder.

—Es duro, Peg, lo es —le dije en el coche—. Y no hay más que decir. Ser mujer y envejecer sola… No hay forma de ablandar lo duro que es. Estoy segura de que para un hombre también es complicado, pero de un modo distinto.

—Tú te las apañas, y tienes siete años más que yo. Nadie te tiene lástima.

—Yo me la tengo —respondí seria—. No sé cómo he acabado estando sola, pero sé que me encantaría tener a alguien. Me encantaría ser la primera persona en la que otra persona pensara. Me encantaría tener a alguien a quien contarle todo. Me encantaría irme a dormir y despertarme junto a alguien…

—Tiene que ser el alguien correcto.

—Eso es lo que cree una de joven. Pero no sé. No estoy tan segura. He empezado a buscar otro trabajo y esta vez pienso esperar hasta encontrar algo útil. Me estaba planteando enseñar inglés en Myanmar durante seis meses o así para empezar. ¿Sabes dónde digo? ¿Myanmar? ¿Que antes era Birmania? Es una dictadura militar. Seguro que a la resistencia le ayuda saber algo de inglés. ¿Podrías ocuparte de Miss Mísima seis meses? Aunque no puedo evitar pensar que si tuviese a alguien no necesitaría tomarme tantas molestias para vivir mi vida. Podría cuidarlo a él y ya, y no estar siempre haciendo mis propios planes y haciéndolo todo yo sola. Ya he tenido bastante de mí misma.

—Sigo pensando que tiene que ser la persona correcta —insistió tozuda Peg.

—De todas maneras, da igual. Incluso aunque cualquiera fuese mejor

que nadie, tampoco tengo un cualquiera.

—¡Rosie Barry! —dijo Peg en un lamento—. Has venido aquí a consolarme, ¿cómo es que has acabado llorando tú y yo teniendo que cuidar de ti?

—Pues porque eres un ángel —le respondí, mientras me despedía con un beso—. ¿Y cómo he adivinado que eres un ángel? ¡Pues porque eres rubia! ¿Alguna vez has visto un ángel moreno?

Desde ese momento, estuve lista para retomar una vida normal. Un día de cielo azul brillante y viento procedente del interior que azotaba la espuma de las olas y la devolvía al mar, fui a consultar el correo electrónico por última vez a la biblioteca de Milbay. La naturaleza estaba exuberante: a cada tanto, puñados de diamantes deslumbrantes chocaban contra los cristalitos de las ventanas lanzados por otra lluvia soleada que repiqueteaba más arriba. Me sentía bien y temeraria.

De RosieB a MarkC

Estaba sentada aquí el otro día, ociosa leyendo el periódico, incluso los obituarios del final, cuando me di cuenta de que los obituarios a menudo decían que la persona difunta había sido «la mejor amiga» del doliente.

En un momento de autocomplacencia pensé: nadie nunca afirmará eso de mí, que fui su mejor amiga…

Y luego me dije: ¿cómo será ser tu propio mejor amigo?

Pensé en mis amistades y en lo que siento por ellas. Quiero apoyarlas. No quiero hacerles daño nunca. Si hay algo en ellas que creo que deberían cambiar, lo abordo con afecto y cuidado, o al menos eso espero. Pero básicamente les tengo cariño tal y como son, y si quieren seguir siendo así, por mí, perfecto…

Y entonces me di cuenta de que nunca me he visto a mí misma con esa amabilidad. Siempre me he ordenado cambiar, me he instruido a mejorar. Nunca me he acercado a mí misma con cariño. Y fue como si por fin lo entendiese todo. Quererse una misma no es cuestión de indulgencia egoísta. El amor es capaz de abrirte. El amor es capaz de ablandarte, para que así puedas escapar de los viejos moldes. El amor es una atención delicada, nutriente. Cuando diriges esa atención a ti misma, los frágiles brotes de un nuevo tú pueden coger fuerza.

Así que me marcho de Stoneytown con esa idea bajo el brazo.

Y quería contártelo, querido Markey.

Con cariño,

Rosie.

De MarkC a RosieB

Asunto: GRACIAS

Gracias, amiga, por ser tan abierta. Me ayuda a sacarme una cosa que tenía muy dentro.

Yo tuve que aprender a no ser duro cuando llegué a Estados Unidos, Rosie. La verdad pura y dura aquí no motiva, sino que hace daño y desconcierta a la gente. Tú y yo venimos de la escuela de relaciones humanas del «tala y quema» de Kilbride, pero aquí la gente no es así.

Y eso me lleva a mi profundo arrepentimiento ante el modo que elegí para marcharme de Irlanda. ¿Te acuerdas de que estábamos en el South Bull Wall, en el puerto? Vi el daño que te hizo que no te hubiese contado que me estaba preparando para irme. Esa noche, en el barco a Holyhead, prometí no hacerle ese daño nunca más a nadie, y de hecho durante años he intentado de manera consciente compartir cosas con otras personas y cuidarlas, por eso que te hice.

Es uno de tus milagros de la madurez, que se me presente esta oportunidad de decirte que sigo sintiendo mucho aquello.

¿Por qué no vienes a Seattle y te enseño esto? Min es una mujer maravillosa, pero no eres tú.

Con cariño,

Markey.

Le di a la perra un válium porque estaba harta de pagarle al veterinario, y cuando se quedó dormida la subí a la carretilla para llevarla al coche y la tumbé en el edredón sobre el asiento trasero, con papel de cocina rodeándola por todas partes, y coloqué cajas llenas de cosas de la casa para mantenerla sujeta. Con suerte llegaría a casa de Peg antes de que se despertase.

Leo se volvía a Suiza al día siguiente, aunque me dijo que quería visitar Dublín a menudo. Como regalo de despedida me hizo unos planos y unos dibujos detallados para la casa del cabo, en tinta fina sobre hojas de papel fabricado a mano, que ya de por sí eran unas piezas encantadoras. Le di un repaso a la casa y la vacié del todo para los albañiles, con sus bocetos en la mano. Si me llegaba el dinero, Casa Barry, como la llamaba Leo, iba a tener una pared acristalada en la parte del patio, un balcón en saliente con fachada de piedra bajo el tejado que daba al mar, revestimiento en madera

de roble por todas partes, calefacción de suelo gracias a una instalación geotérmica hundida en el primer campo de siembra y un metro de altura adicional a base de piedras antiguas en los muros circundantes; las casas que estaban levantando quedaban en la zona donde había estado el campamento, pero al final el prado iba a convertirse en un parque y la carretera de alrededor pasaría por detrás de mí. Leo había dibujado incluso las piedras de los muros, y había hecho numerosas notas. Lo que ese hombre no supiera sobre el efecto de la calefacción de suelo en las baldosas de caliza, o sobre cómo poner doble acristalamiento en ventanas originales, o sobre cómo despejar y repoblar un viejo huerto de manzanos mientras se construía un cómodo habitáculo entre los árboles para al menos un cerdo, no merecía la pena saberse.

Tapé con un cartón la parte del yeso viejo sobre la que alguna antepasada mía había llevado una vez un calendario desesperado. Eso no se tocaría. Leo había hecho un dibujo especial para los albañiles sobre cómo había que protegerlo con plexiglás, creando una caja de poca profundidad que iría cubierta con yeso nuevo cuando se rehicieran los espacios entre las vigas del techo. Y que otra persona lo encontrase algún día.

Bajo las marcas, en la pared, escribí con un pincel de marta cibelina mojado en tinta india:

Marcas encontradas por
Rosaleen Barry
en la reapertura de la casa de su abuela.
Primavera de 2003.

Llené el coche con los últimos bártulos. Tostadora. Radio transistor despreciado. Sistema humano para asustar ratones. Zapatos de plástico para examinar pozas de marea. Famotidina. Botas de goma. Alfombrillas de coche. Había quemado todo lo que no quería que pasara a la siguiente fase, fuera la que fuese. Había quemado el recorte del obituario de Hugh Boody. Si alguna vez me atropellaba un autobús, Tessa podría descubrir que lo guardaba y la duda le arruinaría la vida.

A continuación volví a subir la cresta y me quedé allí, donde todo flotaba con vitalidad: mi pelo, mi bufanda, el viento gélido, el cielo azul por el que corrían las nubes.

Dije una oración de agradecimiento por aquel lugar, por la casa, la

gente, los animales, las aves, los peces. Les di las gracias a mi abuelo, a mi madre, a mi padre y a mi tía Min. Les di las gracias a Andy y a Aidan, el de la compañía eléctrica, y a Tessa y a Peg. Les di las gracias a Markey y a Billy y a Luz. Y fui repitiendo las gracias a cada tanto, mientras conducía hacia Dublín, aunque oía una risa de burla. Cuando entré al colegio, en infantil, era una niña sin miedo que dibujaba habitaciones en las hojas de pino y en la tierra del patio con las ramas laboriosamente torcidas de los desgreñados árboles. Echaba a las otras niñas de mi salón imaginario con un repentino fogonazo de mal genio o, en un gesto igual de caprichoso, las invitaba a pasar a la manera de la anfitriona más gentil. Durante un tiempo, las demás niñas siguieron mi ejemplo, y todas hacíamos casas en la tierra. Pero luego llegó una época en la que se alejaron de mis juegos, al unísono, como mujeres adultas que se apartaran con gestos de desdén y sentido común de una persona demasiado excéntrica para tomársela en serio.

Aun así tuvieron su influencia. Sabía que a ellas les habría parecido afectado estar dando gracias eufóricas a diestro y siniestro.

Pero que se fueran al cuerno.

«Proclama mi alma la grandeza del Señor…».

Pasé a los agradecimientos normales cuando vi todas las molestias que se había tomado Peg por la perra. Había instalado una jaula grande para que la perra se sintiera segura y la había llenado de juguetes, con una cama de felpa incluida. Sobre la puerta de red había una placa que ponía MISS MÍSIMA. Pero hubo algo mejor que eso: tras la indiferencia de la perra por los juguetes, Peg abrió la puerta del porche techado sin aspavientos y la dejó salir para que empezara a explorar su nuevo mundo. Nos quedamos allí de pie con los abrigos puestos como madres orgullosas a la entrada del patio del colegio, y observamos. Al principio la perrita estaba un poco atontada y estuvo vagando cerca de nosotras, mirándome a mí, luego a Peg y luego a sus alrededores. Pero al poco la cola negra y tiesa era lo único que veíamos sobresalir de la hierba, y luego la perra entera volvió a aparecer en la distancia, olisqueando y dándose la vuelta y corriendo disparada hacia el seto, para desaparecer un momento y después correr de nuevo a comprobar que seguiríamos allí, antes de largarse otra vez.

—Creí que habías dicho que le daba miedo el ruido —me dijo Peg.

Otro avión, ruedas fuera, vientre de plata brillante, gritó sobre nosotras al acercarse al aeropuerto de Dublín.

La perra estaba haciendo un hoyo tan feliz.

—¡Claro, Peg! ¿Adivinas? Nunca lo había pensado, pero ¡viene de un campamento del Cuerpo Aéreo! Este debe ser el único ruido que le dé igual.

Es una señal, pensé. He hecho lo correcto.

La mujer de Leo le había enviado un billete. Air France, clase *business*. Casi lo más caro que había. Me lo contó Reeny cuando me crucé con ella, que entraba a su casa mientras yo llegaba a la mía. «No está ahí. Está en el Sorrento despidiéndose de Enzo. Todo el mundo sabe que se va y sus fans están llorando y penando. Yo entre ellos, porque es un hombre maravilloso y todo un caballero, solo que toca una música antiquísima sin parar. Gracias a Dios yo tengo a un señor en España, así que me queda algo a lo que aferrarme. Pero las pobres abuelas del coro, ellas nunca han conocido a nadie como él. La manera en la que lo rondaban todo el rato… Como para pensar que era una mezcla del padre Pío y como se llame el del musical *South Pacific*, el extranjero ese guapo con el pelo blanco. La mitad se le presentaba en la puerta con regalos y la otra mitad le dejaba sus presentes en el alféizar de la ventana. Hoy he visto a una gaviota intentando abrir algo envuelto en papel de aluminio que le habían dejado ahí, y se lo he metido por la ventana a la señora Beckett. ¡Déjalas que lo averigüen!», terminó de decir con una risa estridente.

Subí al *fish and chips* a decirle a Leo que estaba en casa. Y allí lo vi, apoyado en la barra, y me compró un helado de chocolate mientras Enzo y él acababan una conversación sobre una tisana para el *mal di gola* de Leo y sobre qué era mejor para la rigidez de *dossa* de Enzo. A continuación, Enzo sacó de la cocina una jarra de un vino de verdad espantoso que su abuelo hacía en los montes de arriba de Bellinzona, e insistió en que Leo se la llevara con sus mejores deseos.

Leo no paró de murmurar sobre su mal de aquí y su mal de allá mientras caminábamos por la calle, pero estaba mejor que bien, por lo que yo alcanzaba a ver. No era en absoluto el desecho que había sido en Macerata. Estaba más feliz, incluso, que durante toda la época que había durado nuestra aventura, cosa sobre la que tendría que pararme a pensar algún día cuando me pusiera a analizar las experiencias sexuales que había tenido en mi vida. Pero no quería pensar en eso todavía.

Quizá su calma se debiese a la edad. Quizá yo acabara siendo también así, cuando los años y un poco de mala salud me ralentizaran. Quizá me contentaría con tener días como los suyos que, según parecía, consistían en

pensar en su salud, en el ensayo que estaba escribiendo sobre Schumman, en edificios y en cómo remodelarlos y en su familia, sobre todo en su hijo menor. Aunque también había impartido clases al coro de señoras dos veces por semana y había dado un par de charlas ilustradas sobre cuestiones musicales en la biblioteca de Kilbride, ante un público numerosísimo, y les había enseñado a varios niños los primeros pasos en la flauta irlandesa. Y había llevado además a algunas señoras a conciertos.

«¿Cómo está la hermosa Peg?», me preguntó cuando le conté mi día. Le dije que parecía estar un poco mejor, y que la perra iba a pasárselo de maravilla.

Peg había sido una de sus señoras. La había llevado a un concierto en el National Concert Hall y Peg me había contado que el director de la sala había estado todo el rato pendiente de Leo, y que incluso se había dado la vuelta y lo había saludado al marcharse del escenario.

Leo seguramente hubiese invitado a Peg por la capacidad que tenía mi amiga de mirar desde debajo de sus pestañas como la difunta Lady Di, porque la música desde luego con ella era una pérdida de tiempo. Le pregunté a Peg qué habían escuchado y me dijo que la que era muy escandalosa. Alguna gente a veces tenía problemas para identificar el *Bolero* de Ravel.

Esa última noche era yo la señora al mando, y muy satisfecha de serlo, con el exterior de la casa plenamente a oscuras y la cálida cocina iluminada por las orejas de oso rojas.

Leo revivió el fuego como un experto y sirvió un poco del *vino di casa* en su decantador.

—Vamos a escuchar algo de música —me dijo contento.

—¿Rosa? —murmuró Leo.

Eso fue un par de horas después.

Leo había lavado los platos en los que habíamos comido pasta, y había salido al patio y se había lavado el vino de Enzo de los dientes en la trascocina, y se había desvestido discretamente. Estaba en mitad de la habitación sonriéndome, con el pijama puesto, un pijama que en otros tiempos había sido una prenda de verdad espléndida y que estaba ya deshilachado de lavarlo, pero que aún conservaba un ribete grueso de satén.

—¿*Rosa mia*?

Estaba allí en la cocina con el aparador detrás y la gata sentada al borde

de su cama tan bien hecha, y la lamparita accesoria, que tenía una mosca atrapada en la pantalla desde hacía años, arrojando una luz amarilla sobre la almohada.

Los seres humanos son maravillosos cuando creen en sí mismos.

—¿En serio? —respondí.

No le daba ni una pizca de vergüenza, cosa que me quitó buena parte de la que yo sentía, aunque aun así noté cómo me ruborizaba. Éramos personas distintas a las que habíamos sido. La yo de entonces volvía a ser tímida.

—Pero… —añadí.

—Sería un *arrivederci* precioso —me dijo con suavidad.

Habría sido ridículo decir que no.

Cuando empecé no estaba del todo entregada. Me tumbé sobre la manta con la ropa del funeral puesta. Pero al final, de algún modo, terminé entre las sábanas. Desnuda. Siempre había envidiado a las parejas que llevaban mucho tiempo juntas disfrutando exactamente de lo que estaba siendo aquello: algo acogedor, pleno de sentido común. Yo pongo un brazo aquí, tú pones una pierna ahí, tú haces eso un rato, yo hago esto otro poco. Dios sabe que Leo y yo éramos tan buenos como cualquiera con los tecnicismos, pero se tomó las cosas con mucha calma y hubo muchísimos descansos. Y cuando llegó la hora de pasar a otra cosa, fui yo la que tuvo que cargar con todo el peso. No obstante, Leo tenía una confianza absolutamente inquebrantable en sí mismo, pese a estar bajo de energías.

Estábamos muy cerca. Nos besamos ligeramente durante casi todo el camino, para darnos las gracias. Y al final la naturaleza se hizo cargo de todo y dejamos de ser tan amables, y conjuramos una dulzura fina y perfecta semejante a las voces de las sopranos de antaño.

Nada de aquello alteró en lo más mínimo a Bell, que estaba sentada mirando el fuego.

Sin embargo, al acabar, cuando Leo se quedó dormido de inmediato, yo tuve que lidiar con la turbulencia que se había desencadenado en mí.

No encendí ninguna luz, pero sí avivé el fuego y eché un poco más de carbón, y me senté delante con el jersey y las bragas y la gata en el regazo.

Tuve que decirle a mi corazón: deja de sufrir, deja las punzadas, cálmate, no hay nada que hacer con tu inquietud y tu arrepentimiento. Sabía que hacer el amor era bueno para la gente, y sabía que debía estar agradecida porque muchas personas solteras de mi edad (y, por lo que yo sabía,

también casadas) no tenían oportunidad de hacerlo ni con la mitad de la frecuencia suficiente. Y estaba agradecida. Pero el tiempo había entrado en la cama con nosotros: mi barriga apoyada en la cadera afilada de Leo, los brazos de él rodeándome finos como huesos. Y en esos momentos la dura lección del tiempo sobre lo poco que otra gente puede hacer por el corazón roto de una persona se me estaba repitiendo. No podía decirle a Leo: laméntate conmigo porque los amantes se hacen viejos. No podía decirle: estar tan cerca de ti me hace sentirme horriblemente sola y añorar a alguien que pueda tener cerca de verdad.

Una persona debe madurar y no hacerle daño a otras.

Era problema mío. Yo sola cargaba con el recuerdo de lo que en otros tiempos había sido, de cuánta gloria había en el mundo que imaginé de joven, cuando me parecía que a través de la pasión entraba en un reino enorme, cuando creía que a veces me desvinculaba de la tierra para vincularme al universo y brillar con tan solo ser. Cuando nunca cuestionaba qué era yo. Cuando creía en todo.

¡Venga, devuélvemelo! Le supliqué a la habitación silenciosa y en sombra. ¡Devuélvemelo! ¡Devuélveme mi vida para volver a vivirla con lo que sé ahora! ¡Devuélveme un principio!

El teléfono que tenía al lado se dispuso a sonar y lo cogí antes de que pudiera despertar a Leo.

—¿Sí? —susurré.

—¿Qué es lo que te pasa, Rosie? —me dijo vehemente Min—. ¿Te ha comido la lengua la gata?

Bell saltó de mi regazo. Debió de reconocer la voz de su verdadera dueña.

Min se moría por los cotilleos. Me dijo que nadie le había contado nada. Quería saber (a) quién había estado en el funeral, (b) cuánta gente había habido y (c) qué pasaba con Peg, cómo le iba.

«Todo el mundo» era la respuesta a (a) y «mucha» era la respuesta a (b).

Sí, la opinión pública de Kilbride se había quedado horrorizada cuando se supo que el señor Colfer les dejaba la casa a los tres hijos, y que el hermano y la hermana de Peg la habían puesto en venta incluso antes de enterrar al padre. De hecho, la casa tenía ya el letrero de una agencia de subastas cuando el cortejo fúnebre había pasado por delante.

—¡No! —susurró Min.

—Pero a Peg no la han pillado tampoco desprevenida. Ya se había

buscado a un abogado y había amenazado con demandar a Monty por daños y perjuicios, por arruinarle la vida, aunque luego llegó a un acuerdo con él para que pusiera a los albañiles a terminar el chalé de detrás del aeropuerto echando el doble de tiempo. Monty se lo ha cedido. Después, Peg sacó todos los muebles de la casa vieja para que el hermano y la hermana no tuvieran ni donde sentarse. Se ha mudado a la casa nueva y tiene allí a mi perra. Está pensando en emprender acciones legales contra Monty por no casarse con ella, cosa que no parece muy propia de la liberación de la mujer, pero le dijo a Tessa que, en lo que a ese hombre respectaba, no había nada que le pareciese caer demasiado bajo. A ver, no te lo vas a creer, pero buscó la dirección de la nueva esposa de Monty y le escribió para decirle que se anduviera con ojo, que Monty tenía un problema de flatulencias. Se lo contó a Tessa.

—¿Que Monty tiene qué?

Me vi ante un dilema. No podía usar la palaba «pedo» con Min.

—Pues eso… Como cuando comes alubias o algo así y te salen ruidos. —Silencio—. Que te salen ruidos del cuerpo —dije a la desesperada—. Ya me entiendes.

—¿Peg ha hecho eso? —dijo Min incrédula—. ¡Pero si Peg es una auténtica señorita!

—Pues ya no lo es. Cuando Monty le dijo que habían terminado, en septiembre, Peg metió una avispa en una caja de cerillas y se la mandó a Monty y la avispa salió y le picó a Reeny. Reeny me lo contó en el funeral. Peg le había puesto un poco de atún en la caja para que el bicho se lo comiera.

Min suspiró melancólica.

—En casa siempre hay grandes noticias —me dijo.

—Bueno, ¿y tú qué tal?

—¡Markey está loco! —empezó a responder feliz—. Se me están cayendo los pies a pedazos. ¿Sabías que cuando el centro de Seattle se hundía bajo sus marismas se limitaron a construir otras calles encima y dejaron la antigua ciudad debajo y punto? ¡Ni se molestaron en echarla abajo! ¡Y ahí sigue, todas las callecitas y las tiendas (o «negocios» como dicen aquí) y los semáforos y todo! ¿Te lo puedes creer? Me ha llevado hoy a verlo. ¡No me creía lo que estaba viendo! ¿Te imaginas, Rosie, que hubiera dos Kilbrides, una encima de la otra? Pero de todos modos ha sido una caminata horrible.

—Así es Markey, sí —le dije—. Habré andado unos cientos de kilómetros detrás de ese muchacho.

—Tiene cabeza para aburrir. Era como escuchar la televisión. Lo habrá heredado de su padre, porque su madre no iba muy sobrada de cabeza, aunque fuera una mujer muy buena. Billy es igual que Markey, solo que Billy es muy callado, pero tiene a Luz en recuperación. Aún no se ha repuesto del todo del incendio, entre tú y yo, aunque gracias a Dios no va a seguir así mucho tiempo. Le he hecho la solemne promesa de que en cuanto esté en condiciones vamos a bajar a la frontera para echarle un vistazo a México. ¿Quieres venirte, Rosie? En Estados Unidos en realidad no tienen Navidad porque son protestantes, pero en México son todos católicos, incluso los indios. Luz me lo ha explicado todo. Podríamos pasar una Navidad magnífica. Y tú podrías ayudarnos. Ni ella ni yo podemos pasar a México, pero tú sí, y podrías ayudarnos a llevar a sus nietos hasta el sitio en el que Luz los vio una vez. Hay una tubería grande bajo el desierto en ese sitio, sea donde sea, y su hija mandó a los niños por esa tubería para que cruzasen. Les ató unos lazos rojos al cuello y así Luz supo quiénes eran. Los niños llegaron hasta el final de la tubería, que asoma por debajo de un precipicio, y saludaron a Luz y luego se volvieron. Si los niños cruzaran podríamos lanzarles unos regalos de Navidad.

—¡Vaya, Min! ¡Parece que estás teniendo grandes aventuras!

No se me ocurrió otra cosa que decir. Estaba aturdida ante su invitación para acompañarlas.

—Pues sí —dijo orgullosa—. Antes no quería tener ninguna aventura porque mira lo que le pasó a mi hermana, tu madre. Se fue para vivir una aventura (deberías haberle visto la sonrisa en la cara cuando me dijo adiós desde el autobús) y lo siguiente que supe fue que vino el cura a decir que quería sus cartas de libertad para casarse en Dublín. «No se las des. Está en su derecho a venir a casa y casarse con alguno de estos muchachos», dijo mi padre. «Tengo que dárselas. Ha cumplido ya la edad. Y va a formar una familia», respondió el cura. Y después de eso, lo siguiente fue que el cura subió un día desde el muelle atravesando la nieve y esa vez estaba muerta.

—Eso no tenía nada que ver con ninguna aventura. Eso fue porque los hombres mandaban en el mundo, por eso. Todos los grandes abusones como tu padre creían que podían trajinar con las niñas y con las mujeres…

—¡Mi padre no era ningún abusón! Era un buen hombre. Mira cuánto tiempo me estuvo esperando. ¡Y a ti también!

—¿A qué te refieres con estar esperando? ¿Dónde?

—Ya lo viste en la carta del Gobierno sobre lo de la casa. Lo ponía ahí en las fechas. Está ahí, en negro sobre blanco. Mi padre se quedó en la casa y no se dio por vencido hasta casi finales de 1948. Pues tú naciste en septiembre de 1947. Estaba esperándome. Me dijo que te llevara de vuelta. Me hizo jurar que te llevaría de vuelta.

—¿Y por qué no lo hiciste? —No respondió nada—. ¿Por qué no?

Esperé y el silencio se hizo más y más largo.

Y entonces lo supe.

Pero aunque las palabras se formaron en mis labios, no dije nada más.

Algún día lo haría. Algún día le preguntaría por cuando ella y mi padre bajaron a la casa del cabo con la moto de mi padre y se quedaron a dormir en el granero. «¿Cómo entrasteis en calor?», le preguntaría.

Hubo una pausa. Min debía saber que yo había escuchado lo que no me había dicho. De todos modos, el único comentario que hice cuando nos estábamos despidiendo, sobre el pasado que de repente era tan distinto, fue:

—¡Podría haberme criado en Stoneytown!

—Bueno ¿y qué tiene de malo ser la persona que eres? Eres maravillosa así.

Recogí con todo el cuidado que pude el sujetador y la falda negra de la cama de Leo, pero se despertó un segundo y me sonrió.

—Gracias —me dijo, y se dio la vuelta y empezó a murmurar—. ¿Dijiste, mi querida Rosie, que Flaubert murió el día de tu cumpleaños? Flaubert no murió en septiembre.

—Gracias a ti —le susurré—. Y lo de Flaubert, vale. Duérmete.

—Pero bueno, hemos estado muy bien para ser gente de mediana edad —añadió en su último momento despierto.

—Pues sí —respondí, y le besé la mejilla que tenía más cerca—. Aunque no importa las flores que nos echemos: nadie ha dicho nunca que la gente madura desperdicie la madurez.

Subí las escaleras y a los pocos minutos estaba metida en mi cama, fría. Apagué la luz y de inmediato, de un salto preciso y precioso, Bell aterrizó a mis pies y se acopló bajo ellos como uno de esos perritos que sostienen los pies de los caballeros medievales en las lápidas.

Me quedé ahí tumbada, despierta por completo, pensando en el día que acababa de transcurrir y en lo que había aprendido de él. La música de *Lady in red* se coló de nuevo desde la casa de al lado, aunque sonaba muy baja.

«*Lady in red, I'm dancing with you, cheek to cheek…*». Reeny estaría bailando sola, por la cocina, arriba y abajo, con los ojos entornados y la copa de vino elegantemente agarrada en su mano extendida.

¿Cómo era que nunca me había dicho a mí misma «Min está enamorada de mi padre»? ¿Cómo era que había aceptado sin más que los dos eran como eran? ¿Había sido porque yo no estaba más que en los albores de la pubertad cuando mi padre había muerto, así que no había sido consciente de todo lo que podía haber entre un hombre amoroso que sabía que no iba a vivir mucho y la joven mujer que lo compartía todo con él?

¿Por qué nunca me había dado cuenta de nada?

¿O sí me había dado?

La sensación seca y ligeramente tirante que notaba alrededor de los ojos al mirar a la oscuridad me recordó algo.

En la Cabaña, algunas noches había motitas de lluvia sobre el tejado recio de chapa. O a veces una lluvia sorda y neblinosa me sorprendía cuando me despertaba y salía a hacer pis; bajaba a saltos la traviesa con la que estaba hecho el escalón de la entrada y sabía exactamente dónde había un parche de hierba lo bastante denso para ponerme encima con los pies descalzos. La oscuridad nunca era completa, ni siquiera cuando las nubes cubrían la luna. Las farolas de Milbay que se extendían por el muelle iluminaban débilmente el tramo blanco de arena crujiente que quedaba bajo el saliente de césped en el que yo me agachaba.

Parte de esa luz entraba por la ventanita y me ayudaba a encontrar el camino de vuelta, de puntillas, pasando junto al colchón de la habitación delantera en la que dormía mi padre, y hasta llegar al otro lado del tabique que daba a la cama que compartía con Min. Y en un par de ocasiones, al pasar al lado de la almohada de mi padre, le vi los ojos abiertos de par en par en la oscuridad. Y al meterme en la cama, los ojos de Min estaban igual de abiertos.

Entonces aquello no me había hecho pensar en nada.

Pero esa noche, mi corazón se infló por esas dos personas. No sabía por qué no podían acercarse el uno al otro, o por qué no lo hacían, ni tampoco sabía lo que el uno sabía sobre el otro. Pero sí sabía que estaban tumbados despiertos en la oscuridad, a veinte centímetros de separación. Que podían escuchar el uno la respiración del otro.

Me puse de lado y cerré los ojos.

Ellos se habían quedado donde estaban. No me habían abandonado,

cuando yo era una cría, por estar el uno con el otro. Se quedaron ahí, uno a cada lado de mí, como dos pilares recios entre los que me sentía segura.

Eso es lo que debo recordar, pensé, mientras los primeros remolinos del sueño se levantaban en mi cabeza. La «idea» número diez debería haber sido sobre el amor. El amor es el centro. Recuérdalo, ahora que tienes que empezar de nuevo. Recuerda cómo se querían ellos y cómo te querían a ti, y piensa en cuántas clases distintas de amor hay. No puedes volver a tener lo que tuviste antes. Nada de lo de antes va a volver y a ser igual otra vez. Pero no son solo los meses y los copos de nieve, las olas y las estrellas, los que son todos diferentes entre sí por muchos que haya. El amor que se da y que se recibe adopta infinitas formas y patrones. ¿Quién sabe cómo será la próxima vez? Recuérdalo.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a la doctora Lara Honos-Webb por sus consejos sobre depresión mencionados en el texto; a Indiana University Press por concederme el permiso para extraer citas del libro *On aging, revolt and resignation* de Jean Améry, traducido al inglés por John D. Barlow (1994); y a Alfred Publishing por autorizarme a citar *Begin the beguine* de Cole Porter.